

María Ascensión Fernández Pozuelo

Ramón Gómez de la Serna y el costumbrismo

Departamento
Filología Española

Director/es
Rubio Jiménez, Jesús

<http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis>

Tesis Doctoral

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA Y EL COSTUMBRISMO

Autor

María Ascensión Fernández Pozuelo

Director/es

Rubio Jiménez, Jesús

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Filología Española

2016

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA y EL COSTUMBRISMO

Autor

M^a Ascensión Fernández Pozuelo

Director

Jesús Rubio Jiménez

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Filología Española

2015

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA y EL COSTUMBRISMO

M^a ASCENSIÓN FERNÁNDEZ POZUELO

DIRECTOR JESÚS RUBIO JIMÉNEZ

**DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA
(LITERATURAS ESPAÑOLAS E HISPÁNICAS)**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
PRIMERA PARTE.....	5
EL COSTUMBRISMO.....	5
I.1 Concepto de mimesis o imitación	5
I.2 Inicios del costumbrismo	8
I.3 El costumbrismo en el siglo XX	24
SEGUNDA PARTE	31
RAMÓN ESCRITOR COSTUMBRISTA	31
Ramón Gómez de la Serna y el costumbrismo.....	31
II.1 Libros	34
— <i>El Rastro</i> (1914).....	34
— <i>Pombo</i> (1918) y <i>La sagrada cripta de Pombo</i> (1924).....	42
— <i>Pombo</i> (1918).....	44
— <i>La Sagrada Cripta de Pombo</i> (1924).....	51
— <i>Elucidario de Madrid</i> (1931).....	59
II.2 Libros con recopilaciones de artículos periodísticos y textos procedentes de otras publicaciones.	98
— <i>Entrando en fuego</i> (1905).....	99
— <i>Libro nuevo</i> (1920).....	103
— <i>Variaciones</i> (1922).....	107
— <i>Ramonismo</i> (1923).....	111
— <i>Gollerías</i> (1926).....	115
II.3 Artículos periodísticos	121
II.4 Novelas.	149
— <i>La Viuda blanca y negra</i> (1921).....	150
— <i>El novelista</i> (1925)	153
— <i>El torero Caracho</i> (1926).....	155
— <i>La Nardo</i> (1930).....	161
— <i>Las tres Gracias</i> (1949).....	169
— <i>Piso bajo</i> (1961)	179

II.5 Biografías	184
— <i>Azorín</i> (1928).....	186
— <i>Don Ramón María del Valle-Inclán</i> (1944)	192
— <i>José Gutiérrez-Solana</i> (1944).....	200
II.6 Obras autobiográficas.	206
— <i>Automoribundia</i> (1948)	206
— <i>Nostalgias de Madrid</i> (1956).....	218
CONCLUSIÓN	228
BIBLIOGRAFÍA.	232
BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA POR ORDEN CRONOLÓGICO.....	232
BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA	238

INTRODUCCIÓN

Ramón Gómez de la Serna, escritor incluido dentro del Movimiento Vanguardista,¹ es sobre todo conocido como creador de las greguerías² que impregnan la copiosa obra literaria de este gran escritor, pero no son su única invención porque toda su obra es innovadora en cualquier género que aborde.

Coincidimos con la opinión de James H. Hoddie

[...] En cuanto a los intentos de encasillar la obra de Ramón de acuerdo con los infinitos sistemas de clasificación aplicados a escritores de la vanguardia, no creo preciso poner mucho énfasis en lo obvio, Ramón inició la búsqueda de su ismo antes de que se hubiese presentado la mayoría de los ismos del segundo y del tercer decenio del siglo XX. En este contexto, se vio en el caso de encarar la literatura anterior por su cuenta. [...] pero cuando Ramón conoció los otros ismos, él mismo ya había recorrido trayectorias paralelas a las que recorrerían los más nuevos y había inventado lo esencialmente suyo. [...] ³

No he pretendido emitir ninguna definitiva “teoría” de Ramón. Pero yo insistiría en la superioridad del discurso ramoniano que habla simultáneamente al intelecto, a los sentidos y a los sentimientos. [...] Ramón logró hacer más compleja la experiencia del arte casi tanto como es, y siempre ha sido, compleja la experiencia de la vida. [...] ⁴

¹ Ramón afirmaría en continuas ocasiones su independentismo: «No tengo generación, No soy de ninguna generación. Tanto he luchado solo, que tengo que hacer esta declaración.» en *Automoribundia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, Capítulo XXV, p., 255.

² Su primo Gaspar precisa la concepción del término «greguerías» como: «revelaciones subitáneas y metafóricas de significados de las cosas que conciernen a planos de su realidad ocultos al pensamiento deductivo [...] un modo de expresión sintético y redondo como un poema, sin serlo y sin utilizar la fórmula mestiza del poema en prosa.» en Gaspar Gómez de la Serna, *Ramón: (obra y vida)*, Madrid, Taurus, 1963, pp., 124-125.

³ James H. Hoddie, *El contraste en la obra de Ramón Gómez de la Serna*, «Introducción», Madrid, Pliegos, 1999, p., 10.

⁴⁴ *Ibidem*, p., 17.

El objetivo fundamental que se pretende alcanzar con esta investigación consiste en analizar a Ramón Gómez de la Serna como escritor costumbrista del Madrid moderno, una de sus facetas menos estudiadas, presentando un corpus de textos que consideramos fundamentales para entender cómo este género está presente en la mayor parte de su obra.

Antes de introducirnos en el estudio de sus escritos, hemos analizado el concepto de mimesis o imitación tan intrínsecamente ligado al costumbrismo, pasando después a los inicios del costumbrismo romántico señalando los principales o más conocidos representantes de este género literario, las colecciones costumbristas del siglo XIX y llegando al costumbrismo del siglo XX, centrándonos en Ramón como escritor costumbrista atípico.

Hemos analizado, sobre todo, los costumbristas cuyo tema principal es Madrid, ciudad especial que comparten con Ramón Gómez de la Serna y por los que siente gran admiración además de ser un gran conocedor de su obra.

Muchos de los cuadros o artículos costumbristas que mencionamos y algunos extractos que reproducimos de ellos, se refieren a temas o tipos que después serán analizados por Ramón en su obra.

Es sobre todo en sus obras cuyo tema principal es Madrid donde podemos descubrir a Ramón como representante del costumbrismo, eso sí, un costumbrismo renovado que analizaremos detalladamente en la segunda parte de este trabajo. Su concepción de la literatura nos parece relevante en este apartado:

El escritor es —o debe ser— el testigo desinteresado de los tiempos, el que mal que bien deja constatación de una época. Él salvará el tiempo que han vivido los demás, sus citas, sus espectáculos, sus liturgias.⁵

⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XLVIII, p., 347.

Para fijar la serie de textos costumbristas de Ramón hemos revisado los 20 volúmenes de las *Obras Completas* editadas por Ioana Zlotescu en Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. En ellas hemos tenido acceso a toda la obra literaria de Ramón fundamentalmente editada a partir de sus libros; sin embargo, sus criterios⁶ de clasificación agrupándolos en «conceptos abiertos» y en «espacios literarios» como «Prometeo», «Ramonismo» o «Novelismo», nos ha dificultado la selección de textos costumbristas cronológicamente ordenados, ya que se encuentran dispersos en dichos espacios literarios.

Para paliar de alguna manera estas carencias señaladas, hemos considerado otros textos y ediciones con los que hemos construido el corpus de la obra costumbrista ramoniana, analizando los espacios privilegiados de Ramón por donde transita y observa, de acuerdo con los siguientes criterios:

- Madrid como centro de la obra costumbrista de Ramón.
- Lugares preferidos por Ramón que más ha frecuentado y con los que, según nuestra opinión, mejor se identifica: la Puerta del Sol, el Rastro y Pombo.
- Lugares donde tienen lugar las verbenas y fiestas típicas madrileñas como las de San Isidro, San Antonio de la Florida y las de septiembre.

Detallamos el método de trabajo que hemos aplicado para la consecución de nuestra investigación:

1º Fijar núcleos principales basándonos, dentro de lo posible, en las primeras ediciones de sus novelas o recopilaciones impresas.

2º En la organización de estos núcleos se añadirán artículos previos o posteriores a su publicación que demuestren los proyectos de Ramón antes de su publicación y sus impresiones pasado el tiempo.

⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Obras Completas I*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1996, pp., 14-32.

3º Rescatar de sus libros, que contienen recopilaciones de artículos periodísticos o textos procedentes de otras publicaciones, los que consideramos costumbristas.

4º Aportar artículos publicados en revistas o periódicos y entrevistas, que no comparten un núcleo, en los que Ramón manifiesta su peculiar costumbrismo.

5º Analizar sus novelas en las que el argumento se desarrolla en el ambiente costumbrista de su época y sus biografías sobre Azorín, Don Ramón María del Valle-Inclán y José Gutiérrez-Solana que compartieron con Ramón sus vivencias e inquietudes.

6º Demostrar cómo en sus obras autobiográficas, *Automoribundia* (1948) y *Nostalgias de Madrid* (1956), Ramón recuerda su Madrid en el que vivió y siempre añoró cuando no se encontraba en él.

En cada apartado, los textos irán ordenados cronológicamente, partiendo de sus primeras publicaciones, este orden lo consideramos importante para demostrar el paulatino cambio que van experimentando ciertas costumbres analizadas por el autor.

PRIMERA PARTE

El costumbrismo

El hispanista francés Noël Salomon⁷ data la aparición del término «costumbrista», como adjetivo, en la edición de 1947 del Diccionario de la Lengua Española (Real Academia Española) con dos acepciones: «La persona que en literatura cultiva con preferencia la pintura de las costumbres» y «Relativo a las costumbres. Sabor, colorido, costumbrista.»; sin embargo, el sustantivo «costumbrismo» aparece en la edición de 1956 definido como: «en las obras literarias, atención especial que se presta a las costumbres típicas de un país o región.» Alude al retraso habitual de las Academias de la lengua a la hora de introducir nuevos términos.

En la primera parte del siglo XIX, la literatura española no reaccionó ante las circunstancias de España en ese momento surgiendo formas literarias nuevas como es el costumbrismo que busca y defiende la esencia de lo español en un tiempo de transición.

Los costumbristas españoles van a firmar sus trabajos con seudónimos para poder criticar la sociedad y sus costumbres libremente.

I.1 Concepto de mimesis o imitación

Resumimos en este apartado algunos estudios realizados sobre la denominación de mimesis implícita en el género costumbrista. El concepto de imitación, según la opinión de Álvarez Barrientos⁸ se remonta hasta Aristóteles ratificando que la imitación es innata a la persona, una fuente de placer porque encuentra semejanzas con la vida real. Es una forma de entender la imitación esencialmente dialéctica, pues interesan las costumbres y caracteres del hombre en cada momento histórico.

⁷ Noël Salomon, «À propos des éléments "costumbristas" dans le Facundo de D. F. Sarmiento», *Bulletin Hispanique*, 1968, Tome LXX, Núm. 3-4, p., 342.

⁸ J. Álvarez Barrientos, «Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de imitación en el s. XVIII español», *NRFH*, 1990, XXXVIII, Núm. 1, p., 220.

El concepto de mimesis va cambiando a lo largo del siglo XVIII dependiendo de los escritores. A principios de siglo, la imitación era el resultado de copiar un modelo literario antiguo, avalado por la tradición. El principio fundamental de la mimesis costumbrista es, según José Escobar: la consideración de la naturaleza humana modificada por las costumbres locales, por la sociedad, en un momento histórico determinado.⁹

En 1794, Diego de Torres Villarroel recoge en sus *Sueños morales*¹⁰ la fisonomía de la sociedad de su época. Hace una sátira sobre las costumbres utilizando como recurso sueños en los que se le aparece D. Francisco de Quevedo y juntos van recorriendo Madrid a través de visiones, que son pequeños cuadros de costumbres, observando los cambios que ha experimentado Madrid desde su época.

Durante estas visiones aparecen tipos como barberos¹¹, mercaderes de libros¹², pobres del hospicio,¹³ sastres, zapateros y reposteros,¹⁴ prenderos y colchoneros,¹⁵ que se encuentran en distintas calles y zonas de Madrid como la calle de San Martín, la calle del Carmen, la Puerta del Sol, la calle de las Postas, la calle de Toledo, la plazuela de La Cebada y La Puerta del Sol, entre otras.

⁹ José Escobar, «Costumbrismo entre Romanticismo y Realismo», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000, s. p.

¹⁰ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales, visiones y visitas con D. Francisco de Quevedo por Madrid, Barca de Aqueronte, y Residencia infernal de Pluton trasladólos desde la fantasía al papel el Dr. D. Diego de Torres Villarroel*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Tomo II, 1794.

¹¹ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., Visión y visita primera. *Los Barberos*, pp., 10-11.

¹² Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., Vision y visita quarta. *Las Librerías y Libros nuevos*, pp., 17-21.

¹³ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., Visión y visita novena. *Los pobres del hospicio*, pp., 38-46.

¹⁴ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., Terceras Visitas. Visión y visita segunda. *Los sastres, zapateros, reposteros y otros mecánicos*, pp., 175-189.

¹⁵ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., Segundas Visitas, Visión y visita duodécima *De los prenderos y colchoneros de la calle de Toledo*, pp., 152-154.

Torres Villarroel en el Prólogo advierte al lector: «lo discreto no lo has de ver en mi pluma ni en mi lengua, y hasta que muera te he de aporrear con mis verdades.»¹⁶ Con estas palabras define su estilo. Su crítica va dirigida a la preponderancia del dinero sobre la cultura y el conocimiento, a la influencia extranjera, sobre todo francesa e italiana, en costumbres, moda y vocabulario, a las injusticias sociales causadas por los gobernantes como la de limpiar la corte de miserables encerrándolos en centros donde se apiña toda clase de gente.

Otro escritor que refleja la sociedad de la que él formaba parte es Ramón de la Cruz. Emilio Cotarelo y Mori en el capítulo preliminar de su ensayo¹⁷ explica cómo en sus sainetes plasma todo lo característico y lo pintoresco de su época. Tipos como majas y majos, castañeras, zapateros y otros artesanos de Madrid; escenas populares con motivo de solemnidades y fiestas del año como Nochebuena, Navidad, el Corpus Christi o la Romería de San Isidro y lugares típicos de Madrid como el Prado o el Rastro.

Ramón de la Cruz en su obra *Manolo*¹⁸ que subtitula como «Tragedia para reír ó sainete para llorar», sitúa el escenario en la calle Ancha de Lavapiés en Madrid donde se encuentra la taberna en la que transcurre la acción. Aparecen toda una serie de tipos como el tabernero, su esposa castañera, verduleras, aguadores y pillos. La taberna es considerada por su dueño como la primera Tertulia de la Corte, adonde acuden a beber petimetres refinados, literatos y gente de bien escoltados por sus criados por ser un lugar de confianza.

¹⁶ Diego de Torres Villarroel, *Sueños morales...*, ob. cit., «Prólogo».

¹⁷ Emilio Cotarelo y Mori, *Don Ramón de la Cruz y sus obras. Ensayo biográfico y bibliográfico*, Madrid, Imp., José Perales y Martínez, 1899, pp., 1-2.

¹⁸ D. Ramón de la Cruz y Cano, *Teatro ó colección de los saynetes y demás obras dramáticas de D. Ramón de la Cruz y Cano, entre los Arcades Larisio*, Madrid, Imprenta Real, 1787, Tomo IV, pp., 381-410.

En el Prólogo del Cuadro Primero de su sainete *El Prado de noche*¹⁹ un majo presenta la obra al público que se encuentra reunido en los jardines del Buen Retiro declamando que el objeto del autor era sólo trazar un Cuadro con tipos y costumbres del Prado. La escena se desarrolla en la alameda del Prado donde pasea la gente animada. Aparecen avellaneras, aguadores, jóvenes que piden limosna bailando al son de la música de los ciegos. Un ambiente festivo en el que todos se solazan en la frescura del lugar del calor de Madrid. Ramón de la Cruz se dedicó a escribir lo que veía, a ser un fiel reflejo de la sociedad que le rodeaba y a mostrar sus defectos con el mejor recurso, su humor.

Podemos deducir que para los autores del siglo XVIII «imitar» consiste en copiar, con la mayor fidelidad posible la realidad local y temporal que observaban. Leonardo Romero Tobar explica dos clases de mimesis «imitación de lo universal» y una «imitación de lo particular»: «[...] La imaginaria pictórica empleada por los escritores [...] es una vía complementaria que ilumina el peculiar entendimiento de la mimesis que tuvieron nuestros autores.»²⁰

La mimesis costumbrista tanto en sus orígenes dieciochescos como en su continuidad en el siglo XIX, se sustenta en la emergente clase burguesa que se convertirá en un referente cultural e ideológico para estos escritores que cuentan con la gran influencia de la prensa periódica en la que publican sus artículos. Se basa en imitar la historia presente obviando el pasado y su prioridad es la veracidad de la realidad ordinaria,

I.2 Inicios del costumbrismo

Los investigadores del costumbrismo coinciden en la repercusión que tuvieron los periódicos para difundir los artículos de costumbres de los escritores llamados «costumbristas» y que, cada uno con su estilo e influencias, serían los que nos han permitido conocer una parte muy importante de nuestra historia.

¹⁹ Ramón de la Cruz, *El Prado de noche. Ayer*, sainete lírico en dos actos. Escrito el primero por don Ramon de la Cruz Cano con música original de don Manuel Nieto, Madrid, Imp., que fue de Alhambra hoy á cargo de I. Moraleda, 1877.

²⁰ L. Romero Tobar, *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Editorial Castalia, 1994, pp., 414-416.

El hispanista Paul-Jacques Guinard en la Introducción a su ensayo *La presse espagnole de 1737 à 1791* señala cómo las bases del artículo de costumbres se encuentran ligadas directamente con la aparición de la prensa:

Ferment actif, agent de la transformation d'une société, indice de son degré d'évolution, reflet complexe de la mentalité du groupe où elle se développe, et de celle des hommes qui la font, enfin, ne l'oublions pas, mine de données brutes sur la vie d'un pays, d'une ville, à une époque déterminée, la presse est donc pour l'historien — quels que soient son domaine de recherche et sa méthode — un moyen d'investigation sur les mérites duquel on pourrait s'étendre longuement.²¹

Se remonta a Carlos III²² en 1788 como el primer monarca español que impulsó el desarrollo de la prensa en España al tomar como protegido *El Pensador* de Clavijo y Fajardo aunque con restricciones que podemos resumir en respetar la figura del rey y contribuir a la educación del público defendiendo las buenas costumbres, la religión y a España.

Para José Escobar²³ el proceso de formación del artículo de costumbres, iniciado en los periódicos a mediados del siglo XVIII, culmina a finales de la «ominosa década», a partir de 1828 en el periódico *Correo Literario y Mercantil* y entre 1831 y 1833 en las revistas *Cartas Españolas* y el *Pobrecito hablador* afirmando que los escritores que cultivan el «artículo de costumbres» por esta época amoldan a las circunstancias españolas el esquema del artículo de costumbres adoptado por este género de literatura en los periódicos franceses de fines del XVIII por Louis Sébastien Mercier en su *Tableau de París* y continuada en el siglo siguiente por Victor Étienne Jouy.

²¹ Paul-Jacques Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, Institut d'Études Hispaniques, 1973, p., 13.

²² Paul-Jacques Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, ob. cit., pp., 34-39.

²³ José Escobar, *El artículo de costumbres en España a finales de la "Ominosa década" (1828-1833)*, AIH. Actas V, 1974. pp., 377-380.

Hemos revisado los XI tomos que incluyen los artículos *Tableau de Paris*²⁴ de Louis-Sébastien Mercier entre los años 1782-1788 y las *Obras completas*²⁵ de Étienne de Jouy en las que se encuentran sus artículos de *l'Hermite de la Chaussée d'Antin* en 1823 y como afirma José Escobar los antecedentes de esta literatura costumbrista basada en una pintura moral de la sociedad más que en una descripción física y topográfica es idéntica a la promulgada por Mercier en el «Préface» del Tomo I de *Tableau de Paris*:

Je vais parler de Paris, non de les édifices, de les temples, de les monuments, de les curiosités [...] Je parlerai des mœurs publiques et particulières, des idées régnantes, de la situation actuelle des esprits, de tout ce qui m'a frappé dans cet amas bizarre de coutumes folles ou raisonnables, mais toujours changeantes.

Je dois avertir que je n'ai tenu dans cet ouvrage que le pinceau du peintre, que je n'ai presque rien donné à la réflexion du philosophe.²⁶

Su premisa de no opinar no llega a cumplirla porque en todos ellos expresa claramente su opinión positiva o negativa.

Étienne de Jouy en «l'Avant-propos» del Tomo II coincide con Mercier «Dans cette esquisse de nos mœurs (j'en renouvelle ici la déclaration), je m'applique à peindre la société, et non pas telle ou telle société; à saisir des rapports généraux et non des traits particuliers...»²⁷

En España será en el *El Siglo Pintoresco* publicado en 1845, donde Juan Eugenio Hartzenbusch en su artículo «Costumbres españolas del siglo XVII» manifiesta la importancia del olvidado escritor madrileño Juan de Zabaleta como iniciador del

²⁴ Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil, Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1782-1788, Tomes I –XI.

²⁵ Étienne de Jouy, *Oeuvres complètes*, Paris, Imprimerie. de J. Didot l'aîné, 1823.

²⁶ Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, ob. cit., 1782, Tome I, «Préface», pp., III. y IX.

²⁷ Étienne de Jouy, *Oeuvres complètes*, ob. cit., Tome II, «Avant-propos», p., 4.

costumbrismo:

D. Juan de Zavaleta, dio á luz en el año de 1654 el cuadro de costumbres intitulado: *El día de fiesta por la mañana en Madrid*, que adicionó con *El día de fiesta por la tarde*, cuya publicación no tuvo lugar hasta 1659 [...] Representó á la sociedad española de su época mucho más fiel y exactamente que los novelistas y autores dramáticos, porque estos pintan por lo regular cuadros de intención, y Zavaleta no inventa, sino que retrata [...] Dominado por la manía de filosofar [...] empedró sus artículos descriptivos con reflexiones morales, [...] Sin embargo, la parte descriptiva cada día se hace más preciosa por la noticia que nos dá del modo de vivir de nuestros antepasados: bajo este aspecto *El día de fiesta* es un monumento tanto más interesante como que es casi el único de su especie.²⁸

Como ejemplo de la certera opinión de Eugenio Hartzenbusch comentamos dos Cuadros de Juan de Zabaleta: «El paseo común»²⁹ en el que describe una tarde cualquiera de su época en el paseo de El Prado criticando los coches pequeños de antaño donde la gente logra entrar como sea y «Santiago el verde en Madrid»³⁰ en el que describe detalladamente el Sotillo dejando clara su incompreensión ante la afición de la gente por este lugar muy poco atractivo y que no tiene relación alguna con el motivo religioso de ese día.

²⁸ Juan Eugenio Hartzenbusch, «Costumbres españolas del siglo XVII», *El Siglo Pintoresco*, Madrid, julio 1845, p., 79.

²⁹ Juan de Zabaleta lo describe: «Si tienen sol algunos días de fiesta el invierno, también tienen fresco las noches del día de fiesta el verano. Tienen prevención de arboledas, vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfríe el aire, el aire las hojas, para que hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Éste, en Madrid, se llama el Prado. Apenas se ha desaparecido el sol, cuando se aparecen en el Prado los coches, cargados de diferentes sexos y de diferentes estados. Van a tomar el fresco, y en un zapato alpargatado con ruedas se aprietan seis personas.», *El día de fiesta por la tarde en El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, Madrid, Editorial Castalia, 1983, Capítulo 2, pp., 331-332.

³⁰ Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*, Capítulo 2, ob. cit., p., 329.

Leonardo Romero Tobar³¹ subraya también la importancia que Larra otorga a la prensa gracias a la cual los escritores de estos cuadros de costumbres se convirtieron en perceptores de los comportamientos humanos en el marco de un acelerado cambio social.

Las publicaciones españolas antes citadas, al margen de las influencias lógicas, iniciaron los primeros artículos de costumbres españoles cuyos máximos representantes van a ser Estébanez Calderón *El solitario*, Mesonero Romanos *El curioso parlante* y Larra *Fígaro*. Las características del costumbrismo en estos autores iniciadores del género las resume Romero Tobar:³²

- Los artículos de costumbres de la primera promoción —el triunvirato y sus epígonos inmediatos— suelen estar enunciados en primera persona. El «yo» enunciator es el hilo que enlaza los distintos fragmentos de la realidad ambiental registrados en cada artículo.
- Los seudónimos que posibilitan el desdoblamiento del escritor.
- Nostalgia por el pasado, voluntad de inmovilización de lo que está a punto de desaparecer, desdén o rechazo hacia las innovaciones.
- Moralismo explícito.

Todos estos escritores publican sus artículos en periódicos o revistas reuniéndolos después en formato de libro. Suelen coincidir en los tipos sociales elegidos y celebraciones o festejos típicos y son conscientes del carácter transitorio de cuanto describen que quieren preservar del olvido.

Empezamos analizando algunos cuadros costumbristas de Ramón de Mesonero Romanos incluidos en su libro *Panorama Matritense*³³ en cuya Introducción del apartado «El curioso parlante» explica su intención de desechar los tópicos y falsedades que

³¹ Leonardo Romero Tobar, *Panorama crítico del romanticismo español*, ob. cit., p., 406.

³² *Ibidem*, pp., 418-420 y 427.

³³ Ramón de Mesonero Romanos, *Panorama matritense, cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante*, Reimpresión facsímil de la edición de Madrid de 1835, Madrid, Atlas, 1982, Tomo primero, pp., XV-XVI.

escriben los extranjeros sobre España representada en su querido Madrid. En su Cuadro «Las costumbres de Madrid»³⁴ define las cualidades que debe tener un escritor costumbrista, rechaza la crítica mordaz de la sociedad y ensalza el genio observador con un estilo fácil y una erudición amena todo ello con un estudio continuo de su país.

El patriotismo de Mesonero y su rechazo ante la influencia extranjera que nos hace infravalorar lo que tenemos en España está presente en sus Cuadros que trata temas como la moda. En «El sombrerito y la mantilla»³⁵ critica la desaparición de nuestras prendas más típicas como la capa masculina o la basquiña femenina y el caos producido por la desmesurada variedad de tejidos y colores importados que ofrecen los almacenes. Preconiza nuestra tradicional sobriedad alegando que este cambio supone una pérdida de españolismo y de educación. De la educación se ocupa en «El extranjero en su Patria»³⁶ y rechaza el esnobismo de la gente que envía a sus hijos a estudiar al extranjero pensando que al volver después a España gozarán de un gran prestigio, dada la superior educación recibida. El arrepentimiento del padre surge cuando el hijo prefiere como lugar de residencia el país al que marchó obligado y no regresa a España, perdiendo con ello sus raíces.

En «La procesión del Corpus»³⁷ recalca su tradicionalismo por la forma de celebrar este señalado día enorgulleciéndose de la devota actitud del pueblo madrileño que pone todo su esmero en engalanar las calles (calle Mayor, de Carretas, de Atocha, la Plaza Real, la Puerta del Sol) y en acicalarse como señal de respeto hacia el Altísimo e insiste en que no debe perder su verdadero sentido, transformándose en mera fiesta profana. El Carnaval

³⁴Ramón de Mesonero Romanos, «Las costumbres de Madrid», *Panorama matritense...*, ob. cit., p., 39.

³⁵Ramón de Mesonero Romanos, «El sombrerito y la mantilla», *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 206-207.

³⁶Ramón de Mesonero Romanos, «El extranjero en su Patria», *Panorama matritense...*, ob. cit., Tomo segundo, pp., 21-22.

³⁷ Ramón de Mesonero Romanos, «La procesion del Corpus», *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 159-163. La descripción de Mercier en su Tableau *La Fête-Dieu* sobre esta celebración es totalmente opuesta al criticar la ostentación que conlleva, ob. cit., Tome III, Chapitre CCXXVI, pp., 78-82.

es retratado en su Cuadro «El dominó»³⁸ como una aglomeración de gente en reducidos espacios, lo que conlleva un ambiente cargado y atronador que él no concibe placentero.

Su españolismo no le impide criticar la afición excesiva al ocio en España en «A prima noche»³⁹ identifica la expresión «hacer tiempo para» con perderlo y desperdiciarlo en nimiedades. La injusticia, por ignorancia y lucro aparece en el Cuadro «Costumbres literarias»⁴⁰ en el que se refiere al lamentable estado de la literatura en España y concretamente al poco reconocimiento intelectual y económico que sufren los escritores cuyo ingenio sólo es reconocido cuando fallecen,

Su entusiasmo se acrecienta cuando retrata lugares emblemáticos de Madrid como «El Prado»⁴¹ en el que reproduce una descripción escrita por Pedro de Medina en el siglo XVI y aprovecha para relatar los magníficos cambios que ha experimentado con amplias calles de árboles, fuentes entre las que destacan la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, el encanto del Jardín Botánico, a lo que se suma el idílico ambiente que suscitan damas y galanes. Todo sorprendería a Pedro de Medina si pudiese contemplarlo de nuevo. La Puerta del Sol llena de vitalidad y movimiento la declara centro de Madrid y lugar preferido por los forasteros cuando acuden a la capital en «El patio del Correo».⁴²

.

La amabilidad y educación madrileña son destacadas en su Cuadro «Los paletos en Madrid»,⁴³ en el que utiliza como ejemplo la estancia de unos madrileños en la villa de Olmedo en casa de unos conocidos mostrando su actitud cuando éstos les devuelven la

³⁸ Ramón de Mesonero Romanos, «El dominó», *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 54-55. Étienne de Jouy lo describe como una loca y tumultuosa bacanal independientemente del lugar donde se celebre y añora la tranquilidad y elegancia de los antiguos bailes de la Ópera en *Le carnaval et le bal de l'Opera*, OC, Volume II, Chapitre XLVI, pp., 48-58.

³⁹ Ramón de Mesonero Romanos, «A prima noche», *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 231-232.

⁴⁰ Ramón de Mesonero Romanos, «Costumbres literarias», *Panorama matritense...*, ob. cit., p., 94.

⁴¹ Ramón de Mesonero Romanos, «El Prado», *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 102-104.

⁴² Ramón de Mesonero Romanos, «El patio del Correo», *Panorama matritense...*, ob. cit., p., 178.

⁴³ Ramón de Mesonero Romanos, «Los paletos en Madrid», *Panorama matritense...*, ob. cit., p., 67.

visita presentándose en Madrid inesperadamente. Mesoneros refleja fielmente las actitudes y diferencias entre la gente provinciana y la de la capital sin críticas, el ambiente y la apariencia son los que dan una imagen errónea.

En su Cuadro «Madrid á la luna»⁴⁴ Mesonero ensalza al sereno como la persona que vela por la tranquilidad en la noche protegiendo el entorno. El sereno será un tipo tratado siempre con respeto por los costumbristas.

Su último Cuadro que analizamos es «Un día en Madrid»⁴⁵ en el que relata la vida cotidiana de Madrid desde el amanecer hasta la noche. La llegada de los primeros aldeanos que acuden al mercado para vender sus productos, las primeras misas, la apertura de las tiendas, el progresivo movimiento en la Puerta del Sol por donde cruzan calesines, elegantes carruajes, diligencias y todo tipo de gente: hombres de negocios, ciegos y aguadores hasta la hora de la comida. La población permanece en reposo durante la siesta y a las cuatro vuelve la animación. La tarde es la hora del deleite con paseos, tertulias o reuniones familiares. El día finaliza a las dos de la mañana cuando sólo se oye la voz del sereno.

Mariano José de Larra es considerado por los investigadores como el gran representante del costumbrismo en España por su agudeza al criticar aspectos, costumbres y tipos de su época. En su artículo «Panorama Matritense. Cuadros de costumbres de la

⁴⁴ Ramón de Mesonero Romanos, «Madrid á la luna», *Panorama matritense...*, ob. cit., p., 199.

⁴⁵ Ramón de Mesonero Romanos, *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. Antonio Yenes, 1844, Capítulo II, pp., 114-117. El relato de las horas en la ciudad es un tema recurrente en los escritores costumbristas, Mercier en su *Tableau Les heures du jour* relata los acontecimientos de un día cualquiera en París. *Tableau de Paris*, ob. cit., Tome IV, Chapitre CCCXXX, pp., 146-159. También Étienne de Jouy en su artículo *Paris à différentes heures*. Comenta su recorrido, a las tres de la mañana, por la rue de Richelieu y por la rue Neuve-dcs-Petits-Champs, observando las carretas de los hortelanos que llevan legumbres al mercado por contraposición a las carrozas que van al baile de la Ópera o que vuelven. Este contraste de placer y trabajo reunidos por una actividad común pero con objetivos tan diferentes, le dio la idea de este cuadro en el que podía plasmar las observaciones que suscitaban su espíritu y le condujo a considerar París como un planeta que solo se puede conocer al observar sus fases en diferentes horas, escogiendo las tres principales: por la mañana, por la tarde y por la noche. *OC*, Volume II, Chapitre LIX, pp., 173-181.

capital observados y descritos por un Curioso Parlante» expresa su gran admiración por Ramón de Mesonero Romanos con quien coincide en rectificar la imagen de España que pretenden implantar los extranjeros, reconoce su conocimiento de Madrid y su actitud moralizadora mostrando a los habitantes sus defectos para que puedan corregirlos. Su estilo lo considera culto, decoroso, elegante y su lenguaje fluido, castizo y puro; sin embargo, su mayor defecto es la prudencia para evitar ofender: «retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.»⁴⁶

Mariano José de Larra funda y redacta íntegramente *El pobrecito hablador* subtítulo como «revista satírica de costumbres», a la edad de 23 años. Bajo el seudónimo del *Bachiller Juan Pérez de Munguía* publicará, desde agosto de 1832 a marzo de 1833, artículos que lo consagran como uno de los más relevantes representantes del costumbrismo español.

Su estilo satírico y espíritu crítico abarca múltiples comportamientos, en su artículo «El castellano viejo»⁴⁷ es la falta de modales, educación y la vanidad de la clase media y baja. Utiliza como escenario la invitación forzada de un antiguo conocido a una comida para celebrar su cumpleaños

En «Vuelva usted mañana»⁴⁸ ironiza sobre la «pereza» que caracteriza al pueblo español utilizando como tema el viaje que hace a España un francés para hacer unas gestiones, pensando quedarse para ello una semana, y se va, sin haber solucionado nada, seis meses después.

⁴⁶ Larra, *El Español, Diario de las doctrinas y de los intereses sociales*, Sección Literatura, «Panorama Matritense. Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante» (librería de Escamilla), Madrid, Imprenta de la Compañía tipográfica á cargo de D. Carlos Wood, Lunes 20 de junio 1836, Núm. 233, p., 4.

⁴⁷ *El Pobrecito Hablador (Revista satírica de costumbres)*, *El castellano viejo* (firma con su seudónimo *El Bachiller Juan Pérez de Munguía*), Madrid, Imprenta de Repullés, diciembre de 1832, Núm. 8, pp., 5-27.

⁴⁸ *El Pobrecito Hablador*, ob. cit. enero de 1833, Núm. 11, «Vuelva usted mañana», pp., 3-23.

La crítica a la construcción desmesurada de edificios altos compuestos por casas pequeñas donde las personas viven apiñadas aparece en «Las casas nuevas».⁴⁹

Rechaza la pena de muerte en «Un reo de muerte»⁵⁰ y en «Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos»⁵¹ la baja remuneración de personas que desempeñan diferentes trabajos, según el año, la estación o la hora del día y que sin tener a primera vista gran importancia, su extinción sería nefasta para toda la sociedad. Cita a los vendedores de horchata y agua en verano y café en invierno, a la trapera, al zapatero de viejo, a los mozos y sirvientes, a la abaniquera, a la mercadera de torrados de la Ronda, concluyendo con el menos remunerado de todos es el escritor.

Las celebraciones establecidas como obligación son incomprensibles para Larra como explica en su artículo «La Noche Buena de 1836»⁵² y en «El mundo todo es máscaras. Todo el año es Carnaval».⁵³

⁴⁹ Figaro, *La Revista Española*, Sección Boletín Costumbres, Madrid, Imprenta de D. Tomás Jordán, 13 de septiembre de 1833, Año tercero, Núm. 94, «Las casas nuevas», s. p., Mercier coincide con Larra en dos artículos: critica la proliferación de edificios por doquier en su Tableau *On bâtit de tous côtés*, ob. cit., Tome II, Chapitre LXXXVIII, pp., 277-283 y rechaza la desproporcionada altura de las casas que estrangulan las calles en su Tableau *Hauteur de maisons*, ob. cit., Tome XI, pp., 4-5.

⁵⁰ Figaro, *La Revista Española (Mensagero de las Cortes)*, Sección Boletín Costumbres, 30 de marzo de 1835, Núm. 30, «Un reo de muerte», s. p.,

⁵¹ Figaro, *La Revista Española (Mensagero de las Cortes)*, Sección Boletín Costumbres, ob. cit., 29 de junio de 1835, Núm. 121, «Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos», s. p.

⁵² Mariano José de Larra, *La Nochebuena de 1836 (Yo y mi criado. Delirio filosófico) Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp., 267-279.

⁵³ *El Pobrecito Hablador (Revista satírica de costumbres)*, ob. cit., marzo de 1833, Núm. 12, «El mundo todo es máscaras. Todo el Año es carnaval», pp., 3-24. Como hemos visto anteriormente tanto Ramón de Mesonero Romanos en «El dominó», Panorama matritense, cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante, ob. cit., pp., 54-55, como Étienne de Jouy en «Le carnaval et le bal de l'Opera», OC, Volume II, Chapitre XLVI, pp., 48-58, coinciden con la opinión de Larra. en la forma de celebrar el Carnaval.

En «Conventos españoles. Tesoros artísticos encerrados en ellos»⁵⁴ culpa al gobierno del menosprecio que hacemos los españoles de nuestras riquezas literarias, históricas y artísticas que se encuentran en muchos conventos y que son valoradas por los extranjeros que vienen a España a estudiarlas e incluso a llevárselas a su país. Lo exhorta para evitar esta gran pérdida base de nuestra cultura.

Leonardo Romero Tobar refiriéndose a la influencia de Mesonero y Larra, a la que añade la de Estébanez, autor que no hemos analizado por reducirse su campo al costumbrismo andaluz, afirma:

El estímulo ejercido por la obra de Larra, Estébanez y Mesonero suscitó la continuidad inmediata en numerosos colaboradores de los periódicos de Madrid y de las restantes localidades españolas [...] a la boga de los artículos o libros costumbristas de autor individual siguen las publicaciones colectivas [...] En el inicio español de esta modalidad bibliográfica están *Los Españoles pintados por sí mismos*, iniciativa del editor Ignacio Boix realizada entre 1843 y 1844.⁵⁵

Margarita Ucelay Da Cal⁵⁶ precisa cómo en 1843, el costumbrismo de tipos culmina en la colección *Los españoles pintados por sí mismos* donde se intenta reunir en una obra de conjunto los numerosos cultivadores del momento para plasmar una imagen veraz y total de la vida española, a través de tipos generales más característicos. En su libro,⁵⁷ además de hacer una pequeña biografía de estos autores, transcribe los tipos

⁵⁴ Figaro, *La Revista Española (Mensajero de las Cortes)*, Sección Boletín Costumbres ob. cit., Lunes 3 de agosto de 1835, Núm. 156, «Conventos españoles (Tesoros artísticos encerrados en ellos)», s. p.

⁵⁵ Leonardo Romero Tobar, *Panorama crítico del romanticismo español*, ob. cit., p., 410.

⁵⁶ Margarita Ucelay Da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*, *Estudio de un género costumbrista*, México, F.C.E., 1951, pp., 64 -65.

⁵⁷ Margarita Ucelay Da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*, *Estudio de un género costumbrista*, ob. cit., Mesonero, «La patrona de huéspedes», «El pretendiente» y «Tipos perdidos, tipos hallados», p., 240; Antonio Flores, «El barbero», «La santurrón», «El hortera», «La cigarrera» y «El boticario», p., 232; Gil de Zárate, «El empleado», «El cesante» y «El exclaustro», p., 235; Hartzenbusch, «El ama de llaves», p., 237; Bretón de los Herreros, «La

descritos por ellos. Entre los costumbristas citamos algunos como Mesonero autor de «La patrona de huéspedes», «El pretendiente» y «Tipos perdidos, tipos hallados»; Antonio Flores con «El barbero», «La santurrón», «El hortera», «La cigarrera» y «El boticario»; Gil de Zárate con «El empleado», «El cesante» y «El exclaustrado»; Hartzenbusch con «El ama de llaves»; Bretón de los Herreros con «La castañera», «La lavandera» y «El avisador»; *Abenámar* (López Pelegrín) con «El aguador» y «El choricero». Son tipos populares y urbanos madrileños.

Relacionado con el costumbrismo pero eclipsado por los grandes escritores del costumbrismo decimonónico, no podemos olvidar al escritor Antonio Flores, del que José Luis Aranguren afirma: «[...] de los escritores estrictamente costumbristas, el que más nos interesa es Antonio Flores, que acierta a pintar las costumbres sociales de la época.»⁵⁸

Antonio Flores se siente influido por Mesonero y Larra. Su intención es reflejar con la mayor objetividad posible la sociedad de su época, dejando: «al público en completa libertad para opinar como mejor le diese la gana».⁵⁹ Flores coincide con los costumbristas en su crítica de todo lo extranjero, censurando sobre todo las nuevas corrientes traídas de Europa, principalmente de Francia e Inglaterra. Hay numerosos Cuadros, sobre todo en el Tomo II que trata de la sociedad de 1850, donde queda patente esta aversión. En el Cuadro «La madre y las hijas o nuevas aplicaciones industriales»⁶⁰ Antonio Flores se exploya mostrando hasta qué punto ha llegado el afrancesamiento a nuestra sociedad, sustituyendo incluso, a veces, nuestro idioma y haciendo que ciertas damas, cambien su aspecto de forma ridícula, y se avergüencen de su digno origen español. Los franceses también son

castañera», «La lavandera» y «El avisador», p., 228; *Abenámar* (López Pelegrín), «El aguador» y «El choricero», p., 238.

⁵⁸ José Luis Aranguren, *Moral y sociedad, introducción a la Moral social española del siglo XIX*, Madrid, ed. Cuadernos para el diálogo, 1970, Capítulo IX, pp., 124-125. Las presentes palabras se refieren a la sociedad de 1850.

⁵⁹ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850, 1899 dibujados a la pluma por don Antonio Flores*, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1893, Tomo II, Cuadro XLIV, p., 353.

⁶⁰ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo II, Cuadro XLIII, pp., 342-343.

criticados en su Cuadro «Costumbres populares»⁶¹ por su desconocimiento de España y de todo lo español e incluye a los ingleses que consideran nefasto nuestro calendario festivo por sus intereses mercantiles considerándonos holgazanes al disfrutar de nuestras celebraciones.

En el Cuadro «El te y el chocolate» se resiste a la equiparación del té, bebida típicamente inglesa, con nuestro tradicional chocolate. Dos bebidas distintas que caracterizan las grandes diferencias entre dos culturas:

El te y el chocolate, ó lo que es lo mismo, la filantropía inglesa y la caridad española, el patriota y el fraile, la dama aristocrática y la monja descalza; el te y el chocolate, ó como si dijéramos, la civilización y el obscurantismo, la libertad y la tiranía, la soberanía nacional y el poder absoluto.⁶²

Su patriotismo y elogio de España queda patente, de nuevo, en sus dos Cuadros: «La ronda de pan y huevo»⁶³ donde ensalza la labor de ciertas hermandades que se dedican a ayudar a los más necesitados y en «Manolos y Chisperos ó el Lavapiés y el Barquillo»⁶⁴ en el que elogia la unión que caracteriza a los españoles independientemente de la clase social a la que pertenezcan o de las rencillas que pueda haber, cuando se trata de defender la dignidad e independencia de España.

Su nostalgia por el pasado y su hostilidad ante el progreso y las nuevas costumbres, otra característica de los costumbristas, aparece en la obra de Flores. En «El siglo de los faroles»⁶⁵ y «Una madrugada en 1899»⁶⁶ defiende a los faroleros como portadores de la antorcha de la civilización frente a la implantación de la abrumadora luz eléctrica. En

⁶¹ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo II, Cuadro LI, pp., 448-449.

⁶² Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob.cit., Tomo II, Cuadro XVII, p., 151.

⁶³ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo I, Cuadro XIV, p., 117.

⁶⁴ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo I, Cuadro LIII, p., 405.

⁶⁵ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo I, Cuadro XIII, pp., 112-113.

⁶⁶ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob.cit, Tomo III, Cuadro XIX, pp., 159-161.

«Los gritos de Madrid ó la publicidad en 1850»⁶⁷ defiende a los vendedores que pregonan sus mercancías condenados a desaparecer por la aparición de la industria y en «El ómnibus y la calesa»⁶⁸ rechaza los nuevos medios de transporte que representan el hacinamiento y presura de los nuevos tiempos frente al reposo, calma y tranquilidad de los antiguos.

Enrique Rubio Cremades destaca como: «Flores es consciente de la aparición de una nueva burguesía y de que el cambio económico es el que lleva realmente a la transformación de las costumbres.»⁶⁹

Según lo expuesto, vemos cómo Antonio Flores con su minuciosa observación y detallada descripción de la realidad de su época, reúne todas las características del llamado costumbrismo decimonónico: defensor de lo español frente a las influencias extranjeras, añoranza por el pasado, implícito moralismo y cierto escepticismo ante el progreso que conlleva un cambio en las costumbres y en la sociedad. Podemos considerar a Flores como el último gran costumbrista del siglo XIX.

A partir de los años 70 aparecen unas nuevas colecciones influidas por *Los españoles pintados por sí mismos* en las que aparecen retratados nuevos tipos, continuando con el mismo propósito de reflejarnos la sociedad. La primera colección a la que hace referencia M^a de los Ángeles Ayala es *Las españolas pintadas por los españoles*⁷⁰ (título ya significativo al ser este estudio realizado exclusivamente por hombres lo que implica una dudosa objetividad), que según ella: «figura por derecho propio como pieza señera en los anales del costumbrismo dedicado sólo y exclusivamente al análisis de la mujer».⁷¹ La

⁶⁷ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo II, Cuadro II, p., 20.

⁶⁸ Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana...*, ob. cit., Tomo II, Cuadro XLII, pp., 334-336.

⁶⁹ Enrique Rubio Cremades, «Ayer, hoy y mañana», *Costumbrismo y Folletín. Vida y Obra de Antonio Flores*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1978, Vol. II, p., 156.

⁷⁰ *Las españolas pintadas por los españoles. Colección de artículos acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas*. Ideada y dirigida por Roberto Robert con la colaboración de..., Madrid, Imprenta a cargo de J. E. Morete, 1871-1872.

⁷¹ M^a de los Ángeles Ayala, *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*, Universidad de Alicante, 1993, p., 27.

mujer española es elogiada; sin embargo, como afirma Ayala, existe entre los hombres el miedo a que se sienta atraída por inquietudes culturales, reivindicando una independencia que ellos no comparten ya que su objetivo debe ser el matrimonio y las tareas del hogar obedeciendo a su marido, como antes lo hizo con su padre, e intentando crear un ambiente agradable. Esto queda patente en los tipos estudiados: «... Sólo encontramos diez artículos que muestran a la mujer ejerciendo un oficio o una actividad que conlleve un beneficio económico que le permita subsistir.»⁷² Citamos algunos: «La modelo», «La peinadora», «La mujer de empresa» y «La colillera».⁷³

Los demás artículos se refieren a la mujer de ámbito urbano de una clase social acomodada y siguen las pautas marcadas por los padres tutores o maridos: «La española neta», «La enamorada», «La que espera en el café», «La amiga», «La pollita», «La que no quiso casarse», «La futura», «Rosa la solterona», «La casa-hijas».⁷⁴

Otra colección costumbrista estudiada por M^a de los Ángeles Ayala es *Los Españoles de Ogaño*⁷⁵ publicada en 1872 como una segunda parte de *Los españoles pintados por sí mismos*. Según ella,⁷⁶ los tipos que aparecen en esta colección no obedecen a ninguna clasificación sistemática, se presentan tipos madrileños de ámbito urbano como «El sepulturero», «La modista», «El sastre», «El memorialista», «El pelero», «La planchadora», «El cochero de alquiler», «El peluquero», «El vendedor de periódicos», «El

⁷² M^a de los Ángeles Ayala, *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*, ob. cit., p., 31.

⁷³ *Las españolas pintadas por los españoles*, ob. cit., Ángel del Palacio, «La modelo», Vol. II, pp., 107-113; Adolfo Mentaberry, «La peinadora», Vol. I, pp., 113-119; Pablo Nougués, «La mujer de empresa», Vol. II, pp., 249-256; F. Moreno Godino, «La colillera», Vol. I, pp., 105-112.

⁷⁴ *Las españolas pintadas por los españoles*, ob. cit., Roberto Robert, «La española neta», Vol. I, pp., 241-250, «La enamorada», Vol. I, pp., 185-196, «La que espera en el café», Vol. II, pp., 183-190 y «La amiga», Vol. II, pp., 233-242; Leoncio Aller, «La pollita», Vol. I, pp., 211-218 y «La que no quiso casarse», Vol. II, pp., 89-96; Manuel Matoses, «La futura», Vol. I, pp., 55-65; S. De Mobellán de Casafiel, «Rosa la solterona», Vol. I, pp., 93-105; Enrique V. Cárdenas, «La casa-hijas», Vol. I, pp., 275-282.

⁷⁵ *Los Españoles de Ogaño, colección de tipos de costumbres dibujados á pluma por los señores...*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1872, 2 Volúmenes.

⁷⁶ M^a de los Ángeles Ayala, *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*, ob. cit., p., 48.

mozo de café», «El tabernero», «El casero», «La peinadora», «El vendedor ambulante», «La niñera» o «El trapero».

Como conclusión acerca de esta colección Ayala⁷⁷ comenta el desánimo que se refleja en los autores de esta colección producido por el panorama de pesimismo moral, social y político que observan en la vida española. Hay escritores que, como Larra, denuncian la mediocridad del momento caracterizada por la envidia, la ignorancia, el engaño o la falsa apariencia. No se observa en los artículos ninguna esperanza en el porvenir sino el lastre económico de la centuria y el desconcierto provocado por la revolución del 68. Los rápidos vaivenes políticos de la época parecen haber acabado con toda perspectiva de mejora para unos hombres que no son capaces de sacar a España del estancamiento social, moral y político que se ha ido produciendo con el paso de los años.

La última colección costumbrista que analizamos es *Madrid por dentro y por fuera*⁷⁸ publicada en 1873 en la que los escritores optan por mostrar lo bello, agradable, divertido y pintoresco de Madrid en estos años ironizando sobre algunos aspectos. Describen lugares concretos de la villa madrileña con su historia «La Puerta del Sol», «El café de La Iberia», «El café Imperial», «Los jardines del Retiro», «La Tribuna de periodistas» o «La Bolsa»,⁷⁹ donde la diversión es la nota predominante entre la aristocracia y la burguesía acomodada.

La clase social más criticada en esta colección es la llamada aristocracia del dinero, es decir, la formada por aquellos burgueses enriquecidos que compran sus títulos y honores

⁷⁷ *Ibidem*, pp., 63-64.

⁷⁸ *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es, Madrid al pelo, Madrid en camisa.* Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores, Madrid, A. De San Martín y Agustín Jubera, 1873.

⁷⁹ *Madrid por dentro y por fuera*, ob. cit., Manuel del Palacio, «La Puerta del Sol», pp., 9-14; E. Santoyo, «El café de La Iberia», pp., 495-504; Enrique G. Bedmar, «El café Imperial», pp., 371-378; Adolfo Mentaberry, «Los jardines del Retiro», pp., 255-264; Modesto Fernández y González, «La Tribuna de periodistas», pp., 413-426; Andrés Ruigómez, «La Bolsa», pp., 195-208.

con su dinero de dudosa procedencia; sin embargo las escasas clases populares que aparecen como «El aguador», «La modista», «Los alabarderos» y «La portera»,⁸⁰ son tratadas de manera positiva, resaltando sus virtudes.

Madrid por dentro y por fuera es, según Ayala,⁸¹ una modélica colección costumbrista donde los colaboradores son conscientes de su misión, Observan el nacimiento de nuevos tipos y son fieles recopiladores de una realidad inmersa en continuos cambios. La sátira, el humor y la ironía pueblan estas páginas que son fundamentales para el estudio de la sociedad española del último tercio del siglo XIX.

I.3 El costumbrismo en el siglo XX

Evaristo Correa Calderón⁸² comenta que, aunque el costumbrismo parecía eclipsado por la novela realista, surge de nuevo en el siglo XX con distintas características. Los nuevos escritores poseen una sensibilidad contemplativa que les hace comprender lo menudo, lo típico, los matices de lo popular, sin alharacas. Su estilo se basa en la naturalidad y renace el interés por los escritores clásicos y por la evocadora arquitectura de nuestras ciudades.

Algunas revistas contribuyen no solamente a presentar los problemas sociales que a principios de siglo preocupaban, sino que arremeten, como *Fígaro*, contra la inutilidad de los gobernantes y su pasividad e indiferencia. La revista *España* titulada «Semana de la vida nacional» fundada por José Ortega y Gasset en 1915 es la publicación con más amplia repercusión en la denominada «edad de plata» de la intelectualidad española reformista integrada por liberales, demócratas, socialistas y agnósticos que criticaron duramente el institucionalismo paralizador de la Restauración, proclamándose como portavoz de todo el descontento nacional.

⁸⁰ M^a de los Ángeles Ayala, *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*, ob. cit., p., 98.

⁸¹ *Ibidem*, p., 99.

⁸² E. Correa Calderón, *Costumbristas españoles*, ob. cit., p., XLI.

En el primer número bajo el epígrafe «España saluda al lector y dice»: Ortega y Gasset escribe el propósito que le lleva a publicarla:

Una nación es, ante todo, una solidaridad en ciertos prestigios. Cuando éstos son falsos se pierden, y cuando están perdidos la nación se desarticula [...] Por ello es urgente faena de patriotismo, dar un empujón definitivo a todos estos valores desprestigiados que corrompen nuestra vida colectiva. Nuestra política será, pues, la más sencilla del mundo [...] estaremos al lado de la España humilde [...] frente á las instituciones carcomidas.⁸³

Luis Olariaga⁸⁴ en la sección «Este Madrid de nuestros pecados...» en su artículo «Ahora que estamos en mayo» alerta sobre los horribles merenderos populares situados en los arrabales, lugares de esparcimiento para la gente y abandonados por el negociado municipal por ser un asunto sin gran trascendencia como sucede también con los pobres que aumentan cuando deberían disminuir surgiendo la mendicidad organizada cuya profesión es pedir.

La revista *España* publica una nueva sección de «Los españoles pintados por sí mismos», en el Prólogo⁸⁵ reconoce la importancia que tuvo en el siglo XIX y sigue teniendo como documento de tipos y costumbres, consideran necesario retomarla como reflejo de este nuevo siglo. En esta sección participan distintos escritores que describen nuevos tipos y oficios. Hacemos a continuación una enumeración de algunos de ellos:⁸⁶

⁸³ *España* (Semanario de la vida nacional), Madrid, 29 de enero 1915, Año I, Núm. I, p., 1.

⁸⁴ *España*, 1915, Año I, Núm. 16, p., 10.

⁸⁵ *España*, 1915, Año I, Núm. 18, p., 5.

⁸⁶ *España*, 1915, Pedro de Répide «El golfo», Núm. 21, pp., 7-9; Joaquín Dicenta, «El albañil», Núm. 23, pp., 7-8; Emilio Carrére, «El bohemio», Núm. 24, pp., 7-8; Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, «La estrella de género ínfimo», Núm. 26, pp., 7-8; Manuel Bueno, «El periodista», Núm. 27, p., 5; José de la Serna, «El opositor», Núm. 28, pp., 7-8; Luis Bello, «El hombre que hubiera servido mejor para otra cosa», Núm. 31, pp., 7-8; Andrenio, «El erudito», Núm. 32, pp., 7-8; Antonio Zozaya, «El cochero de punto», Núm. 33, pp., 6-7; Enrique Díez-Canedo, «El poeta de juegos florales», Núm. 34, pp., 7-8; Andrés González Blanco, «La modistilla», Núm. 35, p., 7; C. Rivas Cherif, «Un muchacho bien», Núm. 40, pp., 6-7; Eugenio Noel, «El señorito chulo», Núm. 43, pp., 7-9; Joaquín Montaner, «El hereu», Núm. 44, p., 10.

«El golfo», «El bohemio», «La estrella de género ínfimo», «El periodista», «El opositor», «El hombre que hubiera servido mejor para otra cosa», «El erudito», «El cochero de punto», «El poeta de juegos florales», «La modistilla», «Un muchacho bien», «El señorito chulo», «Nuestro gitano» y «El hereu».

Entre todos analizamos tres de ellos que nos han parecido especialmente representativos. El primero es «El golfo»⁸⁷ descrito por Pedro de Répide. Es el típico personaje, representante del pueblo madrileño de quien resalta sus características humanas y aclara que este calificativo no designa maldad sino el concepto de un ser independiente, afable, infantil, ingenuo, inquieto, sutil, admirador de todo esfuerzo y valía, con un espíritu quijotesco que defiende al débil. Es desinteresado y generoso, pero se rebela ante las imposiciones injustas. No sabe vivir si no está en la calle, le gusta disfrutar de la vida y asiste a todas las fiestas tradicionales.

El segundo es «El bohemio»⁸⁸ de Emilio Carrére que describe a este personaje alejándose de los tópicos y retratándolo fielmente. Frente a la imagen de un hombre desaliñado y parásito para la sociedad que tiene el vulgo, Emilio Carrére considera su bohemia como una forma espiritual de aristocracia y de protesta contra la ramplonería estatuida.

El último artículo al que hacíamos referencia es «El cochero de punto»⁸⁹ o cochero de alquiler de Antonio Zozaya, un personaje loable que se ha identificado como nadie con el espíritu popular. Conoce a todo tipo de gente que ha llevado a las fiestas de Madrid, a sus duelos y a sus entierros; se ha acostumbrado a distinguirlas. Es una persona discreta que desempeña su papel sin esfuerzo, percatándose de la inanidad de las cosas humanas.

⁸⁷ Pedro de Répide, «El golfo», *España*, 1915, Año I, Núm. 21, pp., 7-9.

⁸⁸ Emilio Carrére, «El bohemio», *España*, 1915, Año I, Núm. 24, pp., 7-8.

⁸⁹ Antonio Zozaya, «El cochero de punto», *España*, 1915, Año I, Núm. 33, pp., 6-7.

Centrándonos en la continuidad del costumbrismo, Álvarez Barrientos⁹⁰ considera como renovadores de este género a José Gutiérrez Solana, Ramón Gómez de la Serna, Antonio Díaz-Cañabate, Camilo José Cela y Francisco Umbral, escritores que observan su entorno y describen tipos en constante cambio, marcados por sus intereses de cada momento y por las coordenadas espacio-temporales de las circunstancias y del lugar en que viven.

Javier Huerta Calvo considera a Solana como uno de los innovadores de este género con sus obras *Madrid callejero* y *La España negra*:

El fervor que Solana sintiera por el arte tradicional [...] y el placer que encuentra en la observación de los ritos y las costumbres populares no puede ocultarnos la profunda y agresiva mirada que dirige a la España de su tiempo. Por ello sus cuadros resultan ser una visión sarcástica y patética de la España más bárbara [...] Ni moralismo ñoño ni falso intelectualismo, Solana rompe con las convenciones del género costumbrista tanto desde el punto de vista formal —por la mayor riqueza imaginativa que se observa en sus cuadros de costumbres— como por la actitud ante la vida.⁹¹

Para Camilo José Cela: «Solana fue un clásico en cuanto no admitió desmelenamientos de ninguna suerte de romanticismos y procuró reflejar lo que veía con la mayor precisión y la más exacta objetividad posibles [...] Solana no admite las idealizaciones y piensa que los ojos sirven para ver y no para adornar la imagen que se mira [...]».⁹²

Analizamos algunos cuadros de sus libros dedicados a Madrid *Escenas y costumbres* (1913 y 1918) y *Madrid callejero* (1923). Los temas de Solana son

⁹⁰ Joaquín Álvarez Barrientos, «Acreditar el costumbrismo», art. cit., pp., 3-4.

⁹¹ Javier Huerta Calvo, «Solana o la disolución del costumbrismo», *Ínsula*, Madrid, enero del 2000, Núm. 637, pp., 19-20.

⁹² Camilo José Cela, discurso de ingreso en la RAE titulado *La obra literaria del pintor Solana*. Madrid, Papeles de Son Armadans, MCMLVII, p., 26.

celebraciones como Nochebuena, el día de difuntos o Semana Santa; fiestas populares como El entierro de la sardina, La romería de San Antonio de la Florida, La romería de San Isidro, La fiesta de San Antón, La fiesta del Dos de Mayo, La verbena del Carmen o Las Carnestolendas. Los lugares que describe son Las ventas, el Rastro, el Retiro, La Puerta del Sol, Tetuán, la Gran Vía, la Plaza de la Cebada, los cementerios. En toda su obra destacan personajes de todo tipo: carreteros, pellejeros, cocheros, porteras, peinadoras, traperos, lecheros, sacamuelas, golfos, pobres, ciegos,

En su cuadro «Nochebuena»⁹³ describe el ambiente de alegría desbordada que observa en lugares diferentes. La Puerta del Sol se convierte en una mascarada por donde cruzan grupos de gente desaliñada y alborotadora que como diversión se sube a los faroles y los apagan, los grupos de artesanos y los seres más infelices disfrutan en esta noche bebiendo y comiendo en los bancos de Recoletos y en las aceras de la calle de Alcalá con rondas de guitarras y cantos canallescos, mezclándose al vocerío reinante. En la «Romería de San Isidro»⁹⁴ aparece gente desdichada como: criadas, gitanos, pobres, mudos cojos y mancos que comen y bailan gracias a las limosnas recogidas durante el día. José Gutiérrez Solana nos resume esta fiesta aludiendo al carácter profano que ha adquirido.

La «Visita a los fenómenos de la Pradera»⁹⁵ despierta el morbo de la gente que acude a visitar las barracas en donde se exhiben verdaderas rarezas humanas que son amargas atracciones.

Su melancolía aparece cuando describe lugares típicos madrileños como «El Retiro»⁹⁶ llamado vulgarmente, para Solana, el pulmón de Madrid y paseo preferido por todos con sus espesos bosques y sus paseos silenciosos y solitarios, donde pasó su infancia a la salida del colegio.

⁹³ José Gutiérrez Solana, *Madrid, Escenas y Costumbres* (primera serie), *Obra literaria*, Madrid, Taurus, 1961, pp., 125-127.

⁹⁴ *Ibidem*, pp., 139-141.

⁹⁵ *Ibidem*, pp., 142-144.

⁹⁶ *Ibidem*, pp., 170-173.

El nuevo plan urbanístico de Madrid de «La Puerta del Sol»,⁹⁷ suscita en Gutiérrez Solana su rechazo ante la destrucción del paisaje urbano, coincidiendo con los costumbristas anteriores. Resume estas reformas en breves pero contundentes palabras:

Poco a poco, hemos visto cambiar en la Puerta del Sol, su adoquinado por el asfalto, los tranvías de mulas y los rippers de oliva por el tranvía eléctrico, desapareciendo para siempre en esta plaza el carácter pintoresco de antaño.⁹⁸

Esta misma visión aparece en su cuadro «La Gran Vía»⁹⁹ en donde las antiguas calles han sido remplazadas por una red de edificios petulantes sin arte ni personalidad. Considera que las víctimas de todos estos lujos y adelantos han sido los antiguos vecinos de esas viejas calles obligados a irse a fuerza de sufrimientos y expoliaciones.

El progreso también trae consigo para Gutiérrez Solana la desaparición de algunas costumbres populares como «La fiesta de San Antón»,¹⁰⁰ una fiesta castiza que encandeece la sangre de los romeros. Nos describe su recorrido hasta llegar a la calle de Hortaleza que considera como uno de los viejos rincones más pintorescos de Madrid.

Concluimos su análisis con el cuadro «El ciego de los romances»¹⁰¹ que Solana dedica a su admirado Ramón Gómez de la Serna.¹⁰² Es un relato amargo donde los ciegos son los principales protagonistas. Son los transmisores de estos romances con temas macabros como crímenes, suicidios, raptos y catástrofes. El morbo de la gente que los escucha alienta, a veces, su invención. Describe las tiendas de la calle de Toledo, destacando las cererías cuyos escaparates inducen más a huir que a entrar dadas las figuras

⁹⁷ José Gutiérrez Solana, *Madrid: Escenas y Costumbres* (segunda serie), *Obra literaria*, ob. cit., pp., 179-190.

⁹⁸ *Ibidem*, p., 187.

⁹⁹ *Ibidem*, pp., 467-485.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp., 502-506.

¹⁰¹ *Ibidem*, pp., 224-231.

¹⁰² «Al gran escritor Ramón Gómez de la Serna, admirable autor de libros raros, inventor de «Greguerías», cronista del Rastro, del Circo, y del viejo Café de Pombo.», *Ibidem*, p., 224.

para exvotos que muestran y concluye con la tremebunda descripción de un ciego que canta y toca la guitarra mientras su mujer reparte papeles con la historia del romance *La ladrona de niños* y el público hace corro a su alrededor. No hay nada alentador en el Cuadro.

Una vez observada, aunque superficialmente su obra, es indudable la significación de José Gutiérrez Solana en la renovación del costumbrismo.

Finalizamos este apartado con el mejor retrato hecho a este autor y a su obra, según nuestra opinión, por su amigo y seguidor Ramón Gómez de la Serna:

Solana ha sido el observador llano y franco de este pueblo, pueblo de una humanidad abrupta, tragicómica, sombría, saliente, ruda, impar, con chiribitas de sol a veces.¹⁰³

Presenciar a Solana es presenciar a España, donde lo popular no ha perdido su intensidad, tanto que lo que más sorprende en la capital, en Madrid, es cómo la gente del pueblo vive mezclada a la gente de la ciudad y se mezcla a su tono y no se deja vencer por el señorismo [...] Solana es el supremo testigo de una cincuentena de años.¹⁰⁴

¹⁰³ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, Madrid, Trieste, 1986, p., 153.

¹⁰⁴ José Gutiérrez Solana, *Obra literaria*, ob. cit., «Palabras sobre Solana», p., 22.

SEGUNDA PARTE

Ramón escritor costumbrista

Ramón manifiesta la premisa que caracteriza su obra en su artículo «El concepto de la nueva literatura», publicado en *Prometeo*:

La primera influencia de la literatura es la vida [...] La nueva literatura, más amiga del banco de la plaza pública, o de la avenida o de los boulevares [...] no se desapercibe de la cuestión social [...] Somos de nuestra calle y de nuestra casa [...], toda vida para ser orgánica, ha de estar sita de un modo categórico. De tal manera que las calles han de ser verídicas, llevar su propio nombre, y hasta si en ellas se ve la mano indicadora del zapatero de portal no valdrá suprimirla. Todo lo nuestro debe tener un carácter de madrileñismo.¹⁰⁵

Ramón Gómez de la Serna y el costumbrismo

La curiosidad y observación son cualidades que deben tener todos los niños y Ramón experimentó a lo largo de su infancia varias mudanzas de casas y colegios que le agudizaron desde niño su capacidad de observación. Madrid envolvió al niño Ramón en sus juegos, en sus encuentros con tipos que acudían a su casa o veía pasar por la calle, en los lugares de paseo con sus padres, en todo lo que recrea una etapa decisiva que a veces los adultos no intuyen. Ramón fue un niño maduro y todo ese bagaje se fue acrecentando con el paso de los años. Su ámbito predilecto son las calles y callejuelas de su querido Madrid que ha recorrido y recorre como un «paseante en corte» y que le aportan un amplio mundo lleno de matices que no puede encontrar en un el recinto cerrado de una casa. Es un testigo directo de la realidad¹⁰⁶ urbana que encierra su ciudad.¹⁰⁷ Coincidimos con Alet

¹⁰⁵ *Prometeo*, Madrid, Abril de 1909, Año II, Núm. VI. pp., 3-23.

¹⁰⁶ Refiriéndose a toda su obra Julián Marías opina: «Esta pasión por la realidad ha salvado a Ramón de ser un realista.», «Ramón y la realidad», en *El oficio del pensamiento*, Madrid, Espasa Calpe, 1968, p., 203.

¹⁰⁷ Fernando Ponce resalta la simbiosis entre Ramón y Madrid: «La vida de Ramón está íntimamente relacionada con el Madrid que le vio nacer. Hasta el punto que uno y otro son

Valero: « [...] la déambulation ou la promenade semblent marquer non seulement une forme d'errance ou de découverte mais encore une façon de vivre, peut être d'écrire.»¹⁰⁸
Ha captado algo fundamental en Ramón su madrileñismo convertido en literatura.

Refiriéndose a la ciudad, explica José Camón Aznar: «Hay en sus páginas un rumor de tránsitos, de luces y de drama de gran ciudad. [...] En suma, la gran ciudad es el manadero de metáforas, de sugerencias ramonianas que el gran escritor nos ofrece.»¹⁰⁹

El madrileñismo ramoniano tiene un rasgo único, su forma de observar. En 1912 en *Prometeo* se autodefine bajo su seudónimo de *Tristán*: «No es un escritor, ni un pensador, es un mirador, la única facultad verdadera y aérea: Mira. Nada más.»¹¹⁰ Sin embargo, lo que Ramón considera una simple mirada es lo que va a caracterizar su estilo y nos introducirá en las costumbres de su época.

Julián Marías ha logrado definir la capacidad de observar de Ramón:

Ver es imaginar, interpretar, alumbrar las facetas de la realidad, hacer refulgir las conexiones. [...] Ramón mira y remira las cosas, casando la diversión con el aburrimiento, como un niño detrás de los cristales en tarde de

difícilmente explicables por separado. Madrid ha recibido distintos bautismos de Ramón; éste lo ha descubierto de nuevo, nos ha dado la mejor de las interpretaciones que se nos pueden ofrecer: su pluma multicolor y caleidoscópica lo ha creado y recreado [...] Ramón a lomos de su lupa microscópica, ha paseado el Madrid nuevo y el Madrid antiguo, sus calles de greguería, sus plazas de soledad transida en la palabra, sus cuevas y sus rincones; el Madrid gigante y el gigante Madrid condensado en los mil mundos del Rastro. Toda una teoría de una ciudad en la que el amor ha puesto siempre virtualidades multiplicadoras y fecundantes. Ramón le debe a Madrid lo mejor de sí mismo; Madrid a Ramón, palabras de enamorado que ve en todo momento lo que otros no ven.», Véase Fernando Ponce, *Ramón Gómez de la Serna*, Madrid, Unión Editorial, 1968, Capítulo II «Vida: La soledad compartida», p., 20.

¹⁰⁸ Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour» en *Ramón Gómez de la Serna*, Études Réunies par Évelyne Martín-Hernández, Clermont-Ferrand: Centre de Recherches sur les Littératures Modernes et Contemporaines, 1999, p., 78.

¹⁰⁹ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, «Teoría de Ramón», p., 74.

¹¹⁰ *Prometeo*, «Suplemento á *Prometeo*, *Tristán*, (Propaganda al libro «Tapices»)», Madrid, 1912, Año V, Núm. XXXVIII, p., 210.

domingo. Por eso todo lo que ve está tan vivido, previvido, anticipado, esperado, recordado, con su ilusión, su bostezo y su hoja de calendario arrancada.¹¹¹

A través de esa mirada, describe lo insólito en lo cotidiano con todo detalle. Capta situaciones, costumbres, comportamientos, celebraciones, calles, personas, objetos, y cambios, una realidad que, por muy banal que pueda parecer, la transforma en costumbrismo transmitiendo sus sensaciones.

La curiosidad e inquietud intelectual de Ramón desde muy joven, le permitió tener un profundo conocimiento de toda la tradición y escritores costumbristas a los que admira. Con costumbristas anteriores como Zabaleta, Ramón de la Cruz o Antonio Flores tiene en común, aunque con matices, su españolismo frente a las influencias y modas extranjeras, su escepticismo ante el progreso que conlleva a veces la pérdida del carácter típico de nuestras costumbres y cierta nostalgia por el pasado.

Con Antonio Flores comparte su interés por la historia que precede a su época y que el paso del tiempo hace cambiar permitiéndonos, a veces, comprender mejor los pros y los contras de la nuestra. Con José Gutiérrez Solana, coincide en casi todo. Ambos reflejan su personalidad y su forma de captar la realidad en su obra; aunque sean bastante distintas. Ramón es más optimista y más abierto a la hora de mostrar cuanto le rodea.

En Madrid y sus alrededores aparecen personajes típicos cuyo comportamiento refleja el carácter español. Pero como afirma Fernando Ponce: «La incisiva penetración de nuestro autor es lo que le ha llevado a saltar por encima de los tópicos y ver en los seres normales esas capas ocultas que los acercan al terreno de la singularidad.»¹¹²

¹¹¹ Julián Marías, «Ramón y la realidad» en *El oficio del pensamiento*, ob. cit., pp., 205-206.

¹¹² Fernando Ponce, *Ramón Gómez de la Serna*, ob. cit., Capítulo I «Ramón; Un hombre y una obra», p., 15.

Es consciente de que el paso del tiempo arrastra toda una serie de cosas que preferiría que se mantuvieran, pero también trae otras que aunque al principio le desconcierten acaba aceptándolas y comprendiéndolas.

Gaspar Gómez de la Serna define como obra maestra sus trabajos sobre Madrid basándose en el estilo de Ramón: « [...] el arte de Ramón es un foco que recorre por entero la ciudad y va iluminando cuanto coge de camino, sea lo que sea. Y coge tanto, acumula tanto que llega a reconstruir la ciudad de nueva planta. [...] Y la verdad es que, gracias a esa totalización, Ramón rescata para el costumbrismo—como un Larra sobrepuesto a un Mesonero—la imagen viviente de la actualidad.»¹¹³

Ramón es un transeúnte que observa, medita y escribe sobre todo lo que capta su atención y sensibilidad, desde lo más cutre a lo más agradable dependiendo lógicamente de sus preferencias. En su costumbrismo no hay crítica ni intención moralizante, Es como él, espontáneo, tierno, veraz e ingenioso.

II.1 Libros

Los tres libros que analizamos son el testimonio de cómo Ramón conoce toda su ciudad y dentro de ella sus sitios de esparcimiento y recogimiento preferidos son el Rastro y Pombo. Observaremos que su costumbrismo brota cuando escribe sobre el ambiente que emiten y resalta su ternura o rechazo al comprender lo que aparentemente oculta la gente que aparece en ellos, pero que él ve. Su tinta roja siempre defiende la sinceridad, el trabajo bien hecho aunque tarde en realizarse y a los desvalidos, criticando el abuso y la desfachatez en el comportamiento de la gente sea cual sea su estatus.

— *El Rastro* (1914)

Ramón publica su primer libro *El Rastro* en 1914 y escribe una segunda edición en 1931 en la que añade nuevos capítulos o fragmentos de artículos publicados en la prensa y

¹¹³ Gaspar Gómez de la Serna, *Ramón (obra y vida)*, ob. cit., pp., 130-131.

elimina otros. Es un libro muy estudiado¹¹⁴ por la humanización que intuye en los objetos que allí se encuentran y con los que Ramón decorará sus sucesivas habitaciones. Coincidimos con José Camón Aznar cuando afirma:

No son sólo las cosas. En este libro y de una manera nítida se nos presenta su ambiente, su paisaje, sus hombres, su luz. El Rastro es ese pozo de la ciudad que en su marcha hacia él se va empobreciendo, con las cosas cada vez más míseras o más hacinadas, con unos hombres más moros, más sin afeitar y de unas miradas más duras. Hay más perros de lanas viejas por la calle y mozos de cuerda de ojos de buey.¹¹⁵

El Rastro es el lugar más frecuentado por Ramón que como transeúnte solitario y comprador desde años antes de escribirlo¹¹⁶ ha observado el ambiente que origina la gente que lo puebla y que será la base del costumbrismo ramoniano en este primer libro.

Empezaremos por su primera edición, donde Ramón afirma en el «Prólogo» la significación que este lugar supone para él: «El Rastro no es un lugar simbólico ni es un simple rincón local [...] es ese sitio ameno y dramático, irrisible y grave que hay en los suburbios de toda ciudad.»¹¹⁷ y a continuación matiza «[...] es sobre todo, más que un lugar de cosas, un lugar de imágenes y de asociaciones de ideas [...] sensibles, sufridas,

¹¹⁴ Julián Marías define el estilo y relación de Ramón con los objetos de El Rastro: «Nunca es Ramón más Ramón –y menos realista– que cuando parece complacerse, extasiarse, en las cosas; en [...] *El Rastro*, en el que renuncia a todo —a la novela, al ensayo, al pastiche, hasta a la irrenunciable greguería, para quedarse, como un torero, solo con las cosas—. Entonces es cuando Ramón opera con ellas y les extrae su realidad.», Véase «Ramón y la realidad» en *El oficio del pensamiento*, ob. cit., p., 204.

¹¹⁵ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «*El Rastro*», p., 120.

¹¹⁶ Ramón comenta: «Durante muchos años he hecho largos viajes a través de él, intentando darle fondo, pero sin pensar nunca hacer un libro con su asunto, cuando de pronto una tarde de vuelta a la ciudad me he encontrado ya hecho, impreso y atezado este libro, como si lo hubiese adquirido en un baratillo de libros viejos, con mi nombre en la portada y con algo del sentido, de la concepción que yo habría querido darle. Un origen tan sorprendente, tan paradójico y tan espontáneo ha sido el de este libro» en Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1998. «Prólogo XI» de la primera edición, p., 86.

¹¹⁷ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Prólogo I», p., 77.

tiernas interiores, que, para no traicionarse, tan pronto como se forman [...] se deforman en blancas, transparentes, aéreas y volanderas ironías.»¹¹⁸

Empezamos el análisis costumbrista con los capítulos que Ramón dedica a las personas que encuentra en el Rastro: vendedores, compradores, visitantes y otro tipo de gente diversa que capta su atención. En el capítulo «Las gentes»¹¹⁹ Ramón nos relata el amargo ambiente y características de los vendedores y sus familias. Observa confuso la individualidad que mantiene toda esa muchedumbre que sólo coincide en la gravedad y dramatismo de sus rostros con gestos raros y aviesos. Los hombres, descansan plácidamente y en vez de comerciantes parecen buenos vividores que juegan a los naipes mientras beben sin preocupación. Gozan de absoluta libertad, abren sus puestos sin horario, lo abandonan cuando quieren y sólo después de ser invocados a grandes gritos aparecen.

Las mujeres son, en general, desagradables independientemente de su edad. En las viejas del Rastro, Ramón ve un estatus:

« [...] las ricas, o séase las que tienen los mejores puestos, son viejas recias, sonrosadas [...] hinchadas de calderilla que suena en sus bolsillos a cada paso...Las otras, las pobres, son angulosas macabras casi, con ojos sin pestañas, acabadas como escobas viejas y, sin embargo laboriosas y dispuestas aún [...].¹²⁰

Las mujeres maduras tienen rostros hostiles y crueles con un carácter abominable y las jóvenes, con cuerpos exuberantes, alardean ante los piropos vulgares y sienten el orgullo que despiertan en sus familias. Tienen una actitud soberbia y una malicia que les hace disfrutar exasperando a los hombres.

¹¹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Prólogo X», p., 84.

¹¹⁹ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Las gentes», pp., 103-105.

¹²⁰ *Ibidem*, p., 105.

Los numerosos niños¹²¹ que pululan por el Rastro le producen a Ramón una sensación inquietante, nacidos en un ambiente nefasto son un reflejo de lo que ven acentuado por su vitalidad y falta de control.

Ramón presencia en el capítulo «La arribada de todo»¹²² la llegada de las cosas en carros atestados tirados por mulas, que son vaciados en el centro del Rastro ante la mirada siniestra de los capitanes de los puestos. Se abalanzan para poder conseguir lo que consideran más valioso mientras que el dueño de la mercancía les observa satisfecho y regatea cruelmente cuando se hacen los lotes. Es el triunfador en este barullo. También llegan al Rastro otras cosas de manera discreta, son llevadas por personas anónimas que necesitan dinero. Ramón se humaniza con ellas y observa la actitud despreciativa de los compradores que juegan con sus sentimientos y las tasan a precios muy bajos sabiendo de antemano que serán las más valiosas de sus puestos.

Entre los vendedores, Ramón identifica tipos de toda clase como «El viejo de los relojes»¹²³ que duerme la siesta en el fondo de su puesto rodeado de relojes de todo tipo; una vieja y dos hombres de aspecto lamentable en su puesto de «Calzado viejo»¹²⁴ donde deshacen y queman zapatos rotos; «El hombre más cínico»¹²⁵ que sólo llama a los transeúntes respetables despreciando a los pobres y a los chicos que se acercan a su puesto.

¹²¹ Ramón los describe descorazonado: «Parecen larvas nacidas de estos restos sucios. Parecen algo relapso criminal, nefasto [...] No alienta en ellos la rebeldía esperada, sino una maldad, una injusticia de príncipes antojadizos, envidiosos, autoritarios, sanguinarios, amigos de tirar piedras. Nada original hay en ellos, eso es indudable ante esta viva realidad del Rastro que plantea elemental y sobriamente los problemas. En su abandono sólo el tiempo los cuida como a una antigualla cualquiera, son como una novedad.», *Ibidem*, p., 108.

¹²² Ramón resume esta cruel actitud: «Y así vienen, se desengañan y se van otros personajes [...] como si hubiesen robado lo que ofrecen o como si comprendiesen que han llegado al último trance de su miseria, y así van dejando cada uno su cosa, una a una, sin dejar señales de su nombre ni de su origen.», Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «La arribada de todo», pp., 111-116.

¹²³ Ramón lo describe: «... el relojero, dormido con la boca abierta y los brazos caídos como pesas a ambos lados del péndulo del corazón, parecía otro reloj, tan puntual como los otros.», Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «El viejo de los relojes», p., 143.

¹²⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Calzado viejo», p., 153.

¹²⁵ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «El hombre más cínico», pp., 170-174.

Es el más cruel de todos los traperos, tima a las pobres e ingenuas gentes que le vienen a vender algo y consigue además que sus víctimas le pidan perdón.

Ramón no ignora a «Los transeúntes»¹²⁶ que suelen pasar inadvertidos, nos presenta indigentes abstraídos que caminan con lentitud, trabajadores apresurados que van o vuelven de su trabajo, avaros pobres que no compran nada, viudas demacradas y matrimonios pobres que buscan cosas cotidianas muy baratas para su lóbrego hogar, viejas de sombreros antiguos que buscan abalorios, jóvenes petimetres que lo miran todo con superfluidad y extranjeros curiosos incapaces de comprender y amar lo que ven. Ramón define como «Hombres anormales e inclasificables» a los anticuarios que desentonan por su apariencia en el centro de Madrid y se sienten importantes en el Rastro, saben comprar lo que les interesa para después venderlo en su tienda.

«Los mendigos»¹²⁷ se sitúan en las encrucijadas del Rastro. Son pobres solemnes, resignados, pacíficos, que parecen vivir del aire. Ramón destaca dos ciegos, que son idénticos a los antiguos mendigos de los más antiguos caminos, uno tiene una pobre flauta de caña y otro una campanilla (una esquilita de cordero) atada al brazo.

Ramón observa en el capítulo «Momentos»¹²⁸ cómo durante el invierno los vendedores del Rastro olvidan sus rencillas y se agrupan alrededor de piras de cosas, hablando de sucesos lejanos. Los niños también se divierten y evitan que el fuego se apague echando restos que encuentran.

¹²⁶ Escribe Ramón sobre estos personajes: «De las miradas involuntarias que en la asiduidad se nos han escapado hacia ellos conservamos el recuerdo de algunos tipos posibles.», Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Los transeúntes», p., 197.

¹²⁷ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Los mendigos», pp., 315-319. Ramón incluye en este capítulo a los mozos de cuerda: «Los mozos de cuerda del Rastro son sin duda mendigos, aunque formen una clase más vana [...] la clase media de la mendicidad. Desastrados, con todos los estigmas de la mendicidad, flacos, encorvados, medio descalzos, esperan alrededor de las cosas [...] deseando cogerlas a cuestras y llevarlas a cualquier parte. Son los mozos de cuerda desechados de la ciudad [...]», *Ibidem*, p., 319.

¹²⁸ La poesía fluye en Ramón al describir este momento: «...La ruda amistad de unos con otros al sentirse aplacada siente cierta voluptuosidad en esa hora de frío junto al fuego sagrado [...] Estas pequeñas hogueras son aquí como una depuración, como un misterio de gloria.», Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Momentos», p., 237.

Un personaje relevante del Rastro es «Azorín»¹²⁹ a quien Ramón dedica este libro y un capítulo. Es el que mejor comprende y valora lo castizo de este lugar.

Ramón desearía hacer dos cosas en el Rastro: plantar un ciprés,¹³⁰ obviando su relación con la muerte, pero no la consolación que representaría en este lugar y eliminar un alto poste de telégrafos¹³¹ que invade con sus hilos el cielo libertario del Rastro.

Cuando Ramón escribe la segunda edición, en mayo de 1931, comenta¹³² que ha añadido capítulos intermedios y unos paseos epilogales que contienen lo que ha observado durante los paseos que ha realizado durante esos diecisiete años. En estos paseos nos aparecen nuevos tipos:

El chamarilero más decidido del Rastro odia de tal modo que le supongan araña en la inacción, que no hace más que propalar:

— ¡Vendo un horror! ¡Un verdadero horror! Le digo a usted que es un aborrecimiento vender tanto... Ayer cinco mil pesetas a la marquesa de Eloy, diez mil a la Valderillo, ochocientas al marqués viudo de Mondas, etc., etc...

¹²⁹ Escribe Ramón: «Azorín pasa como una viva evocación por el Rastro asumiendo su sentido con verdadera ponderación, sonriendo cuando debe y trasluciendo una intensa perplejidad ante lo que de sí es trágico, corregido en él ese gran defecto [...] de reír de lo trágico, de lo que debe suspender los ojos y el corazón atónitos, sobrecogidos, compadecidos, y de llorar, enseriecerse y lamentarse de lo que debía hacerles sonreír.» Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Azorín», Apéndice (Capítulos de la primera edición eliminados después), p., 372.

¹³⁰ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Haría bien un ciprés», p., 160-162. En el año 1925, Ramón escribió el artículo «Defensa del ciprés» en *La Esfera* en el que se opone a una orden dada para eliminarlos de los cementerios, alegando que son los únicos consoladores de la muerte y añade: «Y no se diga que el ciprés es tétrico, feo, lúgubre. Hay que verle en sitios que no sean cementuales, en campos profanos, para darse cuenta de que lo que es gallardo, humano, con catadura un poco solemne, pero ante todo y sobre todo poeta de gran corazón. Es árbol moreno, árabe, de elevado continente, que puede muy bien dar presencia al sitio y preparar una pasión más desgarrada en el fondo de la casa encipresada.», *La Esfera*, Madrid, 27 junio, 1925, Año XII, Núm. 599, s. p.,

¹³¹ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Livandades», p., 288.

¹³² Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Prólogo a la segunda edición», p., 408.

¡Le digo a usted que esto no lleva camino! ¡Estoy cansado de billetes de mil,
difíciles de cambiar en todos lados!¹³³

Continúan los transformadores de zapatos partiéndolos con grandes hachazos y aparece el vendedor de plumadas con: «las más aplomadas plumadas del mundo, espera al nuevo edificador que prefiere la plumada experta, que no engaña, que adquirió vieja relación con la fuerza de gravedad.»¹³⁴

Ramón destaca en estos vendedores la honradez y amabilidad. Cuando los compradores no pueden llevarse lo que han adquirido, envían a los mozos y la mercancía siempre llega a su destino aunque a veces tarden meses. No hay recibo que justifique la compra, con la palabra dada basta: «En cuanto a desconfiar del cambio al dar un billete, es el sitio que mejores vueltas dan, pues, aunque a veces dan duros negros, es que son duros que trascienden a calderilla, pero más verdaderos que ningunos.»¹³⁵

El ambiente es desolador en invierno y bajan ancianas de cualquier clase social a comprar braseros. Esta tristeza la compensa la alegría de la taberna del xilofonista,¹³⁶ ubicada en la Ronda, donde todas las mañanas del domingo el tabernero xilofonista da conciertos estrepitosos y melodiosos que acompañan y animan a los bebedores.

¹³³ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilogales, MCCLXXXVIII», pp., 441-442. Es un fragmento del artículo que escribió Ramón en 1929 en *Buen Humor* en el apartado «Ramonismo. Descenso del Rastro», Madrid, 15 de diciembre de 1929, Año VIII, Núm. 420, p., 14 y que transcribe íntegro en este paseo.

¹³⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilogales, MMI», p., 472. Este fragmento se publicó en *La Gaceta Literaria* en 1929 en el apartado «Gaceta de Pombo. El Rastro», Madrid, 1 de julio de 1929, Año III, Núm. 61, página cuarta.

¹³⁵ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilogales, MCDXC», p., 454.

¹³⁶ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilogales, MMI», pp., 470-471.

Ramón ratifica su españolismo en el capítulo «Las «grandiosas» y las «primitivas» Américas»:

La visión más importante de España, lo que revela cómo se ha adelantado a todo, está en este señalamiento de Américas. [...] España entera está en el Rastro y es puro Rastro. [...] España, la conquistadora, se retrotrae y se recoge en su propio solar.¹³⁷

Yo siento mi patriotismo reconcentrado, propio y fiero, en ese paraje, que es mi viaje de recreo entre novela y novela.¹³⁸

Entre los objetos que Ramón va encontrando en su paseo MCCLI¹³⁹ hay algunos curiosos que nos trasladan a su época como un baño de asiento, una butaca de cine, retratos de quienes posaron con los primeros automóviles llenos de orgullo y entredoses pesados con relieves dorados que representan un amor jugando con Diana y que el mozo de cuerda debe mostrar bajo la orden del vendedor para que pueda ser visto y comprado.

El Rastro es para Ramón su solaz: «Voy a llevar allí mis temporadas, muchas veces, cuando me comienzan a salir días malos, los días malos, y cuando me comienzan a salir días muy buenos, los días buenos.»¹⁴⁰ Durante sus paseos descarga sus frustraciones y cuando regresa a su despacho se siente aliviado aunque no haya adquirido ningún objeto.

Es significativa la pregunta que plantea en el paseo MMCCIV «¿Es el Rastro el que está en Madrid, o Madrid en el Rastro?»¹⁴¹

¹³⁷ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Las «grandiosas» y las «primitivas» Américas», pp., 310-311.

¹³⁸ *Ibidem*, p., 314.

¹³⁹ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilógicos, MCCLI», pp., 439-441. Este paseo fue publicado por Ramón en su artículo «Horario: Nuevo paseo por el Rastro», *Crisol*, Madrid, jueves 9 de abril de 1931, Año 1, Núm. 3, p., 10.

¹⁴⁰ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilógicos, MCCCVIII», p., 444. Fragmento de su artículo publicado en *La Gaceta Literaria* apartado «Gaceta de Pombo. El Rastro», Madrid, 1 de julio de 1929, Año III, Núm. 61, página cuarta.

¹⁴¹ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Apéndice, Algunos paseos epilógicos, MMCCIV», p., 478.

En este primer libro ya se encuentran las características de lo que consideramos costumbrismo ramoniano:

—Su sensibilidad cuando describe vendedores, compradores, ambientes o situaciones, le descorazonan los desaprensivos y se solidariza con los más débiles.

—Su singular capacidad de observación para detectar lo inverosímil.

—Su lirismo cuando transcribe lo que ve.

—Su españolismo o madrileñismo.

En 1932 Ramón publica su artículo «El primer vistazo» en el que escribe que el Rastro es el primer lugar que visita después de su estancia en América durante ocho meses. Comprueba que los vendedores de los puestos de las Grandiosas y Primitivas Américas continúan con su apacible vida, aunque vendan poco, junto a la Ribera de Curtidores y a la taberna «La Inesperada» que separa las dos Américas.

Termina el artículo con una loa a su querida ciudad: «¡Madrid campechano, sensato, rítmico en el vivir, hecho de sutilidades y de alambicaciones, vuelvo otra vez a ti desde más lejos que nunca para no creer más que en tu crisol!»¹⁴²

— *Pombo (1918)* y *La sagrada cripta de Pombo (1924)*

Refiriéndose a estos dos libros comenta Ramón:

Primero este libro se compuso de un tomo voluminoso, con muchos grabados; después salió el segundo, más voluminoso que el primero, y por fin la editorial Juventud publicó un grueso tomo —agotado como los anteriores— [...].¹⁴³

¹⁴² Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, sábado 19 de marzo de 1932, Año I, Núm. 63, «Horario. El primer vistazo», p., 3.

¹⁴³ Ramón Gómez de la Serna, *Mis Mejores Páginas Literarias*, Madrid, Editorial Gredos, 1957, «Sagrada cripta de Pombo. Prólogo», p., 17.

El libro al que se refiere Ramón se publicó en Buenos Aires con el título *Pombo. Biografía del célebre café y de otros cafés famosos*, en 1941. Analizamos los dos tomos publicados por separado en Madrid por la Editorial Trieste en 1986. Ramón escribe este libro dedicado a su segundo refugio,¹⁴⁴ Pombo, en dos etapas y hubiera escrito otro si hubiese podido. No sabemos lo que hubiese añadido porque consideramos sus dos libros como un documento histórico y costumbrista de la vida en el Café y su entorno. Ramón no se limita a describir el Café y las tertulias literarias muy frecuentes en su época, observa en él la gente que lo frecuenta y las calles que lo rodean con los tipos que por ellas transitan; nos ofrece la crónica del Café en diferentes horas; incluye biografías de sus contertulios e incluso un atisbo de la suya.

Como iremos viendo, su tinta roja nos seguirá mostrando sus preferencias, su sensibilidad con algunos personajes y su intuición de la vida de otros, sólo con mirarlos.

Su atracción por Pombo la manifiesta en 1912 en *Prometeo*,¹⁴⁵ de la que era director, bajo su seudónimo *Tristán*. Inicia su relato con el itinerario hasta llegar al Café centrándose en la calle de Carretas donde está ubicado.

Por la antigua calle de Carretas se va encontrando mezclados diversos tipos ciudadanos: una cupletista que lleva una pluma hasta los pies, una doncella de talle diminuto con delantal blanco y grandes botas, un obrero con los puños cerrados y los hombros caídos que hincha el cuello oprimido, humillado y soberbio; un hombre de

¹⁴⁴ Ramón nos explica lo que significa Pombo: «Pombo es así nuestra catacumba, nuestra ermita, nuestra sinagoga, nuestra cueva en la tierra, sintiéndonos allí lejos de la ciudad como en el pinar espeso de la noche sin dejarnos de sentir por eso tan ciudadanos y tan en la ciudad como no queremos dejar de estarlo». Ramón Gómez de la Serna, *Primera proclama de Pombo*, Madrid, Imp., J. Fernández Arias, 1915, s. p.,

¹⁴⁵ *Prometeo*, Madrid, 1912, Año V, Núm. XXXVIII, «Suplemento á *Prometeo*, «Tristán (Propaganda al libro *Tapices*)», s. p., Ramón relata su entrada poéticamente: «...Abrimos la puerta esmerilada de Pombo que suena como las puertas desvencijadas y muertas que dan al rincón oscuro donde enroscarse admirablemente. Miramos al fondo del café buscando una de esas rinconadas desde las que no se vé el tiempo ni se distingue ningún compromiso de los que nos obligan y se ciernen sobre nosotros; [...] Nos sentamos. Y [...] sentimos el dulce entierro en la blanda excavación de los divanes de café.»

negocios gordo y ramplón o un «muchachito» pusilánime y fatuo portando un bastón fino. También observa los tranvías que van abarrotados de hombres antipáticos y de mujeres chismosas. Ante toda esta gente que le agobia, su entrada en Pombo es un oasis de tranquilidad.

Ramón publicó en 1915 la *Primera proclama de Pombo*¹⁴⁶ con motivo de la fundación de su tertulia literaria. En ella explica sus convicciones sobre lo que debe ser la literatura y el arte en general en esa época, reprueba el estancamiento y la manipulación y defiende el individualismo a pesar de las críticas. Centrándonos en el costumbrismo, los primeros fragmentos que analizaremos hasta el capítulo dedicado a «La Plaza Mayor»¹⁴⁷ fueron transcritos de esta *Proclama* en su libro *Pombo*.

—*Pombo* (1918)

La primera edición fue publicada en Madrid por la Imprenta Mesón de Paños en 1918 y Ramón inicia el libro con la calle de Carretas destacando las numerosas tiendas de portal que se encontraba hasta llegar al Café. Su visión es más alentadora que en 1912:

¡Y tiene balcones a la calle de Carretas! Nunca se insistirá bastante en lo que vale esta calle!

Es la calle en que se saluda mejor a toda la población; es la vía estrecha y concurrida que necesita una población tanto como la vía ancha y concurrida. No es la vía de los elegantes ni la de los pobres. Es la vía de todos, en la que se confunden y mezclan. Los tranvías no pueden pasar deprisa por ella y son como balcones en los que tranquilamente se ve a los que pasan, y se ve cómo las mujeres encuentran el intersticio que queda entre los grupos de transeúntes.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Ramón cita en ella a los fundadores: Manuel Abril, Salvador Bartolozzi, José Bergamín, Rafael Bergamín, Tomás Borrás, Rafael Cansinos-Assens, José Gutiérrez Solana, Ramón Gómez de la Serna, Gustavo de Maeztu, Diego M^a Rivera y José Cerezo (Camarero de nuestra capilla), Ramón Gómez de la Serna, *Primera proclama de Pombo*, ob.cit. s. p.,

¹⁴⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, Madrid, Trieste, 1986, «La Plaza Mayor», pp., 87-89.

¹⁴⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*. ob. cit., «Entrada», pp., 12-13.

Continúa con la descripción exterior de El antiguo café y botillería de Pombo: « Por esta calle de tiendas desiguales, de tiendecitas de portal, es por la que se llega a Pombo y se le ve. [...] está en los bajos profundos de una casa entañona, valetudinaria, grandota, de color atezado y antiguo.»¹⁴⁹ Destaca sus grandes balcones cerrados por la noche, un balcón simulado¹⁵⁰ en la esquina que no le agrada y unos pequeños balcones malogrados situados sobre las tiendas.

Ya en el interior de Pombo, Ramón se recrea al sentir «La luz afable»¹⁵¹ del gas que ilumina todo el Café, es contrario a la luz eléctrica que, según él, disuelve los pensamientos y la intimidad.

Empieza el relato del diferente ambiente que va experimentando Pombo a lo largo del día. Por «La mañana»¹⁵² está tranquilo, es temprano y sólo entran a desayunar algún maestro de obras y cobradores de letras con su jefe que les lee las señas y las cantidades mojando el dedo para repasarlas y no olvidar ninguna, mientras los mozos limpian todas las cosas que pueblan el café.

Por «La tarde»¹⁵³ se vuelve más convencional con la entrada de los clientes asiduos. Ramón se centra en la descripción de un personaje singular, doña Manolita, una anciana enjuta que entra encogida por el frío y sonríe al entrar, saludando a las mujeres que le son familiares, a los caballeros y a los curas que se suelen reunir en Pombo por la tarde. Sólo se

¹⁴⁹ *Ibídem*, pp.,15

¹⁵⁰ Ramón publicó el artículo «Los balcones simulados» ratificando su opinión en *Buen Humor* (Semanario satírico), Madrid, 5 de agosto de 1923, Año II, Núm. 88, p., 8. Lo incluyó en 1926 en su libro *Gollerías* que analizamos en el apartado II.2.

¹⁵¹ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «La luz afable», p., 24. Fragmento incluido en la *Proclama*.

¹⁵² Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «La mañana», pp., 41-42. Fragmento incluido en la *Proclama*.

¹⁵³ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «La tarde», pp., 43-44. Fragmento incluido en la *Proclama*. Nos matiza el personaje de doña Manolita: «Trae los ojos lacrimosos; se los enjuga después de sentarse, así como el moquillo, que cuelga de su nariz como una gota de lluvia de una balaustrada.» e identifica el ambiente de Pombo: «Está espeso como un chocolate a la española».

recupera cuando pide un chocolate con picatostes. Conforme avanza la tarde Pombo se va llenando con diferentes tipos: provincianos de alma tierna y desolada, abuelos con sus nietos, gentes indiscretas de todos los estratos sociales que se observan mutuamente mientras consumen lo que han pedido, Todos se reúnen en lo que Ramón denomina *la fiesta del chocolate*. Es el momento que menos le atrae.

En Pombo, sin tanta aglomeración, Ramón rememora¹⁵⁴ con antiguos señores la época en la que había sobre las mesas de Pombo, braserillos para encender los cigarros, cómo Azorín recordaba la asistencia de D. Antonio Flores y la confidencia de un camarero sobre la entrada inusual de dos monjas¹⁵⁵ en Pombo, que Ramón intuye que estaban cansadas por las largas caminatas que solían hacer apoyándose la una en la otra. Las admira por saber compaginar cierta pasión por la vida con sus hábitos estrechos y alude a Santa Teresa que igual que dijo que Dios andaba entre los pucheros, hubiera dicho que Dios andaba entre las tazas, las cafeteras y las grandes ollas de cobre de Pombo.

El personaje más entrañable de Pombo es «Pepe»,¹⁵⁶ el camarero por excelencia, Ramón enumera todas sus cualidades, lo considera un hombre culto, sensato y discreto que

¹⁵⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Algunas tradiciones», pp., 51-52. Fragmento incluido en la *Proclama*. Refiriéndose a Antonio Flores Ramón añora su presencia: «¡Oh, qué grato es que D. Antonio, aquel hombre que se adelantó á la ironía y á la observación de ahora, se sentase en estos divanes y mirase el mismo techo en el que parece que nos encontramos con su mirada así como con otras miradas interesantes y perplejas!»

¹⁵⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Las monjas», pp., 56-57. Fragmento incluido en la *Proclama*.

¹⁵⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Pepe», pp., 62-63. Fragmento incluido en la *Proclama*. Sobre Pepe escribió un amplio artículo «Pombo, Las últimas notas» ampliando su descripción: «Nuestro camarero Pepe, ese sacristán viejo, que cuida mejor la Iglesia que nadie [...] nos es cada vez más querido. Hace cuarenta años que vive esta vida sosegada y central. Él nos ha ido contando muchas cosas del café [...] Pepe vive en el último piso del noble caserón de Pombo [...] Pepe no sale más que un día cada once, y ese día él, que fuma siempre pitillos, fuma en pipa—quizás para caracterizarse de transeúnte extraño—, y se va a... No se lo hemos preguntado [...] debe ir pianito, pianito, pasito, pasito a Rosales o a la Moncloa [...] Pepe fue sereno antes de camarero y ese trato amable que él tiene con la noche, se ve bien claro que lo aprendió en la noche de la calle —tan depuradora y tan comprensiva—, abriendo las puertas y dando afablemente las buenas noches. Se le ve satisfecho ahora de estar a cubierto de las grandes heladas que padecía antaño, y solo conserva un gesto de sereno pronto y condescendiente, el gesto de sacar, del mismo sitio de que sacaba la llaves, la cucharita que nos alarga. Pepe también resulta que es de Lugo y de vez en cuando vuelve a su tierra como los serenos que todos suelen ser de por allá y que tan

escucha atentamente con una admirable curiosidad intelectual durante la tertulia pombiana y sonrío asintiendo sin decir nada. Es digno, no servil, y educado. A veces, se sienta y lee un rato, otras se queda dormido por el cansancio acumulado desde las ocho de la mañana que empieza su trabajo.

La tertulia de Ramón termina el sábado sobre las dos de la noche y al salir dan siempre una vuelta ritual a la Puerta del Sol¹⁵⁷ para corroborar que están en el centro de España. Muchas veces también rodean «La Plaza Mayor»¹⁵⁸ que Ramón considera el centro de la circunferencia total de España y pasean bajo sus soportales donde se sienten más madrileños.

En este apartado, Ramón, nos relata sus impresiones sobre esta plaza. Por la tarde le resulta muy pintoresca por la mezcla de tipos como soldados que se reúnen; sacamuelas que peroran con elocuencia; ciegos que cantan y tocan; vendedoras de avellanas y cacahuetes y vendedores de higos secos que se sitúan en el dintel de los soportales. Su vecindad es heterogénea, hay muchos sastres, algún colegio de niños y numerosos empleados con abundante familia. Las terrazas de las casas están llenas de cuerdas con muchas macetas y hay tiendas de ultramarinos con muchos quesos del país, tiendas de bisutería que son las únicas que venden el típico «Recuerdo de Madrid» y gorrerías que Ramón considera como las tiendas más características de la Plaza Mayor.

En el apartado «Los asiduos, los extranjeros, los pasajeros» Ramón escribe pequeñas biografías de numerosos personajes de Pombo y de su amigo José Gutiérrez Solana destaca su sonrisa llena de un resplandor mortificado que: «viene de contemplar la sombría y grave España nuestra, [...] le ha dado ese duro rictus en el que hay también una

inquietantemente desaparecen de vez en cuando y son substituidos por un hombre, es decir, por quien no tiene la definida personalidad del sereno, es decir, por un ser menos cuadrado, menos definitivo que el sereno, un ser sin transigencia, sin la idea intuitiva y veloz de la diferencia de las llaves y sin el paso acompasado y seguro de los serenos.» Ramón Gómez de la Serna, *La Semana*, Madrid, Sábado 19 de agosto de 1916, Primer Año, Núm. 14, «Pombo, Las últimas notas», p., 13.

¹⁵⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Vuelta al Cafetín», p., 188.

¹⁵⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «La Plaza Mayor», pp., 87-90.

amargura contenida dignamente, la amargura de la soledad en un pueblo bello y de una realidad sincera, pero en el que la verdadera interpretación es perseguida y resulta ininteligible.»¹⁵⁹ Lo considera único por vivir durante una temporada en la «Posada del Peine»¹⁶⁰ para escribir su primer tomo de «Madrid».

Su admiración por Solana resulta de su madrileñismo más ingrato e insiste:

Solana ha comprendido y ha pintado Madrid como nadie, recogiendo el momento más agudo de esta ciudad, ese que hemos visto en nuestra juventud, cuando Madrid era la ciudad de tejados más complicados y más de aldea revuelta. Él, ha conseguido la síntesis de esa época de edificación lenta, de casas «operadas» y a medio derruir descubiertas largas épocas y mostrando su fondo antiguo e irregular de planos fantásticos, de papeles inverosímiles, de tramos inesperados, de puertas desiguales y con gateras, de alacenas y de retretes disimulados en la pared.¹⁶¹

Nuevos tipos aparecen en Pombo en el apartado «Los extraños»¹⁶² como sus vendedores de periódicos, la vendedora de palillos, la florista, la vendedora de décimos, y otra gente.

¹⁵⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Los asiduos, los extranjeros, los pasajeros», p., 154. Solana es a quién más páginas dedica Ramón en este apartado.

¹⁶⁰ *Ibidem*, pp., 158-159. Ramón rememora la estancia de Solana en esta posada al escribir su biografía: «La Posada del Peine era la posada que quería ser la de los pueblos de la misma capital, para que no echasen de menos su sitio de perspectiva provinciana los que venían de las provincias y así se defendiesen de Madrid y continuasen en forma cuando se volviesen otra vez lejos, a su vida de ciegos para la noche y de ojos abiertos para el día.» Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana, Viajes de ida y vuelta*, Buenos Aires, Editorial Poseidón, 1944, p., 74.

¹⁶¹ *Ibidem*, p., 161.

¹⁶² Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Los extraños», pp., 181-182. La vendedora de palillos aparece en el artículo «Pombo, Las últimas notas» que escribió Ramón en *La Semana*. Madrid, sábado 19 de agosto de 1916, Primer Año, Núm. 14, p., 13, en el que matiza su descripción: «La vendedora de palillos que entra en Pombo es una vieja dama con esclavina parda, muy orgullosa de no pedir limosna, sino de ofrecer su mercancía. Sonríe, enseña sus palillos perfumados de menta, y aunque no se los compren pide perdón por haberse acercado a ofrecerlos. Ante sus arrugas de miseria, más rígidas que las otras, rígidas como las de una careta, y sus ojos de cristal como los de los viejos pájaros disecados, hay que comprarla esos palillos que no podremos usar, que tiraremos disimuladamente cuando salgamos, escogiendo un trecho oscuro y solitario para que no nos lo puedan devolver.»

Entre las vendedoras Ramón nos presenta a dos muy peculiares, una niña y una anciana. Los pombianos sienten predilección por «La vendedora de flores» de Pombo, una niña enfermiza con el pelo rizado que se llama Conchita, viste una toquilla rota y lleva en una cestita las flores. Su padre, con una pierna de palo, canta jotas en la calle y por las tardes se la lleva para que pida dinero a su lado aunque a ella no le guste. Durante la temporada de los nardos y de las violetas, se nota su presencia desde que abre la puerta por el aroma que desprende. La vendedora de palillos es una viejecilla que no se empeña en vender. Sonríe y da las gracias aunque no le compren sus palillos perfumados con menta.

En Pombo se experimenta un cambio de ambiente en dos de los días más señalados en España, «Jueves Santo y El Corpus». Ramón observa la multitud que entra en Pombo antes de la procesión de Jueves Santo que pasa por la calle de Carretas y destaca el color negro que predomina entre: « [...] las más castizas flamencas, adornadas con grandes mantillas, que las visten como toca, chal y mantón. [...] »¹⁶³ Todas esperan su chocolate con picatostes que es sustituido por un refresco el día del Corpus aunque la animación es idéntica.

Hay un apartado que Ramón dedica a «Los otros cafés» en el que podemos observar distintos momentos y tipos:

La noche de Nochebuena o en la noche de primero de año La noche de Nochebuena o en la noche de primero de año, el desgraciado, el desengañado y el que ha sido tan heroico que se ha quedado solo, se mete en el Café, y el dueño —admirable rasgo— le regala un puro y una copita. —¿Dónde podría suceder eso que no fuese en el Café cordial en medio de esas noches de terrible egoísmo?¹⁶⁴

Ramón admira a: «Los últimos subalternos de la parroquia de la ciudad, curas tristes con bufanda y bastón de cura, aparecen por los Cafés y se toman por toda cena, un

¹⁶³ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Jueves Santo y El Corpus», p., 185.

¹⁶⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Greguerías y momentos de los cafés», p., 245.

café con media tostada. ¡Su ayuno para recibir la comunión en la temprana mañana será el más digno de todos! ¡Qué limpio su fondo en la temprana madrugada.»¹⁶⁵

Entra también en los Cafés un público transeúnte de gentes con un jarro vacío para que se lo llenen de café y después se marchan. Generalmente son mujeres y llegan sobre las seis de la tarde. Esta gente aporta a Ramón, por su modo de entrar y salir, confidencias de su vida: « [...] Los mozos cogen sus cacharros y de la fuente, del pozo, de la sulfatara de café del Café, van sacando las garrafas llenas, esas «lecheras» blancas o azuladas de cuyo esmalte han saltado pedazos, dejando ver el hierro negro que hay debajo.»¹⁶⁶ Viven en casas pobres con corredores y la escalera y el portal están iluminados, a veces, por bombillas con bozales de tela metálica.

«Las ventanas»¹⁶⁷ de los Cafés son claves para un observador como Ramón que consigue captar la realidad de la ciudad. A través de ellas y de incógnito ve todo con una precisión admirable como hombres que se paran en las esquinas, soldados que llevan y empuñan sus machetes como si fuesen grandes espadas, mujeres al natural y a otros transeúntes que pasan por delante tranquilos creyéndose ignorados.

A su llegada¹⁶⁸ a Madrid, después de su segundo viaje a Portugal, el primero que le recibe es un chico que corre detrás del coche esperando que al llegar a su casa le deje subir la maleta y le entregue algunas monedas. No entiende que haya alguien que no le compense después de la carrera del mendigo movido por la fuerza del hambre.

En este primer tomo los lugares que aparecen se ciñen al ámbito de Pombo, la calle de Carretas, la Puerta del Sol y la Plaza Mayor. En la calle de Carretas nos muestra las tiendecitas de portal y el ambiente que predomina en Pombo los días de Jueves Santo y del Corpus con las señoras que acuden a la procesión.

¹⁶⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Tipos», p., 253.

¹⁶⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Las que van por café», pp., 258-259.

¹⁶⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Las ventanas», p., 257.

¹⁶⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, ob. cit., «Llegada», pp., 424-425.

Entre los tipos que entran en Pombo, Ramón disfruta con los veteranos que rememoran los braserillos para encender los cigarros que había en las mesas y anécdotas pasadas; la amable doña Manolita feliz con su chocolate con picatostes; sus vendedores de periódicos; la vendedora de palillos y la florista que con sus nardos y violetas perfuma el ambiente.

En la Plaza Mayor Ramón observa por la tarde tipos muy pintorescos como sacamuelas convincentes; ciegos que cantan y tocan; vendedoras de avellanas y de cacahuets y vendedores de higos secos.

— *La Sagrada Cripta de Pombo* (1924)

Su primera edición se publicó en Madrid por la Imprenta G. Hernández y Galo Sáez en 1923 y como hemos señalado en *Pombo* nuestro análisis se basa en la edición publicada en Madrid por la Editorial Trieste en 1986.

Ramón explica su contenido:

Un aspecto más universal tiene esta recopilación, y el Café en general se une a Pombo en particular, pudiéndose asegurar que es la más completa biografía del café como bebida y como institución.

Lo que más representa este libro en definitiva es una época, la época más asentada de las esperanzas; esperanzas a las que han de eslabonarse los vagones que continuarán viaje después del descarrilamiento de las guerras.¹⁶⁹

Coincidimos con Juan M. Pereira, que considera este segundo libro sobre Pombo como « [...] una glosa costumbrista, histórica y literaria del café, y también un retablo en

¹⁶⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Mis Mejores Páginas Literarias*, ob. cit., «*Sagrada cripta de Pombo*. Prólogo», pp., 17-18.

forma de *collage* donde figura toda la sociedad literaria madrileña a su paso por Pombo [...].»¹⁷⁰

Ramón incluye en este libro nuevos tipos, anécdotas e impresiones que ha recopilado durante los últimos seis años. Comienza con un elogio al Café como única institución independiente que admite: «Seamos senadores vitalicios del café [...] Sólo algún día reuniré en un solo Tomo todo lo dicho en unos y otros, para que toda la historia del café esté ajustada en el mismo recinto.»¹⁷¹

Ramón escribe el artículo «Tertulianos»¹⁷² este mismo año en *La Esfera*, pero no lo incluye en el libro. En él comenta que hay gente que entra en los cafés buscando una confidencia que no aparece en los periódicos y lamenta que los tertulianos asiduos se sientan presionados. Sin embargo, los ciudadanos conscientes vuelven a necesitar la cordialidad de los más afines y oír las esperanzas que refuerzan las suyas y embriagarse en sociedad de ideales comunes.

Sabemos que para Ramón, el Café es un lugar especial para todo tipo de gente que busca intimidad, incluso los vendedores de periódicos¹⁷³ buscan conversar con los señores que se encuentran en el Café para descansar depositando sus montones de periódicos en las

¹⁷⁰ Juan M. Pereira, *El mito del artista ramoniano*, Madrid, Albert editor, 2006, «La vanguardia y el éxito», p., 175.

¹⁷¹ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, Madrid, Trieste, 1986, Tomo II, «El Café», p., 11.

¹⁷² Continúa su artículo: «La psicología del tertuliano vuelve á tener actualidad en este momento, y recuerda las mejores horas que tuvo el café. El tertuliano de café ha perdido frivolidad, Han vuelto á ser más humanos los hombres; han vuelto al contacto con la conversación modesta, sumurmujeada crédula.» Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 26 de abril de 1924, Año XI, Núm. 538, «Tertulianos», s. p.,

¹⁷³ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «El que se oculta detrás del periódico», p., 189 (p., VII). En el «Índice general» de este segundo tomo aparece la siguiente aclaración: «(Aquí la numeración se trastorna, porque la confección bohemia, desordenada y desbarrada de este libro así lo ha requerido, y comienza un pliego 11-I, que continúa por el II, etc., en una paginación especial en números romanos. (*Nota del autor en la primera edición.*)). Se refiere al apartado «Lo que es el café como sustancia», p., 183 (I) hasta «Pero entremos más adentro», p., 262 (LXXX).

mesas de mármol y poder calentarse. Entran varias veces en el mismo café con los mismos periódicos de la primera edición de la noche, son conscientes de su retraso porque en la calle ya los han comprado quienes querían saber las primeras noticias y después salen discretamente intentando no molestar.

Ramón lamenta la desaparición progresiva de los Cafés en los que había viejos pianos de cola¹⁷⁴ y el amigo de los músicos que deleitaban a los clientes con su música delicada aunque un poco destartalada, escribía con grandes letras blancas en los espejos «Grandes conciertos». La música que ahora la sustituye, cuando la hay, es más estrepitosa.

Ramón publica otro artículo «Transformaciones de los noctámbulos» en *La Esfera* que tampoco incluye en el libro. En él critica una ley que obliga a cerrar los Cafés a una hora determinada lo que conlleva un notable cambio para sus asiduos trasnochadores como él:

Aquellos caballeros que se pasaban la noche hundidos en sus poltronas y disparando el sifón sobre las copas han tenido que cambiar su vida.

Algunos noctámbulos de café, apurados por las circunstancias, han decidido casarse y ya han pedido las manos de aquellas novias que ya estaban desesperadas de no ver llegar ese trámite decisivo.

Los noctámbulos de café y cabaret que eran escritores, al verse reducidos á la vida casera [...] han comenzado á escribir comedias, novelas, artículos. La literatura se va á ver acrecentada por esas obras de arte con picardía mundonóloga, gracias á que ha sido prohibida la estancia en los cafés de los escritores empedernidos. [...]¹⁷⁵

¹⁷⁴ Ramón introduce uno de sus temas recurrentes como es el de la muerte al describir los pianos de cola «que eran como ataúdes abiertos». La poesía vuelve a fluir: «La música resultaba como un regalo del sueño, como un verdadero obsequio, como unas almendritas de música.» Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Observaciones», p., 194 (p., XII).

¹⁷⁵ Creemos pertinente transcribir el resto del artículo para completar su significado: «—Pero ¿no hacía tres años que no escribía una línea?—Sí... Pero el cierre le ha obligado á ponerse frente á las cuartillas, á alinearlas muy bien, [...] y á cargar su pluma decidiéndose á escribir las confidencias arrumbadas...—Les saldrá algo atrabiliario. — Completamente... El drama será desagradable y la novela estará llena de ojeriza... Echan de menos su perdidoso café abierto hasta la madrugada, á cuya hora recibían como perros callejeros la ducha de los mangueros de la Villa, y la toman con sus personajes y temas. Hasta algún noctámbulo, por no dar su brazo á torcer, por no meterse en casa

Unos años más tarde, en 1936, Ramón escribe otro artículo «Café invernal» en el *Suplemento de Blanco y Negro* donde elogia los Cafés que no se encuentran en el centro de la ciudad y que denomina «Cafés de invierno» porque se busca en ellos el calor humano con luces tenues y poca gente. Añora y reivindica la soledad que sólo encontraba en estos Cafés en vías de extinción:

Antes había muchos cafés en que durante muchas horas del día y de la noche sólo estaban el dueño y su gato. El café, sin embargo, vivía, quizá porque no sentía tantos apremios de fuera. Parecía sostenerse gracias a un recuerdo antiguo que volvía a aderezar el dueño valiéndose de una alquimia personal.

Debimos sospechar que esos cafés camposantos debían cerrarse algún día, precisamente por estar tan solos, pero no se nos ocurrió sospecharlo. Encontrábamos muy cómodo y ocurrente que aquellos cafés estuviesen abiertos para que nosotros nos sentásemos en sus divanes las horas muertas escribiendo «Las memorias del siglo».¹⁷⁶

Con la llegada del verano se empiezan a anunciar en los cristales de los Cafés «Hay Helado» y el hombre que lleva al hombro dos largos bloques de hielo, entra varias veces en el Café. La vida del Café se traslada al exterior con la proliferación de las terrazas¹⁷⁷ que se han multiplicado en una década. Ramón nos va mostrando varios tipos de terrazas como la terraza en que sentarse erguidos a la moda inglesa, la terraza para mirar a los diversos vecinos de las casa de enfrente o la terraza para saborear toda la esencia del barrio.

de ningún modo, se ha dedicado á pernoctar en los soportales de la Plaza Mayor, y hasta ha preferido, á darse por vencido, dormirse en un rincón de esos soportales como hombre de mundo caído y venido á menos, que retirarse á su casa.» Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 11 de abril de 1924, Año XXXI, Núm. 1.577, «Transformaciones de los noctámbulos», p., 35.

¹⁷⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Suplemento de Blanco y Negro, Invierno*, Madrid, 1936, Núm. 8, «Café invernal», s. p. Ramón introduce en su artículo un nuevo personaje: «Si sentimos frío en los pies, para eso está el limpiabotas, que les da calor al dejarlas relucientes. El limpiabotas español es de los que ponen palas y medias suelas al calzado que lustran.»

¹⁷⁷ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Las terrazas», pp., 198-200 (pp., XVI-XVIII).

La calle de Pombo, que para Ramón es la calle de Carretas, no podía faltar en este segundo libro. Los vendedores al por menor son los principales tipos. No entiende cómo el vendedor de tafetán inglés, utilizado para las heridas y cortaduras, es uno de los que más vende. Critica a los padres que dejan sueltos a los niños por la calle sin preocuparse y cuando se caen, se pegan, se hacen cortes o chichones, en vez de curarlos, tapan sus heridas con ese tafetán o con el papel engomado que queda de los sellos.

Le resultan curiosos por su desparpajo los vendedores de cintas métricas para medir todo lo que les pidan. Los más agradables son los vendedores de pantallas y de sombrillas que fabrican con papel de seda en distintos colores y que sólo Ramón puede describir con ternura y poesía:

Lucen sus pantallitas amarillas, azules, rojas que son como tulipas de la luz de la tarde, como sombreritos alegres y baratos que se ofrecen a los que tienen su bombilla desnuda por no poder comprar una tulipa de cristal.¹⁷⁸

Las sombrillas están colgadas en una cruz con escarpas y fascinan a las niñas pequeñas.

Ramón observa el anuncio de «Vainica» que se encuentra sobre la casa de Pombo, frente a la ventana de una de sus guardillas. Es un modesto anuncio iluminado por las bombillas de la sala y de la alcoba de la señora Manolita que vive allí. Lo colgó con resortes de cartón y su colocación fue un acontecimiento porque aquel día por poco se cae: «Es como el diploma de esa mujer que debía ser la que mejor hacía la vainica de todo Madrid.»¹⁷⁹

¹⁷⁸ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «La calle de Pombo», p., 244 (p., LXII). Sobre estos modestos artífices del papel transcribió íntegro su artículo «Vendedores pintorescos», que se publicó en *El Sol*, Sección. La vida, Madrid, sábado 17 de marzo de 1923, Año VII, Núm. 1.748, p., 1.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p., 246 (p., LXIV).

En el capítulo «Los sábados y la madrugada después de Pombo»¹⁸⁰ Ramón observa en la calle el ambiente del sábado por la mañana y por la tarde. Amanece con vallas llenas de anuncios y grandes carteles que empapelan las calles y, poco a poco, se va convirtiendo en un día de fiesta, sobre todo por la tarde. En la calle de Carretas, Conde de Romanones o Atocha aparecen vendedores pintorescos y se establece una especie de feria del sábado. La gente rodea los puestos y se va formando una multitud que embarulla la calle.

Ramón va enumerando estos vendedores de todo tipo como el que vende calcetines de variados colores aparentemente muy bonitos y planchados que teñirán el pie del comprador cuando se los ponga; vendedores de papel de cartas; vendedores de grandes aceitunas que flotan en un caldo verde aparentemente no muy saludable; castañeras que venden también chuletas de huerta guardadas debajo de la placa en que se asan las castañas; vendedores de tazas que ofrecen una taza y un plato ordinarios muy baratos o vendedoras de palillos que ofrecen sus construcciones y arquitecturas de palillos en barrilitos. Todo este ferial es aprovechado por los felices ladrones que se aprovechan del caótico sábado.

Ramón cambia de tema y nos introduce en el capítulo «De mi álbum de los días»¹⁸¹ en el que transcribe nuevas notas sobre José Gutiérrez-Solana y nos remonta al 17 de diciembre 1920 (por la mañana) cuando fue colocado¹⁸² el cuadro de la tertulia de Pombo.

Consideramos significativo conocer el momento y modo de su instalación. El dueño de Pombo, D. Eduardo Lamela, se lo propuso a Ramón quien convenció a Solana para que aceptara. Acudieron Ramón, José Gutiérrez-Solana y su hermano Manuel. Fue colocado por el pintor ayudado sólo por un carpintero.

¹⁸⁰ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*. ob. cit., «Los sábados y la madrugada después de Pombo», pp., 547-548.

¹⁸¹ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «De mi álbum de los días», p., 263.

¹⁸² *Ibidem*, p., 297. Solana respondió: «—Mucho tiene que viajar esta cuadro —» y llevaba razón, después de numerosos traslados, desde 1988 se encuentra en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, procedente de la ordenación de fondos del Museo Español de Arte Contemporáneo, MEAC.

Ramón introduce en este libro breves capítulos sobre él. En su primera «Autobiografía»¹⁸³ ofrece algunos datos para todos los que quieran saber algo de él. Explica que «escribe con tinta roja»¹⁸⁴ porque le parece más verdadero el acto de escribir; Ratifica su independencia como «literato»¹⁸⁵ y cómo su «periodismo»¹⁸⁶ busca el matiz del día fuera de los tópicos y sabe darse cuenta de la importancia nacional que, por ejemplo, tuvo la barraca en que aparecía muerto el torero Manolo Granero en 1922, siendo la suya la primera crónica que destacó el suceso.

Antes de partir para Suiza en pleno verano, Ramón observa su ciudad:

Madrid, en esa hora de agosto, era como un largo asfalto derretido. Sin embargo, estaba sin su natural emanación, como un churro recién hecho, como los churros de las verbenas, o como el café caliente, o el puro encendido o el caldo sustancioso del mediodía.¹⁸⁷

Sólo los puestos de horchata y el agua de Lozoya en los botijos refrescan la ciudad.

¹⁸³ Ramón expresa: «Ningún libro mejor para incluirla que en éste, caótico, deshecho, íntimo, absurdo y tan lleno de nimiedades y de vida privada. La misma autobiografía tiene que ser una cosa incompleta, pintoresca, de elemental autoinspección.», Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Mi autobiografía», pp., 559-560.

¹⁸⁴ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Por qué escribo con tinta roja», p., 576.

¹⁸⁵ Cuenta Ramón: «Hago y seguiré haciendo vida de literato, una vida sin compromiso con ninguna otra cosa ni otra etiqueta. Sin ninguna ambición excesiva ni ninguna desambición. Una especie de vida llena de dudas; y, sin embargo, en pleno escepticismo. Quiero mezclar cada vez menos cosas a la vida de literatura y que en vez de ser el resto literatura sea todo literatura vital, asumida, sin comparanzas con otro género de vida.», Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Vida de Literato», p., 598.

¹⁸⁶ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Mi periodismo», p., 624.

¹⁸⁷ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Apéndice, Paréntesis», p., 652.

Coincidimos con José Camón Aznar que considera los libros de Ramón sobre Pombo como un documento de la vida literaria y bohemia de Madrid de principios del siglo XX:

Lo que en estos libros nos interesa está plenamente conseguido: el ambiente cafeteril y sabático de Madrid, el desfile de tipos pintorescos que viven en los aledaños de la literatura, y sobre todo la descripción vigorosa, con rasgos ceñidos y definitorios, de algunos de los personajes que allí acudían.¹⁸⁸

En 1929 Ramón publica en *La Gaceta Literaria*¹⁸⁹ un apartado sobre Pombo en el que comenta cómo ha clausurado su tertulia varias veces y la decisión de reanudar su tertulia, después de reflexionar sobre el ideal de Pombo que permanece fiel al lema español de la individualidad sin compromisos de ningún tipo y añorar la pura condición del café que encontró y amó para la soledad el primer día de su descubrimiento, cuando la vida nocturna de todos los cafés céntricos estaba insoportable de gentes y sólo Pombo, en el aledaño de la Puerta del Sol, permanecía a esas horas solo.

Después de su viaje a París y Berlín, en 1931 ratifica la tesis de Pombo en *La Gaceta Literaria*.¹⁹⁰ Ha observado la prepotencia de los extranjeros que sólo ven un solo aspecto de la vida y producen grandes teorías, mientras que en España se ven todos aunque sea vagamente y su quietud le hace situarse sensatamente en medio.

En 1935 publica en *Almanaque Literario*,¹⁹¹ «El año pombiano», en el que después de su segundo viaje a América en octubre de 1933, lo primero que hace es reanudar la

¹⁸⁸ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «Pombo», p., 135.

¹⁸⁹ Ramón nos explica: «De vez en cuando voy a escribir esta página que la admirable tolerancia de Giménez Caballero consiente en su periódico.» *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de mayo de 1929, Año III, Núm. 57, «Gaceta de Pombo, Proyecto», página segunda.

¹⁹⁰ Satisfecho por su vuelta Ramón comenta: «Devuelto a Madrid, depurado por una nueva bohemia [...] lo primero que hice fué citar de nuevo a Pombo y volver a la risa del viejo café, montado en la cueva más vieja para eso.», Ramón Gómez de la Serna, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de enero de 1931, Año V, Núm. 97, «Tertulias Literarias. Pombo, 1930», pp., 10-11.

¹⁹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Almanaque Literario*, «El año pombiano», Madrid, Editorial Plutarco, 1935, p., 172- 181. Ramón se siente descorazonado: «Yo quedaba como el hambriento

tertulia. Durante su ausencia muchos de sus amigos se habían convertido en profesores de instituto, Ramón los denominaba «cursillistas», comprendía su huida frente a una incertidumbre cada vez mayor aunque habían perdido la libertad para no pasar hambre. Pombo sigue siendo para Ramón un parador lleno de cordialidad para los que quedan. Los «espontáneos» que entran renuevan la tertulia y le mantienen en contacto con la calle.

En su segundo y último libro sobre Pombo, Ramón reitera su defensa del Café como refugio para quien quiera entrar. Su costumbrismo estriba en el anuncio «Vainica» de la señora que anuncia sus dotes para la costura y, sin necesitar a nadie, coloca su cartel para atraer clientes; en los vendedores que aparecen en la calle de Carretas como aceituneros, castañeras, vendedores de tazas o de palillos y en el señor encargado de llevar el hielo durante el verano. Mención aparte merecen los vendedores de sombrillas y pantallas de papel que Ramón describe, como hemos señalado, con verdadero lirismo.

Su añoranza por el pasado la demuestra en el ambiente de los Cafés en los que músicos aficionados se esforzaban en amenizar la estancia de los clientes tocando como sabían los pianos de cola.

— *Elucidario de Madrid* (1931)

Consideramos este libro como la obra magna de Ramón sobre Madrid. Gil Benumeya publicó un artículo en *La Gaceta Literaria* el año de su publicación, en 1931, en el que resaltaba la personalidad del joven escritor Ramón que reúne una sorprendente faceta de historiador y crítico que se funde con la realidad que le rodea. Un literato que es todo ambiente y que analiza la ciudad en la que trabaja con una exactitud microscópica:

Elucidario de Madrid es [...] toda la vida de la ciudad, desde los moros a la Gran Vía. Una especie de verbena plantada en plena Puerta del Sol. Ramón

número uno de España, y puedo ostentar ese número por todo lo que he hecho en treinta años—yo creo que quito años—: libros, artículos, emisiones de radio, conferencias, viajes, con una gran continuidad, sin la interrupción de un día, sin contacto ninguno con la política, sin la protección inconfesable de los doctores generosos, sin laborear fuera de mis zaquizamíes.», *Ibidem*, p., 173.

vuelve a fundar Madrid entre chirigotas. Y lo funda porque le pone nombres otra vez a las cosas, las confirma.¹⁹²

Esta primera edición se publica, con numerosas ilustraciones, por la Compañía Ibero—Americana de Publicaciones—Renacimiento en Madrid. Nosotros analizaremos la segunda edición, con Prólogo del conde de Mayalde, entonces alcalde de Madrid, publicada en 1957 por ser la última publicada en vida de Ramón.

*Elucidario de Madrid*¹⁹³ se configura como un libro documental, escrito desde un profundo sentimiento de cariño hacia Madrid en el que Ramón recoge su visión de la auténtica ciudad. Podemos contemplar el Madrid de su tiempo y recorrer con Ramón sus sitios privilegiados que más ha frecuentado y con los que, según nuestra opinión, mejor se identifica «la Puerta del Sol», «el Retiro», «la plaza de Oriente» y «el Jardín Botánico»; plazas adonde Ramón asiste más como observador que como ferviente paseante describiéndolas por la importancia que han tenido en la historia de Madrid como «la Plaza Mayor» y «la plaza de la Cebada»; lugares donde el progreso se manifiesta abiertamente y en los cuales podremos comprobar la posición ecuánime que adopta Ramón como las «Nuevas Grandes Vías» y «Casillas y rascacielos»,

¹⁹² Gil Benumeya continúa su crítica: «En su *Elucidario de Madrid*, Ramón le quita a la capital carpetanomanchea ese tetricismo nórdico y oscuro que le daban los más impenitentes granvianos [...] Ramón iberiza la terrible aparición de la última realidad que se lo traga todo [...] saca greguerías, sombras de cosas, almas de cosas, nuevos nombres de las cosas—vueltas a crear por su palabra Y cuando empiezan a salir vemos colorines, rayas y luces, policromía y estrépito de verbena, reírse de todo, puesto que todo vale poco. Darle valor a todo, puesto que todo no vale nada. Limitarse a la superficie, que es donde están la luz y la sombra, el brillo y el ruido. Hacer que todo baile, como el baile andaluz que va precedido del conocimiento de la muerte, y por eso aprovecha la vida. Con todos estos aspectos contrarios resulta siempre Ramón el más español de los jóvenes escritores. Por fuera es bullicio y por dentro eternidad.», Gil Benumeya, *La Gaceta Literaria*, Sección Escaparate de Libros, Madrid, 15 de noviembre de 1931, Año V, Núm. 118, «Día y hora de Gómez de la Serna», p., 14.

¹⁹³ Coincidimos con José Camón Aznar en la descripción que hace de *Elucidario de Madrid*: «Madrid dilucidado. Ni descripción, ni historia, ni fondo novelesco a lo Galdós, ni solaz de ausente, ni nostalgia, ni urbanismo, ni evocación arqueológica. Pero no falta ninguno de esos ingredientes. Madrid es carne y piedra. Madrid de todas las horas —sobre todo de las horas—, Madrid en su alma, es decir, en su luz. [...] ¡Libro difícil porque no hay posibilidad de separar la psicología de Ramón de la de su ciudad!» José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «*Elucidario de Madrid*», pp., 171-172.

Hay diversos capítulos en los que Ramón trata y detalla temas muy variados como pregones, bodegones, celebraciones y fiestas de su época que consideramos relevantes para nuestro estudio. Ramón observa y analiza toda clase de personajes típicos y curiosos que pululan por estos lugares y retratan fielmente las costumbres de su época. Algunos han sufrido cambios y otros han desaparecido. El paso del tiempo y la muerte, temas fundamentales para Ramón, aparecen continuamente.

Generalmente su descripción comienza con la historia del sitio elegido desde sus orígenes y va mostrando su evolución hasta su época. Su documentación histórica sobre la ciudad de Madrid es sorprendente, Ramón tiene un profundo conocimiento del costumbrismo desde sus orígenes como demuestra en continuas alusiones que hace de los escritores que, de una forma u otra, han cultivado este género. Ha leído sus obras y artículos, permitiéndole enriquecer su literatura.

En el «Prólogo» Ramón especifica la intención de su libro y adelanta su concepto de Madrid: «Este libro destaca lo más amable de Madrid, lo que le da carácter sobre el ensañamiento de la demasiada erudición madrileñista. Lo que está en pie con vitalidad perenne y ayuda a divulgar su secreto, ya demolido en parte, es lo que erijo en este libro.»¹⁹⁴

Recuerda con respeto a costumbristas anteriores que, como él, han escrito sobre Madrid, ciudad por la que todos sentían una especial atracción:

A dos cronistas que han fijado sus costumbres he de consagrar un recuerdo: a D. Ramón de la Cruz y a D. Ramón Mesonero Romanos, que en su despacho lleno de archivos, escribió toda una galería de obras sobre Madrid, en

¹⁹⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, Madrid, Comisión Cultura Ayto. Madrid, 1957, «Prólogo de la primera edición», p., XXI. Su madrileñismo es innato: «Madrid es finura y postración, silencio y luz [...] Madrid se disimula con su modestia y se muestra en casas bajas que huelen a pan. [...] Madrid es encontrar esas afueras optimistas y no profesionales de afuerismo. En que revuela el resultado del escrutinio de las meriendas reunidas [...] Las casas, las esquinas, los faroles tienen familiaridad campechana con las gentes [...] Madrid es el platero del portal y el regatonero de portal que pone una cantera por cincuenta céntimos, [...] Madrid es encontrar muchas prenderías y tener junto a la Gran Vía librerías de viejo y tabernáculos baratos.» *Ibidem*, pp., XXIII-XXV.

que está reunido el historial de sus piedras. También a Fernández de los Ríos, como divulgador perfecto de Madrid y a «Fígaro» como alcaloide de la madrileñería, en elevación y concentración de sus esencias, hay que dedicarles un recuerdo.¹⁹⁵

Ramón cita junto a costumbristas consagrados a Ángel Fernández de los Ríos, brillante periodista y editor con incansable actividad política y diplomática, pero sobre todo gran pensador y proyectista de urbanismo que, después de su estancia en el extranjero y haber observado las ventajas y desventajas de las ciudades europeas modernas, se propone aplicar a Madrid sus conocimientos para convertirla en una ciudad más cómoda para sus habitantes y visitantes, pero sin que pierda su carácter. Aludiremos a todos ellos cuando Ramón los cita en los diferentes capítulos o apartados de su libro.

Empezamos nuestro análisis con un sitio emblemático para Ramón «La Puerta del Sol»:

La Puerta del Sol resume por todo, por su abigarramiento y por su greguería, el carácter de España. [...] Ha dado optimismo ella sola a una nación pobre y de difícil problema diario.

[...]

El Sol de España, ese sol que es distinto en cada sitio, está aquí en esta caja de mazapán de la Puerta del Sol. La gran ensaimada de la luz, la harina, el huevo, la leche y el azúcar de Castilla se pueden gustar en esta plaza incomparable.¹⁹⁶

Alet Valero corrobora nuestra opinión: «De toute évidence, la Puerta del Sol est le lieu de prédilection de Gómez de la Serna, une sorte de noyau spatial, le centre du centre. Il faut y adjoindre quelques rues adjacentes ou voisines (celles de la Montera, de la Cruz, Príncipe).»¹⁹⁷

¹⁹⁵ *Ibídem*, pp., XIX- XXI.

¹⁹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I «La Puerta del Sol», p., 2.

¹⁹⁷ Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour», art. cit., p., 82.

Es el lugar al que le dedica más páginas en su libro y del que hace una descripción más detallada. Como hemos apuntado anteriormente, Ramón cuenta su historia en la que nos detendremos brevemente por la cantidad de información que aporta. Citamos tres datos acaecidos durante la primera mitad del siglo XIX que consideramos significativos porque resaltan su importancia en esa época: el levantamiento del día 2 de Mayo de 1808¹⁹⁸ que supuso el inicio de la Guerra de la Independencia, en 1829¹⁹⁹ cuando fue recibida la cuarta y última esposa del Rey Fernando VII, Doña María Cristina y en 1830²⁰⁰ que, con el nacimiento de la Princesa Doña Isabel, se estrenó en Madrid la iluminación por gas.

En la Segunda época Ramón destaca su importancia en épocas pasadas y para ello transcribe la descripción que hizo Mesonero Romanos²⁰¹ de los distintos personajes que cruzan, acuden y se reúnen en ella por ser un lugar estratégico de Madrid, donde se puede obtener todo tipo de información. También añade la impresión de animación a cualquier hora que causó a Edmundo de Amicis la Puerta del Sol cuando pasó por Madrid en 1872:

La Puerta del Sol es a la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que apunta el día hasta después de medianoche hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las grandes calles que a la plaza afluyen [...]

Por las aceras, que son tan anchas que podrían pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso a la fuerza. En el espacio que abarca una losa veréis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un vendedor, un pobre, un soldado, todos formando un haz...

¹⁹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., «La Puerta del Sol», pp., 23-26.

¹⁹⁹ *Ibidem*, pp., 35-36.

²⁰⁰ *Ibidem*, p., 36.

²⁰¹ *Ibidem*, pp., 38-41. Mesonero retrata sobre todo la Puerta del Sol como lugar de negocios e intrigas. Se reúnen en ella: magnates, funcionarios, negociantes, contratistas, vivedores, rateros, mendigos timadores y periodistas que se nutren de estos personajes para escribir sus artículos. Pensamos como Alet Valero: «Le recours à Mesonero sert avant tout à souligner la magie déjà ancienne du lieu.» Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour», art. cit. p., 82.

Una hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, el pueblo de Madrid.²⁰²

Ya entramos con Ramón en su época y en el apartado «Algunas horas en la Puerta del Sol»²⁰³ observamos con él los cambios que se producen en ella un día cualquiera con el paso de las horas desde el alba hasta altas horas de la noche. Ramón, presente en la Puerta del Sol desde muy temprano nos describe las gentes que se encuentra o pasan por ella. Su actitud y atuendo son la base para plasmar sus metáforas, personificaciones e impresiones con las que crea el ambiente que en ella se respira según su particular visión.

De todas las horas del día, prefiere la Puerta del Sol cuando empieza a anochecer. Podemos apreciar cómo hasta las ocho de la tarde Ramón es más un observador que relata minuciosamente lo que sucede; sin embargo, a partir de esa hora adquiere más protagonismo, sus reflexiones van aumentando y son cada vez más optimistas llegando a su punto álgido en las tres y cuatro de la mañana.

Ramón personifica el reloj que es el que anuncia la llegada del alba, pero no por la hora marcada sino por su aspecto medio dormido: «Ya en la madrugada, el reloj de la Puerta del Sol tiene un párpado caído, y su luz tiene entonación de luz de lamparilla.»²⁰⁴

Hay poca actividad, salvo los mangueros que empiezan su trabajo de limpieza, sólo quedan los últimos trasnochadores que han perdido el tranvía. A partir de las siete de la mañana van apareciendo por la plaza: mujeres que van a comprar churros para el desayuno

²⁰² Edmundo de Amicis, *España: Impresiones de un viaje hecho durante el Reinado de D. Amadeo I*, traducción castellana de Cátulo Aroita, Barcelona, Biblioteca Maucci, 1895, pp., 105-106. Párrafo citado por Ramón en *Elucidario de Madrid*, ob. cit., pp., 59-60.

²⁰³ Alet Valero escribe fielmente el arte de Ramón en este capítulo: «La Puerta del Sol, mystère de Madrid, est aussi un espace identificateur. C'est un lieu d'ancrage, dans tout le sens du terme. Ramón prend ici tout son sens. La vie y est quasiment ritualisée. La présentation en forme de cycle journalier donne la mesure de l'intensité du vécu. Par la parole poétique qui symbolise la répétition quotidienne, Ramón s'inclut dans une forme de temps: il prend sa part dans ce site ou ménage des vides dépassant ainsi l'objectivation picturale stricte.» Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour», art. cit. p., 83.

²⁰⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I, «La Puerta del Sol», p., 71.

o que acuden a las primeras misas sin preocuparse de su aspecto,²⁰⁵ los primeros vendedores de periódicos, las burras de leche, las asistentas, las niñas que se dirigen a sus colegios, las que acompañan a la cocinera hacia los mercados y un anciano y entrañable fraile²⁰⁶ que siempre pasa a la misma hora y no se le vuelve a ver después.

Alet Valero analiza dos de estos personajes;

[...] Phénomène et symbolique sont parfois confondus [...] il est presque possible de surprendre certains acteurs dans leur intime, autre espace sémiologique où ils prennent un autre sens, comme ces femmes qui, à l'heure du petit déjeuner ou des matines, négligent leur apparence. Le quotidien de la Puerta del Sol est réglé comme dans une symphonie et le présent de narration y est éternel. À 7h 30 un frère traverse la place depuis des temps immémoriaux et relie le présent au temps de la fondation de la ville. [...] ²⁰⁷

Empieza la limpieza de los cafés y en sus puertas se paran los carros de los traperos que intentan sonsacar lo que sea. Ramón se apiada de un desdichado vendedor de periódicos que, con su escudilla, pide algo a la traperera para poder desayunar. Entran a primera hora maestros de obras, yeseros, vendedores de ladrillos rojos y corredores de carbones. Pasan por la plaza las primeras monjas que salen a pedir entre las que destaca la hermana cocinera con un gran cesto blanco; las Hermanas de la Caridad que van a relevar a sus cansadas compañeras por haber pasado la noche junto a enfermos graves; los carteleros con sus largas escaleras de las que va colgado un cubo, el desfile militar con trompetas y

²⁰⁵ *Ibidem*, p., 73. Esta costumbre no ha cambiado con el paso del tiempo como lo demuestra Antonio Flores en su Cuadro «Un puñado de gente escogida»: «Ordinariamente son tres las caras que cada día pueden permitirse usar las señoras: una al levantarse de la cama; esta cara no la ve nadie [...]; otra al vestirse con cuidadoso descuido para ir á las tiendas y á las iglesias [...]; y otra para el paseo para el teatro o para los bailes, que aunque parecen una misma trinidad cosmética son tres distintos revoques.», Antonio Flores, *Ayer, hoy y mañana o la fe...*, ob.cit., Tomo II, Cuadro XXXII, p., 264.

²⁰⁶ Ramón lo describe con ternura: «De siete a siete y media de la mañana pasa ese fraile que asistió a la fundación de la ciudad, ese fraile que es como una primera piedra [...] como si acabase de entrar por la verdadera puerta antigua, como si viniese de San Jerónimo y hubiese salido nada más que para abrir la ciudad, porque él es, indudablemente el que tiene la llave de hierro mohoso de su primitiva puerta.», *Ibidem*, p., 74.

²⁰⁷ Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour.», art. cit. p., 83.

flautas;²⁰⁸ los cobradores de recibos con sus pequeñas carpetas de hule negro cerradas por una goma y las mecanógrafas con boinas de colores.

Sobre las diez, se hace el reparto de carne cruda en Madrid y la Puerta del Sol se llena con los hijos de los carniceros ataviados con delantales pardos de rayas. Desde las doce hasta las seis de la tarde, Ramón hace un paréntesis que coincide, aunque no lo expresa como hacía en el Rastro, con nuestra siesta.

Es la hora del paseo y aparecen jóvenes alegres y despreocupados o señoritos con su sombrero colocado para ver y no ser visto. Al anochecer empiezan a encender los carteles luminosos. Es la hora de la vuelta a casa y la gente se aglomera y empuja para no perder los tranvías. Ramón muestra su rechazo por esta absurda pelea que describe como «la terrible lucha por la vida»:

Viendo pasar a las gentes el ruedo de la Puerta del Sol, desde una grada un poco alta se ve que pasan por ella, oscilan, dan carreritas, se asustan, corren como si pasasen por la plaza de un pueblo convertida en plaza de toros y en la que hubiese unos cuantos toretes sueltos.²⁰⁹

Son las once y la gente que cruza se dirige a los cafés o al teatro. En esta hora ya están apagadas las luces de la Puerta del Sol y adquiere su carácter de vigía. A la una, el ambiente de la plaza es dispar y tumultuoso Ramón lo describe de forma magistral: «Parece que el mundo echa de pronto al mundo demasiada gente, que se han roto las compuertas de la presa de la noche.»²¹⁰

Sobre las dos y media de la mañana, la plaza se va despejando quedan pocos personajes y Ramón observa en la Plaza toda una amalgama de tipos: «Cineastas de a duro,

²⁰⁸ Ramón describe con humor la forma de tocar los soldados sus instrumentos musicales: «[...] muchas trompetas tocadas a dos carrillos mientras las flautas son tocadas con boquitas de piñón.», Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I, «La Puerta del Sol», p., 76.

²⁰⁹ *Ibidem*, p., 79.

²¹⁰ *Ibidem*, p., 80.

chulillos, un oficial de peluquería extraviado, [...] cojos recalcitrantes, malos sonetistas, masones, [...] los que viven en las habitaciones más baratas del mundo, sin ventana ni asistencia; [...] los escuchones de última hora: el que no quiere dejar de saber lo que es España: yo.»²¹¹

Ramón nos resume con dos símiles los últimos medios de transporte público:

Los sábados, sobre todo ese último tranvía es el más típico y hace más pronunciadas las eses de las curvas y va tambaleándose porque es el tranvía de los borrachos.²¹²

En la Puerta del Sol es donde cogen el último coche los juerguistas, dando el portazo de despedida desgarradora a la noche.²¹³

Ramón, como ferviente noctámbulo²¹⁴ sigue mostrando la animación que se respira a esta avanzada hora en la Puerta del Sol y el ambiente que se respira en los cafés, sus locales predilectos como hemos podido observar en *Pombo*, deteniéndose en el de Lisboa, el más sosegado para los últimos trasnochadores tranquilos y que frecuentan «la Loreto» y su compañero «Chicote» representantes del Madrid más castizo:

Era grato ver aparecer a la actriz, que adomina todos los días de Madrid desde hace años y que es la más popular «cómica de barrio» del pueblo de Madrid, y a Chicote, el inofensivo oso de la villa y el madroño, inimitable en ese aire buenazo y fondón del actor oseznizado de madrileñismo.

Este último chocolate de Loreto [...] es [...] el chocolate del resumen y del conocimiento de la Puerta del Sol de cada día, esta Puerta del Sol que es

²¹¹ *Ibídem*, p., 81. Ramón se incluye en su hora preferida.

²¹² *Ibídem*.

²¹³ *Ibídem*, p., 88.

²¹⁴ Ramón refleja su convicción: «La Puerta del Sol, a las dos y media de la madrugada, está aún brillante, animada, llena de gentes que no quieren entrar en el estado agónico de la cama», *Ibídem*, p., 81.

como el centro de todas las plazas mayores de España y como la placa impresionada por la vera efigies ibérica.²¹⁵

A las tres, cuando los camareros cierran los cafés, aparece el último tipo, quizás el más emblemático y respetado por ser el guardián de la noche: «[...] el sereno, con aire de sereno de epílogo teatral, se toma el café del regalo para que cuide despabilado y avizor los cierres metálicos del café.»²¹⁶

De tres a cuatro del amanecer Ramón pasa de ser observador a ser protagonista vuelve a insistir en la actitud positiva de las personas que, como él, pululan a estas horas. España es distinta, sabe disfrutar de la vida incluso de noche y Ramón está orgulloso de ello: «De lo que más se asombra el extranjero es de esa animación en el gran salón de la calle, de esa perenne toma de posesión de la vida, de ese asesinar la noche en el campo de batalla de una plaza.»²¹⁷

Para Ramón poder acudir a ella a cualquier hora o saber que puede hacerlo es suficiente para quedarse tranquilo. La Puerta del Sol sirve a Ramón en estas horas para resumir el carácter de Madrid y del pueblo español. Es su oasis y su orgullo de madrileño:

Se necesita un pueblo como el español, que cifre su fortuna sólo en el estar despierto sobre el espectáculo de la vida con la modestia suficiente para otras ambiciones, para que se dé este caso de iluminación vital, de rostros radiantes, de contento sencillo, condensado en la vía pública.

²¹⁵ *Ibídem*, p., 82.

²¹⁶ *Ibídem*, p., 83.

²¹⁷ *Ibídem*, p., 84. Ramón nos confiesa: «Necesito estar en esa encantadora ciudad que tiene como punto de salvación de la noche agobiadora y larga, verdadero abismo de los días, una altura de luces, un estadio de fiesta permanente, sin que haya feria ni algazara, fiesta sería que conmina el ahogo de la nocturnidad. Necesito saber que puedo salir en la alta noche y agarrarme a las farolas de la Puerta del Sol en el miedo a morir que adensa la noche.»

La psicología de Madrid y de su gracia y de su listeza incandescente está en esta asiduidad de la conversación general, de no cerrarse la vida de la calle, de haberle cortado el rabo a la noche.²¹⁸

En la descripción que hace Ramón²¹⁹ de este día en la Puerta del Sol, su madrileñismo o españolismo, para él significa lo mismo, lo demuestra en la hora que menos se presta a esta reflexión como es la noche, hora relacionada con el descanso y el sueño. Su gran sensibilidad está presente en la gente que la cruza o permanece en ella y el ambiente que genera; en las costumbres e incluso en los objetos —el reloj, trompetas y flautas—. Sin embargo, no es un simple cronista, todas sus descripciones van acompañadas de sus interpretaciones, de sus reflexiones y sus metáforas que superan la propia descripción, sin olvidar su ironía y humorismo elegantemente plasmados.

En 1923, Ramón escribió el artículo «Corridas de toros en La Puerta del Sol»²²⁰ en el que relataba cómo todas las noches en verano se proyectaban sobre la sábana de un mirador de la Puerta del Sol unas corridas de toros. La gente acudía emocionada a contemplar las faenas clásicas de las corridas escogidas ignorando las bocinas o sirenas de los coches por muy estrepitosas que fueran.

²¹⁸ *Ibidem*, pp., 85-87.

²¹⁹ Alet Valero resume lo que La Puerta del Sol representa para Ramón: «La Puerta del Sol, mystère de Madrid, est aussi un espace identificateur. [...]. Ramón prend ici tout son sens. La vie y est quasiment ritualisée. La présentation en forme de cycle journalier donne la mesure de l'intensité du vécu. Par la parole poétique qui symbolise la répétition quotidienne, Ramón s'inscrit dans une forme de temps: il prend sa part dans ce site ou ménage des vides dépassant ainsi l'objectivation picturale stricte [...]», Alet Valero, «Madrid-Paris: Itinéraire d'un promeneur de cour.», art. cit., p., 83.

²²⁰ Transcribimos parte del artículo: «Son corridas nocturnas, en las que todo se ve iluminado por la luz de una luna de muchas más bujías que la actual—de 100 bujías, si suponemos que ésta es de 25—. Los toreros, en esa lejana estrella de gran magnitud, dan sus pases recortándose con gracia de muñecos ágiles y valientes, y la obra cinematográfica tiene una espontaneidad que no tienen los asuntos de las películas amañadas. Tienen sobre las otras una gran ventaja vital estas películas de toros, como las de las operaciones quirúrgicas y las que recogieron escenas de la guerra, y es una verdad emocionante que llega a arrancar el espectáculo a su propia ficción.», Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, jueves 21 de junio de 1923, Año VII, Núm. 1.830, «Corridas de toros en La Puerta del Sol», p., 1.

Continuamos con su apartado «Las fiestas de la Puerta del Sol» en el que Ramón, siguiendo la tradición costumbrista, nos detalla las celebraciones más importantes que tienen como escenario la Puerta del Sol, el día del Corpus, Nochebuena y Reyes. Como observamos la mayoría de estas fiestas son de carácter religioso, ya que las profanas tienen lugar en praderas, barrios o calles más alejadas del centro.

Para Ramón el gran día de fiesta de la Puerta del Sol es el día del Corpus,²²¹ que, aunque no sea el mejor sitio para colgaduras, se engalana para el paso de la custodia, custodia que es el alma de Madrid, según Ramón. Rememora cómo antaño era el mejor día para los vendedores de agua que no cesaban de entrar y sacar de la vasera los vasos llenos en los que, a veces, añadían aguardiente porque a los compradores les gustaba el olor anisado y porque según Ramón, el agua toma un bonito color refrescante y cerebral.

Las segundas celebraciones importantes son el día de Nochebuena y Reyes. Para Ramón es incomprensible el comportamiento de la gente el día de Nochebuena:

Son días de sartenazo limpio, en que un ejército de sarteneros desemboca en la Puerta del Sol. El ruido es infernal...

Todos lo que no encuentran la alegría cierta en sus casas vienen a buscarla a la Puerta del Sol.

[...] Poco a poco se van desparramando por todas las calles, sonando sus almireces, sus panderos, sus latas de petróleo, sus zambombas hechas con grandes tambores, como protestando de las fiestas íntimas que se celebran dentro de los hogares confortables [...].²²²

²²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I, «La Puerta del Sol», p., 52. Ramón cita a Ramón de la Cruz por la calidad y frescura del agua que allí se vendía y transcribe sus versos: «—Ahora en la Puerta del Sol/ una visita le he hecho/de paso al tío Jaime; que/ no hay en Madrid otro puesto/ de mejor agua y más fría,/ ni yo hallo mejor refresco/ ni más barato...» Mesonero describe esta celebración en su Cuadro «La procesión del Corpus» en *Panorama matritense...*, ob. cit., pp., 159-163.

²²² *Ibidem*, p., 100. Ramón coincide con la descripción que de esta celebración hace Larra en su artículo «La Noche Buena de 1836», artículo citado en el apartado I.2 «Inicios del costumbrismo», y con Gutiérrez Solana en su cuadro «Nochebuena» cuadro citado en el apartado I.3 «El costumbrismo en el siglo XX.»

Aludiendo al ruido que se intensifica en esta fecha, Ramón escribió en 1923 el artículo «Los ruidosos tambores»²²³ en *La Esfera*. En él comenta condescendiente cómo durante la Navidad, los miserables niños tienen permitido tocar sus cutres tambores y lo hacen como un resarcimiento de las penalidades que han sufrido. Provocan un ruido atronador, pero quedan inmunes ante cualquier queja infundada de la vecindad.

Ramón considera el día de Reyes como el más esperado y deseado por los niños, por ello critica el poco esmero con que realizan los disfraces y su actitud ignorando la ilusión de esa noche mágica. En 1928, Ramón publica el artículo «Los grandes faquires» en el que reivindica su importancia:

Los reyes no traían más que tres cosas; pero por cómo venían, cual humildes faquires, à depositarlas á los pies del niño pobre, consiguen gracia de faquires en funciones maravillosas y comienzan á sacar juguetes de las alforjas de la noche, de donde los poetas sacan durante toda su vida las ilusiones de sus fantasías.²²⁴

Alude a los escritores que, como él, experimentan la alegría de los niños y los comprenden porque esa noche la inspiración entra por sus ventanas. El único inconveniente es la iluminación cegadora de la ciudad moderna que les dificulta su trabajo y preferiría «luces veladas y azulencas» que magnificarían el ambiente de esa noche.

²²³ Transcribimos parte de su artículo en el que justifica a estos niños: «Es cosa de niños españoles, de niños con pocos aguinaldos y con poco que zampar este afán inmoderado por el ruido. Tiene su batahola algo de revolucionario, de motinesco, de revancha frenética. Esos niños que no suelen ser muy bien tratados por sus padres y que sufren sus injusticias y sus austeridades, á veces un poco vesánicas, se resarcan aprovechando el permiso de las Navidades, su descerrajada libertad para el ruido. Da un gran estirón la personalidad del niño en estos días y se repone de los castigos quo lo han hecho estar callado y en un rincón horas y horas. Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 22 de diciembre de 1923, Año X, Núm. 520, «Los ruidosos tambores», s. p.

²²⁴ Ramón se convierte en niño esa noche: «El escritor sorprende con tristeza las risas triviales de los que creen que se trata de una noche engañosa, pues quizás el escritor duda menos que los niños de la quimérica y fabulosa verdad de los reyes magos de la madrugada.», Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 6 de enero de 1928, Año XXXV, Núm.1772, «Los grandes faquires», s. p.

Otro día importante en la Puerta del Sol es la Nochevieja.²²⁵ Ramón describe el ambiente festivo de este último día del año cuando llega a la plaza la gran avalancha de gente procedente de todas sus calles adyacentes, destaca los que bajan apresurados la cuesta de la calle de la Montera, para llegar antes de que suene la primera campanada. El «reloj»²²⁶ de Gobernación es el protagonista: «Ese queso de bola del juguete nacional que es el reloj de Gobernación, a veces se mete entero en la boca de los que esperan que den las doce para ver caer la bola...¡Aaaaah...!»²²⁷

Después de detallarnos todos los rasgos de la Puerta del Sol, Ramón discrepa con los cambios²²⁸ que se van produciendo en ella y nos transmite sus sentimientos y reflexiones a través de la misma Puerta del Sol: «Está desconcertada, desorientada, ha perdido su carácter de lugar de reunión y conversaciones por el ruido que producen la gran cantidad de automóviles que circulan por ella: Resplandece, engaña, conmueve, pero carece de aquella vida fervorosa y cabalesca que producía el folletín novelesco de todos los días españoles. [...]»²²⁹

²²⁵ Ramón sorprende y hace sonreír con su descripción: «El gran minuterero camina sigilosamente hacia las doce, pasando de puntito a puntito en los parpadeos, cuando nadie lo ve. Por fin llega. Todos tienen la uva en la boca, como si fuese la cápsula de la purga. [...] Y suenan las doce campanadas, y a ciegas, como se toman las cápsulas de aceite de ricino para no saborearlas ni desanimarse, con esa precipitación se toman las doce uvas [...] la medicina para que el año sea de buena suerte.» Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I, «La Puerta del Sol», p., 99.

²²⁶ Ramón hace una detallada descripción resaltando su importancia: «El reloj de la Puerta del Sol [...] es el reloj central de España, porque entre otras cosas tiene cuatro esferas para los cuatro puntos cardinales, y aunque el del mediodía no le sirve para nada, funcionan sus manillas. Su esfera tiene unos desconchados en el esmeril, que habiendo estado allí arriba se adivina qué objeto tienen, pues son como los agujeros del telón de teatro, y sirven para que el Tiempo, primer actor de la vida, se asome a ver lo que pasa en la luneta, curioso de ver la plenitud de la circulación y de la alegría del espacio más nutrido de vida.», *Ibidem*, p., 54.

²²⁷ *Ibidem*, p., 100.

²²⁸ Ramón está desolado: «La Puerta del Sol de estos últimos tiempos tiene una facha de ser que va tirando con cierto optimismo inconsciente, sin preocuparse demasiado de las ideas, mezclándose con desidia al aire removido de los automóviles.[...] Se podría decir que la Puerta del Sol presente tiene actualidad, pero no tiene ideas. Aquella ebullencia de ideas que la caracterizaba ha llegado a ser sólo algarabía de palabras y bocinazos.», *Ibidem*, pp., 2-3.

²²⁹ *Ibidem*, p., 4.

Ha sido sometida a crueles inyecciones fortificadoras de cemento en su subsuelo para poder soportar el peso del tráfico; sin embargo, la Puerta del Sol aguanta resignada este tratamiento prescrito por los arquitectos municipales, verdaderos doctores inhumanos del progreso urbanístico. Ramón es consciente de que el dinero es lo que más importa a los responsables de estas reformas, no viendo en ellos otra motivación:

Aquí todo el mundo tiene un proyecto de Presupuesto y un proyecto de Puerta del Sol. [...] Todo el mundo se atreve con la Puerta del Sol, cuando lo que necesita la Puerta del Sol es conservar siempre su carácter, ese tipo espontáneo que le ha salido, esa cosa sincera y arbitraria que tiene. [...] Están agarrados los que se sitúan en la Puerta del Sol y los que bajan hasta allí, por el aspecto pintoresco, viejo y augustado de la plaza increíble. Todo lo que enfriase eso batiburrillo y esa mezcolanza la dejaría vacía y triste. [...] Más vale que ninguna de aquellas mejoras que se plantearon en el pasado, ni ninguna de las que se plantean ahora, modifiquen la Puerta del Sol, cuyo sentido es el del apiñamiento, del volverse a ver, de componer la gran manifestación cotidiana de la vida.²³⁰

Ramón sigue sin comprender cómo lo funcional puede triunfar sobre lo simbólico que es lo que le daba su personalidad y carácter. La fuente que representaba los mares y la farola que era «aparato litúrgico del altar mayor» han sido eliminados. La Puerta del Sol moderna ha perdido definitivamente su carácter, ha adquirido la velocidad y vibración del progreso. Transcribimos dos de sus greguerías que subrayan ese cambio:

La casa estrecha de Teléfonos fue la última que se perdió de cuando la Puerta del Sol era plaza de pueblo. ¿Quién iba a decir que de madre tan flaca saliese hijo tan potente como el rascacielos de la actual Telefónica?²³¹

²³⁰ *Ibidem*, pp., 103-104. Estas reflexiones fueron escritas por Ramón en su artículo «Otra reforma de la Puerta del Sol» publicado en *La Esfera*, Madrid, 23 de septiembre de 1922, Año IX, Núm. 455, s. p., Como citamos en el apartado I.3 «El costumbrismo en el siglo XX», José Gutiérrez-Solana coincide con Ramón en su cuadro «La Puerta del Sol» en *Madrid: Escenas y Costumbres, Obra literaria*, ob. cit., pp., 142-144.

²³¹ *Ibidem*, p., 92.

La red de cables de los tranvías que cubre la Puerta del Sol, parece la red para los aviadores que puedan pasar por encima de ella, o para que no se mate tampoco ese ser que hace ejercicios sobre el gran circo.

También parece la gran tela de araña con que las Compañías eléctricas tienen cazados a todos los ciudadanos.²³²

Un objeto emblemático que ha sobrevivido a los cambios urbanísticos acaecidos en su entorno, es la piedra que indica el kilómetro cero, «huella del talón del hidalgo madrileño» como elegantemente dice Ramón, ubicada en la acera del ministerio de la Gobernación y que simboliza el centro del ser vivo que es España: «Esa piedra grabada con su aspa en incisión imborrable, y que han respetado los primeros adoquinados y después los asfaltados de la Puerta del Sol, volviéndola a incrustar en su sitio [...] es la referencia madre de las carreteras de España [...] Algo así como la piedra filosofal: la piedra kilometral. [...] Una piedra preciosa de esa categoría no la hay sino en Madrid, y eso sí que da valor de capitalidad a la corte.»²³³

Como vemos Ramón coincide con los costumbristas anteriores en su crítica al progreso que pone en peligro y hace desaparecer la tradición. Espera que su deseo se haga realidad, que la Puerta del Sol, a pesar de los cambios, no pierda su verdadero espíritu, que continúe siendo la demostración de la peculiar forma de vida madrileña o española, y no una plaza más, moderna eso sí, pero solamente eso.

Ramón ha estado en la Puerta del Sol todo un día contemplando las diferentes perspectivas que presenta con el paso de las horas como la actitud de la gente de todo tipo que la frecuenta; el ajetreo que la caracteriza; los medios de transporte público y su utilización y los lugares más concurridos, nada escapa a la atenta mirada de Ramón que observa y transmite todo como él lo siente. Su subjetividad la justifica con imágenes, comparaciones, metáforas e incluso greguerías, tan acertadas que la transforma en objetividad. La Puerta del Sol no sólo es descrita por Ramón, es sobre todo vivida. En esto reside su renovación del costumbrismo.

²³² *Ibidem*, p., 97.

²³³ *Ibidem*, pp., 104-105.

Nos trasladamos con Ramón a otro de sus lugares muy queridos, el Parque del Retiro que describe en su capítulo «El Lago Mayor de Madrid» centrándose sobre todo en el estanque que es lo más significativo como única gran extensión de agua que tiene Madrid: «El estanque del Retiro es el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente. Consuela más que parece, y si faltase, quedaría una desdichada sed de él en el aire de nuestros días.»²³⁴

Ramón relata sus distintas épocas desde que fue construido y nos detalla sobre todo su momento de gran esplendor, hacia mediados del siglo XVII, cuando Felipe IV lo convirtió en el lugar preferido para organizar sus juegos en el agua, atravesándolo con su regia falúa sobre el agua poblada de luminosas espadañas y flores acuáticas. En el centro tenía una isleta oval, cruzada por dos caminos con árboles y un templete en medio. Había cuatro embarcaderos como palacetes en sus esquinas.²³⁵

Entramos con Ramón en el estanque del Retiro de su época, se ha popularizado y detesta tener que hacer cola, aunque acuda muy temprano, porque la gente, que él califica despectivamente como «esos y esas», se comporten como animales para entrar los primeros.²³⁶ La mayoría de la gente se dirige al embarcadero para conseguir barcas de una o varias plazas según los ocupantes.

²³⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XIV «El Lago Mayor de Madrid», p., 188.

²³⁵ La descripción que hace Ramón del antiguo estanque del Retiro es de ensueño y nos parece lógica su nostalgia por no haberlo podido disfrutar en esa época: «[...] Esos palacetes de sus esquinas debían estar bien. Esos palacetes para nadie, espacios de respeto, casillas de las hadas, son muy necesarios en un jardín, llegando a ser [...] algo así como casitas misteriosas llenas de esencias, y entre todas las esencias, la más intensa y concentrada la del pasado puro, la de todos los días, uno a uno, con todo lo que pareció perderse.», *Ibídem*, pp., 186-189.

²³⁶ Ramón reitera su rechazo por la multitud desenfrenada: «Como osos y osas queriendo abrir la jaula de su prisión, así estaban pegados a la verja esperando que el guardia diese las dos vueltas a la llave y abriese la gran puerta de la catedral con ese esfuerzo con que parecen mover el mundo.» *Ibídem*, p., 182.

Ramón critica la conducta de dos tipos de personas, las que se encuentran junto a la balastrada sólo para observar a los que pasean tranquilamente, llegando incluso a intimidarlos y a hacerles acelerar el paso, en vez de disfrutar del paisaje y «los orilleros»,²³⁷ una especie de obreros rudos y ociosos, que se reúnen alrededor del estanque sentados sobre el balaustre de hierro, de espaldas al agua y con los pies sobre los bancos de piedra. El estanque no significa nada para ellos, es simplemente un lugar más donde cotillear, ya que no tienen otra cosa que hacer.

Las orilleras son también personajes peculiares: las asiduas son jóvenes cuya misión es pasear a los niños de quienes las acogen y las eventuales son viudas mayores: «que al atardecer sacan un bollito de un papel y lo van migando como si rezasen cada pedacito que se comen, pequeños pedacitos, uno más grande en las avemarías.»²³⁸

El Retiro tiene para Ramón ese carácter entrañable de las despedidas de los seres queridos que no saben cuando se volverán a ver, exacerbando los sentimientos el entorno onírico de este magnífico lago: «[...] los que habían de embarcarse hacia las colonias que aún poseíamos, celebraban sus despedidas embarcándose en las embarcaciones del Retiro, dando la congoja del agua a sus familiares: «¡Figuraos así dos meses!»»²³⁹

Cerramos este capítulo con unas alentadoras palabras de Ramón: «No tiene el estanque del Retiro ese destino voluble de las cosas artificiales. Su permanencia es, indudablemente, superior a la voluntad de los hombres, que si no ya hubieran encontrado manera de cegarle, si no por nada, por colocarle en otro sitio.»²⁴⁰

²³⁷ Ramón los denomina «parásitos de las orillas», *Ibídem*, p., 189.

²³⁸ *Ibídem*, p., 190.

²³⁹ *Ibídem*, p., 187.

²⁴⁰ *Ibídem*, p., 185.

Continuamos con la segunda plaza preferida por Ramón, «La plaza de Oriente»,²⁴¹ lugar de correrías de Ramón niño y lugar de reflexiones y recuerdos de Ramón adulto.

En 1923 Ramón escribió el artículo «Los inválidos de la Plaza de Oriente» en el que comentaba: «Ese jardín madrileño de tan antiguo prestigio que es la plaza de Oriente, tiene tres encantos: primero, el encanto de un libro de historia con las láminas de sus reyes y sus letanías de monarcas: Chindasvinto, Recesvinto, Clodoveo, etcétera; segundo, el encanto de su jardín, y tercero, el encanto de sus inválidos.»²⁴²

Hacemos un resumen de su historia bastante aleatoria por los continuos derribos y construcciones hasta su configuración definitiva en 1841 cuando Agustín Argüelles, tutor de la reina Isabel II, y Martín de los Heros, intendente de la Casa Real, acometieron la empresa de embellecer la plaza. Elevaron la glorieta central añadiendo dos jardinillos²⁴³ independientes a su derecha y a su izquierda y la rodearon con una elegante escalinata de tres gradas de piedra caliza, con veinte zócalos de granito para colocar las cuarenta estatuas que representan a los reyes godos.

Ramón convierte esta majestuosa plaza en un espacio alegre de juego para los niños que, como él, la frecuentaban. Recuerda que les encantaba subirse a esos pedestales, apoyándose en sus salientes y en las coronas de laurel de bronce para colocarse bajo el manto de los reyes identificándose con la potestad que éstos representan. Jugaban a «justicias y ladrones», a «los voluntarios de la Cruz Roja», la rodeaban con sus aros y,

²⁴¹ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXXIX, «La plaza de Oriente», pp., 425-439.

²⁴² Ramón Gómez de la Serna, *Buen Humor*, Madrid, 4 de marzo de 1923, Año II, Núm. 66, «Los inválidos de la Plaza de Oriente», p., 9. Este artículo lo incluyó Ramón en su libro *Gollerías* publicado en 1926.

²⁴³ Ramón identifica incluso los dos jardines con el carácter de los niños que los frecuentan: «El jardín de la derecha, según se mira a Palacio, es el de los niños tristes, altivos, incongruentes. El de la izquierda también es para niños de poca fantasía; pero resulta más claro y menos arrinconado, y entre calles frías como el otro. Es demasiado sencillo, la vida entra menos en él.», Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXXIX, «La plaza de Oriente», p., 431.

formando varios corros, entonaban cantares populares:

Soy el farolero de la Puerta el sol;
Cojo la escalera y enciendo el farol...
[...] Tan alto como la luna.
¡Ay! ¡Ay!”
[...] Mambrú se fue a la guerra;
No sé cuando vendrá;
Carabí-urí-urí-urá;
Si vendrá para Pascua...
Y el eterno, dulce y melancólico:
¡Ramón del alma mía!²⁴⁴

Los niños se desarrollan en ella, fuman su primer cigarrillo de cacao simulando charlas importantes, presencian los amores de sus niñeras, observan las opulencias de la vida y por esto, según Ramón: «De la plaza de Oriente salen niños de mayor categoría, de mayor conciencia de la realidad y la vida, los niños más sensatos y probos de Madrid.»²⁴⁵

Ramón sigue acudiendo, esta vez sólo, a su regia plaza. Disfruta al contemplar el amanecer,²⁴⁶ la rodea, se sienta en uno de los bancos y surge su «círculo mágico de los recuerdos»: «Yo, que jugué de niño en aquel jardín, ahora juego allí de noche, la otra hora del juego para los que van madurando ya, y acabo muchas noches dando unas vueltas en el carrousel de los reyes.»²⁴⁷

El último lugar predilecto de Ramón es «El jardín Botánico». En él pasea, aprende, observa los cambios de estación y las personas que lo frecuentan; sin embargo, no es un

²⁴⁴ *Ibídem*, p., 430.

²⁴⁵ *Ibídem*, p., 433.

²⁴⁶ Transcribimos su poética descripción sobre esta hora: «En la plaza de Oriente es donde amanece antes y con más belleza, dándose el fenómeno brillante de que en las lunas perpetuas y enteras de los balcones de Palacio parece que se refleja el ocaso al amanecer, pues todos se llenan de un oriente maravilloso y encendido.», *Ibídem*, p., 432.

²⁴⁷ *Ibídem*, p., 436.

jardín alegre sino nostálgico. Es el capítulo que más hace reflexionar a Ramón sobre el paso del tiempo y de la muerte: «Primero, el Botánico tiene el aire de un largo y romántico cementerio. Al primer golpe de vista, desde fuera, es un cementerio. [...]»²⁴⁸

De su pasado transcribimos dos eventos de su época. En él tuvo lugar a mediados de siglo XIX la Exposición de los objetos traídos por los expedicionarios científicos que fueron al Pacífico y se instaló el primer Zoológico que tuvo Madrid compuesto principalmente de aves.

Entramos con Ramón en el jardín Botánico de su época. El primer personaje que nos encontramos es un portero atípico sentado en una mecedora al lado de la verja y donde también se halla, siempre dormido en el suelo, un pobre miserable como su único compañero. Ramón nos describe el regio pabellón de Cátedras de Botánica, construido para la enseñanza y estudio de Botánica y que, por falta de alumnos, estuvo cerrado hasta convertirse en un invernadero para la conservación de las plantas más delicadas y unas pocas macetas que recuerdan nuestras antiguas colonias de Cuba, de Filipinas o de América. Su biblioteca todavía perdura con todos sus libros en los sótanos del edificio custodiados por su desconfiado bibliotecario.

Entre todos los árboles que cita Ramón hemos seleccionado algunos que nos transmiten sus emociones, ya que la enumeración de todos haría interminable este apartado, aunque merece la pena acercarse al texto detenidamente pues no hay planta ni árbol que no merezca una apostilla por parte de Ramón. El ciprés cebón²⁴⁹ conmemora la muerte de todos los grandes botánicos; los tejos²⁵⁰ forman unas puertas mudéjares de hojarasca que nos remiten a nuestro pasado; el tilo plateado²⁵¹ que Ramón califica como

²⁴⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXII, «El jardín Botánico», p., 297.

²⁴⁹ *Ibidem*, p., 295.

²⁵⁰ *Ibidem*, p., 300.

²⁵¹ *Ibidem*.

«árbol sesudo, sensato y antiquísimo» y los olmos²⁵² como unos «viejecillos sanos, recios, cansados de mirar el horizonte a través de los años», representan la antigua generación sabia y juiciosa aunque ya agotada; los enebros²⁵³ «fuertes, gimnastas del jardín y varones viriles» representan la nueva generación llena de energía dado el tiempo que todavía tiene por delante y los almecees²⁵⁴ «enormes, fuertes y más arraigados» que son los árboles que mejor se identifican con Madrid,

Las cartelas de los árboles por su aspecto y su ubicación le recuerdan a Ramón la desgracia y la muerte: « [...] son como las que llevan los ciegos, y las que están más a ras del suelo, sobre una pequeña varita, señalando el sitio de las plantas raseras, parecen pequeños epitafios de un cementerio profano.»²⁵⁵

En el Botánico es donde más se acusa el cambio de las estaciones y Ramón nos los detalla empezando por la primavera cuando el sol parece entrar «por rosetones con cristales de color»,²⁵⁶ se escucha el canto de los pájaros de todo tipo que se asientan en los altos árboles y llega gente del pueblo a recoger hierbas que necesitan. En el verano, el botánico se llena de esplendor y los paseos alivian el calor. Ramón resalta el canto de las chicharras que ahogan el estrepitoso ruido de los coches y tranvías. El otoño²⁵⁷ hace resurgir en Ramón sus reflexiones sobre la muerte y el tiempo cuando las avenidas plagadas por las hojas caídas son recogidas por los barrenderos «con cansino esfuerzo, con aire de viejos que matan el tiempo.»²⁵⁸ Esas hojas contienen un mensaje de separación que

²⁵² *Ibidem*.

²⁵³ *Ibidem*.

²⁵⁴ *Ibidem*.

²⁵⁵ *Ibidem*, p., 299.

²⁵⁶ *Ibidem*, p., 303.

²⁵⁷ Ramón retrata las hojas caídas: «Parece que los alfombradores han esterado.», *Ibidem*, p., 303.

²⁵⁸ *Ibidem*, p., 309.

el viento se llevará:

A veces suelo inclinarme sobre el suelo y recoger las hojas mayores y más características, porque algo hay escrito en ellas, como en los retazos de una carta de despedida rasgada con precipitación. [...]

El jardín se va suicidando lentamente. Y en este otoñecer del Botánico los que más viven son los botánicos muertos, y medran como en su aniversario las estatuas de Clemente, de Cavanillas y de Mutis. Es la época, por decirlo así, de su consagración anual.²⁵⁹

En invierno el Botánico está aletargado, salvándose las plantas que tienen el privilegio de estar a cubierto.

Ramón observa en el Botánico tipos de toda índole, es visitado sobre todo por gente mayor que acude a él como podrían acudir a cualquier otro lugar donde hubiese bancos y sombra, ajenos a la flora que allí se encuentra: una anciana con medias blancas que lee un periódico sentada bajo un árbol,²⁶⁰ la típica viuda española vestida de luto que se arropa bajo un manto sucio y pasea acompañada por sus cinco hijos vestidos de negro, un viejo que lee con disimulo a dos viejas mientras cosen,²⁶¹ y curanderas²⁶² que buscan hierbas que ya sólo existen en el Botánico.

Ramón ha recorrido El Jardín Botánico minuciosamente y conoce hasta sus más recónditos vericuetos y cuando sale aflora su nostalgia al tener que entrar en «los cajones

²⁵⁹ *Ibidem*, pp., 310-311. Ramón transcribió este fragmento de su artículo «Variaciones. El Botánico y los botánicos» publicado en *La Esfera*, Madrid, 26 diciembre 1925, Año XII, Núm. 625, s. p.

²⁶⁰ Ramón matiza el árbol: «bajo el árbol de la vejez, el buen árbol que la defiende.», *Ibidem*, p., 301.

²⁶¹ *Ibidem*, p., 307.

²⁶² *Ibidem*, p., 304.

tristes de los tranvías» y «encarase de nuevo con las construcciones rectilíneas»²⁶³ de la ciudad.

Nos encontramos ante otro sitio importante de Madrid «La curtida Plaza Mayor», que entre otros datos de su historia que Ramón escribe al final del capítulo destacamos el haber sido escenario de ejecuciones durante la Inquisición, ruedo de corridas de toros y celebración de ciertas fiestas.

Por la mañana tiene un ambiente provinciano: los carabancheleros que van a Madrid se reúnen allí hasta su regreso, en el mismo día, a sus pueblos; en los soportales Ramón observa la gorra del «romanero»²⁶⁴ esperando al marchamo de lo que después se distribuye y aparecen ciegos que canturrean canciones simples.

Llegamos a su hora preferida que Ramón describe como un poema:

En la noche, en la más alta hora de la noche, la plaza Mayor está bellísima. Hasta cuando está nublado, el cielo [...] aquí se mejora, y si por un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la plaza Mayor donde asoma. La luna en la plaza Mayor es como una iluminación de verbena.²⁶⁵

Los últimos personajes que aparecen son los respetados serenos que, en esta plaza, tienen mayor responsabilidad porque es el barrio de los plateros: «son serenos de tres pistolas, cuyo chuzo se dispara en caso de gran peligro.»²⁶⁶

²⁶³ *Ibidem*, p., 312. Ramón transcribió este fragmento de su artículo «Variaciones. El Botánico y los botánicos» art. cit.

²⁶⁴ Empleado encargado de vigilar el paso de la carne en el matadero

²⁶⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo III, «La curtida Plaza Mayor», p., 120.

²⁶⁶ *Ibidem*, p., 120. Estos serenos son descritos por José María de Albuérne en su artículo «El Sereno» como: «guías y fiscales de todos los inquilinos y dueños de tiendas y casas cuya vigilancia les es encomendada » en *Los españoles pintados por sí mismos*, ob. cit., Vol. II, p., 207.

Ramón la define: «Así como todos los caminos llevan a Roma, todas las calles llevan a la Plaza Mayor, brasero de Madrid los días de frío y sol.»²⁶⁷ La plaza Mayor, sin el ruido de los tranvías, recupera el silencio y es cuando adquiere para Ramón su mayor esplendor.

En el capítulo «La exúbera plaza de la Cebada» Ramón introduce el mundo de los mercados españoles. Su historia²⁶⁸ es sencilla, fue el segundo mercado de Madrid, cuando las mercaderías fueron trasladadas desde la plaza de la Paja y desde los puestos, formados con cuatro tablas y un cobertor de lona, se esparcían por el suelo los restos de las mercancías y para evitar esto, en 1868, el Ayuntamiento revolucionario instituye el proyecto del nuevo mercado y en 1875 fue inaugurada.

Ramón empieza en su época haciendo una descripción general de los ubérrimos y alegres mercados, haciendo gala de su españolismo: «la bandera española rebulle distribuida en frutos amarillos y rojos.»²⁶⁹

La plaza de la Cebada es el mercado por excelencia con sus grandes cristales²⁷⁰ por donde entra la luz y la sombra, sobre todo en verano donde Ramón encuentra un remanso de frescura que huele a melocotones y a fresas. Ramón describe la actividad que hay en ella a lo largo del día. Comienza muy temprano cuando empiezan a llegar los tempraneros con las tempranicas y sorben su taza de té caliente con aguardiente, que les prepara para el regateo y el transporte de las seras llenas. Después la plaza se va desperezando durante

²⁶⁷ «El invierno en la plaza Mayor está al socaire y se seca como higo colocado en la solana.» Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo III, «La curtida Plaza Mayor», p., 117.

²⁶⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo VII, «La exúbera plaza de la Cebada», pp., 144-146. Ramón, como Larra en su artículo «Un reo de muerte» muestra su repulsa al convertirse esta plaza en lugar de ejecuciones capitales. Figaro, *La Revista Española (Mensajero de las Cortes)*, Sección Boletín Costumbres, Madrid, 30 de marzo de 1835, Núm. 30, pp., 1-3.

²⁶⁹ *Ibidem*, p., 144.

²⁷⁰ Ramón los describe con una greguería: «Sus cristales le dan aspecto de gran peine, y como tiene algunos rotos eso le da aspecto de peine roto con muchas púas desaparecidas.», *Ibidem*, p., 144.

todo el día y en la hora cumbre los pequeños y astutos ladrones llenan su cesto con las frutas caídas durante el trasiego de los serones, también los burros y las mulas de los carros bajan la cabeza para alimentarse con las grandes y jugosas hojas caídas. Cuando acaba la jornada: «Después de esas horas de chalaneo, en que los delantales se van llenos de frutos y las cestas son como pequeñas barcas que se alejan repletas, los carros se van.»²⁷¹

En los dos siguientes capítulos: «Las nuevas grandes vías» y «Casillas y rascacielos», Ramón encara su preocupación sobre el progreso urbanístico²⁷² de Madrid. Los planificadores y arquitectos de «Las nuevas grandes vías» son «sajadores»²⁷³ para Ramón que quieren sustituir sus preciadas calles recónditas a través de las que le encanta deambular y que representan el carácter de Madrid, por grandes avenidas diáfanas donde los automóviles son los protagonistas y para conseguir su objetivo arrasan todo lo que se interponga en su camino,

En 1927 Ramón publica su artículo «Los descampados»²⁷⁴ en el que habla sobre la evolución de los descampados madrileños que antiguamente estaban desperdigados y eran algo inusual. La gente que tenía una casa colindante miraba con recelo a quien quería construir sobre ellos porque querían defender su castizo individualismo. Eran como

²⁷¹ Ramón es capaz de convertir en poesía el final del día de un simple mercado: «Entonces vuelve un momento de paz nocturna a la plaza de abastos, y el agua parece correr por todas las naves, y las riquezas acumuladas duermen en sus mazmorras, bajo las bombillas mortecinas que semejan pequeñas arañas que cuelgan de su propio hilo.», *Ibidem*, p., 148.

²⁷² Fernández de los Ríos fue un gran admirador de las mejoras impulsadas por Mesonero Romanos en Madrid cuando era concejal como la numeración de pares e impares de las casas de las calles, su rotulación, la creación de las aceras, el alumbrado público de los reverberos de gas, las obras de alcantarillado, etc. De hecho para conocer Madrid, Fernández de los Ríos recomienda el *Manual* de Mesonero que más tarde él imitará en su *Guía de Madrid*. Consideraba como Larra, Antonio Flores y posteriormente Gutiérrez Solana y Ramón Gómez de la Serna, un error construir elevados edificios de varias plantas en el casco antiguo. Ángel Fernández de los Ríos, *El Futuro Madrid*, introducción de Antonio Bonet Correa, Barcelona, ed. Asenet, 1975, pp., IX - L.

²⁷³ Ramón lamenta la insensatez de su proyecto: «En vez de hacer la ciudad nueva junto a la ciudad antigua y desplazar las actividades que necesitan más velocidad hacia las pistas anchurosas, quieren desintrincar la ciudad, desgarrar su alma, deshacer las sombras fértiles en que se guarece su espíritu.», Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XVIII, «Las nuevas grandes vías», p., 271.

²⁷⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 28 de enero de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.723, «Marginalia. Los descampados», s. p.

escenarios populares que tenían vida propia con sus turistas, sus asiduos y su vendedor de cacahuetes y naranjas; sin embargo, las nuevas y rápidas construcciones han desplazado esos descampados a las afueras despojándolos de su carácter y convirtiéndolos en solares poblados por una muchedumbre de gente.

El primer proyecto viable de «Gran Vía» fue promovido por el conde de Romanones, entonces alcalde de Madrid, en 1898 para establecer una vía lo más corta posible entre la parte Sur y Norte de Madrid saneando la parte más céntrica de Madrid, formada por calles lóbregas y estrechas con viviendas antiguas y antihigiénicas. Bajo el mandato de Canalejas en 1910, el rey Alfonso XIII da el primer golpe de piqueta en la Casa Rectoral de San José o «Casa del Cura», colindante con la iglesia de San José. y empiezan a demolerse las casas, La Gran Vía avanza destructiva. El segundo tramo, entre la Red de San Luis y Callao, se construyó entre 1917 y 1922, es el de la bohemia literaria, periodística y estudiantil y Ramón se siente desgarrado: «Por esas calles arrasadas es por donde me dijo Azorín que le gustaba pasear más.»²⁷⁵ Su conclusión tuvo lugar en 1932.

Ramón vuelve a publicar el mismo año otro artículo «Nuevas siluetas de los derribos» en el que nos relata detalladamente lo que le ha supuesto este proyecto y recuerda las primeras ruinas de los derribos que definían una parte de su vida, cuando se eliminaron calles destruyendo con ellas tiendas muy arraigadas, casas de huéspedes o bares. Le sorprende la rapidez con la que se sustituyen por edificios que califica como «ruinas nuevas»:

Queda más humillado lo que ha de ser piqueteado en breve, ante ese levantarse de las grandes jaulas de la indiferencia que han de ser casas frías para oficinas. Todas las construcciones cordiales, con profundidad de hogar aborígen que ocupaban los solares que hoy posee la Gran Vía, miraron con pena á los edificios con algo de jaulas de mecanógrafas y de arañas del pequeño negocio y

²⁷⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XVIII, «Las nuevas grandes vías», p., 273. José Gutiérrez Solana en su cuadro «La Gran Vía» comparte con Ramón su rechazo ante estos derribos. José Gutiérrez Solana, *Madrid: Escenas y Costumbres* (segunda serie), *Obra literaria*, ob. cit., pp., 467-485.

de la pequeña representación, caballeretes inquietos que están girando siempre en su sillín americano.²⁷⁶

La descripción de la construcción de la Gran Vía, Ramón la hace vivir como una batalla en donde las casas, desde la primera víctima hasta las torrecitas, torreoncitos y atalayas, intentan luchar y se resisten ante su imparable e implacable enemigo, la Gran Vía, siendo casas intrépidas y valientes que no se acobardan aunque sepan que su batalla está perdida. Sin embargo, en esta batalla, hay casas que se sienten liberadas, deslumbradas y llenas de luz al haber desaparecido la calle estrecha y sombría en la que fueron construidas.

Aunque su opinión es contraria a este proyecto, Ramón no se opone al progreso y al principio de este capítulo propone una solución:

Yo haría las grandes vías lejos del centro de la ciudad, en los parajes en que se plantea la ciudad nueva, y respetaría esta psicología que guardan las pequeñas calles, que además desaparecen sin ir a ninguna parte, pues no se ha inventado ni cielo ni limbo para las calles desaparecidas. ¡Pobre recuerdo el suyo en los espectrales planos!²⁷⁷

Una vez acabada la construcción de la Gran Vía, su postura cambia reconociendo que es un error estancarse en el pasado porque «La Gran Vía» ha abierto un camino hacia el nuevo mundo y un porvenir con otros ideales.

Ramón es un idealista al que le gustaría que el progreso, en este caso simbolizado en la Gran Vía, pudiera acontecer sin tener que sacrificar nada. Leyendo sus afirmaciones

²⁷⁶ Transcribimos otro fragmento de su artículo que nos parece interesante: «Caminos y vericuetos estudiantiles son los que están borrando en este último trecho de la Gran Vía, que es en este momento rampa fatal de lo que ya tiene caudal propio y afluencia copiosa. Ya nada se defiende en estas manzanas que sienten tajante é inapelable la sentencia que han visto venir con mucha anticipación, con tanta, que hasta ha procurado morir antes alguna de las propietarias de los palacios expropiados para no ver destruir su casa, su baño de mármol, su jardín interior.», Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 25 de febrero de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.727, «Marginalia. Nuevas siluetas de los derribos», s. p.,

²⁷⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XVIII, «Las nuevas grandes vías», p., 269.

podríamos pensar que es contradictorio; nada más lejos de la realidad, quiere conservar lo antiguo y tradicional, pero sin dejar de mirar al futuro.

En el capítulo «Casillas y rascacielos», Ramón empieza detallando las tradicionales casas del Madrid antiguo, las casas con tres habitaciones para una sola familia, las construidas con cal y canto, las primeras casas con un piso bajo. Después se construyeron las de un piso, y ya, sin interrupción las de dos y las de tres. En las de tres pisos se detuvo la iniciativa de añadir más durante muchos años porque temían ensombrecer la ciudad poniendo en ella casas excesivamente altas que eclipsasen la luz: « [...] es la casa madrileña por excelencia: la casa que está próxima a la calle, aún en sus alturas.»²⁷⁸

Ramón resalta la postura de la gente temerosa ante la altura de los edificios cuando hacia el año 1891 empiezan a construir casas de cinco pisos elevando su altura hasta ocho. La mayoría considera a las personas que se atreven a vivir en ellos como seres inconscientes; sin embargo, las personas que los habitan disfrutan de las ventajas de vivir en las alturas. Ramón los admira porque aceptan tranquilamente estos cambios que supone el progreso y les permite contemplar todo Madrid. Piensa incluso que los jóvenes se plantean el porvenir con mucha más decisión que los que viven en pisos inferiores.

Sin embargo, Ramón es contrario a levantar pisos sobre edificaciones antiguas y pequeñas casas y se convierte en su defensor:

¡Qué enorme dolor de riñones y de pies el de esas casitas, que ya nadie sabe que están hundidas bajo una apariencia de boyante rascacielos! En algunas de ellas el caso es sorprendente, porque no tenían cimientos y se puede decir que están sosteniendo todo el peso poniéndose de puntillas sobre la punta de los pies.²⁷⁹

²⁷⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXIV, «Casillas y rascacielos», p., 319.

²⁷⁹ *Ibidem*, p., 322.

Madrid es una ciudad abierta al progreso y a la innovación y Ramón cree que estas nuevas edificaciones no tienen por qué competir con lo más castizo de Madrid como las churrerías. Su ideal es que pueda coexistir el progreso con la tradición, sin menoscabo para ninguno de ellos, como ya hemos señalado anteriormente.

En los siguientes capítulos, Ramón nos revela los rasgos más costumbristas de Madrid, muchos de los cuales han desaparecido o han evolucionado con el paso del tiempo. En el primero que analizamos, «Pregones de ayer y de hoy», Ramón describe las características de los distintos pregoneros de antaño y el ambiente que suscitaban en Madrid al pregonar sus mercancías. Podríamos considerar «el pregón» como un especial arte porque de su entonación dependía la mejor venta. Tenía tres tiempos: «encomenzar el pregón, hasta encalabrarlo, para que después descendiese en entonada transición hacia el silencio.»²⁸⁰ La primera nota aguda era el reclamo y llegaba hasta el fondo de los patios y corrales de las casas y la última nota lastimera hacía salir a los compradores para ver lo que vendía.

Ramón los considera una especial forma de comunicación entre la gente de la ciudad y la gente que viene de su pueblo con deseo de agradar y de que valoren y compren sus productos de todo tipo: muselina y cortes de chaleco, pellejas para las camas, medias y calcetas, cochinillos vivos, uva palomina, sebo, repollo, calabazas, garrafales de Toro y de Arenas, espinacas, cuajera, sandía, sardinas, moras y «quaxacraa» que era agua como con miel y azucarillos.

Ramón cita a Antonio Flores cuando los pregoneros con sus mercancías incluso indicaban determinadas celebraciones:

[...] Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvía a saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía [...]

²⁸⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XVI, «Pregones de ayer y de hoy», p., 238.

Cuando andaban los cebaos y gordos por las calles, ya se sabía que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era un día de vigilia al oír pregonar la «espinaca como albahaca», y los de Jarama «vivitos», y para saber que había resucitado el Señor, bastaba oír gritar «¡El medio cabrito!»...²⁸¹

Entre los pregoneros desaparecidos Ramón evoca a los aguadores y a la vendedora de rosas, que ya hemos citado anteriormente en distintos apartados. Son los que más perdurarán y quedarán como los pregoneros más característicos.

El progreso ha sustituido a los pregoneros por vendedores ambulantes que siguen voceando su mercancía, pero ahora miran a los balcones en donde no ven a nadie pero presuponen su presencia. Los más altos son sus preferidos porque sus caprichosas dueñas son las que más envían a las muchachas a ver lo que llevan y ellos, que saben cuánto tardan en bajar la escalera, no se impacientan, las esperan y se resarcen de su paciencia subiendo el precio de la mercancía. Este cambio ha agudizado la picaresca de estos «pregoneros» que venden melones, arropo de la Mancha o miel de la Alcarria.

A Ramón le resulta entrañable la perduración del «afilador»²⁸² y siente por él una especial inclinación. Lo observa con su evocadora flauta y el cuidado con que empuja su «rueda» porque no puede permitirse el lujo de que se rompa con lo que cuesta en Madrid. Es incansable y viste de pana en el caluroso estío madrileño,

Ramón lamenta la desaparición inminente de estos pregoneros provocada por las atronadoras estridencias mecánicas de los coches que han acallado el sonido de sus voces llenas de alma, y termina este capítulo con resignada melancolía:

²⁸¹ *Ibidem*, p., 243. Ramón transcribe el texto de Antonio Flores: «Más tarde iban entrando por las puertas de la corte los foncarraleros, como manteca; los coloraos y frescos tomates, patatas de las huertas de Madrid; las calabazas; los chorizos de Leganés (a cuyo grito se ponía el boticario a machacar cien quintales de quina y buscaba el médico la receta de las tercianas); los de «a cala y a casa», y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor, y así los gritos venían a ser el verdadero calendario de los pobres.», *Ibidem*, p., 242.

²⁸² Los afiladores son orensanos y tienen un pequeño terruño, pero para poder sobrevivir se desplazan en octubre o noviembre hasta Madrid recorriendo todos los pueblos hasta llegar para ir reuniendo dinero. Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XVI, «Pregones de ayer y de hoy», pp., 249-251.

Asomémonos al oír los últimos pregones, pues si no, se irán para no volver [...]

Fomentemos la voz de la calle, el jipío pintoresco, el trémolo humano del arroyo, la única voz de la España callada, resignada, metida en sus cobijos.²⁸³

En el capítulo «Bodegones» Ramón como buen comedor y bebedor, invita a seguirle por estos lugares tan típicos y también a punto de periclitar. El mediodía es la hora típica del bodegón y en los verdaderos bodegones el chico del bodegonero repite en todas las mesas la lista en verso de los platos o tapas que hay. Aunque en el escaparate ya no hay aquel barreño con fuego en el que se iban cociendo y recociendo los pucheros del cocido, sigue acudiendo a su cita con este emblemático plato madrileño gente de todo tipo como carreteros, vendedores de hules y plumeros, oreganeros e incluso entra una niña con un puchero grande para que le echen dos raciones de cocido.

Ramón nos describe cómo le sirven el cocido: «El bodegonero me trae la olla con la misma prisa y cuidado que a los demás, y cogida la tapadera contra el cuello y el asa del puchero, como si abriese una castañuela, deja salir sólo el caldo, para que después figure en vez aparte lo que es más sólido en el cocido.»²⁸⁴

Ramón hace un retrato de estos tipos peculiares como son «Los ciegos de Madrid»²⁸⁵ provenientes sobre todo de Galicia que, cuando llegan a Madrid, parecen orgullosos de su ceguera y se aprovechan de ella sentados en sus esquinas para conseguir más limosnas. Carecen de humildad, son tercos, rudos y audaces. Han formado la rígida Hermandad de los Ciegos y consiguen tener la exclusiva de vender los papeles públicos: las Gacetas, los Diarios de Avisos o los Almanaques; pueden tocar los instrumentos de cuerda por las calles y cantar villancicos y jácaras.

²⁸³ *Ibídem*, p., 260.

²⁸⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo X, «Bodegones», p., 164.

²⁸⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XII, «Los ciegos de Madrid», pp., 173-179.

Ramón insiste en el inconveniente ruido provocado por la circulación en la calle que también ha arrinconado y silenciado a estos ciegos. Ahora sí dependen de la caridad de los transeúntes y se sientan cohibidos y resignados en los quicios de las puertas sin apelar a sus campanillas ni a sus salmodias.

En el capítulo «Ferias de septiembre» Ramón describe primero el ambiente festivo y tranquilo que caracterizaba estas fiestas que, después de muchos cambios de lugar, fueron llevadas en 1858 al paseo de Atocha. Eran ferias y almonedas al mismo tiempo en donde había puestos de muebles viejos mezclados con los de libros, puestos de juguetes que regalaban a los niños y puestos de frutas secas y del tiempo. Eran un acontecimiento especial para la gente modesta que no podían permitirse otros lujos y acudían a la feria para gastar unos reales. La feria era: «el desahogo de la humildad pueblerina de la corte.»²⁸⁶

Ramón como gran aficionado a espectáculos, paseos y puestos al aire libre, siente nostalgia por la desaparición de estas fiestas y aunque prefiere los libros acompañados por las exposiciones de otros objetos, se conforma con la feria de libros de septiembre que cada vez es más copiosa con los libros amontonados y mezclados en mesas cada vez más largas.

Después pasa a enumerar los tipos más asiduos de esta feria: el más madrugador que se lleva los mejores hallazgos, carreteros, congregaciones religiosas, soldados, profesores y curas. Forman una amalgama de gente en la que predominan sus intereses o curiosidad que poco tienen que ver con la cultura: «El primer día de la feria de los libros de Madrid es algo como una apertura de curso de los que ya no cursan nada, de los escritores, los críticos y los vagabundos literarios.»²⁸⁷

El vendedor más curioso de esta feria es el valenciano que siempre está protestando en «valensiá» con toda la gente que le rodea. Su tosquedad se convierte en simpatía al

²⁸⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXXVI, «Ferias de septiembre», p., 412.

²⁸⁷ *Ibidem*, p., 416.

tratarle y sus cinco hijos le ayudan a colocar los libros por temas dentro de lo que su cultura le permite. Ramón reproduce la descripción que de este personaje hace Gutiérrez Solana:

El dueño de esta barraca viste un largo delantal amarillo; es vegetariano y ateo; tiene gran fuerza y agilidad; lleva la cabeza al descubierto y rapada, lo mismo en verano que en invierno, y los pies desnudos; mira los tomos muy de cerca con los gruesos cristales de sus gafas y trepa por la escalera como un mono, bajando y subiendo libros, que limpia a zorrazos, levantando nubes de polvo, dando chillidos al enfadarse con la demás dependencia y poniéndose encarnado por la cólera.²⁸⁸

Después de la publicación de *Elucidario de Madrid*, en 1934 Ramón escribió el artículo «Inquietud septembrina» en el que reivindica la continuidad de las ferias de septiembre: «El arte y hechura de las costumbres dulcifica el vivir del mundo, y si se desdibujan las costumbres, la escueta condición de lo cotidiano se volverá agria y colérica.»²⁸⁹

Piensa que debe mantenerse esta feria en la que aunque los libros sean los protagonistas no falten sus puestos de castañas pilongas, sus torrados y las trompetas de los niños. Los libros siguen siendo revueltos por los compradores, pero puede pasearse al aire libre y sin prisa entre los tenderetes comprando alguno que después leerá en el Café más próximo.

Concluimos este estudio sobre *Elucidario de Madrid*, ocupándonos de su patrón «El Milagroso Labrador»²⁹⁰ San Isidro y de la romería celebrada en su honor. Ramón

²⁸⁸ *Ibídem*, p., 418.

²⁸⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna libre, Madrid, 5 de septiembre de 1934, Año III, Núm. 832, «Variaciones. Inquietud septembrina», p., 3.

²⁹⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XXXIV «El milagroso labrador» pp., 385-388. En estas páginas sobre la historia y milagros de San Isidro, Ramón transcribe íntegro su artículo «Marginalia. El Santo Labrador y su esposa» publicado en *Nuevo Mundo*, Madrid, 18 de mayo de 1928, Año XXXV, Núm. 1.791, s. p.

cuenta la historia y los milagros de este santo atípico y sencillo que representa al pueblo madrileño. Un santo jovial, tranquilo y campechano que sólo tuvo la tristeza de morir: «La adoración de San Isidro no es de las que amedrentan o compungen, y por eso su pradera está llena de alegría, *carrouseles* y columpios.»²⁹¹ Es el labriego de Madrid que se dedica a la contemplación de la perspectiva de la ciudad en la ladera del río Manzanares, mientras los bueyes guiados por los ángeles hacen el trabajo para permitirle rezar.

Su romería, como San Isidro, tiene el encanto pueblerino de poder pasear a la orilla del río junto a la gente que llena la pradera. Con el son de las campanas de la ermita de fondo se mezclan los humos que salen de los puestos de comida y de las churrerías, mientras proliferan los pobres, la guardia civil a caballo, los chiquillos que se tiran por los desmontes y las gitanas que bailan sobre el tablado de su barraca.

Los cambios que se van experimentando en la fiesta de San Isidro no son relevantes; sin embargo, Ramón observa que ya no se madruga tanto y la gente pudiente ha sustituido las sillas de mano, calesines o diligencias por automóviles y motos para bajar a la pradera. También han cambiado la bebida y la comida:

[...] en vez del peleón de Arganda, de la «ratafía» y del «hipocrás», mezclados siempre a la «flor del aguardiente», se bebe mucha cerveza mezclada a la «flor del aguardiente», se bebe mucha cerveza mezclada al agua de la fuente de «la Salud», la fuente del Santo, cuya agua convendría hervir antes de tomarla, pues hervida conservaría sus facultades milagrosas y perdería sus inquietantes microbios.²⁹²

Además, casi todos un poco en régimen de no engordar [...], ya no se dedican a los grandes atracones de huevos fritos, lacones, perdices y escabeche con postre de rosquillas y bollos de Fuenlabrada.²⁹³

²⁹¹ *Ibidem*, p., 383.

²⁹² *Ibidem*, p., 392.

²⁹³ *Ibidem*, pp., 392-393.

Para Ramón la pradera conserva el encanto de estar en ella y ver Madrid construida sobre un monte lleno de huertas y de chozas. Cuando vuelve al atardecer: «parecen descender esas lucecitas amarillas que comienzan a brillar en los puestos, tiendecillas y barracas de la feria como amarillos y leves fuegos fatuos...»²⁹⁴

Ramón escribió su artículo «San Isidro es otro» en 1934 también posterior a la publicación de *Elucidario*. En él, actualiza a San Isidro porque considera absurdo creer que el santo está en su ermita ignorando la situación real:

San Isidro penetra en los bares de las afueras, se detiene con gentes de su condición en los puentes de Toledo y de Segovia, habla con los lechugeros de la cuenca del Manzanares, da ánimos en el paro a los parados.

[...] ¡Buen San Isidro, como sincero hombre de la tierra camaleónico y resucitado, que tu bondad y tu socorrimiento no se acabe y se amolde a los circunstancias de cada época!²⁹⁵

Un año después, en 1935, Ramón publica «Del Madrid viejo al Madrid nuevo» en el que nos relata su recorrido desde el Rastro pasando por las calles antiguas y asomándose al portal de los mesones para comprobar el lado pueblerino y castellano de Madrid hasta llegar, por la calle de Toledo, al Madrid nuevo. Observa cómo van desapareciendo casas que se encontraban a ras del suelo para ensanchar las aceras y la renovación de las tiendas y Cafés; sin embargo, su impresión es que ambos se corresponden:

En el fondo, Madrid es como una chocolatera que remueve con el molinillo las dos almas de Madrid, la nueva y la vieja, refundiéndolas en una misma alma vivaz, despierta, enterada del pasado y del presente al mismo tiempo.

²⁹⁴ *Ibidem*, p., 393.

²⁹⁵ Ramón lamenta indignado en su artículo la sustitución de las máquinas por los hombres: «Los terratenientes que por allí bajan parecen ir a ver a uno de sus peones, al peón que hicieron santo y se sonríen cuando lo miran, porque, si no ángeles, ellos tienen máquinas que casi solas les preparan todo el campo. Algún día no necesitarán ni ángeles ni labrantes», Ramón Gómez de la Serna, *Diablo Mundo*, Madrid, Sábado 12 de mayo de 1934, Año 1 Núm. 3, «San Isidro es otro», p., 9.

Porque, esencialmente, Madrid es sencillez y asomarse al espectáculo de lo complicado, tener el facsímil del mundo y vivir su vida de gabinete íntimo.

¡Vivan juntos los dos Madriles y compréndaseles reunidos!²⁹⁶

El día 16 de octubre de 1952, el «Instituto de Estudios Madrileños» inauguró solemnemente el Curso académico de 1952-1953 en un acto celebrado en el Salón Real de la Casa Panadería, bajo la presidencia del Conde de Mayalde, alcalde de Madrid, y del Presidente del Instituto D. Joaquín de Entrambasaguas. Después de exponer las tareas desarrolladas por el Instituto, desde su creación en noviembre de 1951, entre las que destacaban el Primer Ciclo de Itinerarios de Madrid y la publicación de siete obras en las Colecciones «Itinerarios de Madrid» y «Biblioteca de Estudios Madrileños» y de anticipar los proyectos existentes para el Curso que se iniciaba, Gaspar Gómez de la Serna dio lectura a su conferencia «Ramón y Madrid». Ramón era Miembro honorario y Gaspar colaborador.

Inicia su conferencia²⁹⁷ hablando de Ramón como el gran escritor madrileño, que, con su corazón en Madrid, escribe desde hace dieciséis años en la soledad de su lejana celda literaria del número 1.974 de la calle de Hipólito Irigoyen en Buenos Aires. Hace un recorrido sobre las distintas etapas de su trayectoria literaria elogiando su generosidad e individualismo: «Ramón es ese que, como se ha dicho, escribe todo lo que se le ocurre, publica todo lo que escribe y regala todo lo que publica.»²⁹⁸

Resalta la inmortalidad de su obra literaria resumiendo el Madrid de su época y aconseja seguir observando el Madrid del medio siglo «para ver lo que queda de aquel

²⁹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Madrid Turístico y Monumental*, Madrid, febrero 1935, Año I, Núm. I, «Del Madrid viejo al Madrid nuevo», pp., 2-3.

²⁹⁷ Gaspar Gómez de la Serna, «Ramón y Madrid. Silueta de Ramón, sobre el fondo nuevo de Madrid» en *El paisaje de Madrid por el Conde de Mayalde*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1953, pp., 17-22.

²⁹⁸ Gaspar fue el principal apoyo de Ramón en sus últimos años: «Con una periodicidad gobernada por el afecto, me llega volando desde Buenos Aires la epistolar amarilla del primo Ramón, madura de una pasión madrileña y española que fermenta en la distancia sus jugos más nobles, señalando de paso el nivel cada vez más alto de su nostalgia de madrileño que sabe que «siempre el oriente del español está en la Plaza de Oriente.» *Ibídem*, p., 23.

ramonesco Madrid de entreguerras.»²⁹⁹ Madrid se ha convertido en una ciudad industrializada con el consecuente cambio social provocado por la cantidad de forasteros que llegan para trabajar. Ha perdido su carácter provinciano y las clases sociales se han unificado introduciéndose en los ámbitos comerciales e industriales donde prevalece el dinero. A pesar de estos cambios Gaspar considera: «esa sustancia, que es como el espíritu madrileño amasado con la luz y el aire de Madrid por todos los espíritus pasados y presentes que le pueblan, permanece intacta, y es justamente en lo que Ramón es más madrileño y Madrid más ramoniano.»³⁰⁰

Ramón sigue fiel a Madrid, pero preocupado por estos cambios y, aunque Madrid lo ignora, sigue confiando en su esencia, prueba de ello es la carta que escribe en febrero de 1952 a Gaspar y que comenta:

Por eso, si no le preocupa la informalidad de una editora madrileña, que no acaba de publicar su *Explicación de Buenos Aires*, dice a renglón seguido: “Lo que sí me importa es la reedición de *Elucidario de Madrid*, que Echarri propuso al Ayuntamiento, que éste aceptó y que no sale nunca”. La reedición del *Elucidario* sería viva señal de esa sustancia que no pasa, en medio del tiempo fugitivo.³⁰¹

Por fin *Elucidario de Madrid* se publica en 1957 y José Leal Fuertes escribe un artículo en el *Suplemento de Villa de Madrid* comentando el libro. Empieza resaltando la sensatez del Ayuntamiento de Madrid por reeditararlo y destaca que aunque han pasado veintiséis años desde su primera edición, sigue teniendo una sorprendente actualidad. Continúa analizando cómo Madrid ha sido un tema muy tratado en nuestra literatura con cierta arbitrariedad:

[...] Unas veces, los llamados «costumbristas» se han dejado conducir por los fáciles procedimientos de un falso y trasnochado casticismo,

²⁹⁹ *Ibidem*, p., 25.

³⁰⁰ *Ibidem*, p., 34.

³⁰¹ *Ibidem*, pp., 33-34.

degeneración del concepto noble que a esta palabra daba, partiendo de su significado etimológico, don Miguel de Unamuno. En otras ocasiones han sido los eruditos quienes, encastillándose en viejos in folios y diplomas, han abrumado al paciente lector con un chaparrón de inaguantables citas.³⁰²

Por ello destaca como el libro más característico sobre la capital *Elucidario de Madrid* de Ramón, quien presta su voz a la antigua Villa y Corte para que ella nos descubra sus secretos. Piensa que podía haberse titulado también «Autobiografía de Madrid», porque es la propia ciudad la que habla con acento auténtico y verdadero. Concluye su artículo: « [...] *Elucidario* es la obra de un escritor original y castizo al par que europeo y universal, enamorado de Madrid, «la ciudad de la luz sensible.»³⁰³

Por último José Camón Aznar observa en todas las páginas de *Elucidario*:

[...] una lección cordial de vivir humilde, un desdén hacia la genialidad que quiere imponerse. Aquí lo que señorea sobre Madrid no son sus hijos ilustres, sino la lección cordial y clara de sus tiendas, de sus lonjas, de su casticismo recatado y basado en el ingenio.³⁰⁴

Poco podemos añadir a lo expresado por Gaspar Gómez de la Serna, José Leal Fuertes y José Camón Aznar quienes han compendiado la esencia de *Elucidario de Madrid*.

³⁰² Continúa su análisis: «En las interesantes páginas de este libro lo histórico se nos muestra con plenitud, de vida, con ese ir y venir que integra el itinerario emocional de cada día. Así aparece la Puerta del Sol, «por donde los días nublados se abre el cielo», la Plaza Mayor, pacífica, «metida en un sopor de sestería histórica» [...] el Jardín Botánico, la Castellana, el Retiro, etc. Otras veces desfilan ante nosotros los más variados tipos: los ciegos, [...] los pregones, la mayor parte de ellos reducidos ya al silencio, etc. ». José Leal Fuertes, *Suplemento de Villa de Madrid*, Madrid, 1957, Año 1, Núm. 1, p., 3.

³⁰³ *Ibidem*.

³⁰⁴ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «*Elucidario de Madrid*», pp., 172-173.

Es indiscutible que Ramón como escritor costumbrista rompe moldes, iniciando un costumbrismo propio basado en la contemplación razonada de todo cuanto le rodea, en la sensibilidad con que observa lo tradicional, en la alusión a escritores clásicos, en la atracción que siente por la arquitectura y por el entorno de su querido Madrid y en la curiosidad que despierta en él la gente y su comportamiento, características todas ellas que después influirán en escritores posteriores.

Elucidario de Madrid es un libro documental atípico sobre el Madrid de la época de Ramón. Es el director, narrador y protagonista con magníficos escenarios como la Puerta del Sol, la Plaza de Oriente, El Retiro o la plaza de la Cebada, cuya idiosincrasia sabe captar a través de los personajes que por ellos deambulan desde la gente más humilde hasta la más distinguida. Con la visión y la revelación de ambientes ocurre lo mismo, sólo las imágenes de Ramón bastan para imprimir interés en el lector.

Ramón da su visión. No soporta la vulgaridad, la superficialidad e ignorancia de la gente ni su comportamiento como los orilleros del Retiro y las personas que acuden al Jardín Botánico o a La Plaza de Oriente sin ser conscientes de donde están; los arquitectos que desconocen la importancia de lo que pretenden destruir; los atropellos por no quedarse sin plaza en los tranvías o por ser los primeros en pasar al Retiro y el atronador ruido ocasionado con el pretexto de las fiestas. Utiliza su ironía y mordacidad para criticarlo sin ningún tipo de reservas.

El resultado es un documental costumbrista sobre Madrid, ciudad por la que siente tanto cariño que puede permitirse el lujo de alabarla y criticarla sin ningún tipo de trabas, sólo esperamos que, en algún momento, este libro sea considerado como el máximo exponente de la historia y costumbres de Madrid en la época de Ramón porque con este objetivo lo escribió.

II.2 Libros con recopilaciones de artículos periodísticos y textos procedentes de otras publicaciones.

Los libros que analizamos a continuación son un compendio de escritos de Ramón. Jesús Rubio Jiménez explica que: «En general, en toda la obra de Gómez de la Serna hay

un aprovechamiento continuo de materiales, algo inevitable en el mundo moderno del periodismo y Ramón vivió en gran parte de su actividad en los periódicos y en otros medios, incluidos los encargos editoriales.»³⁰⁵

— *Entrando en fuego* (1905)

Iniciamos este apartado con su primer libro que fue impreso en los talleres del Diario de Avisos, donde se imprimía el periódico *El Adelantado de Segovia*, En el prólogo Ramón nos expone la esencia de este libro: «¿Quién soy? Un joven de diecisiete años que recopila trabajos en parte ya publicados, y los ofrece a las gentes, descubriendo reconditeces de su alma...»³⁰⁶ Coincidimos con la opinión de Juan Manuel Pereira que denomina a Ramón como un «intelectual Humanitario» y cree en un reformismo social cuyo objetivo es defender a los más débiles:

[...] El derecho, la cultura y el arte son los instrumentos de la “revolución de las almas” que propugna el articulista: El derecho frente a la hipocresía de la caridad, que no resuelve la pobreza; la cultura como remedio y vigorizante para un pueblo ignaro, cruel y avaricioso, falto de formación; la belleza como consuelo de la pobreza desesperante [...].³⁰⁷

La primera edición consta de un prólogo y dieciséis escritos de los cuales analizaremos tres en los que Ramón aparece como testigo y consigue involucrarnos en la historia que comenta. En este primer libro, el joven literato nos muestra sus inquietudes y aborda temas como la muerte que será una de sus constantes en toda su obra posterior.

³⁰⁵ Jesús Rubio Jiménez, «Ramón Gómez de la Serna biógrafo de Ramón María del Valle-Inclán», Creneida, Córdoba, 2015, en prensa.

³⁰⁶ Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego Trabajos literarios*, en *Obras Completas I, Prometeo I, Escritos de juventud (1905-1913)*, Barcelona, 1996, Círculo de Lectores//Galaxia Gutenberg, p., 419.

³⁰⁷ Juan M. Pereira, *El mito del artista ramoniano*, ob. cit., «*Entrando en fuego*», p., 88.

En «Las llaves de la muerta»³⁰⁸ Ramón nos sitúa en su buhardilla desde donde capta una actividad inusual. El motivo es el fallecimiento de una anciana que ha movilizado a las vecinas para amortajarla y velarla. Cuando llega Ramón escucha la conversación de las humildes e incultas ancianas que pretenden despejar la habitación y vender un manojo de llaves, que era su única pertenencia, para poder obtener algunos céntimos. Ramón compra las llaves ante el asombro de las vecinas que no comprenden qué hará un joven con esas llaves viejas e inservibles.

Ramón intuye la historia de la vida de la anciana muerta en el aspecto de las llaves y en las pequeñas etiquetas que cuelgan de ellas. Corresponden a sucesos que acontecieron a su familia: una llave dorada con adornos e incrustaciones de cristalitos de colores y otra plateada similar son de los féretros de Antoñito y de Carmencita que revelan el entierro suntuoso de dos de sus hijos, una llave negra y sencilla es del féretro de Anita que sugiere un entierro pobre. Hay llaves de distintos muebles que Ramón va examinando y le ayudan a entrever su pasado, corresponden al aparador de Venecia, al armario grande, al aparador sencillo, al trinchero, al armario de luna, a la cómoda, al entredós, al armario blanco de Anita, a la mesa de su Tomás y al arca del dinero,

Ramón examina también unos retratos clavados en la pared con distintas dedicatorias que siguen rememorando su historia: un retrato lujoso de «Carmencita a su madre» en el que aparece una jovencita elegante que hace resaltar el arco negro de su gran sombrero; dos retratos de Soledad «En su primera comunión, Soledad a sus padres» y otro vistiendo la toca de monja trinitaria fechado en América con la dedicatoria: «A mi pobre madre, su hija alejada de su regazo con tristeza»; el último es un retrato pobre «Anita a su querida madre» en el que aparece una joven vestida con humildad, sin sombrero y con mantón.

Las últimas llaves que mira son las «Del féretro de mi marido» que aparenta un entierro rico y la del féretro de la anciana que es humilde, vulgar y pobre. Ramón se marcha consternado, oyendo como las mujeres hablan de ella compadeciéndola,

³⁰⁸ Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego Trabajos literarios*, en *O. C.*, ob. cit., «Las llaves de la muerta», pp., 424-426.

considerando su sufrimiento y resignación como algo natural: «¡Pobre mujer», dicen, «no tenía nada!» ¡Menos mal que siempre estuvo así y vivía resignada! ... ¡La costumbre de ver la cara a un mal constantemente amortiguan el sufrimiento!...»³⁰⁹

Es un relato estremecedor en el que Ramón con un aparente inútil manojito de llaves descubre la trágica historia de esta mujer que del esplendor pasó a la decadencia y lo soportó sola sin compartirlo con nadie. Podemos ver en este relato las costumbres relacionadas con el ambiente que rodea la muerte de la anciana, en las inscripciones de las llaves que hacen referencia a sus antiguos muebles y en las dedicatorias de los retratos que nos remiten al pasado de la protagonista.

En el artículo «Los jarrones»³¹⁰ que Ramón dedica a su tío Pepe Gómez de la Serna, el escenario es la casa de una amiga a quien visita y mientras conversan, observa la actitud de su niño que inocentemente va sacando papeles en blanco, retazos de tela y todo lo inservible que se ha ido amontonando en dos jarrones que pertenecieron a su abuela. Su madre que desconoce lo que hay en ellos, le insiste en que cese su actitud argumentando: «Déjalos guardados, quizá hagan falta: unos ya la hicieron otras veces; tu abuela colocó además algunos; respétalos, porque murió la pobre...»³¹¹

Ramón reflexiona sobre el vano carácter español tradicional que siente un apego respetuoso e incluso religioso por objetos desaparecidos y defiende la sensata e inocente actitud del niño con quien se identifica:

[...] admiro ese indefinido amor que les hace sentir su pobre, su insignificante capital de ideas...

³⁰⁹ *Ibidem.* p., 426.

³¹⁰ Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego, Trabajos literarios*, en *O. C.*, ob. cit., «Los jarrones» pp., 429-430. Artículo publicado en *La región extremeña*, Badajoz, Sábado 29 de julio de 1905, Año XLII, Núm. 9.222, pp., 1-2.

³¹¹ *Ibidem.*, p., 429.

Ellos nos reprenden à nosotros los jóvenes, con vida, con alegría, duros, molestados, porque les renovemos en sus jarrones sus menudencias sin belleza, momificadas, [...] porque ansiamos llenar de rosas de primavera y de otoño sus vastos corazones... su mal empleados corazones... ³¹²

El último escrito breve e intenso que analizamos, «Esclavos de esclavos»,³¹³ tiene como protagonista al afilador.³¹⁴ Ramón nos traslada a una de las grandes calles de la ciudad por la que pasa el afilador con su piedra colocada sobre un desvencijado carricoche que arrastra un borriquillo conducido por un escuálido niño. Mientras descansa exhausto acariciando al borriquito que es su único amigo y compañero de infortunios, el despiadado afilador le despierta blasfemando para pedirle un instrumento que le faltaba sin recordar que lo había vendido para comprar su indispensable bebida. El niño teme decirle la verdad para evitar recibir más golpes. En ese momento pasa por la calle una multitud hambrienta gritando ¡pan y libertad! a la que se une el afilador aullando «¡Abajo los tiranos!». Ramón concluye:

Y mientras tanto el pobre niño, el infeliz esclavo de *aquel esclavo*, gemía apoyado en el borriquillo, que parecía llorar también... ¡Para ellos no había redención! ¡Para ellos nadie pedía pan y libertad! ³¹⁵

Ramón no puede soportar el despreciable comportamiento de la gente que, sin poseer nada, tiraniza a los débiles que tienen menos.

³¹² *Ibídem*, p., 430.

³¹³ Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego Trabajos literarios*, «Esclavos de esclavos» en *O. C.*, ob. cit., p., 436.

³¹⁴ Este personaje lo retrata Ramón con un carácter opuesto en *Elucidario de Madrid*, Capítulo XVI, «Pregones de ayer y de hoy», ob. cit., pp., 249-251.

³¹⁵ Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego, Trabajos literarios*, «Esclavos de esclavos» en *O. C.*, ob. cit., p., 436.

— *Libro nuevo* (1920)

La primera edición fue publicada en Madrid por la imprenta Mesón de Paños, a expensas de Ramón, quien en el apartado «Aviso» explica su contenido e intención:

Este libro es el libro en que están barajadas todas las cosas, y en que el cuento, *la greguería*, la bibliografía, la idea social, surgen en cualquier sitio, se quedan a veces un poco incongruos; pero yo juro que siempre he querido decir algo en cada momento y siempre como un vidente que ha entrado en funciones con los ojos vendados, después de haber visto, y que extiende las manos hacia cada tema.³¹⁶

Y como siempre, cumple lo que dice. De todo lo que incluye en su libro, analizamos los escritos que conectan con el tema de nuestra tesis. El primero es «Antonio» en el que Ramón nos relata la historia de este niño de la calle que se sube a las traseras de los coches y de los tranvías para evitar pagar el billete. Es un avisado niño que conoce todos los toques de los tranvías: «los *canarios*, cuyo toque es fácil de escalar, porque se agarra el viajero al sostén del farol y se baja una cosa que tienen y que parece un imán, yéndose así muy cómodos; los *martillos*, que tienen el toque en forma de martillo, y los *anchos*, que tienen un toque en forma de baranda, que va de lado a otro del tranvía.»³¹⁷

Observa cualquier movimiento y gesto del cobrador y sabe que debe quitarse la gorra, porque es lo que suele agarrar y no devolver; es cauto con algunos viajeros taimados que le pegan con el bastón si lo ven; cuando el cobrador anuncia con dos timbrazos el

³¹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Libro Nuevo* en *Obras Completas V Ramonismo III (1920-1923)*, Barcelona, 1999, Círculo de Lectores//Galaxia Gutenberg, p., 50. James H. Hoddie opina que *Libro nuevo*: «es un collage de retazos, o sea, textos breves elegidos sin criterio específico, reunidos sin plan evidente, [...] Ramón ejerció control sobre todos los aspectos de la producción del libro, [...] Recién publicado, el libro servía para destacar a un español entre los escritores europeos del momento», James H. Hoddie, *El contraste en la obra de Ramón Gómez de la Serna*, ob. cit., Capítulo III, «*Libro nuevo* y *Automoribundia*», pp., 88 y 90-91. Coincide con lo que nos dice Ramón en su «Aviso».

³¹⁷ *Ibidem*, p., 123.

cartel de «completo», aprovecha para dormir un poco y está atento a las lunas de los escaparates porque permiten ver a los cobradores si va alguien en el tope.

En «Las planchadoras»³¹⁸ Ramón retrata a estas incansables mujeres que se encuentran en los talleres de plancha con vistas a la calle. Sufren el calor de sus planchas, utilizando sus brazos y hombros para presionarlas sobre las prendas que deben quedar impecables, sin una arruga. Descansan poco y cuando salen a la calle con la cara demacrada y sudorosa, se enderezan y deslumbran por el contraste entre la blancura de los tejidos y la luz de la calle. Su estancia es breve porque cuando ven a sus compañeras trabajando enseguida regresan. Las planchadoras desean dejar el obrador para dirigir un tinte, montar una lechería o encontrar un esposo. Las más desenvueltas logran casarse y se convierten en viejas de postín con la vida solucionada y, como dice Ramón: « [...] se emblanquecen más, y hacen la gimnasia que las redondea y las consagra como las chulas más veteranas de Madrid.»³¹⁹

Bastantes años después, en 1934, Ramón escribió el artículo «Las planchadores de Lope» cuando la casa de Lope de Vega fue desahuciada y empezaron a demolerla para ubicar sus pertenencias en otro lugar y convertirlo en Museo. En él lamenta el desalojo de las planchadoras que trabajaban en esa finca:

Esas planchadoras eran las que no hace aún meses daban brillo y esplendor [...] a las camisas que les llevaba su clientela.

Al arrendarse para la definitiva gloria sin entrañas la casa de Lope, han sido desalojadas las planchadoras de Lope, las que atisbaban como guardianas de la intimidad del poeta a los que se quedaban asombrados mirando la portada de su casucha.

Ellas que limpiaban, fijaban y daban esplendor, se han tenido que ir con las planchas a otra parte. Ellas que cuando venían los fotógrafos se asomaban a

³¹⁸ *Ibidem*, pp., 225-226.

³¹⁹ *Ibidem*, p., 226.

la puerta de la tiendecilla con sus trajes blancos de "percal planchao", dando alegría a la casa muerta y recoleta, ya planchan en otro sitio.³²⁰

En «La calle de las Fornarinas»³²¹ Ramón alude a los verdaderos nombres de las calles que los madrileños desconocen porque las identifican por sus rasgos más característicos. Cuando les preguntan por una calle ignoran su ubicación y: «solo después de oír el nombre de muchas calles próximas logramos orientarnos, acabando por exclamar: «¡Ah, sí..., la calle de las ventanitas!» o «¡Ah, sí..., la calle de las persianas verdes!»³²²

Ramón va enumerando distintos nombres de su guía íntima: la calle de la hija del tapicero, la de los cristales rotos, la de los bolinches, la de los plateros de portal, la de la dama de las camelias, la de las niñas que bordan, la de las bellas hijas de portera o la de los toldos de listas azules, entre otras. Nos comenta que cuando salía de una calle se giró para verla y pensó que era «la calle de las Fornarinas» por el ambiente fresco que la envolvía con los marcos de las ventanas muy blancos, que le recordaban los dientes de la famosa cupletista la Fornarina y tenía todo su pobre y alegre ritmo madrileño.

Ramón nos habla de las farsantes santeras que inundan Madrid en «Futesillas»: «Parece que llevan un reloj de pared en brazos, aunque lo que llevan es una imagen dentro de una caja con puertecitas, un aparadorcito, que en vano disimulan, debajo de un trapo negro.»³²³ Llevan un cuaderno en el que van apuntando el precio que cobran por besar la imagen dependiendo de la casa que asaltan anunciando la visita del Señor o de la Virgen del Carmen: «¡Pero cómo no pagar al ser puesto en el compromiso de tener que dar un beso al Señor o una Virgen del santoral!»³²⁴

³²⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna libre, Madrid, Viernes 8 de junio de 1934, Año III, Núm. 756, «Variaciones. Las planchadores de Lope», p., 3.

³²¹ Ramón Gómez de la Serna, *España*, Madrid, 22 de mayo de 1920, Año VI, Núm. 264, «Las calles de las Fornarinas», p., 16.

³²² Ramón Gómez de la Serna, *Libro Nuevo en O. C.*, ob. cit. p., 146.

³²³ *Ibidem*, p., 157.

³²⁴ *Ibidem*.

Ramón descubre un personaje típico, afable, honrado y profesional en «El platero de portal», a quien sus clientes llaman familiarmente *platerillo*, tenga la edad que tenga. Se levanta muy temprano para colocar y ordenar su pequeño puesto, en el que lleva todo lo que necesita y se sitúa en el quicio del portal que esté disponible hasta la noche cuando lo cierran. Todos los vecinos lo conocen y sus clientes pueden hablar con él sin prisa para explicarle lo que quieren. Trabaja como un orfebre y sabe componer lo que le pidan, como transformar unos pendientes en una sortija o en una botonadura. Todos confían en él, compra plata y oro que pesa en la única balanza del platero de portal y los clientes le regalan lo que sobra después de pegar el eslabón de una cadena, arreglar el cierre de unos pendientes o montar para que quede perfecta la piedra que se desprendió de una joya.

Tiene una clientela numerosa y asidua que lo busca cuando se muda y que recomiendan a sus amistades. Ramón lo considera: «un hidalgo de la joyería, [...] un poco portero honorario y otro poco un gran artista de la joya de encargo.»³²⁵

«El organillero»³²⁶ es el siguiente tipo que describe Ramón, un personaje que arrastra su pesado artefacto por cuevas y calles abruptas hasta que llega a los lugares donde sabe que le echan una perra gorda, diez céntimos e incluso una peseta. Las mujeres lo esperan y se asoman a los balcones con su moneda preparada de antemano y los novios, que se encuentran en la plaza, son muy generosos para alardear ante sus parroquianas. Para Ramón: «El modo con que agarra la manivela el organillero es su gesto más chulo. Lo demás es música. Pero el gesto de empalmarse con su organillo, la manera de comenzar, el arranque, es algo que solo un verdadero chulo que sea verdadero organillero sabe hacer.»³²⁷ Las piezas que toca suelen ser desgarradas, se vuelve cruel cuando le interrumpe alguien que se asoma a la ventana para decirle que hay un enfermo y se marcha bruscamente hasta el día siguiente demostrando su mal humor.

³²⁵ *Ibídem*, pp., 163-164.

³²⁶ Ramón Gómez de la Serna, *España*, Madrid, 21 de agosto de 1920, Año VI, Núm. 277, «Caprichos. El organillo», p., 14.

³²⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Libro Nuevo en O. C.*, ob. cit. p., 419.

— *Variaciones* (1922)

Este libro fue editado por publicaciones Atenea en Madrid en 1922 con ilustraciones de Ramón. En el primer prólogo que corresponde a *Variaciones 1ª serie*, comenta cómo ha planificado su libro:

Esta es la clase de libro que me gusta hacer [...], libros con un contenido tan caprichoso como es éste y sin embargo diferentes entre sí. [...]

Yo estoy fragorosamente dentro de ese sincero periodismo de amenidad en el que a mi juicio la literatura es menos engañosa. Ese periodismo que hay en el ritmo de nuestro corazón y en sus desigualdades [...] es lo que está representado en este libro.³²⁸

Como en su *Libro nuevo*, hemos seleccionado cinco artículos relacionados con el costumbrismo. En el primero Ramón nos describe a «Los vendedores de cerillas y de alfileres», dos tipos callejeros ya desaparecidos. Las tristes vendedoras de alfileres los llevaban pinchados en unos papeles rosas interminables y continuos que cortaban cuando los vendían por cinco céntimos. Sus principales clientes eran los sastres y los naturalistas que los utilizaban para clavar mariposas, moscas y pulgas. Ramón recuerda cuando en su niñez le encantaba la simetría de los alfileres y los niños instaban a sus madres a comprarlos, aunque no los necesitaran, porque les sugerían poseer una armería. También había vendedoras de alfileres negros que eran más afortunadas porque sus alfileres eran un lujo que podían vender más caros para ser utilizados en las manteletas y en la ropa de luto. Ramón los relaciona con la adversidad y no siente su desaparición.

Los cerilleros eran generalmente hombres aunque también vendían cerillas mujeres y niñas poco afortunadas. Los cerilleros llevaban las cerillas en pequeñas cajas que colocaban en una bandeja delante de su pecho: «Con un grito menudo pregonaban:

—¡A cuatro cuartos la de cien cerillas!

³²⁸ Ramón Gómez de la serna, *Variaciones en O.C. V Ramonismo III (1920-1923)*, ob. cit., p., 609.

—¡Por dos cuartos, cerillas y un periódico!»³²⁹

Estos personajes descalzos y desaliñados que perseguían a los transeúntes con sus cajas de cerillas le resultan muy simpáticos a Ramón.

En «La verbena del Carmen» Ramón, manteniendo su individualismo, defiende la continuidad de esta verbena de barrio frente al proyecto de unificación de todas las verbenas que les haría perder su esencia. En este barrio de Chamberí tranquilo con calles anchas y despejadas, nos hace presenciar la jornada intensa de la víspera cuando todos los vecinos lo adornan con gallardetes y guirnalda de papeles de todos los colores. Para Ramón: «La verbena del Carmen parece que la prepara la Carmen en su casa —su casa limpia y modesta—, y que no es verbena de escándalo, sino de baile de pueblo, en el silo y el patio de la señora Carmen.»³³⁰ La verbena la preside la santa: «más humana y campechana del santoral, la santa con mantilla en vez de manto.»³³¹ Se celebra entre las casas y las calles y tiene, como todas las verbenas, carruseles, columpios de barcas, puestos de comida y tenderetes. Está repleta de «Cármenes» que pasean, bailan o se asoman a los balcones engalanadas para la fiesta. Es una verbena peculiar en la que puede disfrutar todo tipo de gente, desde los más tranquilos a los más festivos. Vigilada por los empleados y habitantes del barrio para evitar cualquier escándalo, puede alargarse hasta altas horas de la madrugada.

En 1929 Ramón escribió el artículo «Ramonismo. Las viejas de Chamberí»³³² elogiando el carácter de unas ancianas que han vivido siempre en este castizo barrio. Las

³²⁹ *Ibidem*, p., 1070.

³³⁰ *Ibidem*, p., 1082.

³³¹ *Ibidem*, p., 1083.

³³² Ramón Gómez de la Serna, *Buen Humor*, Madrid, 20 de octubre de 1929, Año VIII, Núm. 412, «Ramonismo. Las viejas de Chamberí», p., 18. Transcribimos otros fragmentos del artículo que resaltan la admiración que Ramón siente por ellas: «Así como hay unas viejas cicateras y brujescas que os miran con mirada partepiñones, estas viejas chamberileras os miran sin ofenderse de vuestro aire de optimismo. ¡Qué difícil es encontrar viejas que miren así, llanamente, como dándoos su parabién, sin maldecir el paquete que lleváis o encontrar impertinente vuestro ademán! Siendo religiosas no son ton viejas beatas como las de otros barrios, que salen vestidas de recordatorio y llenas de palabras de devocionario. Sus tosecillas de invierno no son tan graves como las de otros

identifica viéndolas pasar con sus antiguos sombreros y unas manteletas zurcidas e intuye que pertenecen al mundo aparte de este barrio modesto y sosegado. Salen a pasear al atardecer con más tranquilidad que las de otros barrios y no les agradan ya las visitas. Para Ramón, estas ancianas de Chamberí son las más madrileñas y españolas, pertenecen a la clase media, aman el silencio, carecen de ambición y no les gusta el comadreo. Pertenecen al Chamberí profundo con calles de balcones entornados y con macetas antiguas. Cuentan el dinero por reales y gastan muy poco en vivir, esperando al pregonero que anuncie cosas a real: «Están satisfechas con haber vivido en la gran sobriedad de siempre, oyendo su reloj de música y encontrando gracioso el susto de los del piso de abajo cuando al regar sus plantas cae una catarata de agua sobre ellos.»³³³

Ramón insiste en «La continuidad de las verbenas» en que se están degradando y si desaparecen, Madrid perderá uno de sus grandes encantos en verano. Describe la de San Antonio que aunque cada año está más desanimada, los jóvenes siguen manteniendo la ilusión y acompañan a sus hermanos pequeños para subir a las atracciones. La más animada y distinguida es la de Santiago que se celebra en la Plaza de Oriente. Los caballeros deben ir con traje negro y las damas con traje descotado y de cola; sin embargo, la falta de espacio ha incrementado los tenderetes verbeneros hasta convertirla en un hervidero que eclipsa la serenidad de la plaza.

Los barrios en donde se celebran se han llenado con arribistas provincianos y gente que se acuesta temprano y a quienes les molestan los organillos. Ramón insta a educarse para que pervivan las verbenas:

Todos debemos de permanecer abnegados, dadivosos y educados para salvar las verbenas, y para que los que las adornen, enguirlanden y enciendan luces en el lugar de cada verbenas. Si no, corremos el peligro irreparable de

barrios, y como tienen sus interiores un aire provinciano, ponen un cubremantas a la parte baja de los balcones y el burlate lo han puesto ellas mismas admirablemente.»

³³³ *Ibidem.*

encontrarnos un año el lugar oscuro, intransitado y alumbrado solo por los faroles de los serenos.³³⁴

Cambiamos de lugar y nos trasladamos al Retiro en el que Ramón añora «Los antiguos ciclistas» que animaban el paisaje en las mañanas, sobre todo las del domingo. Recuerda a las jóvenes aristocráticas y distinguidas, que vestían pantalones bombachos y llevaban el pelo suelto: «pasaban escapadas como solo las ninfas solían pasar por los bosques, eran una visión de belleza que flotaba, que se esponjaba, que se refrescaba, que creaba su aura, un vientecillo suave y terso que acariciaba a los espectadores sedentarios y cucos de los bancos.»³³⁵ Aquel ciclismo se denominaba «ciclismo *mondaine*» y los puestos para el recambio «Châlets du Cycle», apelativos ya desaparecidos.

En «Los polvos de la salvilla» Ramón menciona esos polvos brillantes que se echaban sobre la tinta reciente de las cartas antiguas para poder doblar el papel escrito: «Evoca ese talco de la letra el aire del brazo con manguito pardo al santificar aspergeando lo escrito con la taza de porcelana, la jícara con menudos agujeritos.»³³⁶

Siente respeto por esas letras de las cartas y documentos antiguos y comenta la tristeza que le ha invadido cuando ha intentado quitarlos de alguno que se ha encontrado y el documento ha quedado descolorido y mate, sin poderle devolverle sus cristalitos.

Ramón considera las «Porterías»³³⁷ españolas como panteones que cede el casero al portero y a su familia con ciertas obligaciones, pero sin preocuparse de nada más. Las porterías, sin embargo, están muy solicitadas porque tienen casas gratis que es su mayor preocupación. Las porterías tienen el mismo tamaño sean los portales grandes o pequeños. En las de los grandes hace más frío mientras que en las de los pequeños parecen un verdadero hogar y hablan, a quien les pregunta, a través del cristal sin abrir su ventanilla

³³⁴ *Ibidem*, p., 1116.

³³⁵ *Ibidem*, p., 1112.

³³⁶ *Ibidem*, p., 1220.

³³⁷ *Ibidem*, pp., 1220-1223.

para que no se salga el calor. Todas tienen un jarro de leche, las llaves, unas cuantas tarjetas en el tarjetero y el despertador para avisarles a las siete de la mañana cuando llegan los lecheros y protestan si no están abiertas aún, llamando estrepitosamente y despertando a toda la vecindad.

Las porteras tienen amistades incondicionales o enemigos acérrimos con los que discuten sin miramientos y sus hijas, que llevan un lazo negro al cuello y zapatos muy grandes, son las encargadas de colocar los complicados visillos de encajes en los pequeños cristales de la portería.

En «El drama del cementerio de San Martín» Ramón, como en otras ocasiones, lamenta su inminente desaparición. Nos relata su última visita a este bello cementerio en el que se han hundido más galerías y prevé que acabaran por hundirse todas. Le inquieta el litigio que sigue sin resolverse entre quienes lo compraron para derribarlo y quienes tienen a sus muertos en las galerías que no están dispuestos a dejarles conseguir su propósito. Hay guardesas de ambas partes que no se saludan, que viven en distinto panteón y que vigilan con hostilidad al que entra. Ramón describe el actual escenario dantesco de este cementerio y aboga por los familiares de los difuntos que se encuentran en él:

Salvemos ese monumento que es además ese cementerio; hagamos que lo declaren monumento nacional, pues, así conseguiremos figurar nosotros mismos en la ciudad de los vivos, por muy extraños a nosotros que sean los que hay enterrados en San Martín.

Salvemos esos hermosos jardines de cipreses; repongamos a los muertos en su sitio, y salvemos el lugar de ser esa ruina en que hay ahora unas cabras que dejan su discretísima huella en todas las galerías.³³⁸

—*Ramonismo* (1923)

Continuamos nuestro estudio con la primera edición de *Ramonismo* en el que, como en los libros anteriores de este apartado, Ramón recoge numerosos escritos entre los

³³⁸ *Ibidem*, p., 1188.

que se encuentran cinco artículos relacionados con el costumbrismo que fueron publicados en la prensa, uno en 1921 y cuatro en 1922. Al principio hace una advertencia:

Este libro muestra mi espíritu con resueltas plumadas.

He intentado en él dar fuerte expresión a las cosas para oponer mi *ismo* a todos los *ismos*.

En libros como éste, [...] cuyo texto diferente y variado produce índices en que yo mismo me pierdo, todo se inicia sinceramente, sin abrumar a mis lectores [...]

Yo necesito la sencilla amistad de ciertos lectores, y por eso les preparo el libro fácil, variado, original, [...].³³⁹

Iniciamos este libro con «Las tazas y el vermut», unas peculiares protagonistas con las que Ramón logra reunir, personificándolas, su carácter y su historia, nuestro típico chocolate, el Rastro y la gente que las compra. Son tazas pacientes que en los cafés soportan el chocolate caliente y espeso recién echado de la chocolatera. Su origen es humilde, no son de porcelana sino de antigua loza que, como los antiguos fregaderos de piedra o los baños que había en los patios de las casas modestas se llenaban con el agua de lluvia y, pasado el tiempo eran arrojadas al corral como una basura más. En el Rastro es donde se pueden encontrar a precios muy reducidos estas tazas del pasado que se llaman «pocillos» y «júcaras» según sea su forma. Las compran familias muy castizas y las utilizan hasta el final de su vida: «acabando por calzar sus aparadores temblorosos con el peso de ellas. ¡Dichosos los que encuentran una docena de esas tazas de mármol con filete de oro!»³⁴⁰

Cambiamos de tema y lugar, nos introducimos en «La casa de los sandios» en la estación veraniega con la fruta más característica. Es la época ideal para la vendedora de sandías, la «sandiera», que pregonas su fruta fresca bajo el ardiente sol que las calienta.

³³⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1923, «Advertencia preliminar», p., 5.

³⁴⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, ob. cit., «Las tazas y el vermut», p., 29 y en *Buen humor*, Madrid, 4 de diciembre de 1921, Núm. 1, p., 10.

Salen criadas de muchas casas para comprarle una sandía, a cala o sin calar, pagando por ella cualquier precio, hasta un duro de plata, Sí sale buena hacen una sangría, y sí sale mala un gazpacho. Ramón bautiza como la casa de los «sandios» a una casa nueva pintada de blanco con balcones y corredores que está ubicada en las afueras junto a un canalillo. Sus moradores abren todos los balcones al unísono para pedir sandías: «las mujeres desgarradas y los hombres con camiseta de oruga se atracan de sandía [...]»³⁴¹

«La casa de los botijos»³⁴² es otra casa humilde con numerosos vecinos llena de frescura para Ramón. Todos tienen un botijo³⁴³ blanco, como mínimo, porque hay familias que tienen de varios tamaños, el botijo del padre, el del hermano mayor y el del hermano pequeño dependiendo de la edad del propietario. Estos botijos compensan a esta sencilla gente de su desgracia, no les importa su indumentaria y se mueven por su casa en alpargatas y camisón, pero se sienten alegres con poder beber su agua fresca.

Ramón presenta a sus personajes preferidos del Carnaval, las «Destrozonas». Son grotescos y divertidos que contrastan con los vanos y elegantes disfraces. Suelen ser hijos de las porteras disfrazados de mujeres con un sombrero de señora, un pañuelo negro para ocultar su cabeza, una falda vieja, una colcha que aún utilizan para arroparse después de sus duros días de trabajo, pero que su madre saca en Carnaval y una careta con rizados bigotes de hortera. Las madres se sienten orgullosas con el resultado final:

— ¡Cómo se parece a mí este hijo tan saleroso que Dios me ha dado!— dice crédula y alegre la madre al verle disfrazado con sus ropas y con la careta, que anña a la mujer pequeñita y destrozada que resulta de la composición.³⁴⁴

³⁴¹ Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, ob. cit., «La casa de los sandios», p., 38 y en *Buen Humor*, Madrid, 15 de enero de 1922, Núm. 7, p., 4.

³⁴² Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, ob. cit., «La casa de los botijos», pp., 47-49.

³⁴³ Ramón nos describe estos botijos como: «[...] vecinitos alegres, como niños que se han dejado al balcón, mejor dicho, como perritos blancos que husmean y miran la calle.», *Ibídem*, p., 48.

³⁴⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, ob. cit., «Destrozonas», p., 85 y en *Buen Humor*, Madrid, 26 de febrero de 1922, Núm. 13, p., 9.

La destrozona es para Ramón el producto nacional más humano que representa los bajos fondos de la vida en los que abunda un chismorreo entusiasmado: «es el último «capricho» de Goya, que vive en plena vida con gran espontaneidad.»³⁴⁵

Concluimos este libro con una prenda típica masculina del pueblo llano, «La faja española» porque según Ramón: «Decir la faja española es algo como decir la bandera española, o la navaja española, o la liga española.»³⁴⁶ Es una prenda de tal longitud que rodea varias veces el cuerpo del español fajado. Se las ajustan con fuerza para poder soportar el peso de los grandes bultos en sus largas caminatas. Son de diversos colores aunque Ramón piensa que:

La faja debía ser, para completar su casticismo y su arregostamiento español, de los colores nacionales, y ser como la larga colgadura para la procesión. [...] Por la faja habría que reunir a los de unas regiones con los de otras y hacer en toda España — no importaría las distancias, porque las fajas las subvienen — una especie de juego de la danza, una especie de estrella de las fajas, como esas que los de las comparsas tejen con sus fajas durante sus «espatadanzaris».³⁴⁷

Ramón dota de un talante firme, rudo, decidido y testarudo al español que usa la faja totalmente opuesto al del hombre que lleva cinturón o una cuarta de faja que es patoso pero enconado y un poco torvo. Estas prendas influyen en sus decisiones: «¿Qué será, pues, un hombre de faja, cuando hay que desconfiar del hombre de cinturón, que es capaz de todo, como el hombre que lleva cartuchera? ¿Cuándo se decidirán todos a llevar sólo los tirantes civilizados, que dejan al hombre en mayor libertad de albedrío!».³⁴⁸

³⁴⁵ *Ibídem*, p., 86.

³⁴⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Ramonismo*, ob. cit., «La faja española», p., 109 y en *Buen Humor*, Madrid, 5 de febrero de 1922, Núm. 10, p., 17.

³⁴⁷ *Ibídem*, p., 110.

³⁴⁸ *Ibídem*, p., 111.

—*Gollerías* (1926)

Concluimos nuestro estudio de los libros preferidos de Ramón con la primera edición de *Gollerías* publicada en Valencia que contiene ilustraciones suyas. De los seis artículos que nos interesan, cinco fueron publicados en *Buen humor* y uno *España* en el mismo año, en 1923. En el «Prólogo» explica Ramón sus razones:

Vuelvo a publicar uno de mis libros predilectos porque en ellos hay muchas más cosas que en las novelas.

Es hermano de [...] «El libro nuevo», de «Ramonismo» y de «Variaciones» [...]

Yo no acepto sino lo que es de una especie digna de ser salvada en la barca de lo que va de un corto tiempo a otro corto tiempo.³⁴⁹

El primer escrito que analizamos es «Bautizos castizos»³⁵⁰ en el que Ramón se opone al boato que caracterizan nuestros típicos bautizos nacionales y la absurda fe y ambición de los mayores que recae sobre el recién nacido. Los padrinos y madrinan no escatiman en gastos para aparentar y las madres tienen la ropa de cristianar tan copiosa que cuando visten al niño, éste desaparece entre los encajes, sólo se nota su presencia si llora o cuando el sacerdote necesita que aparezca su cabeza para poder bautizarlo. Una vez terminada la ceremonia, todos acuden a los cafés en donde se festejan estos bautizos y Ramón nos hace sonreír cuando el irónico camarero pregunta al pedante padrino:

— ¿Chocolate con mojiçón para el niño?

³⁴⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, Valencia, Sempere, 1926, p., 7. Aclara Ramón que de otros libros que suprimió escribió estas «gollerías», que primero publicó la editorial Sempere de Valencia y después la editorial Losada: «Tres libros caducan al nacer este libro: *Ramonismo* y *Variaciones* y la primera colección del que llevó el título que ostenta éste que hoy entrego a la publicidad. [...] No hay unidad de acción ni de lugar en estos episodios humorísticos e ilustrados [...] ¡Cuánto ha llovido hasta llegar a esta antología! Por eso he retirado lo que se quedó desteñido de otoños, de inviernos y de soles de verano, poniéndome melancólico al hacer el desmoche, pues lo que en la época en que apareció resultaba inadmisibile y me valió persecuciones por loco, se ha vuelto tan cuerdo que ahora resulta demasiado ingenuo.», Ramón Gómez de la Serna, *Mis Mejores Páginas Literarias*, ob. cit., «Gollerías. Prólogo», pp., 65-66.

³⁵⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit. «Bautizos castizos», pp., 27-30 y en *Buen Humor*, Madrid, 22 de julio de 1923, Año II, Núm. 86, p., 8.

Y si el padrino le contesta una barbaridad, el camarero suele contestar:
— Usted dispense; pero podía ser un catecúmeno.³⁵¹

Estos bautizos eclipsan los otros bautizos humildes como el que realiza una abuela pobre que llega a la iglesia para que cristianen a su nieto. Parece que el niño³⁵² es mucho más pequeño porque está apenas envuelto. En este caso no hay alardes y la mejor celebración es que su pequeño ha sido bautizado.

Ramón comenta lo que pretende al escribir «Los balcones simulados»:

Son la última mentira del pasado, y como son una monstruosidad y un convencionalismo de la época, he hecho este estudio, medio humorístico, medio serio, que no quisieron tocar siquiera los arquitectos, para que el erudito futuro que haga la obra en cuatro tomos sobre los falsos balcones, tenga el dato fehaciente que le propina un testigo de la época.³⁵³

Ramón aclara que el pionero fue un señor arquitecto que al hacer la casa se olvidó de un balcón, y para tranquilizar al dueño indignado le dijo: «Pintaremos el otro como si fuese de verdad.»³⁵⁴

Estos balcones pintados en los huecos falsos de las viviendas están prohibidos por los arquitectos; sin embargo, el espíritu rebelde de Madrid ha hecho que proliferen. Muchos de ellos son utilizados para pegar en ellos los carteles cuando se estrena una zarzuela y otros son pintados con detalles curiosos como una jaula con un canario amarillo dormido dentro, macetas o visillos de encaje inglés. Lo único que nadie ha pintado en ellos

³⁵¹ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Bautizos castizos», p., 30.

³⁵² Ramón lo describe: «Ese niño, sin las espumas y los rebatimientos de los niños de promontorial traje de cristianar, es como un esparraguillo triguero, algo así como un polichinela de verbena, un niño barato y de confección más al por mayor.», *Ibídem*, p., 29.

³⁵³ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Los balcones simulados», p., 110 y en *Buen Humor*, Madrid, 5 de agosto de 1923, Año II, Núm. 88, p., 8.

³⁵⁴ *Ibídem*, p., 107.

es a una figura humana asomándose por la rendija del balcón entreabierto. Su ocaso llega cuando se ve desprendiendo la pintura y aparece el armazón de sus ladrillos.

«Los inválidos de la Plaza de Oriente» son unos personajes entrañables para Ramón, como ya explicamos en *Elucidario de Madrid*. Todos los días, en la hora del sol, acuden a la que consideran su plaza con su guerrera muy limpia en la que destacan los dorados botones. Su invalidez no les impide ser felices y alegres. Ocultan el brazo que les falta en la manga cerrada con imperdibles para evitar que vean su penoso aspecto. Conocen a las doncellas, a las amas y a los niños que se encuentran en la plaza a la misma hora. No les importa que los niños jueguen a los caballitos con sus muletas o quieran tocar sus cruces y medallas que ganaron heroicamente. También son los mentores de las muchachas que les comentan sus inquietudes y les ayudan con sus consejos:

— Pero ¿qué es lo que te ha hecho tu señora para que quieras dejar ya la casa?

— Tirarme de los pelos...

— ¡Ah!... ¡Entonces, bien!... Ese es un ataque tal a tu dignidad, que te debes salir hoy mismo...³⁵⁵

Responden a sus preguntas, que por su falta de cultura desconocen, con una sonrisa transigente y abnegada: «¿Qué es la Geografía?», o «¿Qué quiere decir «es una cateta»?», o señalando en sus grandes relojes Roskopf: «Cuando el minuterero está aquí y el largo está en este otro lado, ¿qué hora es?», o «Tres estrellas en la bocamanga, ¿qué es?», o «¿Qué es eso de la urbanidad?»³⁵⁶

Tienen una especial simpatía por las amas y las cocineras porque representan al pueblo y simbolizan a las criadas que compraron otrora las hojas de papel de color salmón donde se contaban sus hazañas y que se aprendieron de memoria, como cuando las

³⁵⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Los inválidos de la Plaza de Oriente», p., 165 y en *Buen Humor*, Madrid, 4 de marzo de 1923, Año II, Núm. 66, pp., 7-8.

³⁵⁶ *Ibídem*, p., 164.

cantaban los ciegos al son de sus guitarras. Ramón admira a estos viejos inválidos que aunque no poseen nada material disfrutan de la tarde sin preocupaciones. Son libres y tienen lo más importante una situación duradera y firme que les permite observar sosegadamente el paso del tiempo en su magnífica Plaza.

En «El ocaso del gramófono» Ramón defiende este bello reproductor de música frente a la innovadora Telefonía sin hilos. Empieza citando diferentes insultos que han escrito sobre él:

«En la clara noche se oían los ladridos de los gramófonos», «El gramófono rabioso mordía a los niños», «De los subterráneos del mundo salían los cantos cruos de los gramófonos», [...] «Lo más parecido a uno de esos morteros de artillería que amenazan con su boca de sapo en la puerta de los museos de artillería es un gramófono», «Lanzan una voz humana crispada y una música ratonera y arrugada que desconsuelan la vida. Todo menos la agonía conservada.»³⁵⁷

Ramón lamenta lo que conlleva su desaparición como el trabajo de los especialistas que preparaban los discos a fuego lento en las sartenes de la fábrica y el de los fotógrafos del fonógrafo que lo ponían en marcha cuando estaba ya todo preparado, o lo paraban en los momentos erróneos.

Los coleccionistas de discos son los más afectados y Ramón recuerda uno de un pueblo de castilla que le impactó porque vivía de la afición al gramófono. Después de cada comida necesitaba poner un disco como el mejor postre que pudiera tomar. Tenía una colección de veinte mil discos diferentes, ordenados en altos clasificadores e hizo que se desplazara desde Madrid a un archivero bibliotecario para que le hiciese un buen catálogo.

El progreso avanza y la telefonía sin hilos ha llegado a inutilizar el viejo gramófono que ve limitando su uso para evocar nuestros cantares y música de siempre. Sus discos han

³⁵⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «El ocaso del gramófono», p., 248 y en *Buen Humor*, Madrid, 19 de agosto de 1923, Año II, Núm. 90, pp., 7-8.

perdido la sensibilidad y han quedado como un material vacío: «La fluidez, la vitalidad, la estructura sincera de las voces del presente, oídas en su trance natural, no tendrán comparación con los guardados en aquella especie de latas de conserva de los discos.»³⁵⁸

En «Las últimas plañideras» Ramón describe a estas tres atroces mujeres que se aprovechan del dolor de los familiares que pierden un ser querido para engañarles y beneficiarse en ese triste momento. Su rutina es muy simple. Lo primero que hacen al levantarse es leer las esquelas de defunción para planificar su recorrido:

— ¿Dónde está la calle de Alfonso Fernández?—pregunta una.

Y las tres buscan en sus callejeros.

—¡Qué lejos! Es casi en medio del campo—dice la que primero la encuentra.

—¿Quiénes han quedado?

—Hijos y hermanos...

—Entonces hay que ir.³⁵⁹

Prefieren que los familiares sean varones porque son los más fáciles de engañar. Después desayunan tranquilas en su viejo café, prenden sus manteletas del moño, se atusan un poco, la más decidida de las tres se pone sus lentes ahumados para disimular su hipocresía y llegan a la casa del reciente difunto. El familiar o amigo que abre la puerta se queda sorprendido por el tétrico aspecto y comienza su farsa:

— Nosotras éramos muy amigas de la finada ¡Pobrecilla! ¿Quién nos protegerá ahora?—dice la cantante.

— ¡Es verdad!—repone la llorosa.

— ¡Ay, Jesús! ¡Qué desgracia más grande!—dice la de los lentes ahumados.

—Ya se sabía... Nuestra asignación mensual nunca nos faltaba...

³⁵⁸ *Ibídem*, p., 250.

³⁵⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Las últimas plañideras», p., 252 y en *España*, Madrid, 10 de febrero de 1923, Año IX, Núm. 356, pp., 5-6.

— ¡Cómo se ceba la desgracia en los buenos!³⁶⁰

Después del falso llanto se marchan, pero saben que tienen el favor de la familia. Son las últimas representantes de las clásicas y antiguas plañideras que se alquilaban para que vertiesen sus lágrimas en los entierros, con la gran diferencia de que era su trabajo y no aparecían si nadie requería sus servicios.

Cambiamos de tema en «Cestas de primera de segunda y de tercera»³⁶¹ en el que Ramón describe las cestas españolas que se utilizan para comprar en los mercados. Tienen dos características: ostentación y misterio. De nueve a once de la mañana es cuando empiezan a aparecer las diferentes cestas de cuyo aspecto depende su categoría. Entre las cestas de primera se encuentran las que tienen cantoneras de plata que no existen en ningún sitio y que son una especialidad española de gran alcurnia; la cesta que lleva una vigorosa cocinera con un gran moño que sabe ordenar toda su compra, dejando fuera de la cesta las patas del carnero, la cabeza del conejo o las antenas de la langosta, de manera que aumenta la importancia y cantidad de lo adquirido y la cesta del obispo, que es la más opulenta, con faisanes, piñas americanas y cabeza de jabalí.

Entre las cestas de segunda destaca la cesta discreta del honrado criado que sabe comprar más barato buenos ingredientes y las cestas de la clase media que son nuevas, pero pequeñas, porque para las cocineras es vergonzoso llevar una estropeada.

Por último aparecen las cestas de la última categoría: la cesta del hidalgo es de mimbre oscuro y con remiendos, pero tiene solera aunque sólo lleve un rabo de ternera para dar gusto a unas patatas guisadas, una cabeza de besugo para dar gusto a un arroz o simplemente unas berzas; la cesta deteriorada de la pobre anciana arruinada y un pequeño bolso de terciopelo que utilizan como cesta dos pobres pensionistas para hacer su compra con su mísera pensión.

³⁶⁰ *Ibidem*, p., 253.

³⁶¹ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Cestas de primera, de segunda y de tercera », pp., 294-297 y en *Buen Humor*, Madrid, 28 de enero de 1923, Año II, Núm. 61, p., 8.

Concluimos nuestro análisis con «Las terrazas» de las casas que Ramón observa en verano. «Los terracistas»³⁶² se sienten muy orgullosos de ellas aunque la mayoría veranea porque no puede soportar el calor madrileño que acumulan durante el día. Por la noche con las luces encendidas son verdaderos escaparates de lo que sucede dentro de la casa aunque poco les importa a los vecinos que las habitan. Hay algunos que Ramón no soporta como: «El hombre gordo vestido de blanco que lee un periódico bajo el revuelo de una bombilla funámbula de un alambre que corre de lado a lado de la terraza.»³⁶³

Los chismosos porteros también se aprovechan de su situación en las alturas y trasladan sus reuniones a las terrazas para pregonar entre sus visitas todas las historias de la vecindad sabiendo que nadie puede oírlos allí arriba.

II.3 Artículos periodísticos

La prensa fue el primer medio en el que expuso sus ideas y, como manifiesta en *Automoribundia*:

Mi periodismo es una cosa hija de mi convicción de que la literatura es una profunda hermana de la actualidad, aunque también puede serlo de la inmortalidad. [...] Mi periodismo destaca lo que se han dejado pasar y tiene toda la fiebre inventora del que tiene que vivir de él.³⁶⁴

Ramón conserva en el periodismo su individual estética, necesita transmitir a los demás lo que siente y el mejor medio para ello es la prensa. Por este motivo colabora en múltiples diarios y revistas publicando numerosos artículos con temas muy variados que no podía incluir, en ese momento, en un libro porque ninguna editorial lo habría publicado.

³⁶² Apelativo con el que Ramón denomina a los que poseen una terraza.

³⁶³ Ramón Gómez de la Serna, *Gollerías*, ob. cit., «Las terrazas», pp., 320-321 y en *Buen Humor*, Madrid, 9 de septiembre de 1923, Año II, Núm. 93, p., 20.

³⁶⁴ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Mi periodismo», p., 624. Después transcrito en *Automoribundia*, Capítulo LXXIX, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, p., 605.

Analizamos sus dos primeros artículos publicados en *La región extremeña*, cuando tenía diecisiete años, en 1905 «Ciudades y pueblos» y «El tiempo y la humanidad». En este momento a Ramón le inquieta la situación social y critica sin reservas lo que considera injusto o absurdo como la inconsciencia de la gente imbuida en preocupaciones banales sin plantearse nada más. Ramón plantea ya su inquietud por «el paso del tiempo» que será una constante en toda su obra. En «Ciudades y pueblos»³⁶⁵ relata la diferencia entre la actitud, recuerdos y conversaciones de cuatro ancianas a las once de la noche, dos en Madrid y dos en un pueblucho. En Madrid las dos ancianas y amigas asomadas a sus balcones, no se visitan, observan las calles iluminadas por faroles. Ambas sufrieron las lecciones de la experiencia gratificantes que habituaron sus voluntades, les gustaba hablar contemplando su vejez, saliendo de la oscuridad de sus cuartos, que el calor del día les hacía buscar en la oscuridad de la noche, pero viendo lejanamente, hombres y mujeres pasar un momento por un centro luminoso. Hablan mucho, pero con pausas, de recuerdos lejanos de juventud, de su pasado y de su presente. Tienen sobrinos aplicados; hijos que se dicen felices y yernos insoportables. Tras un saludo interminable, entran en sus habitaciones, Duermen con ese sueño de vejez, débil, con un ronquido desagradable.

En el pueblucho, dos ancianas viven juntas en un caserón viejo, acaban de rezar unas oraciones en su cocina. Hablan bajo, pausadamente, ellas no tienen recuerdos relevantes y pocos eventos han marcado su vida. No hablan de su familia sino de los extraños, protestando de sus actos y censurándolos siempre para salir de la monotonía. A veces hablan de su situación actual que consiste en rebuscar en los majuelos de los vecinos. Se despiden con adioses y advertencias. No piensan que ha pasado un día más y duermen tranquilas porque han estado trabajando y se sienten fuertes a pesar de su edad.

En este artículo Ramón nos introduce en la vida de estas cuatro mujeres y nos plantea la disyuntiva: ante el paso del tiempo qué elegiríamos. El rasgo costumbrista nos aparece muy tenue: en los faroles que iluminan Madrid y en la ocupación de las dos ancianas del pueblo.

³⁶⁵ Ramón Gómez de la Serna, *La región extremeña*, Badajoz, Miércoles 19 de abril de 1905, Año XLII, Número 9134, «Ciudades y pueblos», p., 1.

Ramón cambia de ambiente en «El tiempo y la humanidad»³⁶⁶ y nos sitúa primero en su casa adonde acude frecuentemente una conocida anciana que el escucha pacientemente cuando le habla de su niñez. Aunque él no recuerda nada, le concede un rato de solaz cuando le mira y exclama: «¡Cómo pasa el tiempo! con su rostro lloroso.»³⁶⁷

El artículo nos traslada después a un cálido café, en el que Ramón observa a varios jóvenes que hablan del estreno de la obra de un escritor amigo, previsto para algunos meses. Su premura les impide disfrutar el momento.

El último escenario es la puesta de largo de una amiga de Ramón. La ilusión perenne de la joven se cumple y por fin llega el día tan deseado en que se viste añadiendo algunos centímetros a la falda. Todos alegres, entre músicas, requiebros y chicoleos, sufren al ver los minutos que pasan, presagiando el fin de la fiesta. Cuando termina los invitados ya están esperando la siguiente puesta de largo.

En estos tres ambientes, sobre todo en los dos últimos, sucede como en el primer artículo, Ramón recrea dos actitudes poco usuales hoy día: las conversaciones de jóvenes en el café sobre estrenos de obras teatrales y la puesta de largo de las jóvenes como el paso definitivo para convertirse en mujeres.

Los artículos siguientes que forman parte de nuestro estudio fueron publicados cuando Ramón ya es conocido en los medios literarios con la primera edición de *El Rastro* y sus sucesivas publicaciones.

³⁶⁶ Ramón Gómez de la Serna, *La región extremeña*, Badajoz, Viernes 7 de julio de 1905, Año XLII, Número 9203, «El tiempo y la humanidad», pp.,1-2.

³⁶⁷ *Ibidem*, p., 1.

En 1916 Ramón escribe «El envío de la corona»³⁶⁸ en el que utiliza una corona de flores del Día de Todos los Santos como un regalo sarcástico a Rosario protagonista de su amor fracasado. La ocurrencia le surge al contemplar a las seis de la mañana un kiosco con coronas de flores, Ramón discrepa de la costumbre de recordar con boato a sus fallecidos y prefiere hacerlo en la intimidad pero le apetece comprar una y le surge la visión de su novia perdida, Rosario. La dueña del puesto, que en esos días vela toda la noche le ofrece sus grandes y suntuosas coronas colocadas en los caballetes pero elige una sencilla de flores amarillas y moradas con una cinta de letras doradas dedicada a ella que envió a su casa como símbolo de su recuerdo.

En 1920 escribe dos artículos en *España* «El más triste Miércoles de Ceniza» y «Las tabernas de la madrugada» con temas muy dispares el Carnaval y el ambiente de las tabernas que no cierran por la noche.

«El más triste Miércoles de Ceniza»³⁶⁹ amenazaba tormenta; sin embargo, la muchedumbre formada por el público y las máscaras se apresuraba por la Pradera del Corregidor y bajaban por la cuesta de San Vicente para llegar a la pradera antes de las cinco y disfrutar de los merenderos situados al margen del Manzanares. Ya sonaban los organillos, pero el festejo tan deseado se truncó cuando comenzó la tormenta.

En «Las tabernas de la madrugada»³⁷⁰ Ramón resalta el refugio que suponen estas tabernas abiertas durante toda la noche cuando todo Madrid está desierto y todos los establecimientos cerrados. El ambiente que al principio intimida es engañoso porque algunos clientes juegan tranquilos al dominó, hay un cochero de punto que disfruta

³⁶⁸ Ramón Gómez de la Serna, *La Semana*, Madrid, Sábado 28 de octubre de 1916, Primer año, Núm. 24, «El envío de la corona», p., 7. Ramón justifica el envío: «(Después de todo yo estaba en falta con ella de algo así, pues al entierro blanco de aquél cariño le faltó la corona).»

³⁶⁹ Ramón Gómez de la Serna, *España*, Madrid, Sábado 28 de febrero de 1920, Año VI, Núm. 252, «El más triste Miércoles de Ceniza», p., 14. Ramón describe otra secuencia de este día: «En el centro de la ciudad, las máscaras eran una excepción y parecían como paletos, como *isidros* e *isidras* vestidas a la moda de la Alcarria o la Lagartera o máscaras sueltas o desperdigadas del carnaval soso y con muchos claros de provincias.»

³⁷⁰ Ramón Gómez de la Serna, *España*, Madrid, Sábado 13 de mayo de 1920, Año VI, Núm. 263, «Las tabernas de la madrugada», pp., 17-18.

después de su día de trabajo y algún chofer que ha dejado en la esquina su automóvil sin miedo a que se lo roben. Ramón concluye su artículo describiendo el interior:

El refugio es hondo, muy defendido contra la persecución tenaz de la madrugada, con su reloj de comedor y con esa cornisa que en vez de figurines de yeso tiene panzudas botellas de cerveza de Santa Bárbara...

Se puede uno detener en él una hora, viendo el sueño que tienen todas las cosas y, sin embargo, la admirable victoria humana que se sobrepone al sueño.³⁷¹

En 1922 publica dos artículos, «Ayer y hoy» y «La gran evocación», en *La Esfera* en los que Ramón escribe sobre la nostalgia que siente por el cambio del suelo de Madrid y la tristeza que preside el día de Todos los Santos.

La madera es la materia preferida de Ramón y en «Ayer y hoy» añora el sistema de entarimado del suelo que tenía Madrid y que ha sido sustituido por el empedrado o adoquinado. Reconoce que los adoquines forman un conjunto más simétrico, pero han eliminado el olor a brea que perfumaba los paseos y el silencio de los coches que circulaban por los bulevares entarugados de madera. Ramón transmite sus sensaciones:

Tenían algo de taraceadores aquellos trabajadores que ensamblaban los tomos de madera, y era grato pararse—en la calle del Arenal, sobre todo, que fué la última que lució ese pavimento—para ver la faena, muy parecida á la que realizan los niños cuando desparraman sobre las mesas los taruguillos de sus cajas de construcción y van encontrando el aplique de unas piezas con otras.

Entonces estaba más llena de desocupación la vida y se paraban con las manos en los bolsillos los hidalgos de los grandes sombreros bongos, y hasta á veces señores de sombrero de copa, verdaderos contemplativos de alta categoría.³⁷²

³⁷¹ *Ibidem*, p., 18.

³⁷² Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 8 julio 1922, Año IX, Núm. 444, «Ayer y hoy», s. p.

En «La gran evocación» Ramón recurre en el día de Todos los Santos, pero esta vez describe el dolor que invade a todos los que han perdido a sus seres más queridos acrecentado por el sonar de las campanas. En el cementerio observa epitafios actuales y antiguos escritos en latín e incluso un epitafio egipcio que alegra un poco el ambiente con sus pajaritos intercalados entre los otros signos del jeroglífico.

La gente del pueblo mitiga su dolor con una especie de canto jondo:

¡Mira cuánta cruz é pino!

¡Mira cuánta piedra blanca!

¡Mira cuánta florecita'.

¡Mira cuánta luminaria!

Toito el cementerio

lo tengo yo andao;

la sepultura de mi compañera

yo no la he encontrao.

Sin queré pisé una flo

que en tu sepultura estaba;

de tu cuerpo salió un ¡ay!

que se me clavó en el alma.

[...] Ya se murió mi mario,

ya se acabó mi consuelo,

ya no tengo quien me iga

ojitos de terciopelo.

Toica mi ropa

llévala á la tienda;

pero la chaquetita de alamares negros,

¡por Dios, no la vendas!

Yo no sé que tienen, madre,

las flores del camposanto,

que cuando las mueve el viento

parecen que están llorando.³⁷³

³⁷³ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 4 noviembre 1922, Año IX, Núm. 461, «La gran evocación», s. p.,

En el mismo año, 1922, publica «El buen atardecer» en *Horizonte* y «La mantilla y los tufos» en *Nuevo Mundo* en los que retrata el juego de los niños y opina sobre las nuevas prendas femeninas.

«El buen atardecer» es para Ramón una tarde en la que empieza el buen tiempo en Madrid y observa con los faroles ya encendidos, los bancos de piedra repletos de garbanzos, judías, pimienta, sal y café que han dejado los niños después de haber estado jugando a las comiditas: « [...] todo eso que las niñas que serán esposas de los tenderos de ultramarinos han estado vendiendo a todas las niñas que serán comadres de barrio y visitas insistentes e interminables de las tiendas.»³⁷⁴

En «La mantilla y los tufos» Ramón reivindica las antiguas y sencillas mantillas frente a las actuales sobrecargadas de encajes:

La mantilla se desprendía del peinado y era como airoso airón de la cabellera. La mantilla podía ser interminable, pero siempre adquiría garbo y ligereza, como flotante y nubosa decoración de la belleza enjaezada.

Retrecheras mujeres las de esos retratos antiguos en los que los tufos tienen el encanto sobrio, escogido y sutil de los rizos para los guardapelos de los cuatro pelillos ondulados y bien dispuestos para que se vea la carne á través del cristal.³⁷⁵

El año 1923 Ramón publica tres artículos en *La Esfera*, quince en *El Sol* y uno en *Nuevo Mundo*, que consideramos muy interesantes para nuestro trabajo por la diversidad de temas inherentes en su costumbrismo que incluye en ellos.

De *La Esfera*, El primero que analizamos es «El sombrero de copa» en el que Ramón explica la historia de su decadencia que se inicia en el año 1859. Se basa en un

³⁷⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Horizonte*, Madrid, 30 de noviembre de 1922, Año 1, Núm. 2, «Ramonismo. El buen atardecer», s. p.

³⁷⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 10 de noviembre de 1922, Año XXIX, Núm. 1.503, «La mantilla y los tufos», s. p.

libro que tiene y que es como una necrología en honor del sombrero de copa donde Olavarría³⁷⁶ escribe:

Un sombrero de muchas alas,
con mal reprimida cólera,
daba sus quejas al viento,
tribulado, en esta forma:

«Héme triste y taciturno,
clamando misericordia,
sin alegría... en mis alas,
sin ilusión... en mi copa.»³⁷⁷

En el libro competían el sombrero de copa y el sombrero hongo, disputa que mantiene a Ventura de la Vega imparcial: «Yo ni apadrino ni rechazo el hongo; si todos se lo ponen, me lo pongo.»³⁷⁸

El sombrero de copa lo siguieron utilizando algunos caballeros como símbolo de distinción y Ramón sintetiza las distintas clases de este sombrero como el del magistrado, el del político, el del hidalgo misterioso, el del pollo, el del apabullado y el del hombre bonachón. Ramón lamenta su poco uso, incluso los jueces de guardia que se lo deben poner como señal de respeto cuando acuden a las casas para el levantamiento de algún cadáver, lo llevan en la mano porque sólo tienen uno que se turnan y no coincide con su talla. Ramón concluye su artículo: «La desaparición del sombrero de copa es una equivocación Tenía el hombre más alcurnia con él, y ni el ingenio ni nada substituirá aquella categoría del sombrero de copa.»³⁷⁹

³⁷⁶ Suponemos que se refiere a Eugenio de Olavarría y Huarte (1853-1933), militar, escritor y folclorista madrileño conocido sobre todo por su obra *El Folk-Lore de Madrid*.

³⁷⁷ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 10 febrero 1923, Año X, Núm. 475, «El sombrero de copa», s. p., Fue escrito por autores ilustres de la época entre los que cita a Ferrer del Río, Manuel del Palacio, Hartzenbusch, Truch, Narciso Serra, Pedro Antonio Alarcón, El Solitario, Olavarría, etc.

³⁷⁸ *Ibídem*.

³⁷⁹ *Ibídem*.

«La hora del refresco» es para Ramón el momento ideal en verano cuando ya se ha hecho la digestión del almuerzo y todavía no se pueden abrir los balcones por el calor. En este artículo elogia la aloja casera y el refrescante hidromiel como el refresco madrileño tradicional sin olvidar la limonada con su rodaja de limón. Si además se beben en grandes vasos nielados, en bonitas copas o en los grandes búcaros que se guardan en los aparadores, el disfrute se acentúa. Para Ramón:

La esplendidez en el refresco es una cosa muy castiza, Encalmó siempre el fondo de las casas entornadas de Madrid, Marca las seis de la tarde como una práctica religiosa, y tiene algo atención católica y monjil.³⁸⁰

En «Los nuevos muñequitos» Ramón se alegra por la aparición de unos muñequitos de madera fabricados por el alemán Seiffert que representan la recuperación de los auténticos juguetes y encantan a los niños:

La niñez, cansada de los juguetes complicados ó de un realismo repugnante quería volver á sus muñecos elementales, al cazador que apunta á un ciervo de simple trazo, un cazador con las piernas de una sola pieza, con cintura de carrete y con la escopeta apoyada arbitrariamente, pero muy á lo niño, en la nariz.³⁸¹

No sabe cómo han llegado a España, pero desea homenajear a Seiffert por haber devuelto la magia a estos muñecos infantiles baratos y sencillos con forma de gnomos, de enanitos y de personajes de cuentos,

Continuamos con *El Sol* y el artículo «Domingo de Ramos» en el que Ramón refleja el ambiente de este día solemne. Las «palmerieras» colocan sus puestos el día anterior por la noche en sitios estratégicos para poder vender sus palmas que ellas han confeccionado tejiéndolas y rizándolas para atraer a los compradores.

³⁸⁰ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 22 septiembre 1923, Año X, Núm. 507, «La hora del refresco», s. p.

³⁸¹ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 24 noviembre 1923, Año X, Núm. 516, «Los nuevos muñequitos», s. p.

Antes de las palmas van llegando a la iglesia mujeres que recogen modestos ramos de olivo. Las más madrugadoras son las criadas que tienen que regresar a la casa para tener el desayuno preparado a las siete y media, y colocan los ramos en la cabecera de su cama. Después, sobre las ocho y media acuden las ancianas pensionistas del barrio que viven en casa de amigos sin hijos o con sus hijas o hijos casados. Llevan manteletas negras y compran varias perras gordas de olivo y de romero para regalarlo a quienes las acogen en señal de agradecimiento. Un poco después empieza la actividad en el puesto de las palmas y los compradores eligen entre las diversas clases que venden: infantiles, largas del tamaño de una persona, sin ringorrango, esbeltas y las verdaderas palmas que dejan caer sus largas hojas.

Cuando llega la hora empiezan a aparecer de los alrededores de la iglesia familias que llevan delante a su niña con una vistosa palmera y la que más destaca para Ramón es una familia en la que todos son retacos y ha comprado la palmera más alta como contraste. Ramón concluye este día:

Y mientras, alrededor de la iglesia se ha verificado un simulacro de los que evocan lo que han pretendido evocar. El cura se ha dado una vuelta alrededor de la iglesia entre palmas, y su camino ha parecido ser el camino largo de aquella mañana bíblica y la arquitectura de la ciudad ha cambiado y los guardias se han convertido en centuriones y los mantones en túnicas.³⁸²

En «Las últimas carretas de bueyes» Ramón transmite lo que siente ante la ausencia del paso de estas carretas por Madrid y se pregunta:

¿Quién va a transportar ahora los pesados bloques de piedra que transportaban las carretas de bueyes? ¿Los pesados camiones-automóviles con veinte bueyes de fuerza? ¿Y esos camiones que hacen temblar la ciudad a su

³⁸² Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, domingo 25 de marzo de 1923, Año VII, Núm. 1.755, «Domingo de Ramos», p., 1.

paso y harán que se derrumban las casas en el porvenir, son menos peligrosos que las carretas de bueyes?...³⁸³

Recuerda las últimas carretas que vio pasar con cuatro chopos muy altos y piensa en los bueyes convertidos en un símbolo añorando el sonar de sus esquilonos cuando pasaban en el alba por las calles de Madrid.

Las protagonistas de «Los libros de misa» son unas muchachas con mantilla y con su libro de misa en la mano que acuden a oír misa a media mañana como su lugar de reunión, no son las típicas beatas «viven la fiesta de después de la comunión y la misa en un largo paseo por la mañana, pasando por el mediodía con sus devocionarios en ristre, con su código de la religión lleno de estampas, movido en la conversación y enarbolado en su charla animada con las amigas.»³⁸⁴

El artículo «Reflorecimiento de los libros» Ramón lo dedica a la feria de libros viejos ubicada en El Prado y en el Botánico donde los feriantes colocan sus largas mesas. Han esperado durante el invierno envueltos en sus capas y calentándose las manos sobre la fogata de su brasero. Se animaban unos a otros esperando a que llegase el buen tiempo. Ramón nos relata su visita por la tarde:

Una savia nueva había en todos los tomos; su olor a humedad se había convertido en el olor verdoso de la primavera. Las novias parecían tener más luz y más pasión. Las flores disecadas en el fondo de los libros salían por entre sus páginas como refrescadas y renovadas.

Todas las mesas parecían haber sido retejadas con libros nuevos, con ediciones de estos días, y es que cada primavera se reedita en sí mismo, en su propia vejez y amarillez, todo lo que pervive editado en el mundo.³⁸⁵

³⁸³ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, miércoles 28 de marzo de 1923, Año VII, Núm. 1.757, «Las últimas carretas de bueyes», p., 1.

³⁸⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 28 de abril de 1923, Año VII, Núm. 1.784, «Los libros de misa», p., 1.

³⁸⁵ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, jueves 3 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.788, «Reflorecimiento de los libros», p., 1.

Los dos siguientes artículos fueron publicados en el mismo número y en la misma de *El sol*. En «Influencias suntuarias» Ramón observa a la gente que pasa una tarde de domingo y analiza cómo su vestimenta influye en ella haciendo una relación de los más llamativos:

Hay un señor que pasa y que se ve que lleva puesto el gabán del egoísmo.

Hay un ama de cría que se cree la reina de Sumatra.

Hay una mujer que pasa con un mantón alfombrado que se cree adornada por uno de esos tapices que sacan de las catedrales los días de mucho repique.

Hay varias señoritas de esas que adornan el borde de su abrigo corto con pieles ensanchadoras de sus caderas, que van con un orgullo especial que da ese modo de adornar las cazadoras femeninas, resultando las fieras petimetras del paseo de los domingos o de los demás días de la semana.

[...]

Hay el joven de bastón largo que lleva un paso braceador como de caballo que bracea, sobre todo del derecho, con el desenvuelto gesto del bastón.³⁸⁶

«El pobre de la tapia» es un mendigo astuto con la pierna vendada que ha observado Ramón. Guarda las monedas de cobre que recoge sobre el trapo blanco cuando hay demasiadas: «Saludaba sin parar; pero su saludo se veía destacado ante cada uno de los que pasaban, como saludo único, sólo a ellos, especialmente convencido cada uno de que es saludo al que adivinan protector y magnánimo.»³⁸⁷

En «Rosales y sus días de moda» Ramón elogia este paseo que conserva su antiguo espíritu sin dejarse influenciar por las nuevas edificaciones. Los niños juegan con el gran vuelo de las faldas de su madre mientras burócratas desocupados pasean sin preocupaciones. Tiene una biblioteca al aire libre con pocos libros que el bibliotecario presta a quien se lo pide sin dejar de vigilarlos, sólo les permite apartarse doscientos

³⁸⁶ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 5 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.790, «Influencias suntuarias» y «El pobre de la tapia», p., 1.

³⁸⁷ *Ibidem*.

metros siempre y cuando estén donde pueda verlos y no los oculten algún desnivel del terreno. En los caminos del paseo de Rosales se encuentra el cementerio de los muertos en África:

Alrededor de uno de esos bustos de militares muertos en África, alrededor del capitán Bermejo—que es el que ha llegado a ser más familiar a todos—, es donde se citan y se reúnen las gentes.

—Ya lo sabes; junto a la estatua del capitán Bermejo.³⁸⁸

Ramón defiende en «Los paletos» a la gente de los pueblos que acuden a Madrid y es menospreciada incluso por sus hijos, que se creen señoritos de capital y se avergüenzan cuando tienen que enseñarles la ciudad. Esta gente humilde recibe con amabilidad a los que llegan a su casa desde la capital y les ofrece lo mejor que tiene, huevos recién puestos y leche fresca. «Salud en rama» según Ramón. Sus hijos que han triunfado gracias a ellos: «Debían de encontrar que en el aire de verdad en que se plantean hoy las cosas es digno de mayor altivez mostrar su raíz pueblerina y sana.»³⁸⁹

En «Sombrillería y abaniquería» Ramón ha encontrado en el Madrid típico una tiendecita de portal donde se arreglan sombrillas de varios colores y se venden abanicos. Quedan muy pocas y en ellas las niñas encuentran estos dos complementos ideales. Prefieren las sombrillas de color blanco que combinan con su vestido y pasan alegres moviéndolas y enseñando sus abanicos a quienes se encuentran, Ramón siente cómo suavizan el sol del verano.

Los dueños regalan abanicos baratos como un detalle de la casa a la gente que entra. Ramón ha observado a los turistas comprar abanicos de cinco céntimos como recuerdo para llevárselos a las hijas de sus amigas en vez de algún juguete más caro.

³⁸⁸ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, domingo 6 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.791, «Rosales y sus días de moda», p., 1.

³⁸⁹ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 19 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.802, «Los paletos», p., 1.

A Ramón estos dos complementos le sugieren una linda greguería: «¡Qué cariño se tienen los abanicos y las sombrillas, dispuestos a luchar con alegría y sin acrimonia con la fuerza del verano! Los abanicos son los sobrinitos de las sombrillas.»³⁹⁰

«Noche de verano»³⁹¹ es un artículo que escribe Ramón cuando empieza a hacer buen tiempo y todo lo que observa le sugiere que se va acercando su estación preferida como el paseo bajo las acacias, la aureola de la iluminación nocturna, el sonido verbenero de los relojes, la alegría de los conductores de tranvías al tocar el timbre, los pitidos de los trenes anunciando los viajes a las playas y la renuncia de las mozas a forrar sus mantones de Manila.

En «El último refresquero» cuenta Ramón la parada que hace cuando iba en un coche simón de madrugada. Se encuentra un puesto de refrescos abierto, escondido en una de las esquinas iluminado por el farol de un portal, en donde venden vasos de horchata y "cebá": « [...] me he bajado un momento y he tomado en el tenducho un vasito de alba concentrada, fresca y exquisita.»³⁹²

«El amigo del cochero» es un personaje peculiar que sienta en el pescante del carruaje al lado de su amigo, el cochero, que al encontrárselo en la calle le ha invitado a subir. Es discreto y nunca vuelve la cabeza para evitar molestar al cliente que va detrás. Los dos amigos conversan sincera y tranquilamente mientras llegan a su destino: «¿Cómo iba él a hacer bajarse a ese amigo que ha encontrado por casualidad esta tarde? ¿Porque un señor haya dicho: "Argensola, ochenta y tantos" o "Vamos a la Moncloa? ¡Pues no faltaba más que la amistad fuese una cosa tan quebradiza y versátil!»³⁹³

³⁹⁰ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, jueves 31 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.812, «Sombrillería y abaniquería», p., 1.

³⁹¹ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 9 de junio de 1923, Año VII, Núm. 1.820, «Noche de verano», p., 1.

³⁹² Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, jueves 5 de Julio de 1923, Año VII, Núm. 1.842, «El último refresquero», p., 2.

³⁹³ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, jueves 19 de julio de 1923, Año VII, Núm. 1.854, «El amigo del cochero», p., 1.

En «La cala falsa»³⁹⁴ Ramón nos revela la picaresca de los vendedores de sandías que inundan la verbena de Santiago colocándolas regularmente aunque tienen un color rojo claro que descubren su falta de madurez. Cuando ya se puedan calar se descubrirá el engaño.

«La hora del riego» es la mejor hora de pasear por Madrid en verano. Las muchachas con sus vestidos azules, rosas y blancos pasan alegres bordeando los charcos que se han formado con el agua de la manguera: «[...] con el humedecimiento en sus cabellos del peine metido y sacado del agua, un poco mojada aún la camisa por el lavatorio con ansias de ducha en la marejada de las jofainas colmadas del verano.»³⁹⁵

Ramón cuenta una anécdota que le sucedió cuando paseaba. Unas ancianas que se suelen sentar en los bancos de los bulevares le reconocieron y le pidieron que escribiera en su periódico que no mojaran los bancos porque no se podían sentar si estaban mojados. Como era de esperar se sintió conmovido y termina este artículo: «[...] protesto vivamente de que los mangueros mojen el adamascado blanco de los bancos de piedra de los bulevares...»³⁹⁶

En «Primero de mes con lotería»³⁹⁷ Ramón describe el ambiente optimista que observa en este día en el que todos esperan que les toque el gran premio y se comportan como si ya hubiesen ganado. Destaca la hora del mediodía cuando huele a estofado y en las fruterías, que sobresalen hasta en medio de la acera, todos los que se asoman compran

³⁹⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, viernes 27 de julio de 1923, Año VII, Núm. 1.861, «La cala falsa», p., 1.

³⁹⁵ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, martes 31 de julio de 1923, Año VII, Núm. 1.864, «La hora del riego», p., 1.

³⁹⁶ *Ibidem*.

³⁹⁷ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 1 de septiembre de 1923, Año VII, Núm. 1.892, «Primero de mes con lotería», p., 1. Ramón ratifica poéticamente su madrileñismo en este día: «Su mediodía, sobre todo, es espléndido. Tiene refracciones no sólo del Sol, sino de todos los espejos del cielo. El ruedo de las calles saleadas es de gran corrida. Todos temen un poco por sus carteras repletas. Es la fiesta de la corte, que para eso es capital y corte de las Españas.»

algo. Hay quien compra una langosta por dos pesetas sin percatarse de que aunque el astuto vendedor la vende como viva porque mueve un poco los ojos, cuando llega a su casa y la hierve aparecen bajo su caparazón unos hilos que unían los ojos con la cola.

A las tres de la tarde sale la esperada lista de premios en los periódicos y todos los compran ansiosos para leer sólo las páginas en las que aparecen las columnas de los números premiados. Cuando no encuentran su número los tiran quedando Madrid plagado de listas grandes tiradas por el suelo.

En *Nuevo Mundo* publica el artículo «Las novedades de la verbena» y como escribe en el título, Ramón describe las últimas novedades que se incorporan a todas las verbenas que él visita. Encuentra en un lugar apartado a una mujer vestida con una bata roja adornada con cenefas de oro que tiene entre sus manos un tubo de cristal tapado en cuyo interior hay un papel blanco en el que ella escribe el porvenir de quienes quieren saberlo: «Sólo tiene un defecto—que la disminuye, por más que la haga más humana—, y es que el ácido sulfúrico que es el que ataca en el fondo del tubo la tinta simpática del papel blanco y hace que aparezca la escritura desapercibida, huele muy mal.»³⁹⁸ La segunda novedad es Dorita, el monstruo del ferial que siempre atrae el morbo de la gente y que cuando descubren que es un timo³⁹⁹ tienen que sustituirlo por otro.

En 1924 Ramón publica dos artículos en *La Esfera* y uno en *Nuevo Mundo* con tres asuntos diferentes, lugares de esparcimiento, oficios renovados y características de tipos.

«Los merenderos» es el primero de *La Esfera* en el que Ramón presume de los merenderos madrileños que son un solaz para cobijarse bajo la sombra de sus toldos contemplando el paisaje campestre y disfrutando de la mejor gastronomía. Los dueños son campechanos y saben elegir los espárragos trigueros, el pan, el queso, el cordero, el chorizo y el lomo más exquisitos. Ramón concluye su artículo: «¡Merenderos del

³⁹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 6 de julio de 1923, Año XXX, Núm. 1.537, «Las novedades de la verbena», s. p.

³⁹⁹ Ramón comenta que al comienzo de la verbena el monstruo era una niña con tres piernas pero se dieron cuenta que la tercera era la de su hermanito que salía por entre las cortinas. *Ibidem*.

Miralcampo madrileño, sosegados, sin separarse demasiado de la ciudad y, por lo tanto, sin ese acongojante huerfanismo de los merenderos provincianos!»⁴⁰⁰

En «Buñuelos y churros» Ramón recuerda los antiguos buñoleros que han sido sustituidos por la churrera. La diferencia radica en que los buñoleros de antaño fabricaban sus ligeros buñuelos y los enjaretaban en cañas para venderlos mientras que la churrera sólo los vende «montando la ancha bandeja sobre las muletas que la sostienen y tapando sus churros, para que no se los coman los pájaros ni se acaben de enfriar.»⁴⁰¹ La churrera es una viejecita con un moñete que a las cinco y media de la mañana se sitúa en su esquina y vocea sus buñuelos y churros como los antiguos vendedores callejeros.

El último artículo que nos interesa de este año es «Pobres típicos» publicado en *Nuevo Mundo* en el que Ramón muestra las características que observa en los pobres que encuentra en Madrid. Algunos son madrileños y otros proceden de pueblos, pero todos tienen en común la astucia para conseguir las monedas que los transeúntes les dan. Tienen asignada su plaza, su pared, su esquina o su casa. Los que están de pie o caminando por toda la ciudad asaltan al transeúnte sin que se dé cuenta y los que están sentados: «son como pescadores de la limosna. Son más pacientes, su caña es disimulada, pero desplaza el anzuelo mucho más allá de donde se colocan.»⁴⁰²

En 1927 Ramón publica en *Nuevo Mundo* tres artículos que incluye bajo el epígrafe *Marginalia* en los que muestra el ambiente de dos celebraciones y unas tiendas en vías de extinción.

⁴⁰⁰ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 14 junio 1924, Año XI, Núm. 545, «Los merenderos», s. p., Ramón justifica su entusiasmo: «Los merenderos madrileños tienen el encanto de asomarse al paisaje en una gran ciudad y recoger el sol de las afueras, y algo de la perspectiva escalonada y gallarda de Madrid.»

⁴⁰¹ Ramón Gómez de la Serna, *La Esfera*, Madrid, 1 noviembre 1924, Año XI, Núm. 565, «Buñuelos y churros», s. p.

⁴⁰² Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 4 de julio de 1924, Año XXI, Núm. 1.589, «Pobres típicos», p., 32

El primero «San José bendito» lo dedica al ambiente que rodea la festividad del que denomina «el abuelo celestial». Siente un matiz azucarado que endulza la luz de marzo al acercarse la primavera dejando atrás el invierno, la estación que menos le gusta. Este día es, para Ramón: «Como con uno de esos saleros de azúcar que se sacuden sobre el churo ó la tarta, se espolvorea el día desde el cielo festivo.»⁴⁰³ Observa las múltiples tartas adornadas que llevan quienes que se dirigen a las casas de sus padres y abuelos.

«La Verbena Goyesca» es para Ramón la verbena de San Antonio de la Florida y considera a Goya el artífice de la actual por decorar con sus frescos la ermita e inmortalizar «El baile en San Antonio de la Florida» con su cuadro. Es su centenario y Ramón está encantado porque: «saldrán las majas representadas en los frescos, en un sallar el balconcillo de la cúpula, como se desparrama y sale todo un público de mujeres de mantilla y mantón de las gradas y de los tendidos después de celebrada la corrida conmemorativa»⁴⁰⁴

Abundan las barracas con monigotes grotescos que proceden de los romances populares, los saxofones de cartón y los gorros del cotillón de la verbena. Es la verbena por excelencia donde se unifica el pasado y el presente con las más pintorescas costumbres. «Se puede decir que allí ha arraigado lo verbenero, y brotamos del ribazo aquel como florecidos del tronco añoso de la primera verbena.»⁴⁰⁵

En «Las cererías» Ramón dedica este artículo a estas tiendas donde fabrican las velas y hachones que cuando se encienden su luz se va extinguendo aunque el trabajo que conllevan sea muy laborioso sobre todo las rizadas, van desapareciendo pero siempre

⁴⁰³ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 18 de marzo de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.730, «Marginalia. San José bendito», s. p.

⁴⁰⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 10 de junio de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.742, «Marginalia. La Verbena Goyesca», s. p.

⁴⁰⁵ *Ibidem*.

quedara alguna como la que encuentra al lado de una casita ideal que según nos dice es «para el alma sencilla y modesta»⁴⁰⁶

En 1928 escribe dos artículos en *Nuevo Mundo* en los que muestra su preferencia por el pasado o por el presente.

Ramón muestra su sorpresa en el artículo «Reflectores» por la aparición en los teatros de estos antiguos aparatos de iluminación ahora renovados. Antiguamente se alquilaban y los dueños acudían cuando los llamaban, siempre con su gorra puesta desde los barrios bajos donde vivían. La luz que desprendían iluminaba a las artistas sin apartarse de ellas y permitía observar la gracia de su arte. Ramón prefiere estos antiguos reflectores:

Como sincero espectador que no deja de admirar esos rayos morados ó rojos que parecen venir de la alta vidriera de una catedral en día de aurora boreal, diré que prefiero ver á las artistas en la luz envolvente de todo el teatro, [...].⁴⁰⁷

En «Libros de otoño» Ramón compara las antiguas tiendas de libros con las nuevas librerías que tienen su auge en otoño cuando aparecen nuevos libros. Los libreros de antaño sólo se fijaban en el tamaño de los libros y cuando veían uno que consideraban raro lo rechazaban alegando no tener sitio. Su lema era «ama al libro, pero odia al autor»⁴⁰⁸ lo que les convertía en avaros mercaderes de libros.

Las nuevas librerías han mejorado por la cultura de sus dueños, los hombres encargados de repartirlos llegan a cualquier hora y saben lo que llevan; sin embargo, el librero repasa los ejemplares depositados, respeta al autor y ofrece sus mejores ejemplares

⁴⁰⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 29 de julio de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.749, «Marginalia. Las cererías», s. p.

⁴⁰⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 27 de abril de 1928, Año XXXV, Núm. 1.788, «Marginalia. Reflectores», s. p.

⁴⁰⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 12 de octubre de 1928, Año XXXV, Núm. 1.812, «Marginalia. Libros de otoño», s. p.

a los lectores y escritores que se pueden mover libremente por la librería y su única decepción surge cuando encuentran un libro fajado que no pueden hojear.

En 1929 escribe otros cuatro artículos en *Nuevo Mundo* y uno *Buen Humor* en los que Ramón describe a unos típicos vendedores y a dos personajes singulares.

Ramón observa satisfecho en «Fruterías» la rapidez con que las montan en cualquier sitio de Madrid. Son pequeñas tiendas con abundantes productos en las que puedes encontrar frutas y verduras de las huertas y campiñas. Por la mañana la frutera prepara su escaparate dando brillo a alguna manzana que lo ha perdido durante la noche. Toda la familia le ayuda cuando se rompe un capacho y a veces duerme con sus tres hijos entre banastas y naranjas. Ramón las describe como:

Desproporción máxima la de las fruterías madrileñas, modelos de herida insignificante y descentralización exúbera.

Son, en realidad, un pretexto para reunir todo un Congreso de frutas, dándolas hospedaje barato y poniéndolas letreros del Botánico de los precios.⁴⁰⁹

Ramón describe en «Puertas de jardín»⁴¹⁰ a los vendedores que se sitúan dentro y fuera de las puertas de los jardines o de los parques aprovechando la afluencia de gente que entra y sale de ellos para que compren sus productos. En el interior de estas puertas se colocan los asiduos vendedores que viven muchos años con el producto de sus ventas. Cada uno coloca su puesto según sus necesidades formando un ambiente variopinto. Los fotógrafos callejeros fueron los primeros en fijar su sitio y mete el brazo en el negro manguito de su antigua máquina, que manipula como nadie, para obtener la fotografía deseada; el vendedor de los castizos adoquines coloca en el suelo su cesto lleno de estos grandes caramelos; la alcahuesera utiliza un carrito y vacía en la bandeja su saco de cacahuets en el que guarda los que no ha vendido para el día siguiente. Ramón destaca a

⁴⁰⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 29 de marzo de 1929, Año XXXVI, Núm. 1.836, «Fruterías», s. p,

⁴¹⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 12 de julio de 1929, Año XXXVI, Núm. 1.851, «Marginalia. Puertas de jardín», s. p.

una viejecita que lleva ochenta años en su mismo puesto de castañas pilongas y se sitúa en la puerta disimulada del parque. Los que ocupan las puertas exteriores del jardín son los vendedores privilegiados que venden juguetes, combas y cubos de mejor calidad.

En «El cotillón de las calles» Ramón elogia el Madrid verbenero que «Desde la primera verbena queda declarado el estado de verbena como un estado de sitio estival.»⁴¹¹ El pueblo madrileño se prepara para la diversión, hay vino valdepeñas especial para las verbenas, se cuecen botijos, se siembran melones y se hacen rosquillas, todo en abundancia para que no falte. Es la época más fructífera para la vendedora de gorros de papel que, desde la vera del río donde tiene su fábrica de gorros y mantones de manila de papel, recorre todas las verbenas con su inmensa percha de gorros. Es la que surte el cotillón y entre los más vendidos se encuentran los gorros de aureola para las mujeres y los calañeses de cartón forrados de papel gris para toda la familia.

«Vendedor de pensiles» es como llama Ramón al jardinero de ciudad a quien dedica este artículo. Es el encargado de decorar los solares que se encuentran en las zonas de Madrid demasiado urbanizadas dotándolos de un ambiente ajardinado. Es su barrio y se encuentra con grandes dificultades para evitar que edifiquen en su pequeño dominio donde cuida sus plantas y árboles. Desconoce la avaricia, rechaza el dinero que le ofrecen por edificar casas en sus solares haciendo prevalecer su oficio. Cuando prevalece la ambición de los constructores son desalojados y tienen que abandonar el árbol arraigado en su solar. Sus clientes son los habitantes de las altas casas que adquieren macetas o plantas sin saber lo que son pero que adornarán sus balcones y azoteas. Según Ramón: «El nuevo Madrid está hecho á expensas de desahucio y muerte de velódromos, casas de vacas, juegos de bolos y jardineros con vivero propio.»⁴¹²

Ramón describe en el último artículo de este año a «El sestero», un personaje que siempre encuentra un sitio apropiado para dormir su siesta. Cuando elige el lugar, si es

⁴¹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 9 de agosto de 1929, Año XXXVI, Núm. 1.855, «Marginalia. El cotillón de las calles», s. p.

⁴¹² Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 18 de octubre de 1929, Año XXXVI, Núm. 1.865, «Marginalia. Vendedor de pensiles», s. p.

posible al lado de los jardines regados, se suelta los tirantes, deja su chaqueta a un lado y coloca debajo numerosas páginas de cualquier periódico para no mancharse y poder dormir tranquilo. Para Ramón: «El sestero de la Moncloa es el que disfruta mejor de toda la gravitación de España sobre su sueño y es el puro cortesano en vacaciones.»⁴¹³

Llegamos al año 1932 y bajo el epígrafe «Ángulos de Madrid» Ramón publica ocho artículos en *Luz* en los que presenta, vendedores, tipos y costumbres que reflejan el carácter madrileño de su época. El primero es «El vendedor de zapatitos» que lleva colgados en una especie de cruz de madera zapatos y sandalias para niños. Es optimista y listo porque sabe que los niños suelen perder uno de sus zapatos y cuando la madre se da cuenta y ve el pie descalzo de su hijo, recurre a él para comprarle el par de zapatos completo porque sueltos no los vende. También le compran zapatos algunos tíos que quieren regalárselos a sus sobrinos o madres que no quieren perder el tiempo en entrar en las zapaterías y les resulta más cómodo probárselos en la calle.

Ramón resume también en este artículo el carácter de su ciudad: «Madrid es el pueblachón nativo que fué siempre y donde, en vez de una pelota, se compra al niño que va de paseo una naranja para que primero juegue con ella como con una pelota del Bazar de los Naranjales y después la monde y se la coma.»⁴¹⁴

En «Juguetes y libros prestados» Ramón describe una biblioteca situada al lado de un jardín en donde los niños humildes pueden leer y jugar gratis bajo la vigilancia del bibliotecario. Son muchos los niños que acuden y aceptan las reglas para que el bibliotecario les preste los libros y los aros, saben que no pueden alejarse de los límites establecidos porque se consideraría un robo lo que es sólo un despiste. Ramón expresa sus sensaciones: «La primavera se pasma de esta caridad de juguetes y libros y sonrío tristemente al hecho. Se siente cierta aprensión al jugar de unos y otros con los juguetes

⁴¹³ Ramón Gómez de la Serna, *Buen humor*, Madrid, 22 de diciembre de 1929, Año VIII, Núm. 421, «Ramonismo. El sestero», p., 16.

⁴¹⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, lunes 9 de mayo de 1932, Año I, Núm. 108, «Ángulos de Madrid. El vendedor de zapatitos», p., 3.

prestados y se presiente que el niño que lee el libro grande con láminas escarlatas lee las contagiosas páginas de "la escarlatina ilustrada".»⁴¹⁵

«El hombre del sommier»⁴¹⁶ se encarga de llevar a su destino la amplia carga que lleva sobre su cabeza, cruza Madrid alegre, fumando y cantando y cuando se cansa lo apoya en una esquina o sobre un árbol. No tiene prisa porque entregará el somier a tiempo para que puedan acostarse quienes lo esperan aunque tarde una hora más.

En verano, «Los guadañeros» se encargan de refinar los jardines eliminando con su guadaña las hierbas que sobresalen. Suelen ser viejos y trabajan con gran maestría utilizando la piedra de afilar que llevan al cinto en un estuche de cuerno para afilar su guadaña si no corta como ellos quieren. Ramón deleita con su estilo cuando los relaciona con la muerte:

Pero cuando los guadañadores adquieren más prestigio es cuando se van con la guadaña al hombro, como alabarderos de la Gran Señora, como en busca de los que a esa hora recaen en su fiebre.

Los niños de los jardines se arriman a la falda de los árboles al verles pasar y les asocian a los faroleros—como el signo negativo va al lado del positivo—, que llevan al hombro también la gran pértiga de encender las estrellas del atardecer, dando vida a la ciudad en vez de segársela.⁴¹⁷

En «El expositor permanente» Ramón muestra su admiración por un vendedor de cuadros que ha ido envejeciendo sin desanimarse y sigue colocándolos, todas las mañanas de once a dos de la tarde, en el mismo trecho de la calle de Alcalá esperando que alguien los compre: «Es un residuo castizo de optimismo esa galería de pintura para comedores y

⁴¹⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, 20 de mayo de 1932, Año I, Núm. 116, «Ángulos de Madrid. Juguetes y libros prestados», p., 3.

⁴¹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, martes 24 de mayo de 1932, Año I, Núm. 119, «Ángulos de Madrid. El hombre del sommier», p., 3.

⁴¹⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, martes 5 de julio de 1932, Año I, Núm. 155, «Ángulos de Madrid. Los guadañeros», p., 3.

gabinetes. Nos recuerda mediodías simpáticos de la calle de Alcalá, en que resultaba hasta bonancible esa siembra de ilusión pictórica en el pueblo descuidado de esas cosas.»⁴¹⁸

«Las damas del velillo» representan para Ramón el carácter sencillo y digno de Madrid. La mujer madrileña ha sustituido la pesada mantilla por un velillo de lunares más modesto para protegerse del viento:

Las damas de velillo dan una gran lección a los insensatos de la vanilocuencia, siendo la flor y nata de esta democracia tan arraigada en la capital. [...] Al ver pasar a las mujeres bonitas que forman nuestro pueblo con estos velos que cascabelean de borlas, se comprende que a la mujer graciosa no le hace falta más que la sombra de una nada para prenderse de preseas.⁴¹⁹

En «El tranvía bebe»⁴²⁰ Ramón describe el ambiente de una tarde de verano en Madrid con la calle de Alcalá y la puerta del Sol refulgentes por el sol, los balcones cerrados y los tranvías recalentados. Lo más curioso sucede cuando el conductor o el cobrador del tranvía tienen sed y en su trayecto pasan por una fuente, el tranvía para sin previo aviso para que puedan beber y los pasajeros no se impacientan porque conocen esta parada y la consideran necesaria. Después de este intervalo, la marcha se acelera y recupera el tiempo perdido.

En «Expendedores de corbatas» Ramón relaciona la proliferación de estos vendedores callejeros con la mediocridad de la sociedad porque para él la corbata es un complemento especial:

Crear una corbata es arte difícil que necesita verdadera vocación. Ha de ser el retal de "la corbata" de una pieza impar, cenefa de un traje que murió

⁴¹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, martes 19 de julio de 1932, Año I, Núm. 167, «Ángulos de Madrid. El expositor permanente», p., 3.

⁴¹⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, sábado 23 de julio de 1932, Año I, Núm. 171, «Ángulos de Madrid. Las damas del velillo», p., 3.

⁴²⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, miércoles 27 de julio de 1932, Año I, Núm. 174, «Ángulos de Madrid. El tranvía bebe», p., 3.

como traje de baile para ser despojo de corbatas, sacrificio de túnicas talaes que se suicidaron como túnicas.

Esa es la psicología de la corbata ideal, de la que sólo se encuentran en recatadas tiendas, en que se esconde el artista original.⁴²¹

Sin embargo, estos vendedores inundan la calle con ristras de corbatas de múltiples colores y estampados que dejan coger a los transeúntes para que elijan la que deseen. Vende tantas que ya no hay nadie sin corbata incluso los más reacios a usarla compran una.

En 1933 se publican en el diario *Luz* cuatro artículos de Ramón relacionados con su ciudad y el progreso, con un paciente mendigo y el último con nuestros típicos aperitivos.

«Cada vez más castizo» lo dedica a su querido Madrid y defiende su casticismo intrínseco que no se encuentra en la Gran Vía: «Lo permanente de Madrid está en el resto inmenso de la ciudad, desde la Puerta de Sol a los atochares y a las huertas y a los depósitos. Y todo ese innumerable público vive y habla su casticismo y gusta de sus costumbres y sus maneras francamente madrileñistas.»⁴²² Advierte a los proyectistas que pretenden destruir sus calles o plazas sobre la reacción que tendría el pueblo modesto y ratifica: «Madrid tiene un antiguo color local, que es lo que le da personalidad y lo que sienten casi el total de sus moradores, menos los ofuscados por las revistas extranjeras, los malos lectores de las buenas revistas exóticas.»⁴²³

En «El sostén del esquinazo» Ramón retrata a los pobres resignados que se sitúan desde hace mucho tiempo en los mismos edificios: «Cumplen su misión sin aspaviento ni impaciencia, guardianes de la caridad, espías de los espacios oscuros de la ceguera, de esa

⁴²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, martes 9 de agosto de 1932, Año I, Núm. 185, «Ángulos de Madrid. Expendedores de corbatas», p., 3.

⁴²² Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, 2 de enero de 1933, Año II, Núm. 310, «Ángulos de Madrid. Cada vez más castizo», p., 9.

⁴²³ *Ibidem*.

segunda vida tenebrosa que vive al margen de la vida iluminada.»⁴²⁴ Están distribuidos por todo Madrid y su época más cruda es el invierno cuando tocan la guitarra para desentumecer sus manos esperando que las limosnas caigan sobre su platillo.

Ramón en el artículo «La nueva calle de Alcalá» relata la renovación de la antigua calle con huertas, conventos y palacios viejos a ambos lados por donde pasaban las diligencias y los arrieros. Nadie esperaba que se convirtiera en el símbolo de la modernidad aunque sus condiciones eran prometedoras por tener aceras anchas y caserones con grandes balcones: «Los que hemos andado por una calle de Alcalá muy diferente de la de ahora podemos asegurar que hemos andado sobre la blanca alfombra mágica del presentimiento al pasearnos por ella. Percibimos la prepotente fuerza de las raíces de sus actuales edificios y saboreábamos la fatalidad que latía bajo sus losas de piedra.»⁴²⁵

«Tapas legítimas» es un elogio a la costumbre española más característica que Ramón explica con todo detalle: «El español castizo pone una tapa al hambre y la sabe soportar sólo con eso. Con tapas pasa por el tiempo, y nada puede el tiempo con él.»⁴²⁶ Son breves porciones apetitosas como calamares al amarillo, soldaditos de Pavía, sábalos ahumados, caracoles a la madrileña, hígado a la plancha, boquerones en abanico, mollejas encebolladas, montaditos de chorizo, sesos huecos, bacalao con tomate, callos a la sevillana, pajaritos fritos, aceitunas aliñadas y las almendras o el queso que se acompañan con la bebida que mejor corresponde con la tapa elegida. El español disfruta de estas tapas sólo o acompañado de algún amigo:

Y los dos españoles que han compartido el juego de las tapas, la probación de las especies de mar y tierra, se dan por cenados y se van con la imaginación espiritada a meditar en el porvenir.

⁴²⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, miércoles 22 de marzo de 1933, Año II, Núm. 378, «Ángulos de Madrid. El sostén del esquinazo», p., 3.

⁴²⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Colaboradores de Luz, Madrid, martes 18 de abril de 1933, Año II, Núm. 401, «La nueva calle de Alcalá», p., 3.

⁴²⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, Viernes 10 de noviembre de 1933, Año II, Núm. 577, «Variaciones. Tapas legítimas», p., 3.

Han tocado el xilofón de sabores que hay en las tapas y se van con el quinqué despierto a velar sobre los periódicos, desdeñosos de la glotonería, dispuestos al ahorro, pero también a la tenacidad del vivir.⁴²⁷

En 1934 escribe en *Luz*, los últimos cinco artículos que incluimos en este apartado en los que Ramón describe tres celebraciones, el verano en Madrid y el oficio que menos le atrae: apagar sus queridos faroles.

Ramón muestra en «Candeleros de nacimiento» su apego por la tenue luz de las velas que caracteriza la Navidad. En la plaza de Santa Cruz un farol de varios brazos ilumina el nacimiento con sus figurillas, sus molinos sus montañas y riachuelos. Es el farol que mantiene la tradición para las siguientes Pascuas. Los candeleros aunque son más pequeños cumplen la misma misión y el niño madrileño se siente feliz al encender sus velas porque:

[...] lo que quiere es convertir en ciudad la campiña de corcho y asomarse a su nacimiento como le gusta asomarse al Viaducto para ver un emporio de luces allí abajo y allí a lo lejos.

El niño madrileño es transeúnte avizor de esta ciudad que tanto habla a la observación con voces cordiales y en la que las lucecitas tienen una personalidad, hidalga, pensativa, inteligente.⁴²⁸

Ramón refleja en «Comparsas y carrozas» el cambio experimentado en la sociedad. En los preámbulos del Carnaval las escandalosas comparsas con sus hongos antiguos y sus chaqués a rayas empiezan a aparecer por Madrid bebiendo sin medida. Con las carrozas sucede lo mismo, ya no se denominan como antes «Las gatitas blancas», «La castellana y su séquito», «La puerca cenicienta», «Compuesta y sin novio», «Girasoles» o «Golondrinas» porque estas carrozas históricas no están de moda y los proyectistas de carrozas prefieren carrozas originales que a veces no pueden realizar porque es imposible

⁴²⁷ *Ibidem*.

⁴²⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, Martes 2 de enero de 1934, Año III, Núm. 622, «Variaciones. Candeleros de nacimiento », p., 3.

colocarlas en el camión. Ramón rechaza este cambio: «Entierro de lujo del gusto o del mal gusto de cada año es el que se celebra con el desfile de las carrozas.»⁴²⁹

«La verbena sin olvido» es para Ramón La verbena de San Antonio de la Florida y aclara: «Yo no hago crónica de nostalgias al llegar cada nueva fecha típica, sino que procuro encontrar la modernidad de lo que se repite, el nuevo sentido de lo tradicional, la nueva ejemplaridad de lo típico.»⁴³⁰ San Antonio, como San Isidro, es un santo madrileño que hacía sus milagros sacando grandes peces en el Manzanares, curando a las lavanderas y sanando a los niños menesterosos víctimas del garrotillo, un santo del pueblo que le venera celebrando su verbena en una alegre armonía con modestos ventorrillos, música de carruseles, luces de la feria y olor a churros. La verbena ha sufrido cambios pero Ramón insta a conservar lo esencial:

En la mezcla de gentes de la verbena, en su buen humor intangible, en su felicidad barata, se adiestraron los de arriba en el comprender a los de abajo y los de abajo en comprender lo que se puede comprender de los de arriba.

La verbena dulcifica la incompatibilidad y revela que éste es un pueblo suelto, independiente, hecho a base de conciliación libre, de alegría sin acotar, de tuteo franco, de cordial insubordinación.⁴³¹

En «Señales y camelancias del verano» Ramón enumera las razones de los veraneantes madrileños y las ventajas de los que prefieren quedarse como él en Madrid. Las razones para veranear son variadas: escapar del calor, el agobio de las numerosas verbenas, la insistencia de los múltiples limpiabotas, el estreno de una máquina fotográfica, de un traje de playa o de un bolso de viaje, En cuanto a los motivos para permanecer en Madrid Ramón es un experto, le encanta pasear bajo los toldos de las tiendas como si fueran sombrillas contemplando sin agobios sus escaparates donde se protegen los sablistas

⁴²⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, Viernes 19 de enero de 1934, Año III, Núm. 637, «Variaciones. Comparsas y carrozas», p., 3.

⁴³⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, miércoles 13 de junio de 1934, Año III, Núm. 760, «Variaciones. La verbena sin olvido», p., 3.

⁴³¹ *Ibidem*.

más campechanos; no tiene que preocuparse de enviar las tarjetas postales; se sienta en una terraza y cuando se acerca uno de los numerosos mendigos le da una gamba que agradece más que una limosna u observa las discusiones entre el portero que cierra más tarde para disfrutar del fresco de la noche y el sereno que insiste en que cierre el portal. Ramón concluye: «Un millón de motivos [...] se van llevando a las gentes cuando los eucaliptos madrileños se ponen más jóvenes y la Sierra envía los soplos más suaves y saludables de sus pulmones azules.»⁴³²

«El apagafaroles» es el oficio más ingrato para Ramón. Lleva un bastón corto con el que da un golpe seco al guizque con que se apagan los faroles y su ideal es que se encuentren en el camino de su casa los faroles que va apagando. Alguno va en bicicleta para acabar antes. Ramón lo considera una especie de verdugo de la luz: «Nos deja tuertos para leer el periódico de la noche, repuesto de ediciones a lo largo de ella para el buen lector de la calle y sus proezas.»⁴³³

Ramón trasmite en sus artículos todas las cuestiones que le sorprenden, le preocupan o le agradan, una práctica usual en los periodistas pero que en él se transforman en retazos de vida. No le interesan los grandes temas de actualidad, escribe sobre gente que se va encontrando como mendigos, vendedores y fotógrafos callejeros; sobre la forma de celebrar distintas fiestas como el carnaval, las verbenas; sobre puestos o tiendas poco comunes como las cererías, las tiendas de sombrillas y abanicos o los puestos de refrescos. Con todas sus observaciones, sin pretenderlo, ofrece una visión completa de su época que es lo que llamamos «costumbrismo ramoniano».

II.4 Novelas.

En este apartado analizamos las novelas «madrileñas» de Ramón, novelas que independientemente de su trama, se desarrollan en distintos barrios de Madrid y en las que

⁴³² Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, Sábado 30 de junio de 1934, Año III, Núm. 778, «Variaciones. Señales y camelancias del verano», p., 3.

⁴³³ Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Sección Tribuna Libre, Madrid, Martes 21 de agosto de 1934, Año III, Núm. 819, «Cosas. El apagafaroles», p., 3.

el ambiente y los personajes reflejan ciertas costumbres y temas recurrentes en su autor. Gaspar Gómez de la Serna considera como novelas costumbristas *La Nardo*, *El torero Caracho*, *Las tres Gracias* y *Piso bajo* porque en ellas:

[...] el objetivo de la fábula —es decir, el tema de una ciudad: Madrid— presta mejor que ningún otro su realidad esencial al método elucidador del ramonismo. Aquí la multiplicación sin límite de la imagen viva de los infinitos componentes de la realidad en que la ciudad consiste, no sólo no perturba el curso manso de la fabulación, sino que lo enriquece de modo incalculable al dotarlo de múltiples afluentes, meandros y represas que aportan el ingente caudal de sus hallazgos, adivinaciones, concatenaciones y revelaciones sucesivas de todas las cosas que componen el enorme puzzle de una ciudad.⁴³⁴

Nosotros hemos añadido *La Viuda blanca y negra* por la forma en que Ramón trata el tema de la muerte y la vida de los protagonistas en el verano madrileño y *El novelista* que, considerada acertadamente un retrato de Ramón, escribe dos novelas sobre dos barrios madrileños. Ramón explica claramente su concepto de Novelismo;

La novela, para mí, desde hace muchos años ha sido este super-realismo, esta suposición atestiguada de la libertad en la tierra. [...]

El novelista tiene que involucrar el mundo pintando el cuadro de sus costumbres contrastado con la libertad suprema y poniendo el escepticismo como vacío alrededor de lo que ha de brillar eléctricamente.⁴³⁵

— *La Viuda blanca y negra* (1921)

La primera edición fue publicada en Madrid por Biblioteca Nueva en 1921 y es la primera novela que se desarrolla en Madrid.

⁴³⁴ Gaspar Gómez de la Serna, *Ramón (obra y vida)*, ob. cit., pp., 130-131.

⁴³⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Ismos*, Madrid, Editorial Guadarrama, 1975, pp., 354-355.

El argumento podríamos resumirlo como la breve relación pasional de Rodrigo y Cristina, la viuda blanca y negra, durante la estación estival, que surge cuando se conocen en la misa de aniversario del fallecimiento de un familiar del protagonista. La falsa viuda lo utiliza hasta que, descubierto el engaño, es abandonada por su amante.

En la misa de aniversario⁴³⁶ encontramos los primeros rasgos costumbristas cuando Rodrigo entra en la iglesia que carecía del luto que esperaba en una misa fúnebre. Ajeno a la misa, se limitaba a observar y encontró a unas mujeres encorvadas sobre los reclinatorios y unas sillas bajitas con asiento de paja que le recordaban las sillas arrimadas al balcón en las casas de pueblo y que daban un tono campechano a la iglesia. Entonces apareció Cristina vestida de luto: «buscó su silla y tomó un devocionario y su sombrilla que había dejado en ella durante la confesión y se sentó.»⁴³⁷ Rodrigo ya cautivado, cuando la vio salir le dio agua bendita, un acto antiguo y cortés, para atraer su atención.

La relación de los amantes tiene lugar en el piso de Cristina aislados de todo, Rodrigo estaba entusiasmado: «Este verano no saldría, y además tendría en el Madrid que se pone al rojo cereza, la alegría de estar con su viuda.»⁴³⁸

Una de las veces que abandonaba el piso para volver a su casa, Rodrigo se sorprende por las voces de los vendedores de periódicos que anunciaban: «¡El crimen de Madrid Moderno! ¡Un juez mata a su esposa y a su amante!»⁴³⁹ y ve a toda la gente alborotada queriendo conocer los detalles. Desde todas las ventanas de los pisos se asomaban las criadas llamando al vendedor para que no se marchara sin haberle comprado

⁴³⁶ Ramón Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, Madrid, Cátedra, 1997, Capítulo I «En la misa de aniversario», pp., 77-83.

⁴³⁷ *Ibidem*, p., 82.

⁴³⁸ Ramón Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, ob. cit., Capítulo XI «La bata», p., 148. Ramón unifica el verano y la muerte: «Los veranos madrileños le entusiasmaban a Rodrigo tanto, que hasta al pasar frente a los cementerios antiguos se le había ocurrido pensar como consuelo para sus muertos: “Por lo menos gozaron de la realidad si vieron en Madrid un verano madrileño”.» *Ibidem*, p., 150.

⁴³⁹ Ramón Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, ob. cit., Capítulo XII «Matan a un amante», p., 152.

algunos, Acudían de todas partes buscando a los vendedores y se llevaban el periódico abierto con la inesperada y sorprendente noticia. Después del tumulto, la calle recuperó la calma y vio como la gente permanecía en sus comedores bebiendo agua que llevaba la doncella: «convertida en la aguadora de la mesa, con el gran botijo en la cadera.»⁴⁴⁰

Una tarde decidieron ir a una verbena y Rodrigo bajó primero a la calle para alquilar un coche, pero coincidía en la hora del relevo de los cocheros: «Los que van a relevar pasan a esa hora por las calles céntricas y los otros, todavía no han llegado, vienen lentos, fumándose el cigarro de la sobremesa.»⁴⁴¹ Cuando por fin llegó, era un anciano comprensivo que sabía su relación cuando recibió las señas de una casa próxima. Durante la trayectoria fueron observando los interiores de los pisos iluminados, a las personas asomadas a los balcones y los letreros de las tiendas. La verbena estaba muy animada pero su estancia fue corta.

Algunas noches al marcharse, Rodrigo se sentaba con algunos amigos en la terraza del café que tenían escogido a cuya tertulia también acudían los pocos que permanecían en Madrid que eran sobre todo bohemios, estudiantes o empleados sin vacaciones. Ya de madrugada, cuando Madrid estaba vacía, Rodrigo escuchó las confidencias de un hombre separado de su esposa y: «le convidó a churros, chocolate y aguardiente en la churrería de la gran farmacia de la madrugada, el sitio donde preparan las caseras cataplasmas para hacer entrar en reacción a los que están yertos en medio del alba.»⁴⁴²

En esta primera novela cuando Ramón describe el ambiente de la iglesia a través de los ojos de Rodrigo observamos costumbres de esa época hoy desaparecidas como los reclinatorios en donde rezan las señoras, el atuendo de luto de Cristina con su devocionario y su sombrilla cuando acude a confesar y el gesto de dar agua bendita como medio de conquista.

⁴⁴⁰ *Ibídem*, p., 159

⁴⁴¹ Ramón Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, ob. cit., Capítulo XV «A la verbena en coche», pp., 173-174.

⁴⁴² Ramón Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, ob. cit., Capítulo XVI «El separado», pp., 187-188.

En la calle surge el costumbrismo cuando aparecen los vendedores de periódicos pregonando la noticia del crimen del juez y observamos la actitud de la gente por conseguir los ejemplares; cuando Rodrigo alquila un coche de caballos para ir a la verbena y por último cuando invita al desconocido a tomar churros, chocolate y aguardiente.

— *El novelista* (1925)

Su primera edición data del año 1923 y fue publicada en Valencia por la editorial Sempere. Es una novela que comprende diferentes novelas o esbozos escritos por Andrés Castilla, el protagonista, que da nombre a la novela. Son varios los escritores que identifican esta novela y a su protagonista con Ramón y su novelística. Citamos a dos de ellos con los que coincidimos, José Camón Aznar:

En *El novelista* es dónde podemos auscultar la técnica de Ramón, a través de algo como una autoconfesión. En primer lugar se le ve trabajando obseso, con rapidez volcánica, creando, en lucha contra todas las lentitudes.

[...] nos ilustra sobre la teoría literaria de Ramón [...] la vida como un trozo de río. Sin principio ni fin. Todo es tema de novela, porque todo vive con presencia que caza las miradas y la sensibilidad.⁴⁴³

Y Werner Helmich:

[...] il nous présente le romancier Andrés Castilla, double intratextuel de Ramón lui-même, en train de travailler, de sorte que le lecteur a l'impression d'assister en personne à la genèse d'une vingtaine de romans dont un ou plusieurs chapitres, suinat le cas, sont copiés dans le texte. [...]⁴⁴⁴

La trama de la novela se centra en la vida cotidiana del escritor Andrés Castilla cuando ya ha alcanzado el éxito y sin descanso intenta terminar novelas ya iniciadas y

⁴⁴³ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «*El novelista*», p., 334.

⁴⁴⁴ Werner Helmich, «Le lieu historique du *Novelista* ramonien» en *Ramón Gómez de la Serna, Études Réunies par Évelyne Martín-Hernández*, ob. cit. p., 158.

buscar personajes para otras nuevas, bien en la calle u observando la realidad ciudadana a través de los balcones y ventanas de la casa donde vive en ese momento. Nos centramos en dos capítulos: «El barrio de doña Benita» y «La novela de la Calle del Árbol»

«El barrio de Doña Benita»⁴⁴⁵ lo ubica Andrés Castilla en un barrio de las afueras de Madrid al que se accedía por barrancos. Todo el barrio gira en torno a doña Benita, su fundadora, una mujer solitaria que genera esa soledad en las personas que lo habitan. Sus habitantes son coroneles retirados, contratistas de pompas fúnebres, verdugos jubilados y, sobre todo, numerosos traperos enriquecidos con sus perros, que han pasado de perseguir el carro de la basura a ser como sus amos, los más afortunados y hoscos que ladran a todos los transeúntes. Lo que más le gustaba al novelista era: «cómo sabía aquello a barrio de las afueras de Madrid, cómo tenía el tono sequerizo de la tierra bajo el sol formidable de agosto.»⁴⁴⁶

El novelista presenta en este capítulo las costumbres de un barrio suburbano de Madrid poblado por gente grotesca con un porvenir poco prometedor.

En «La novela de la Calle del Árbol» el ambiente cambia, es tranquilo y luminoso. Entre sus habitantes encontramos a una niña jugando con su perrito, a unas hermanas siempre asomadas a su balcón o a la típica señora flaca y enlutada que pasea por la calle. El novelista destaca a la porterita del número 14 que es la única persona que atiende la calle. Se apoya en el umbral de su portal, en zapatillas y se siente tranquila como dueña de él. Observa todo e infunde temor a los que esperan por si la hacen enfadar.

⁴⁴⁵ Ramón Gómez de la Serna, *El novelista*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2004, Capítulo II «El barrio de doña Benita», p., 86. Andrés Castilla identifica este barrio con el tema de la muerte: «tenía un encanto de cementerio en las afueras, el cementerio vivo y llano de comadrerías».

⁴⁴⁶ Ramón Gómez de la Serna, *El novelista*, ob. cit., Capítulo IX «Cocimiento de la novela», p., 126.

El novelista personifica La calle del Árbol cuando es peinada y lavada:

Los barrenderos la llenan de agua, y si bien en la hora en que las mangas se desahogan, la calle del Árbol está desconcertada y sobrecogida bajo violento chorroteo al que pone tan ruidoso zócalo el chapuceo en los bajos de las tiendas y de las casas, después, cuando se van los barrenderos, la queda el encanto del niño recién lavado, el encanto del jardín limpio, la alegría de la mujer que se ha lavado la cabeza.⁴⁴⁷

En esta calle el novelista nos muestra la normalidad con que viven sus vecinos, cada uno a su manera disfruta de ella paseando, mirando o recogidos en sus casas y tiendas. El costumbrismo aparece en esta segunda novela cuando aparecen los habitantes de los dos capítulos: los traperos, las típicas señoras asomadas al balcón, la portera y los barrenderos en la hora del riego.

— *El torero Caracho* (1926)

Su primera edición fue publicada en París por la Agencia Mundial de Librería en 1926, también fue publicado en un compendio de libros y cuentos y en sus Obras Completas; sin embargo, la tercera y definitiva, según parece, fue publicada en Barcelona por Ediciones Aymá en 1944. Este libro lo dedica Ramón a Miguel Moya y Gastón un gran periodista y uno de los fundadores de la revista taurina, *El Chiclanero*, nombre de uno de los más importantes toreros de la historia de la tauromaquia.

El argumento se centra en torno a los dos toreros protagonistas, el madrileño *Caracho* y el argentino *Cairel*, dos rivales⁴⁴⁸ con ambiciones y estilo de torear opuestos que al final encuentran la muerte con el mismo toro, llamado *Gorondo*, en la misma corrida y compartiendo tumbas contiguas.

⁴⁴⁷ Ramón Gómez de la Serna, *El novelista*, ob. cit. Capítulo V «La novela de la Calle del Árbol» p., 104.

⁴⁴⁸ Los describe Ramón: « [...] el mártir y el terruñero, el hombre en el que el cielo se refleja y el hombre cuyo rostro es como bota de sangre.» Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1969, Capítulo XVIII, p., 113.

Ramón comienza relatando la historia de Cayetano, *Caracho*, hijo de un guardia y de una portera, cuya infancia había transcurrido en la calle⁴⁴⁹ de Mira el Río frente a la portería donde había nacido. Desde muy niño quería ser torero y practicaba con otros niños cuya cabeza introducían en una cesta de mimbre que simulaba la cabeza del toro y al que daba pases de pecho descubriendo por donde iba a dar la cornada. Incluso daba brindis imaginarios a los balcones cerrados y pensaba que las hijas de las otras porteras, apoyadas en el quicio de las puertas, lo admiraban. Asestó sus primeros toques valientes a las vacas de una lechería cuando volvían por la tarde de los pastos y lo embestían con su mugido más que con los cuernos. Su mayor deseo era conseguir un par de cuernos de los que tiraban los carniceros y al final consiguió uno. Unió los dos cuernos con cuerda a un palo y se consideró ya un verdadero torero.

Con dieciséis años, compró en traspaso una casita de muñecas en la que si se echaban diez céntimos por un balcón, salía una muñeca llevando un regalo, de este modo conseguía un poco de dinero en las ferias y en las verbenas. Cuando tenía tiempo, toreaba en el corral del tío Leñe que a cambio de unas pesetas le cedía los becerros que no habían sido sacrificados durante el día. Muy pronto pasó a las capeas, recorrió pueblos alejados sin dejar su casa de muñecas y por fin se convirtió en un temerario novillero. Su primer traje de luces le costó sesenta pesetas y tenía dos o tres desgarraduras, lo compró en el Rastro: «donde estaba sobre la silla que queda al lado del lecho del suicida, con sus ropas últimas colgadas para no volvérselas a poner. ¿En qué portería se había cosido poco a poco aquel traje? De hijo de portera a hijo de portera, la predestinación no hacía más que cambiar de cuerpo.»⁴⁵⁰

⁴⁴⁹ Ramón plasma su estancia en la calle personificando la portería: «Lo vomitaba por la mañana y lo recogía a la noche, cuando se cerraba el portal». Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo I, p., 9.

⁴⁵⁰ Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo II, p., 14. Ramón añadió en la segunda edición de *El Rastro* el Capítulo «El traje de luces», ob., cit., pp., 163-166. En él nos relata la existencia de un traje de luces que vio por primera vez sobre una silla vieja y que parecía cosido por una pobre mujer dada la cantidad y forma de sus abalorios. Desaparecía del puesto y volvía a encontrarlo en otro cada vez más deteriorado hasta que un día lo encontró en la parte más baja del Rastro. El viejo chamarilero le contó que lo había llevado la novia de la víctima que había fallecido por una cornada, pero que todavía podía servir aunque fuera difícil zurcirlo. Cuenta Ramón: «Un presentimiento vago de lo que significaba aquel traje tan dado a las recaídas en Rastro, me hizo salir preguntando en los dos puestos en que lo habían tenido. Mis antiguos amigos los ropavejeros,

Su nombre se fue extendiendo por toda España, pero como su triunfo tardaba decidió fugarse con la hija del prestigioso torero *Córcoles*, quien se oponía a esa relación por lo que conlleva de tragedia. Al final fue él quien le dio la alternativa y cuando la fama de *Caracho* iba a eclipsarlo, se retiró a una quinta en Torreldones con un ancho corral para tenerlos cerca. Convertido ya en una figura del toreo, recibe una carta del Presidente del Consejo de Ministros pidiéndole que toree en una corrida de gala, su primera corrida con *Cairel*, para impresionar al presidente de Portugal que se encuentra en Madrid. Caracho muestra su patriotismo cuando responde a las preguntas de su cuadrilla:

— ¿Y tú qué vas a contestar? —

—Yo, que sí... ¿Qué voy a contestar, si me lo pide en nombre de España?

— ¿Quieres papel y pluma?

—Hombre... ¡Si no hay más remedio que escribir, qué se va a hacer
¡Pero me cuesta más trabajo que matar un toro.⁴⁵¹

Transcribimos su misiva que como en el anterior diálogo expresa su carácter e incultura:

Querido Damián: Puesto que tú lo ordenas y depende la salvación de la Patria de ello, torearé el 5 de marzo en corrida de toda gala.

El día 1 cenaremos en Los Gabrieles, como deseas, y allí parlaremos de toito lo dibino y umano.

Créeme tu güen amigo y correligionario, *Caracho*.⁴⁵²

me dieron sus explicaciones llenas de verdad. —Lo trajo la madre de el *Plantao* [...] El pobre quedó tullido después de la corrida. —Lo trajo una mujer llorosa — me dijo el que lo tuvo primero—. Venía seguramente después de una desgracia.», *Ibíd.*, p., 165. Y compró por cincuenta pesetas el traje de luces de la mala suerte para salvar de otra cogida a un torerillo inocente que desconocía la historia del traje.

⁴⁵¹ Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo III, p., 19.

⁴⁵² *Ibíd.*

Ramón muestra la diferencia del ambiente que rodea la plaza en esta corrida de gala caracterizado sobre todo por el lujo y las mantillas blancas que llevaban las niñas y el de la primera corrida de primavera: «La sangre de la ciudad se agolpaba en las principales arterias y al fondo quedaban roales claros, pedazos de barrio como en un alba de las tres de la tarde [...]»⁴⁵³

La ciudad estaba vacía sin coches, sin mozos de cuerda, sin vendedores de periódicos. Todas las tiendas estaban cerradas menos las de tabaco donde hacían cola los señores para comprar el puro y una caja de cerillas que disfrutarían fumándolo durante la corrida. *Caracho* decidió que se retiraría del toreo en la última gran corrida de la temporada compartiendo de nuevo cartel con *Cairel*: «Un conato de tormenta era contenido por muchos miles de manos que empujaban a las nubes portadoras de rayos como el mozo de estoques es portador de estoques.»⁴⁵⁴

Todo iba perfecto hasta la salida del último toro, *Gorondo*, que debía lidiar *Caracho*, «un toro de bandera, cuya divisa amarilla y negra revoloteaba funeralmente»⁴⁵⁵. *Gorondo* embistió con tal bravura que consiguió matar a todos los caballos de los picadores y a los caballos de los simones que el empresario fue forzado a comprar a cualquier precio, ante el despiadado y enardecido público que no estaba dispuesto a perderse una corrida que había pagado muy cara. «La arena tenía más cuajarones de sangre

⁴⁵³ Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo IX, p., 47. Resurge en Ramón el tema de la muerte: «[...] Acomodo de cementerio tiene la plaza cuando admite público tan inacabable», *Ibidem*, p., 48.

⁴⁵⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo XVIII, p., 114. Ramón publicó en *El Sol* su artículo «Desde fuera». En él nos describe el ambiente de una corrida en verano amenazada por una tormenta y expresa con la misma imagen el empeño de los aficionados por evitar que arruine la fiesta: «El reloj, sólo parecía contener, la tormenta. Algo pasaba, por lo que la tormenta —¡tan madura!— tenía señalado su destino para otra hora. [...] Pasaban las mulillas que se llevan a los viajeros, que huían de la tormenta como de una catástrofe. ¡Tan rica como es! [...] Se veían las primeras gotas enterrarse, como en la arena de las playas, en el polvo de los paseos. ¿Qué retardaba la tormenta? ¿Qué es lo que no la dejaba caer? [...] Esa lucha con la tormenta de los que quieren que se celebre había podido con la tormenta, y eran miles de manos las que la mantenían suspensa [...] », Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La vida, Madrid, martes 22 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.801, «Desde fuera», p., 1.

⁴⁵⁵ *Ibidem*, p., 121.

que nunca, y las nubes ponían cipreses de sombra en el ruedo.»⁴⁵⁶ *Caracho* fue atravesado y herido de muerte y *Cairel* reaccionó sin pensarlo para vengar a su rival, acto que le costó la vida.

Cuando nadie lo esperaba y agotadas todas las posibilidades de matarlo incluso había desangrado a un cabestro, se lanzó al ruedo José Páramo: «un muchacho vestido de alpaca chulesca y con una muleta y una espada en la mano»,⁴⁵⁷ que logró matar a *Gorondo*.⁴⁵⁸

Ramón nos traslada al siniestro ambiente cuando acaba la corrida y el morbo de la gente cuando se agolpan para leer y después contar detalladamente, los partes facultativos de la cogida de *Caracho* y la muerte de *Cairel* clavados en la puerta de la enfermería. Madrid se colapsó, una parte del público corría hacia la calle de Alcalá, las criadas esperaban el número especial de los periódicos que tenía que salir a las once o a las doce de la noche, los cafés y las terrazas estaban a rebosar y los limpiabotas estaban contentos por el trabajo que tenían en esta noche excepcional.

También había una mínima parte del público realmente afligida que esperaba la salida de la camilla de *Caracho* para llevarlo a su casa: «Caracho abrió los ojos para ver su casa y después los cerró como si hubiera cumplido su último deseo.»⁴⁵⁹

El día del entierro fue multitudinario, a las tres y media de la tarde pasaba por la Puerta del Sol y ante los gritos de la gente que quería ver por última vez a sus héroes tuvieron que sacar las cajas de los coches, abrirlas y llevarlas en hombros hasta el

⁴⁵⁶ *Ibídem*, p., 128.

⁴⁵⁷ *Ibídem*, p., 133.

⁴⁵⁸ Ramón transmite la insensibilidad de la afición: «Sobre los toreros despedazados el público edificaba su nuevo ídolo, como no queriendo quedarse en la batalla con las miserias de la vida y de los domingos sin un jefe digno. », *Ibídem*, p., 135.

⁴⁵⁹ *Ibídem*, p., 139.

cementerio. Ramón aprovecha este momento para mostrar su humanidad en el diálogo que mantienen dos hombres ante el paso de la comitiva:

El hombre sensato sostenía que si se desorbitaban aquellas desgracias es porque había estado enfocada con telescopio una agonía y no se puede enfocar así la de un tuberculoso ni la de un oficialillo de carpintería que muere de la gripe llamando a su madre. Toda agonía, bajo la lupa de la publicidad era así de desgarradora. Sólo los pusilánimes quieren teñir el mundo de negro con ocasión de una muerte a causa de heridas. La fiesta, precisamente por su gran relieve, ponía de manifiesto lo que pasa misteriosamente todos los días, Era un efecto de luces grandes, nada más. —Además —insistía el hombre sensato— nadie cuida forzosamente a los innumerables seres que no quieren morir y, sin embargo, están faltos de asistencia, y todos quieren cuidar a estos dos o tres hombres voluntarios al morir.⁴⁶⁰

Por fin llegaron al cementerio y antes de ser enterrados, algunas mujeres hicieron su papel de plañideras. En ese último momento Ramón reflexiona sobre la falsedad del público que: «miente a sus héroes para llevarlos a la muerte, que es donde todo gesto se pierde.»⁴⁶¹ Los toreros fueron depositados en sus nichos cerca de las tumbas de otros dos grandes matadores del pasado, *Veneno* y *Currela*, con lápidas en las que, como las de *Cairel* y *Caracho*, sólo aparecía su mote grabado en oro sobre el mármol negro: «Todos habían saltado la barrera de la muerte y allí, en aquel último refugio en que el sol y la sombra eran más vivos que en ningún otro sitio, todos estaban vestidos con el traje de luces negro y oro de la muerte en el último caso, tomando parte en la corrida a puerta cerrada del domingo interminable del cementerio...»⁴⁶²

⁴⁶⁰ Ramón Gómez de la Serna, *El torero Caracho*, ob. cit., Capítulo XX, p., 146.

⁴⁶¹ *Ibidem*, p., 147.

⁴⁶² *Ibidem*.

Coincidimos con José Camón Aznar cuando afirma: «Aquí sí que puede decirse que Ramón ha construido una novela completa, redonda, con la apoteosis final de una corrida con la que se corona el genio del escritor.»⁴⁶³

El ambiente de todo el libro está impregnado del costumbrismo ramoniano: la infancia de *Caracho* en la calle y en sus juegos, su ascenso y el ambiente que rodea las diferentes corridas y el entierro de los dos diestros.

En las tres últimas novelas de nuestro análisis *La Nardo*, *Las tres Gracias* y *Piso bajo*, Ramón sitúa a sus personajes en distintos barrios de Madrid y nos muestran con su forma de vivir las costumbres de su entorno. Fernando Ponce comenta cómo: dos hombres «En el lejano Buenos Aires, el corazón se le escapaba hacia las queridas calles que habían visto nacer su vocación, la habían hecho crecer, donde había amado y había sufrido.»⁴⁶⁴ Opinión que comparte Luis S. Granjel:

Novelas “madrileñas”, es decir, ficciones a las que se ha puesto por escenario la faz urbana de Madrid, rehecha desde el exilio, son *Las tres gracias* y *Piso bajo* [...] Lo que más importa en los dos relatos ahora motivo de comentario es la recreación que en ambos realiza su autor de un ambiente, al cual sigue ligado Ramón a despecho de los años y la distancia.⁴⁶⁵

— *La Nardo* (1930)

En el prólogo, su hermano Julio recuerda su primera publicación en ediciones Ulises que él había fundado y dirigido durante cuatro años publicando obras de autores extranjeros. Quiso que fuera su hermano quien inaugurase la serie de los autores españoles y Ramón le propuso *La Nardo*, que acababa de terminar aunque anteriormente le había

⁴⁶³ José Camón Aznar, Ramón Gómez de la Serna en sus obras, «*El torero Caracho*», ob. cit., Capítulo V, «Novela, El mundo se llama cinelandia», p., 344.

⁴⁶⁴ Fernando Ponce, *Ramón Gómez de la Serna*, ob. cit., p., 103.

⁴⁶⁵ Luis S. Granjel, *Retrato de Ramón*, Madrid, Guadarrama, 1963, Capítulo VII, «El novelista», p., 215.

hablado de esta novela, ubicada en Madrid, «escrita, como ha dicho él de otras suyas, «desangrándose por la estilográfica». Había decidido el título porque imaginó a la protagonista con la blancura especial de esa flor, que es de las más representativas del verano madrileño.»⁴⁶⁶

Le mandó el original desde Buenos Aires, en donde estaba pasando una temporada y le cablegrafió varias veces pidiéndole las primeras pruebas, hizo bastantes añadidos y cuando apareció en las librerías tuvo muy buenas críticas. Julio comenta:

Como una opinión absolutamente personal, me lanzo a decir que entre las varias novelas de mi hermano enmarcadas en el escenario de la capital, considero a «La Nardo» la novela suya más intensamente madrileña. Y pienso que Ramón tuvo quizás el primer presentimiento de su protagonista, viendo desde los balcones de nuestro inolvidable piso primero de la calle de la Puebla, el paso de las mujeres, que eran unas «Nardo» en potencia [...].⁴⁶⁷

Toda la novela gira en torno a Aurelia, conocida por todos como «La Nardo», que hereda el puesto de su padre en el Rastro y decide abandonarlo para encontrar su destino coincidiendo con el supuesto fin del mundo causado por el choque del cometa Asor con la tierra. Sufre amores y desamores que la conducen a la degeneración y al suicidio.

Ramón empieza la novela con la descripción del puesto de La Nardo en la Ribera de Curtidores donde vendía porcelanas, muebles, cacharros y ropas. El ambiente del Rastro unido a su belleza, le había forjado un férreo carácter como defensa a cualquier intento de seducción o engaño.⁴⁶⁸ Disfrutaba leyendo lo que fuera y una de las tardes se enteró por el periódico de la noticia del posible encuentro del cometa Asor con la tierra, el dieciocho de agosto. Ramón nos muestra el ambiente agitado que provoca este inusual evento entre la

⁴⁶⁶ Ramón Gómez de la Serna, *La Nardo*, Prólogo de Julio Gómez de la Serna (fechado en Madrid, febrero de 1970), Barcelona, Círculo de Lectores, 1974, p., 6.

⁴⁶⁷ *Ibidem*.

⁴⁶⁸ Ramón nos la describe: «Había en su gesto de hembra siempre en pie, un aire desafiador y despavorido, algo que sobrepujaba la timidez de los usuales rostros de mujer.», *Ibidem*, Capítulo I, p., 39.

gente del barrio, los niños despotricaban y lloraban por nimiedades mientras sus respectivas madres y abuelas respondían con improperios a los comentarios que estos pequeños suscitaban con su actitud, las porterías intentaban cambiar de tema curioseando por el destino de sus vecinas, los hombres hablaban de toros y como conclusión: «La señora Carlota, la del puesto de plumeros y hules, dijo: —Es una farsa... todos huyen del peligro.»⁴⁶⁹

En la plaza del Progreso es donde se produce el primer encuentro de La Nardo con Samuel, su primer amor y embaucador. Ramón introduce, pensamos que deliberadamente, a farsantes vendedores de relojes averiados, de piedras de mechero falsas y de décimos pasados. Al pasar La Nardo abatida por la desoladora noticia del cometa, Samuel la asalta y apabulla con palabras que nunca había oído:

—¿Se la puede acompañar para saber de qué color tiene la voz...?

La Nardo, que otro día hubiera seguido su camino sin volver la cabeza, se volvió con una sonrisa de corazón abierto de par en par y contestó:

—Hasta ahora no había oído que las voces tuvieran color.

—Pues lo tienen y la suya es «modoré»: negrilla y dorada, con negruras de pasión y luces de alegría...⁴⁷⁰

Empieza su noviazgo y se reúnen en la Plaza del Humilladero. Paseaban por los alrededores y se encontraban aceituneros⁴⁷¹ y pescadores que gritaban su mercancía; se paraban ante los escaparates de las tiendas de confecciones y de menaje; se sentaban en las mesas del «Parnaso» o en el tupí de la Plaza Mayor mientras avanzaba la tarde y aparecían muchachas de dudosa reputación situadas junto a la parada del tranvía, mujeres asomadas a los balcones y «hombres con mandilón largo que han tajado la vianda cruda de la ciudad

⁴⁶⁹ *Ibidem.* p., 44.

⁴⁷⁰ *Ibidem*, Capítulo II, pp., 49-50.

⁴⁷¹ Ramón comenta la reflexión de Samuel: «La dominaba. Ella quería comprar aceitunas al aceitunero pero él la demostraba que estaban envenenadas, que de ningún modo debían comerse aquellas aceitunas remojadas en agua de arrabales.», *Ibidem*, Capítulo III, p., 53.

[...]».⁴⁷² Cuando llegaba la hora de la despedida se separaban en un portal sin portería cerca de la casa de La Nardo.

Cuando amaneció el esperado y temido dieciocho de agosto los dos protagonistas deciden disfrutar de esa noche juntos como si fuera la última de sus vidas. Samuel vende todo lo que poseía y La Nardo recoge de sus casa lo que más le interesa asumiendo que si las predicciones fallan no podrá regresar.

El primer lugar al que acudieron fue a la corrida nocturna, La nardo llevaba puesto en la cabeza un pañuelo rojo anudado al cuello: «Era una costumbre del barrio y de la chulería de las mocitas, aquella de ponerse un pañuelo por miedo a que la guillotina del tiempo las atacase el cuello.»⁴⁷³ Durante el trayecto encontraron una muchedumbre entre la que destacaban muchos mantones de crespón mezclados a los gritos de los cocheros. En el coso de la plaza, iluminado para la ocasión, había vendedores de «futesillas», vendedoras de abanicos y aguadoras para saciar la sed de los asistentes. No había terminado la corrida cuando La Nardo agobiada por «las muertes de los toros con vómito de sangre»⁴⁷⁴ quiso salir y propuso ir a la verbena.

Cogieron un coche simón⁴⁷⁵ y llegaron a la gran verbena también repleta de gente. Los carruseles giraban, había porrones libres para beber «por diez céntimos todo lo que se aguantase sin interrumpir el sorbo»,⁴⁷⁶ fotógrafos con figuras de cartón de tamaño real

⁴⁷² *Ibidem*, Capítulo III, p., 56.

⁴⁷³ *Ibidem*, Capítulo VI, p., 71.

⁴⁷⁴ *Ibidem*, p., 76.

⁴⁷⁵ Ramón nos describe el carácter de los caballos del coche: «Los caballos de simón, sobre todo, tienen un falso trote, con el que imitan que corren, cuando en realidad apenas se mueven y lo que más hacen es bailotear sobre el empedrado. Eses engaño de los caballos madrileños, granujas y perezosos, se debía a la necesidad de engañar al cochero y al casual inquilino. Sólo si el morador del coche cierra los ojos creerá que es transportado vertiginosamente; pero si se fija en las tiendas frente a las que pasa, comprobará cómo se proyecta un largo rato sobre esa tienda de ultramarinos o esos escaparates de café.», *Ibidem*, p., 77. Ramón transcribe íntegro su artículo «El falso trote» publicado en *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 5 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.790, p., 1.

⁴⁷⁶ *Ibidem*, p., 79.

vestidas de diferentes tipos en las que metiendo la cabeza por la hendidura hecha podían retratarse de lo que quisieran y rifas. Todo les divertía: «la locura del descarrilamiento y de jugar al escondite en las montañas rusas, los grandes relojes sin compás de los columpios, las corbatas de churros recién hechos, los organillos que tocan los cojos.»⁴⁷⁷

Ramón introduce en esta verbena una barraca en la que se rememora detalladamente la cogida y muerte del torero valenciano «Granero» realizado todo el conjunto a tamaño natural. En el ruedo se podían observar los tres momentos de la cogida e incluso la enfermería en la que se encontraba representado el cadáver del diestro. La Nardo de nuevo ante el macabro espectáculo decide abandonar la verbena.

El último lugar al que acuden esa noche es la taberna del «tío coronas» que, según Samuel, fue el primer vendedor callejero de calcetines y con lo poco que ganaba pudo establecerse. Cenaron en un reservado donde se produjo la primera relación entre los dos amantes. Madrid despertó con el ajetreo de siempre, el tabernero llenaba las botas de vino y sacaba los colchones para orearlos, los obreros con sus alpargatas se dirigían a su trabajo y pasaban ancianas con sus bolsas de ahorros; sin embargo, la visión de Samuel se torno tétrica cuando abandonaron la taberna y previno su futuro incierto. Ramón aprovecha el trayecto de los dos amantes para abordar nuevamente el tema de la muerte:

Pasaron por el depósito de coches fúnebres y «Los caballos que se veían en el fondo de la cuadra, tenían aire de caballos de la muerte [...]

Había como un remolino de viento de muertos en las plazas próximas y se oían llegar al avisador los timbrazos de teléfono de las sucursales del centro.»⁴⁷⁸

⁴⁷⁷ *Ibídem*, p., 82.

⁴⁷⁸ *Ibídem*, Capítulo VII, pp., 97-98. La muerte también aparece en la decisión de Samuel: «[...] Ahora tenemos que establecernos por aquí abajo, junto a los cementerios [...] — ¿No nos juntamos para morir? ¡Pues qué más da rondar las tapias de los muertos! Es donde hay casas más baratas...», *Ibídem*, p., 99.

Cambiamos de escenario y Ramón relata las opuestas reacciones que se producen entre los vendedores de la Ribera de Curtidores ante la desaparición de La Nardo. La «remolachera» culpaba a los espejos; la vendedora de hules proponía llevarla a las Arrepentidas; la vendedora de martillos, clavos y candados pensaba que volvería al Rastro. Todos opinaban hasta que:

El fatalismo que se siente pesar sobre todas esas siestas largas que duran hasta el atardecido, vino a acallar las habladurías y todos se sintieron caravana acampada en el lugar de las desapariciones [...].⁴⁷⁹

Ramón describe el ambiente del barrio que rodea la vivienda de los protagonistas situada en los arrabales de Madrid junto a una carretera. La nardo lavaba en un gran lebrillo de madera fuera de la casa mientras que otras mujeres venían de lavar en la fuente cotilleando sobre los pretendientes de las vecinas y colgaban entre dos árboles las sábanas lavadas: la comadrona tendía en los balcones sus numerosas toallas; los niños se tiraban por los desmontes del terreno que eran sus toboganes⁴⁸⁰; pasaban gitanos vendiendo sartenes; vendedores de cordones rojos para las mecheros de pedernal; vendedores de zorros, plumeros y esponjas; algún organillo y matarifes «con sus blusas endurecidas, como si tuvieran apresto de sangre.»⁴⁸¹ Ramón utilizando la conversación de dos vecinas

⁴⁷⁹ *Ibídem*, Capítulo VIII, p., 105.

⁴⁸⁰ Ramón publicó en 1932 el artículo «Escuela de acróbatas» en el que comenta el ambiente de las afueras de Madrid resaltando la importancia de la tierra en la diversión de los niños: « [...] Se esparce la alegría en esos parajes, donde los chicos encuentran blancas cazoletas de telégrafo con las que jugar, y las latas abundan. [...] Las madres del proletariado futuro, jóvenes y con un niño al pecho, parece que amamantan, sentadas en estos desmontes marginales, los cimientos de los barrios aún no nacidos. [...] Todos los días mi paseo se derrumba en esas afueras [...] y esta tarde he encontrado en una hondonada la escuela de los acróbatas. Antaño los acróbatas se iniciaban en el Prado, que era una explanada, y en su gruesa balaustrada ensayaban su voltijear. Convertido el paseo del Prado en falso jardín de la Arabia y cuidado por demasiada urbanidad, los acróbatas aprenden sus números de coliseo en los cavones de las afueras. Tienen un público de chicos que admiran la destreza desmañada y en mangas de camisa que algún día se vestirá con los trajes rosas de los circos. Repiten su número sin cesar, y la plancha aérea se silueta en el cielo del desmonte con gallardía sin aplausos, con vigor sin trucos, con gracia desinteresada. Estos acróbatas incipientes se ayudarán algún día de la luz del circo, llevarán ritmado su número con precisión de programa sabido; pero aquí disputan, anhelan y muestran el palpitar espontáneo del cansancio.», Ramón Gómez de la Serna, *Luz*, Madrid, jueves 5 de mayo de 1932, Año I, Núm. 103, p., 3.

⁴⁸¹ Ramón Gómez de la Serna, *La Nardo*, ob. cit., Capítulo IX, p., 111.

comentando que pagaban sesenta pesetas por limpiar el Cascorro, señala la significación de este personaje;

En aquellos andurriales, en los que la ciudad se derrumbaba en el río, la plaza de Cascorro tenía una gran importancia y muchas veces señalaban en su dirección, diciendo: «Allí donde está el cacho de hóroe».⁴⁸²

Al anochecer cruzaron los últimos carros que venían del matadero con los restos de los animales sacrificados y La nardo entró en su casa «con la ropa retorcida en forma de turbantes, en el fondo del barreño, [...] mientras Samuel, como feligrés de la vida contemplativa, entraba detrás de ella con su silla a cuestras.»⁴⁸³

En los siguientes capítulos Ramón entra paulatinamente en la decadencia de la relación entre los dos amantes hasta llegar a la degeneración de La Nardo y lo hace con su prosa elegante y realista. Consigue introducirnos en un ambiente escabroso, pero evita detalles que las diversas situaciones por sí mismas nos los sugieren.

La escasez de dinero despierta el mezquino carácter de Samuel convertido en un chulo que exhibe por las calles de Madrid a su Nardo en busca de clientes. Al principio ella es engañada por diferentes tipos que le ofrecen su sueño de triunfar y convertirse en una reina de la belleza. Su tragedia empieza cuando un joven pusilánime le inyecta su primera dosis de morfina aprovechándose de su ignorancia. La droga le hace recuperar su carácter y, aunque mantiene económicamente a Salomón, es ella quien elige a todos sus amantes que le resultan indiferentes.

Su nueva casa estaba situada al final de la Ronda de Embajadores donde el entorno era similar al anterior. Abundaban pobres, vendedoras de viseras para gorras, ciegos guiados por mujeres escuálidas, inválidos con pantalones de pana atados con una cuerda por la rodilla y niños que comían el hielo formado en los sucios charcos como si fuera un delicioso helado.

⁴⁸² *Ibídem*, p., 112.

⁴⁸³ *Ibídem*, p., 115.

La Nardo era conocida en todo Madrid y Ramón defiende su coraje:

Era la heroína solitaria de una vida social que comete el crimen de retraerse, pero todos, por el contrario, le echaban el crimen a ella. [...] Luchaba contra todo el Madrid hundido y timorato, pero era más reina de Madrid que las otras mujeres. [...] La Nardo era la hija de la luz de Madrid [...].⁴⁸⁴

La Nardo consigue al final su sueño de ser proclamada «la belleza de Madrid» en un concurso; sin embargo, en ese concurso conocerá a «su verdadero amor» un hombre casado que la conducirá a su trágico final con un funesto doble suicidio que el amante rematará por si sobrevive ella.

En 1930 Juan Rejano escribe el artículo «"La Nardo", greguería madrileña.» en el que analiza la novela resaltando la genialidad de Ramón que con su intuición y elementos poéticos consigue acercarnos al drama del madrileñismo popular.

Ramón nos da ahora esta novela, *La Nardo* (1)⁴⁸⁵ [...] Y en la novela: una mujer, una sombra—encendida—de mujer, cuyos contornos se perfilan, se acentúan, cuando la vemos salir del claroscuro paradójico de su vida y marchar, agigantándose, hacia su destino. Hacia su dramático destino de hembra popular, de belleza victimaría. [...] Unos, parajes del extrarradio madrileño [...] que ahora cobran una virginidad violenta, un tinte de infantilidad impoluta, como si hubiesen emergido de un mar reciente, sucio, borrascoso.

Como punto final: un doble suicidio por amor. [...] La greguería, jugando con la muerte. [...] Entonces: la más afilada, la más cruel de todas: la de una agonía—morfina, celos, navaja y amor— [...] En último término: la sensación

⁴⁸⁴ *Ibidem*, Capítulo XXI, p., 164.

⁴⁸⁵ La nota corresponde a Ediciones Ulises, Madrid, 1930. Fundada por su hermano Julio donde se publicó la primera edición como hemos comentado al principio.

de aquellos dos seres — irreales, extra novelescos—mueren dentro de una clara autenticidad humana. O lo que es lo mismo: artística.⁴⁸⁶

Ramón introduce en esta novela unos ambientes y personajes que ratifican su costumbrismo en este caso centrado en los barrios más desfavorecidos que son los que identifican a los personajes. Lugares como El Rastro con algunos vendedores rudos y maledicentes, las casas de los arrabales donde las mujeres lavan en lebrillos o en las fuentes y tienden la ropa entre los árboles mientras cotillean o la multitudinaria corrida nocturna con vendedoras de abanicos y aguadoras.

Los vendedores callejeros aparecen durante toda la novela: aceituneros, gitanos que venden sartenes, vendedores de cordones rojos para mecheros de pedernal, vendedores de zorros, plumeros y esponjas o vendedoras de viseras para gorras. Los tipos más agradables son los cocheros y los organilleros porque abundan matarifes, pobres, ciegos e inválidos infelices y desdichados.

Su sensibilidad se percibe cuando retrata la evolución de La Nardo víctima de su entorno y de su belleza que despierta la maldad en los hombres que la rodean. Su liberación llega con la muerte, tema recurrente en Ramón que trata primero con el final que conlleva la llegada del cometa y después en el ambiente que rodea la vida de la protagonista al tener que enfrentarse de nuevo al mundo.

— *Las tres Gracias* (1949)

Luis S. Granjel comenta sobre las dos últimas novelas de nuestro trabajo:

Novelas “madrileñas”, es decir, ficciones a las que se ha puesto por escenario la faz urbana de Madrid, rehecha desde el exilio, son *Las tres gracias* y *Piso bajo* [...] Lo que más importa en los dos relatos ahora motivo de

⁴⁸⁶ Juan Rejano, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de septiembre de 1930, Año IV, Núm. 89, «"La Nardo", greguería madrileña», p., 6.

comentario es la recreación que en ambos realiza su autor de un ambiente, al cual sigue ligado Ramón a despecho de los años y la distancia.⁴⁸⁷

Hemos analizado de la primera edición de esta novela el ejemplar Núm. 14 de los 15 que se tiraron aparte en papel hilo vergé y fuera de comercio en 1949. Ramón añade a su título «Novela grande de invierno», estación inhóspita que preside todo el libro. Dedicar el libro: «A mis queridos conmadrileños, cada uno centro y reloj del mundo, custodios del sentido humano del vivir, con Dios siempre sobre sus cabezas.»⁴⁸⁸

Escrito en Buenos Aires Ramón añora cada vez más su querido Madrid y en esta novela aclara «En mis dos novelas largas más madrileñas, en *La Nardo* y en *La viuda blanca y negra*, está el Madrid verbenero y sofocante, el Madrid de las charangas, las cadenetas y los coches desgualdrajados; pero siempre aspiré a describir el Madrid de la nariz helada.»⁴⁸⁹

En *Las Tres Gracias* Ramón reitera su madrileñismo y se centra en las costumbres de un hogar modesto y modelo, donde viven tres hermanas muy bellas con sus padres, don Isidro y doña María.⁴⁹⁰ Con ellas recorremos las calles de Madrid; nos muestran su barrio y la entrañable relación con sus vecinos. Son espíritus libres cuya única ambición es disfrutar de la tranquilidad de su entorno, paseando, observando las tiendas y personajes que se encuentran y volver a su casa para compartir con sus padres sus impresiones. Su felicidad se desvanece con la aparición del falaz pretendiente atraído por las Tres Gracias que se gana la simpatía de toda la familia y en el invierno la muerte se lleva a las dos mayores, Clotilde y Araceli, mientras que la pequeña Lola a quien llamaban «la Lala» huye para evitarla.

⁴⁸⁷ Luis S. Granjel, *Retrato de Ramón*, ob. cit., Capítulo VII, «El novelista», p., 215.

⁴⁸⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, Madrid, Editorial Perseo, 1949, «Dedicatoria», s. p.

⁴⁸⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., «Preludio», p., 11.

⁴⁹⁰ Pensamos que los dos nombres los eligió Ramón en honor al patrón de Madrid, San Isidro, y a su esposa, Santa María de la cabeza para resaltar su humildad y bondad.

La pasión de Ramón por Madrid y por el carácter de los madrileños predomina en la novela:

Aunque es muy difícil dar la sensación de Madrid, yo me lanzo a intentarlo, para que se sepa bien qué cosa son los madrileños: *que todos en Madrid estamos convencidos de que la vida es una quimera.*

Eso unido a la opinión del célebre madrileño que dijo que “la vida es sueño”, completa la presunción de lo que son estos seres orgullosos, pero sin ninguna vanidad, que hacen milagros para vivir, que tienen ratos de estar satisfechos de su suerte y que poseen, además, la laureada del frío.⁴⁹¹

Ramón continúa describiendo cómo: «El madrileño no quiere vivir su vida sino entre dos candiles, el grande del sol y el pequeño de su escondida casa [...]».⁴⁹² Si ha olvidado algo en casa no le importa volver porque durante el trayecto se recrea paseando, tampoco le importa esperar bastante tiempo en el portal de su novia hasta que baje y admira a las madres madrileñas que se encargan de hacerles los gabanes a sus hijos para paliar el frío. El madrileño es sencillo y le gusta disfrutar de la vida

Después de su sincera apología sobre Madrid Ramón nos sitúa en la calle de la Bola donde nacieron y viven desde hace veinte años tres muchachas que conforme iban creciendo aumentaba su belleza, Clotilde, Araceli y Lola conocidas como las «Tres Gracias» por los vecinos y por todos las que las veían deambular desde niñas.

Ellas ajenas a todo disfrutaban con lo poco que tenían:

[...] Sabían medir el espacio en que se movían, contar con lo que contaban, comprar tela lavable o que admitiese darle la vuelta.

⁴⁹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit. «Preludio», p., 12.

⁴⁹² *Ibidem*, p., 21.

La gran pasión consistía en eso, en medir bien la vida, en no rebasarla, en oler los melones del puesto si no podían llevarse uno y probar con la mirada la raja de la cala incitante y amarilla.⁴⁹³

Ramón nos describe a sus padres. Doña María se encargaba de cocinar y arreglar la casa para evitar que sus hijas lo hicieran y don Isidro conservaba su barba y: «Era tipo de petaca con poco tabaco y mucho papel, pero él sabría dosificar el tabaco hasta la muerte y que no le faltase el último pitillo.»⁴⁹⁴ Su mejor amigo era Paco el encuadernador que tenía la tienda enfrente de su portal. Había sido un buen calígrafo, pero con la llegada de las plumas estilográficas y de las máquinas de escribir empezó a decaer su oficio y se ocupó del taller de su abuelo que era el verdadero encuadernador. Llevaba ya quince años trabajando con el mismo esmero que hacía su caligrafía. Cuando se cerraba el taller se reunían en la calle y Paco: «Con algo de filósofo, decía:

—Aquí no es que se encuaderne... Eso es lo de menos... Aquí se va pasando la vida lo más dignamente.»⁴⁹⁵

En su casa, la habitación preferida era el comedor y alrededor de la mesa, que había pertenecido antes a los abuelos y que cubrían con su antiguo tapete verde después de las comidas, se reunía la familia para comentar todo. Sus objetos preferidos eran unos clavos renegridos que asomaban junto al zócalo y que les sugerían un olvido de los estereros del invierno: «La concepción más perfecta de lo humano estaba en aquel hogar. Lo español era esa defensa de la intimidad y de la persistencia en los cariños elegidos.»⁴⁹⁶

Un día aparecieron tres pretendientes de Murcia. Eran hermanos con ambición de poseer tierras, dinero y cargos en la capital teniendo como esposas a tres madrileñas.

⁴⁹³ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo II, p., 46.

⁴⁹⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo III, p., 53.

⁴⁹⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo V, p., 74.

⁴⁹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo III, p., 55.

Cuando les preguntó don Isidro su primera opinión sobre Madrid sólo respondieron que era muy grande y recibieron la primera lección de un madrileño:

—Llevan pocos días—dijo Don Isidro—. Madrid no es ni muy grande ni muy chico... Madrid es difícil de captar; pero ustedes parecen listos y sencillos, y se han podido dar cuenta... No es nada, y es la gran posada de todos los españoles.⁴⁹⁷

En su deambular por Madrid, las Tres Gracias conocían a todo su vecindario, empezando por los que habitaban en su casa situada en el tercer piso, a su rollizo portero que había sido bombero; a «una aristócrata» que pretendía salvar su situación económica casando a su hija con un minero sin su consentimiento y que no cesaba de llorar; a un periodista; a una bailarina; a una señora que se daba aires de duquesa y al zapatero de portal que era el encargado de renovar sus zapatos poniéndoles medias suelas y que después envolvía en papel de periódico. Saludaban al dueño de la joyería “Los Brillantes” que las piropeaba al verlas pasar.

Ramón continúa con la descripción de los familiares a los que visitaban. Sus tres tías abuelas vivían juntas en un piso de la calle de Apodaca y les demostraban que se podía vivir mucho tiempo con una pequeña pensión. Don Isidro las llamaba «Do, re, mí» por sus nombres Dolores, Remedios y Milagros y bromeaba diciéndoles que faltaba el «fa» y el «sol» a lo que ellas contestaban: «—El fa es nuestro canario, que es nuestro favorito, y el sol da todo el día en nuestros balcones...»⁴⁹⁸

Otro tío al que visitaban era don Leonardo que en sus ratos de ocio pintaba muchas Purísimas de Murillo que le pedían familiares o amigos. Siempre iba bien vestido con su blusón banco para evitar mancharse y su mujer lo admiraba mientras trabajaba. Ramón

⁴⁹⁷ *Ibídem*, pp., 57-58.

⁴⁹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo VI, p., 79.

aprovecha su devoción para recalcar la suya: «Madrid es un pueblo dedicado a la Virgen—o a algún criado suyo, como San Isidro—, así como Toledo está dedicado a Cristo.»⁴⁹⁹

Su última visita era a Tía Elisa que vivía con sus dos hijas en la calle de Lope de Vega desde hacía treinta años, asistían a misa todas las mañanas y con su pobre pensión vivían decentemente: «Tía Elisa era una de esas viejas dignas que gastan un traje de hace diez años y sólo tienen amores con su aparador.»⁵⁰⁰

Cuando el frío era más intenso se envolvían en el mantón o se apretaban el abrigo para evitar caer enfermas y miraban la tienda del herbolario sabiendo que allí estaba el remedio para cualquier posible enfermedad. Paseaban por la Puerta del Sol y todas sus callejuelas: «[...] como repasando la lección del alma castiza.»⁵⁰¹

Durante sus paseos las tres hermanas habían decidido quienes eran sus novios ideales aunque no tenían prisa en casarse. El de Clotilde era el director de la Filarmónica del que había observado su Café preferido, su Banco y quien era su peluquero; el de Araceli era un sastre de la calle del Príncipe que estaba casi siempre en la puerta de su sastrería mientras sus ayudantes cortaban y medían las telas y a la pequeña le encantaba un bohemio de la Puerta del Sol que se dedicaba a mirar quien bajaba de la calle de la Montera.

Uno de sus lugares preferidos era la plaza de Oriente⁵⁰² que consideraban como suya y sabían lo que significaba para Madrid. Allí reían y bromeaban observando a los desesperados mangueros cuando los niños cantaban «¡La manga riega, aquí no llega!» y aumentaban y disminuían el chorro para conseguir mojar a alguno; a los dignos mendigos,

⁴⁹⁹ *Ibídem*, pp., 82-83.

⁵⁰⁰ *Ibídem*, p., 84.

⁵⁰¹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo VIII, p., 97.

⁵⁰² Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo IX, pp., 105-109. Ramón introduce en el marco de la Plaza de Oriente a los personajes que siempre le sorprendieron y observó desde su niñez, sobre todo los inválidos como ha reiterado en *Elucidario de Madrid* y en *Gollerías*.

a los niños subidos en los coches tocando las campanillas que colgaban del techo y a los inválidos que eran los más asiduos habitantes de los bancos.

Otra de sus aficiones madrileñas era el pan. Les encantaba ir a comprar el pan tierno bien tostado y las bizcochadas de la panadería del Reloj situada en la calle del Espejo y durante el trayecto miraban las tabernas llenas de estudiantes, de dibujantes o de vagabundos. Cuando llegaban: «Ese momento de esperar en el mostrador—pintado con un apetitoso color trigo—los cinco panes de la mañana y los cinco de la noche, envueltos en papel de seda por el sacerdote del pan, las hacía más gozosas que los millones a las millonarias.»⁵⁰³ La Lala era la que solía ir porque disfrutaba con el vaho de calor que desprendía la tahona y pensaba que mientras tuviese un trozo de pan se sentiría feliz.

Durante sus paseos había un balcón especial lleno de macetas al que se asomaba un profesor a quien observaban con admiración. Cuando se enteraron de su fallecimiento se sintieron abatidas y se vistieron cada una con lo que encontraron como señal de luto, un chal negro, unos guantes negros y unas medias negras. Como el entierro era a las tres se apresuraron para llegar antes de que sacaran la caja subiendo por la Gran Vía. Ya había mucha gente asomada en los balcones de la vecindad y se situaron entre los curiosos que estaban de pie frente a la casa escuchando las alabanzas exageradas sobre el difunto.

Termina el invierno y con este fallecimiento, Ramón reflexiona sobre la muerte:

La muerte es triste en todos sitios; pero en el Madrid despierto constantemente por el problema de la vida y la muerte, es más desgarradora. El que se ha muerto no era un habitante del mundo internacional, no era siquiera de España; era un rey de su casa, uno que sólo tuvo la ambición de vivir, no sobre la vanidad de la vida, sino sobre la orgullosa verdad de la vida.⁵⁰⁴

⁵⁰³ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XII, p., 121.

⁵⁰⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XIII, p., 131.

Llega el verano y Ramón introduce las verbenas. Las tres hermanas sólo acudían a la de Santiago⁵⁰⁵ que era la de su barrio en la Plaza de Oriente y la menos bulliciosa. Ayudaban a colocar las bombillas en los alambres alrededor de los cuellos de las estatuas de los reyes. Toda la vecindad entre la que se encontraban antiguas cantantes y alabarderos jubilados se sentaban en las terrazas de los cafés mirando como disfrutaban sus nietos. Ramón la describe resaltando su carácter: «Era la noche de los antepasados, la única infidelidad de que guarda el secreto la madrileña en el fondo de su corazón.»⁵⁰⁶

Clotilde recordaba a un señor que le sorprendió porque creía estar en una antigua verbenas y veía convencido el puesto de los «currutacos»⁵⁰⁷ en el que vendían aloja en lo que ahora era la churrería o una rifa de «escofiteras»⁵⁰⁸ en la actual rifa de despertadores y mecedoras.

Durante el otoño, Ramón enumera las calles que recorren entusiasmadas. Saludaban a los relojeros de la calle de Valverde; recordaban un pavo que les asaron en el horno de San José; veían en la calle del Arenal los abanicos de siempre; se asomaban a la tienda de alpargatas que desprendía un agradable olor a esterera; observaban a quienes tomaban café en “el Cafetal” para saber quién era el ganador de un juego de tazas doradas que rifaban; pasaban por la plaza de Santa Cruz mirando el ministerio de Estado y su última visita era al Retiro.

Con la llegada del nuevo invierno don Isidro tuvo que empeñar su reloj de oro para poder comprar ropas y camisetas. Las tres hermanas se dirigieron a la Plaza del Monte de Piedad a media tarde por la Plaza de las Descalzas, recibieron el dinero de la tasación y llegaron alegres a su hogar. El tiempo pasaba y ningún pretendiente las convencía porque no reunían las cualidades de su padre que se resumían en una palabra: la honradez.

⁵⁰⁵ Ramón nos describe esta verbenas en su libro *Variaciones* analizado en el apartado II.2 Libros con recopilaciones de artículos periodísticos y textos procedentes de otras publicaciones.

⁵⁰⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XIX, p., 163.

⁵⁰⁷ Hombres rechonchos, achaparrados y divertidos que se dedicaban a bailar contradanzas.

⁵⁰⁸ Mujeres que bordaban, cosían y confeccionaban trajes para después venderlos en sus tiendas.

Con la aparición de Leandro, el primer hombre que cameló a toda la familia y sentía atracción por las Tres Gracias, iba a comenzar la desdicha en el confiado y entrañable hogar. Era el encargado de una tienda de espejos y la primera víctima fue la mayor, Clotilde. La boda estaba prevista para el mes siguiente y las tres hermanas empezaron a preparar el ajuar acudiendo primero a la calle de los Estudios donde compraron los muebles de pino y a la popular casa Lumilla, que proveía a las familias modestas, para adquirir la cristalería. Ramón corrobora en esta tienda el espíritu madrileño:

Madrid es eso. Una tiendecita barata que hace posible el vivir—un almacén no tiene gracia—y el repetir en el mismo sitio lo que hizo la abuela y la madre.

Nada de plazos que amargan la vida, sino pasar de no tener nada a tener una vajilla, si no para doce—eso ya vendrá—, para seis, y encontrar en eso toda la salerosidad de la vida.⁵⁰⁹

Y en su piso situado frente al Hospital General, el matrimonio comenzó su nueva vida y la llegada de su primer hijo que provocó la muerte de la madre. Araceli y la Lala estaban apesadumbradas: «Sin la armonía de las tres no tenía valor el descubrimiento de su Madrid, claro como un puente en el cielo.»⁵¹⁰

Toda la familia se ocupaba del pequeño mientras el viudo se lamentaba pensando ya en su segunda esposa, su cuñada Araceli. Ella convencida que podía cuidar de su sobrino y halagada por las palabras de Ernesto aceptó ante la sorpresa de sus padres. Este segundo matrimonio se fue deteriorando por los remordimientos de Araceli y por la monotonía del viudo/casado cuando observaba las mismas costumbres en las dos hermanas e idénticas conversaciones cuando visitaban a sus suegros. El crudo invierno madrileño provocó en Araceli una bronconeumonía que la reunió con su hermana fallecida. Se repitieron los mismos llantos: «Y como algo que se ensayaba por segunda vez, ambleos, mantos negros, media puerta, espera del entierro, ¡adioses!»⁵¹¹

⁵⁰⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XXIV, p., 198.

⁵¹⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XXVII, p., 213.

⁵¹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XXXIII, p., 249.

La personalidad de la última hermana le atraía antes de enviudar por segunda vez y su interés por ella se incrementaba con el paso de los días. La Lala lo sabía y evitaba encontrarlo. Heredó la tienda de espejos en la que trabajaba y creyendo que su nueva posición financiera culminaría con la aprobación de los padres les pidió su consentimiento para casarse con su tercera hija. Cuando La Lala se enteró de la petición corrió a contárselo a Jorge, un joven con el que llevaba tiempo saliendo y que era similar a su alegre bohemio ideal. No era aceptado por la familia porque llevaba el pelo largo y se dedicaba a pasear por Madrid sin destino. Decidieron huir a América donde tenía un pariente que sólo le apoyaría si regresaba y: « Lo hicieron tal cual, y después del escándalo vino la calma, y en un día de mar manso tomaron el barco salvador [...]».⁵¹²

La novela termina con don Isidro, Paco el encuadernador y el viudo Leandro jugando a las cartas en la calle.

La estación del año más temida por Ramón sólo podía terminar con la fatalidad y la muerte, tema que predomina en la segunda parte de la novela. El costumbrismo aparece en los hábitos que conllevan el fallecimiento y el entierro del profesor y de las dos hermanas mayores, el luto en el vestir y el ambiente de la casa.

Durante la primera parte Ramón nos relata una parte de la historia, costumbres y sentimientos de una noble familia modesta con sus alegrías y tristezas. Nos lleva de la mano de las Tres Gracias por todas las calles y plazas de Madrid en los que encontramos personajes singulares como sus familiares, vecinos, conocidos, zapateros o transeúntes; asistimos a una verbena, saboreamos el pan recién hecho e impregnados de la alegría de las tres hermanas captamos el invierno madrileño en el seno de una familia entrañable que desprende calor. Ramón utiliza el carácter de esta familia para reivindicar su madrileñismo que se caracteriza por la honradez, la sencillez y la facultad de disfrutar de la vida con los medios que se posean.

⁵¹² Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo XXXVI, p., 265.

— *Piso bajo* (1961)

Analizamos la primera edición de la última novela escrita por Ramón dos años antes de su fallecimiento. El prólogo y algunos fragmentos dispersos por el libro se publicaron en cuatro números del *Suplemento de Villa de Madrid* con la descripción *Piso Bajo* (*Novela Madrileña*) en 1958 que iremos citando cuando aparezcan durante nuestro estudio.

El argumento se centra en don Pedro Saavedra y su hija Olvido de 14 años. Don Pedro es un reputado filósofo que al enterarse de las infidelidades de su exuberante esposa, Concha, abandona su carrera de éxito y se retira con su bella hija a un piso bajo de la Plaza Dos de Mayo alejándose de todo para pasar desapercibido y empezar una nueva vida. Su hija decepcionada y cansada de pretendientes y correrías decide ingresar en la serenidad y seguridad del convento de Las Salesas. Don Pedro fallece en su piso bajo haciendo balance de su vida.

En el Prólogo Ramón hace una apología de las jóvenes adolescentes alegres, coquetas y sin malicia que viven libres conservando su inocencia sin pensar que su atractivo despierta en los hombres un apetito perverso. Además el cambio experimentado en la sociedad contribuye a que maduren antes de tiempo y desearía que hubiera un equilibrio entre la severidad y la excesiva transigencia. La mujer es especial para Ramón: «Yo creo aún tanto en la mujer como en la niña, pues hasta en la mujer madura, sabiendo quererla y armonizándose con ella, podemos encontrar la niña que fue.»⁵¹³

Refiriéndose a *Piso bajo* explica: «He querido, además, hacer la novela del piso bajo, de esos pisos madrileños que tienen intimidad con el que pasa, que sostienen un diálogo directo con la calle [...]».⁵¹⁴ Y lamenta su pérdida debida a la proliferación de tiendas construidas sobre ellos.

⁵¹³ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961, «Prólogo», pp., 11-12. Fragmento incluido en *Suplemento de Villa de Madrid*, Madrid, Primer trimestre de 1958, Revista del Excmo. Ayuntamiento, Año I, Núm. 1, *Piso Bajo* (*Novela madrileña*), «Prólogo» p., 7.

⁵¹⁴ *Ibidem*, p., 8. Fragmento incluido en *Suplemento de Villa de Madrid*, Madrid, Primer trimestre de 1958, Año I, Núm. 1, *Piso Bajo* (*Novela madrileña*), «Prólogo» p., 6.

Empieza la novela con el desengaño de don Pedro y el traslado con su hija al piso bajo situado en la plaza Dos de Mayo en el barrio de Maravillas. Eligió este barrio porque lo conocía desde su juventud cuando tenía un entorno alegre con cierta hidalguía popular, habitado por manolas recatadas:

Tenía una alegre colindancia con un plano de cuarteles, hospicios, iglesias y conventos, secundado por una majeza intermedia, con bailes de saloncillo y de candil y bulliciosas reuniones, buenas para noviazgos de rompe y rasga.⁵¹⁵

Ramón introduce en este capítulo la historia de la plaza y la importancia de la puerta del Parque de Artillería situada en el centro que fue por donde salieron los franceses vencidos por los españoles el 2 de mayo de 1808 cuando lucharon por nuestra independencia.

A don Pedro le gustaba asomarse al balcón de su piso bajo y se entretenía viendo a la gente que pasaba: una vieja agarrada a su botella; una señora que iba a visitar a su hija enferma, el cura y los numerosos niños que recorrían continuamente la plaza divirtiéndose y observando los pisos bajos.

Mientras su hija Olvido correteaba libre y subía al Retiro flanqueando el Botánico entre los puestos de libros viejos para perderse entre su vegetación cuando llegaba; él paseaba tranquilo recorriendo sitios en los que rememoraba su infancia como cuando asistía a las procesiones del barrio mezclándose entre la gente que le impedía verlas dada su altura o miraba las bocas de riego y las puertas de hierro de los registros de gas o de electricidad a las que se asomaba pensando encontrar algo: «Salía a reconocer la vida, a realizar su nomadismo sobrenadador de siglos, comprobando cristales, portales y maderas quemadas por el sol de muchos días.»⁵¹⁶

⁵¹⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit., Capítulo II, p., 17.

⁵¹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo IV, p., 39.

Las interesantes conversaciones de don Pedro atraían a jóvenes que asistían a su casa para hacerle preguntas que siempre respondía aumentando su interés y aunque sabía que su asiduidad estaba condicionada por la atracción que sentían por su hija, no le importaba compartir sus experiencias:

—Yo, hijos míos, he influido en vuestros padres y, sin embargo, me han cambiado por otros como se cambia una lámpara anticuada por otra más moderna... Supe cómo amanecían los nuevos tiempos antes de que ellos se pudiesen dar cuenta...⁵¹⁷

Su vida transcurría tranquila, don Pedro salía temprano para mirar a los vendedores callejeros de verduras, las fruterías, las carpinterías, las prenderías y las carbonerías, puestos y tiendas que pasaban de una generación a otra. Voceaban su mercancía pero no molestaban a los que no compraban. Su tienda preferida era la cacharrería situada cerca de a su casa donde vendían juguetes y bagatelas para los niños como pitos de porcelana, soldados de plomo, muñecas de cartón y unas ranas sonoras que eran muy solicitadas: «En el plano de su vida estaba, como en primer rango, aquella tienda de flautas de caña y peones en que se inocenciaba el corazón de la madera [...]».⁵¹⁸

Olvido continuaba con sus recorridos por Madrid, iba al teatro, se imaginaba ataviada con los sombreros y se abanicaba con los abanicos de nácar que veía en los escaparates de las sombrererías y de las abaniquerías. Ramón expresa su inocencia protegida por Madrid:

Ha pasado una muchacha crédula y bonita que aún no sabe lo que es el mundo. Han regado, se ha duchado la calle como ella antes de salir. Están mano a mano. Se acompañan mutuamente niña y ciudad.⁵¹⁹

⁵¹⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo V, p., 45.

⁵¹⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo VII, p., 61.

⁵¹⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo IX, p., 72. Fragmento incluido en *Suplemento de Villa de Madrid*, Madrid, Segundo trimestre de 1958, Año I, Núm. 2, *Piso Bajo* (Novela madrileña), «Continuación», p., 7.

Madrid tenía el misticismo de sus nuevas menores. Temía por ellas, las velaba, y las porteras miraban con severa indignación a los que las acompañaban.⁵²⁰

Ramón introduce a una señora peculiar, la hermana de don Pedro. Mercedes era viuda y reunía en su gran casa ubicada en la calle de la Corredera a muchos jóvenes de ambos sexos con el propósito de que aprendieran las esenciales normas de comportamiento mientras representaban algunos actos de obras dramáticas. «En realidad, ellos ensayaban a estar vestidos de cualquier modo junto a las muchachas y las muchachas ensayaban a ser mujercitas que se abandonaban en su atuendo como si hubiesen estado cosiendo a la máquina largas horas.»⁵²¹ Cada uno se aprendía su papel bajo las órdenes de director que les hacía repetirlo con la entonación apropiada. No se permitían escándalos ni chismes y si algún joven agobiaba a alguna de las damitas era expulsado. Olvido era la preferida de su tía y asistía entusiasmada deseando que su boda, el nacimiento de sus posibles niños e incluso su muerte se produjera en esa casa.

En todos los breves noviazgos que le surgían, imaginaba su hogar amueblado con muebles rústicos que comprarían en el Rastro y que les asegurarían la felicidad; sin embargo cuando empezó a ir al cine todas las tardes sus sueños cambiaron atraída por lo que veía en la gran pantalla:

Eran engañados por ese mundo generalmente rosa, en que todo estaba solucionado en grandes y preciosas casas, en espléndidos restaurantes de noche, bodas suntuosas y papás y mamás y abuelitos de encargo.⁵²²

⁵²⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo XII, p., 92. Ramón incluyó la mayor parte de este capítulo pero cambiando su numeración como capítulo XIV en el *Suplemento de Villa de Madrid*, Madrid, Tercer trimestre de 1958, Año I, Núm. 3, *Piso Bajo (Novela madrileña)*, «Continuación», p., 7.

⁵²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo XI, p., 86.

⁵²² Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit. Capítulo XV, pp., 106-107.

Don Pedro observó cómo iba cambiando el carácter de su hija y se hizo asiduo al cine para ver todo lo que proyectaban intentando que ella no se enterase. Salía escandalizado y abatido. Se sentía impotente: « [...] era inútil intentar nada contra una propaganda universal que ponía inyecciones de cineína a cada espectador. Había llegado la hora lenocínica de la Humanidad. Daba muchos millones aquella explotación disimulada.»⁵²³

La última decepción de don Pedro fue con su único amigo que todavía frecuentaba su casa cuando supo que se sentía atraído por su hija y aprovechando su experiencia había logrado seducirla convenciéndola para que fuese su esposa. Logró tener su consentimiento, pero el noviazgo duró poco. Olvido se sintió agobiada por su severidad y sus celos producto de la diferencia de edad, Discutieron y durante un sueño sintió la vocación de entrar en el convento de Las Salesas situado cerca de su casa. Los dos mayores aceptaron su decisión que creían precipitada y Olvido les respondió:

[...] Desde mi balcón veía como una esperanza las tapias del convento y cuando al atardecer veía a los pájaros refugiarse en su jardín, les envidiaba porque estaban más a salvo que en ningún otro sitio.⁵²⁴

Sólo y enfermo de leucemia, don Pedro: «Había cumplido con ese deber que parece tener el buen español de ser un sufrido y escondido mártir de España.»⁵²⁵

En *Piso bajo* Ramón transmite sus recuerdos de las calles y barrios de su querido Madrid. El costumbrismo ramoniano aparece sobre todo en las tiendas que recorre Olvido y en los vendedores que ubica en el barrio de Maravillas. Consideramos excepcional las reuniones en la casa de tía Mercedes que utiliza la diversión para educar e instruir a los jóvenes sobre los autores clásicos.

⁵²³ *Ibidem*, p., 110.

⁵²⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit., Capítulo XXI, p., 142.

⁵²⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*, ob. cit., Capítulo XXII, p., 146.

Muestra su rechazo sobre nuevas costumbres como la de ir al cine y embelesarse con la vida idealizada perdiendo el sentido de la realidad o la de construir tiendas sobre los entrañables pisos bajos forzando su desaparición, pero triunfa su madrileñismo sobre cualquier desgracia porque Madrid se encarga de proteger a los desvalidos.

II.5 Biografías

Continuamos nuestro estudio con tres de las biografías que escribió Ramón, dos son de sus admirados maestros Azorín y Valle-Inclán y la tercera de su amigo Gutiérrez-Solana. Son las palabras de Ramón las que empiezan este apartado:

Cuando la biografía aun no se había puesto de moda —allá por el 1916— yo ya encabezaba con largas y cordiales biografías a mi manera —bajo el signo del vitalismo muerto—, las obras de Ruskin, de Villiers, de Nerval, de Oscar Wilde, etc.

[...] Con todo esto quiero decir que he aprendido a elegir en lo humano y a distinguir los rasgos extraordinarios de los hombres de singular destino.⁵²⁶

Creo aportar a la general investigación de nuestra época, un poco de verdad fehaciente a la que va unida como aval mi propia vida.

Habiendo hecho siempre vida literaria y bohemia en medio de la calle y en los cafés y en la buhardilla, que con la ironía amarga del contraste los poetas suelen llamar la torre de marfil, he estado cerca y en perpetua vigilancia de mis contemporáneos y por eso se puede creer todo lo que digo.»⁵²⁷

«He preferido siempre en las biografías, dejándome guiar por esa libertad de intención, a los seres singulares, a los originales, a los que están nimbados por el desinterés, por la bohemia, por la pureza incomprensible, por la conducta llena de fidelidad, por la simpatía que emanan al haberse atrevido a ser los seres pintorescos y transeúntes de una época, dando romanticismo, novelaría, galantería y gracia a sus calles. [...]

⁵²⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1944, «Prólogo», p., 7.

⁵²⁷ *Ibidem*, p., 8.

Pudieron ser otros y no éstos, bien lo sé yo, los biografiados, pero el hecho es que son éstos y no otros y que de este conjunto quiero que se desprenda una anchurosa cordialidad, un tono confianzudo de amistad al vivir el mismo tiempo, los mismos hechos históricos, el mismo figón de la calle recóndita.⁵²⁸

Jesús Rubio explica su proceso cuando las escribe:

Al escribir sus biografías ponía cierto orden en su proceso de apropiación del modelo de escritor que eran para él. Se miraba en sus vidas y en los espejos de tinta de sus obras, buscando claridad en su negrura.⁵²⁹

El camino recorrido va de la impresión al intento de aprehender lo esencial de la personalidad del retratado. De lo anecdótico a lo sustancial. No es secundario lo anecdótico sino que [...] muestra la piel del personaje, su boceto, su silueta. [...] Después viene su desarrollo y del trazo rápido y fugaz se pasa al análisis sintético que exige la semblanza o al análisis de la personalidad, a la interpretación del biografiado [...], aunque sea apoyándose más en la videncia —como hará Ramón— que en los datos.⁵³⁰

Podemos llamarlas biografías ramonianas costumbristas porque, como en toda su obra, introduce su estilo que consiste en relatar datos de su vida centrándose sobre todo en el ambiente que rodea al biografiado. Como afirma Gaspar Gómez de la Serna:

[...] Ramón lo que hace es añadir a su *documentación* literaria, [...] lo que llamaría su especial *documentación vital*; es decir, todo el conocimiento del otro que le proporciona su vivencia paralela del mismo tipo de experiencia de la realidad, de su propio y personal testimonio del tiempo en que vivió conjuntamente con el biografiado los problemas radicales que a ambos se les hicieron presentes, condicionándoles el común vivir.⁵³¹

⁵²⁸ *Ibidem*, p., 9.

⁵²⁹ Jesús Rubio Jiménez, art. cit.

⁵³⁰ *Ibidem*, p., 8

⁵³¹ Gaspar Gómez de la Serna, *Ramón (obra y vida)*, ob. cit., pp., 219-220.

— Azorín (1928)

Los primeros fragmentos del prólogo de esta biografía fueron publicados en la *Revista de Occidente*⁵³² y su primera edición fue publicada en Madrid por Ediciones La Nave en 1930. Nosotros analizaremos la tercera publicada en Buenos Aires donde en el Prólogo se añade una nota: «Esta obra que se publicó en edición de lujo en 1930, sale hoy corregida y aumentada en edición popular.»⁵³³ En «El añadido final» Ramón comenta:

Mi lucha de biografiador con él —y lo ha sido siempre— es asirle, asirle por fin, decir “ése es” y que no se escabulla al señalarle.

Desde 1942 que añadí a esta biografía el último epílogo han pasado seis años más sobre los doce que habían pasado desde que se publicó por primera vez el libro.

Azorín es cada vez más él mismo.⁵³⁴

José Camón Aznar resalta el interés de Ramón por Azorín: «Más de cincuenta años de devoción al maestro. Siguiéndole día y noche, recordando todos sus artículos, leyendo todo lo que sobre él se escribe. Percibiendo todos los latidos de su intimidad, de su pensamiento, de sus actividades literarias y políticas. Retratándolo con acuidad [...] todo conforme a un tipo que se yergue solitario y digno en el panorama español.»⁵³⁵

Ramón empieza la biografía reconociendo que en su adolescencia fue injusto en sus comentarios sobre Azorín aunque es por quien siente más admiración en la literatura y que escribe esta biografía con su consentimiento:

⁵³² *Revista de Occidente*, Madrid, noviembre de 1928, Tomo XXII, Núm. LXV, pp., 202-226,

⁵³³ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1957, «Prólogo», p., 7.

⁵³⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Añadido final», p., 235.

⁵³⁵ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «Azorín», p., 456.

[...] Para mí es, pues, esta biografía como haber llegado a poseer la fortuna a que aspiraba, dar publicidad entera a la adivinación de un ser superior y contar sus instantes como contemporáneo suyo.⁵³⁶

Ramón intuye la infancia de Azorín en Monóvar como un niño reservado y observador y cuando llega a Madrid mantiene su personalidad, pasa de incógnito y desde cualquier sitio sigue observando la realidad de su tiempo. Vive en una casa de huéspedes de la calle de Mesonero Romanos y sus únicas posesiones son una maleta de cartón gris y un baúl. Recorría las calles y plazas de Madrid vestido de negro, con sombrero de copa, un paraguas rojo y su monóculo inspeccionando cada rincón. Ramón recuerda:

Azorín, en aquel Madrid de entonces, era un caballero casi sin categoría que, no obstante eso, formaba la ciudad, la denunciaba, la daba relieve con su figura de visitador de cementerios.⁵³⁷

Azorín testificaba toda la época, y en sólo un eco metía todo el vivir del ir viviendo, que caracterizaba la España de ese momento.⁵³⁸

Bajaba por la calle de la Montera y observaba los escaparates de las tiendas cuando aparecieron las primeras máquinas de coser Singer y los regalos «para los directores generales de Ultramar, jarrones, figuras, escribanías hechas con un bronce triste, mezclado a una perversa aleación de estaño.»⁵³⁹ Ramón recuerda encontrárselo en el Rastro⁵⁴⁰ paseando sosegadamente observando el ambiente y contemplando los objetos de los puestos con su monóculo.

⁵³⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Prólogo», p., 7.

⁵³⁷ *Ibidem*, p., 17.

⁵³⁸ *Ibidem*, p., 19.

⁵³⁹ *Ibidem*, p., 22.

⁵⁴⁰ Ramón transcribe íntegro su capítulo «Azorín» al que hemos aludido en el apartado II.1 Libros. Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Azorín», Apéndice (Capítulos de la primera edición eliminados después), p., 372.

Ramón transcribe su llegada a Madrid el 25 de noviembre de 1896 basándose en las primeras páginas del libro de Azorín *Charivari*.⁵⁴¹ Añade con todo detalle su trayectoria periodística y literaria e incluso cómo se fue formando la «Generación del 98» en torno a él. Hace una breve biografía de los escritores que Ramón considera más relevantes como Ramón del Valle Inclán, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu o Ángel Ganivet y cómo avanza el grupo. En 1902 el periódico anticlerical *El Globo* les acoge, salía también el día de Viernes Santo⁵⁴² y los vendedores tenían que correr por las calles para venderlos mezclándose entre la procesión. Pueden publicar sus artículos y Azorín su obra *Antonio Azorín* una de las mejores según Ramón.

Algunas noches se reunían en la tertulia que presidía don Isidoro Portelo en un gabinete de su casa ubicada en la calle de San Bernardo. Don Isidoro pensaba que su bella hija alcanzaría el éxito literario escribiendo artículos, ignorando que se convertiría en una estrella inusual en esa época y sería conocida como la «Chelito».⁵⁴³ Cuando ella aparecía ante los escritores:

Azorín se ponía su monóculo para presenciar los ensayos de la española típica, breve, graciosa, con ojos de lince. Sus revueltos, sus atrevidos recogimientos de la falda, sus sonrisas de atrás adelante, su garbo al ponerse altiva, sus brazos desnudos y ágiles —todavía los de la niña de clase media sin veraneos ni sobrealimentaciones—, todo el relámpago de la nueva bailarina y cupletista. [...] ⁵⁴⁴

⁵⁴¹ José Martínez Ruiz, *Charivari, crítica discordante*, en *Obras escogidas*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, 3 Volúmenes, 2ª Edición.

⁵⁴² Explica Ramón cómo Azorín: «Estaba distribuido en la carrera de la procesión y compraba su número de *El Globo*, y con su bastón bajo el brazo abría las cuatro páginas.» Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «El globo y el descubrimiento de La Chelito», p., 138.

⁵⁴³ Ramón describe sus comienzos: «La “Chelito” gustó desde el primer momento, como si interpretase la gracia de la Puerta del Sol en su más próximo aledaño, y Azorín dejó colgar su monóculo de la cinta de seda, descompuesto en aplausos.», *Ibidem*, p., 139.

⁵⁴⁴ *Ibidem*, pp., 138-139.

Ramón al mismo tiempo que sigue narrando su vida entrelaza fragmentos de sus obras con su personalidad imperturbable y serena frente a los infortunios o atisbos de alegría que mantiene incluso cuando ocupa cargos de relevancia: «Azorín procura dar lógica a su vida política.»⁵⁴⁵ Transcribe una entrevista⁵⁴⁶ que le hizo cuando Europa estaba inmersa en la Primera Guerra Mundial. En su austero despacho con el techo artesonado y las paredes encaladas y vacías, sólo había colgado una copia del cuadro *Las Meninas* de Velázquez que le hacía sentirse mejor. A las preguntas de Ramón contesta que la melancolía y pesimismo le invaden por todos los hondos problemas de la vida; que en la calle de los Madrazo donde vive hay demasiado ruido y que su calle preferida fue la calle de Relatores y relata su visita con unos amigos, por la noche, al cementerio de San Nicolás donde estaba enterrado *Fígaro* cuando abrieron su sarcófago: « [...] Estaba todo convertido en cenizas ... Yo cogí y conservo un botón pegado a un pedazo de paño de su levita hecha polvo. Larra siempre ha estado conmigo... Ahora estoy escribiendo un libro⁵⁴⁷ sobre él.»⁵⁴⁸

Entre los años 1922 y 1926 cuando Azorín vive apartado de la política, Ramón recibe cartas suyas con el membrete del *Góngora Club*. Indaga y descubre que el objetivo de los amigos de Góngora es acudir por las tardes a una casa de un piso situada en la calle de Sacramento para regar una maceta de rosas que se encontraba en el balcón y coincidía con la que aparecía en la viñeta del membrete.

A finales de 1929, Ramón se reúne con Azorín en el saloncito japonés de Lhardy y sentados junto a la chimenea mientras conversan, ven por el balcón la calle trasera en la que se encontraba la panadería «La Fama» de donde le llevaban los panecillos a Azorín. Al año siguiente, Ramón sorprende a Azorín «en su refugio de las cuatro de la tarde.»⁵⁴⁹ Es la

⁵⁴⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Vida formal y política», p., 164.

⁵⁴⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Entrevista con Azorín en 1916.», pp., 169-175.

⁵⁴⁷ Suponemos que se refiere a *Rivas y Larra. Razón social del romanticismo en España* publicado en Madrid por la Editorial Renacimiento en 1916.

⁵⁴⁸ *Ibídem*, p., 172.

⁵⁴⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Últimos alcances», p., 208.

trastienda de la librería de Meléndez que tiene grabados de gente de otro tiempo y sentado en el zaguán habla de *Angelita* su última obra dramática.

Cuando Ramón se disponía a escribir el índice de esta biografía en octubre de 1931, se encuentra a Azorín en la Puerta del Sol y les sorprende un vendedor de folletos antiguos que vendía *La buscona de Madrid. De modistilla a marquesa* por cinco céntimos. Compraron dos ejemplares encuadernados en papel rosa y después de leer el final cuando el novio oculto sale de la leñera, Azorín comentó: «¡Qué de otro tiempo es este relato! Ya no hay leñeras.»⁵⁵⁰

Ramón observa cómo «Azorín mira las cosas que cubren el ruedo de la Puerta del Sol como si fuese torero de cartel de la gran plaza [...]»⁵⁵¹ y mientras pasean le propone bajar al metro. Suele ir a menudo y le gusta contemplar el ajetreo de la gente que compara con el ambiente que veía en el andén de las estaciones donde había escasas personas que esperaban tranquilamente su tren. Ramón reflexiona:

No pierde Azorín, ni en esta afición, su naturaleza mágica de gran paleta español, lo que le ha hecho encontrar desmesurada y rotunda la realidad castiza y lo que ha hecho también que encuentre la retórica de lo moderno. Él tenía que sorprenderse ante el “Metro”, y gozar lo que tiene de juguete nuevo, como ruleta pintoresca de la feria renovada.⁵⁵²

Casi al final del libro Ramón comenta: «Toda una generación y un tiempo van taraceados en este libro.»⁵⁵³ Resalta la importancia de Azorín que acepta el porvenir sin olvidar el pasado.

⁵⁵⁰ *Ibidem*, p., 213.

⁵⁵¹ *Ibidem*.

⁵⁵² *Ibidem*, p., 214.

⁵⁵³ Consideramos relevante transcribir las palabras de Ramón: «La última transmutación del suceder que ha conseguido Azorín le hace acreedor a mayores perennidades. Él ha visto a Lope y a Moratín conviviendo con lo actual, pintando con gravedad su otrora para entrar con la misma gravedad en cosas y pormenores de hoy. Ha puesto el pasado en un presente de comprensión no

Después de la publicación del libro, Ramón se encontró varias veces con Azorín al bajar del Retiro por la feria de libros: « [...] era mi alegría mayor abrazarle en plena vida, frente a tejados de nuestro Madrid, rústico y paniego en la teja y en las chimeneas.»⁵⁵⁴ Azorín vivía recluido en su casa de la calle de Zorrilla, se sentía mayor, cada vez más aislado y más pobre. Escribía desde la madrugada hasta el anochecer para poder sobrevivir. Ramón que guardaba todos sus artículos desde principios de siglo, transcribe uno de esa época titulado *La vida de un español*:

Cuando este español no ha de trabajar se levanta al amanecer; todavía es noche; el alba comienza a marcarse con levísima blancura. El español es enemigo de la irritante luz eléctrica y amigo de sus caros ojos; se trata de un español chapado a la antigua; enciende el tal una vela, vela de cera, puesta en un candelero de azófar, y comienza a leer. No tiene que escribir hoy; su oficio consiste en emborronar cuartilla tras cuartilla. [...] ⁵⁵⁵

Azorín sigue yendo a La Puerta del Sol y observa a los vendedores de periódicos en sus puestos cubiertos por montones de periódicos literarios, de deportes, científicos, taurinos, de modas, satíricos, festivos o infantiles y de revistas de calidad que antes sólo se encontraban en las librerías y que ahora se vocean y se ofrecen a los transeúntes. Ramón recalca: «Esa vida del alrededor castizo que ahora tienen todos en las narices y que antes estaba remota, la ha acercado tanto a nosotros Azorín.»⁵⁵⁶

Ramón que ha seguido a Azorín durante cuarenta años desde que vivía en la calle de los Madrazo puede afirmar: «Yo, debido a esa devoción, he pintado un retrato de

empeñándose en alabar el pasado en el pasado, es decir, en ningún tiempo.», Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Colofón», s. p., (p., 216).

⁵⁵⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Epílogo a la primera reedición de esta obra», p., 218.

⁵⁵⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Sus últimas cartas...», p., 228.

⁵⁵⁶ *Ibidem*, p., 233.

Azorín que por como he seguido de cerca al modelo —de lejos es otra cosa— sé que es el retrato de más parecido que se ha hecho de Azorín.»⁵⁵⁷

— *Don Ramón María del Valle-Inclán (1944)*

Analizamos la primera edición de esta biografía publicada en 1944 en la que Ramón incluye cinco retratos de Don Ramón María del Valle-Inclán y dos con algunos miembros de su familia uno con su esposa Josefina Blanco y una de sus hijas de la que no se especifica el nombre y otro en el que aparece Valle ya mayor con dos de sus hijos,

José Camón Aznar nos avanza la síntesis de esta biografía:

[...] es en las biografías contemporáneas donde Gómez de la Serna nos revela no sólo sus dotes noveladoras y penetrantes de los caracteres más insulares, sino los últimos y más entrañables estratos de su intimidad. Aunque amigo y admirador de todos, no sabemos bien por qué, lo sentimos más solidario de Valle-Inclán, comprendedor como nadie de su airón, de lo dramático de su vida, de ese desgarramiento permanente de los hábitos conformistas, con su perfil de proa.⁵⁵⁸

[...] Ramón ve en Valle-Inclán su drama despiadado y mortal. Es en su feroz lucha diaria por sobrevivir donde quizá encuentra los alicientes de su gallardía verbal [...].⁵⁵⁹

Jesús Rubio Jiménez nos aporta más datos sobre Ramón y Valle-Inclán:

Las circunstancias resultan determinantes en sus escritos sobre Valle-Inclán, que es quien aquí importa: operaba a base de recuerdos de su trato con don Ramón, refrescados con la contemplación de retratos suyos y con el tiempo releendo escritos suyos o sobre él glosando su singular personalidad. Fue

⁵⁵⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, ob. cit., «Añadido final», p., 236.

⁵⁵⁸ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «Valle-Inclán», p., 480.

⁵⁵⁹ *Ibidem*, p., 482.

sumando todo ello en sucesivas aproximaciones al personaje, que culminaron en la biografía.⁵⁶⁰

En el Prólogo Ramón comenta que su decisión de escribir esta biografía fue la confesión de Valle-Inclán a su amigo Arturo Cuadrado en su lecho de muerte, diciéndole que deseaba que fuera Ramón su biógrafo: «[...] eligiéndome quizá porque al volver los ojos agónicos al mundo, se dio cuenta de cómo yo le había admirado y respetado siempre. Ese encargo póstumo ha acuciado más y más mi probidad, desechando todo lo apócrifo y despreciando lo sectario.»⁵⁶¹

Ramón fecha su lugar de nacimiento el 28 de octubre de 1866 en el pueblo de Villanueva de Arosa con la información más fiable, la de su hijo Carlos Luis. De familia de hidalgos pero escasa de medios, tuvo el primer sombrero de copa a los dieciséis años y su primera barba un año más tarde. Su deseo era trabajar libre sin jefe alguno y sólo la literatura cumplía sus expectativas. Después de varios viajes llegó a Madrid en 1897 con su sombrero de copa sobre una larga melena negra, una puntiaguda barba y sus quevedos atados con una larga cinta negra. Al principio vive en una modesta casa de huéspedes y como no tiene dinero, come cuando su portera le prepara algún guiso. Desdeña por su honor cualquier invitación de quienes conocen su penuria alegando que acaba de comer o cenar.

En esa época todos los aguadores de Madrid eran gallegos y a Valle le encantaba demostrar su aristocracia sin malicia frente a aquel pueblo tan plebeyo: «Valle sabía que hacer bohemia es lo que arregla y supera al español, lo que le pone a punto de enterarse de lo que está en la calle, en el mesón, en el tabernáculo de la taberna, en el café.»⁵⁶²

⁵⁶⁰ Jesús Rubio Jiménez, art. cit.

⁵⁶¹ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944, «Prólogo», p., 9.

⁵⁶² Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo II, p., 27.

Con su carácter despreocupado y su mal genio, sobresalía de sus compañeros de la Generación del 98 porque buscaba el arte en todo lo grotesco en una época abúlica. No le importaba la opinión de la plebe formada por mendigos que se lavaban en las fuentes públicas al amanecer, joyeros de portal, zapateros o cereros que al verlo pasar pensaban: «Ése es el muerto de hambre al que parece que conceden cierto talento.»⁵⁶³

Valle trasnochaba, sólo los estancos y los cafés permanecían abiertos mientras los serenos empezaban su turno y cuando volvía a su casa se dedicaba a escribir « [...] así manaba de él la fuente de inspiración más española que es la absoluta libertad frente a la indiferencia pública.»⁵⁶⁴

Publica *Flor de Santidad* que no le saca de su miseria y sus cuatro *Sonatas*, se adhiere al carlismo y frecuenta el Café y Horchatería de Candelas⁵⁶⁵ situada en el edificio de la Equitativa. Este Café tenía los primeros ventiladores que colgaban del techo y las camareras eran honradas mozas, morenas y opulentas que se hacían respetar sin tener que discutir. Sigue su trayectoria literaria y acude al Nuevo Café de Levante que « [...] tenía una cosa de viejo teatro, y al abrir su puerta de cristales se percibía la contradicción española, la sarcástica esterilización, el escepticismo agresivo.»⁵⁶⁶ Valle dialogaba y disertaba sobre el arte acompañado y admirado por nóveles escritores, pintores y escultores. Ramón nos transmite su sencillez:

—Ya ve usted—le decía una vez un joven escritor—, no hay manera de hacer dinero, ni aun siendo como usted, un prestigio.

⁵⁶³ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo V, p., 55.

⁵⁶⁴ *Ibidem*, p., 58.

⁵⁶⁵ Ramón rememora su asistencia a este Café en su juventud: «Recuerdo que con timidez pedía una horchata para no hablar mucho y no azorarme, mientras miraba los frescos del local pintados por Villodas.», Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo VII, p., 77.

⁵⁶⁶ *Ibidem*, p., 82.

—No me interesa—respondió él—; nunca he sentido una voz que me diga: «No seas pobre» o «Hazte rico»... Sólo he oído la voz que me aconseja: «Sé independiente.»⁵⁶⁷

Allí se refugió durante algunos años « [...] pues las cuatro puertas que tiene la puerta del café, más su zajón cortinero —entre ese juego de postigos se atrinchera un cerillero y un vendedor de periódicos con armario y todo— defienden al escritor como nada.»⁵⁶⁸

Ramón detalla la época en la que Valle se dedicó a secundar a los jóvenes pintores y escritores que acudían a su café desanimados por las críticas que recibían sus obras. Cita entre ellos al castellano Anselmo Miguel Nieto⁵⁶⁹ el favorito de Valle que le hizo varios retratos. Cuando salían del Café paseaban con su maestro por el Retiro y la Moncloa mientras escuchaban sus consejos y opiniones.

A veces Ramón se encontraba con Valle a horas intempestivas, en la Plaza de Oriente una tarde de frío; a las dos de la madrugada en la glorieta de Atocha siguiendo por el paseo del Prado hacia Neptuno; en la desembocadura de la glorieta de Bilbao en la calle de Fuencarral llena de empleados que volvían a su casa y de las señoras y las señoritas de otros empleados que también regresaban; en Recoletos; en los jardines del Buen Retiro ambos sentados junto al templete en verano. La puerta del Sol no le gustaba por la cantidad de gente que había. Un día lo vio al entrar en el Café dibujando sobre el mármol dibujos rupestres. Don Ramón soportaba el gélido ambiente madrileño embozado en su capa.

Valle ronda por los teatros y entra en el saloncillo de la comedia porque le atrae una actriz menuda, Josefina Blanco con quien contraerá matrimonio el 24 de agosto de 1907 cuando él tenía cuarenta y un años y ella veintiocho. Viaja con su mujer contratada por la compañía de María Guerrero, de la que sólo destacaba su capacidad para el grito. Vuelve a

⁵⁶⁷ *Ibidem*, p., 88.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p., 89.

⁵⁶⁹ Javier Serrano, «El pintor de cámara de Valle Inclán: Anselmo Miguel Nieto», ALEC, 2015, Vol. 40, N° 3, pp., 263-302.

escribir para el teatro y el estreno de *Voces de Gesta* en el Teatro de la Princesa es un gran éxito.

Es una época de reposo y holgura económica por los ingresos que recibe de sus conferencias, de sus escasos éxitos teatrales y de los ahorros de su mujer. Se trasladan a su nueva casa situada en la calle de don Francisco Rojas en el barrio de Luchana muy cerca de donde vivía Ramón: «Era grato el barrio y eran anchas las calles. Se vivían en aquel recodo horas con comida, crédulas, con esperanza en la lotería.»⁵⁷⁰ Ramón describe esta época poéticamente:

Fueron años en que se pensaba que el portero nos defendería de todo y que la vida se ha obtenido para definir el verde mañanero de las acacias cuando se van al taller como modistillas de la ciudad, como si fuesen las que preparan el traje rosa con lunares de sol de las tardes de verano.⁵⁷¹

Duró muy poco su sosiego y desahuciado de su casa vuelve a su etapa nefasta. Valle, enfermo desde hace mucho tiempo, tranquiliza a sus hijos e incluso cocina para ellos platos deliciosos como una sopa de ajo que ha inventado; les reparte la sopa; les pela las manzanas y cuando había pollo lo prepara y lo sirve a los más pequeños. No permitía ayuda de ningún tipo y con su único brazo se hacía incluso el nudo de la corbata y el lazo negro del esmoquin, la dificultad de atarse los cordones la suplió «usando polainas que cubrían su calzado sin cordones y que en verano eran blancas y ligeras y en invierno color lana vieja.»⁵⁷² Sus hijos lo querían y admiraban.

Desaparece durante un tiempo, vuelve a Galicia, retorna a Madrid y en el año 1922 publican sus primeras obras completas. Valle disfruta del Madrid alegre y verbenero, Ramón le acompaña a la pradera de San Isidro a la Verbena de la Paloma o a la de San Antonio:

⁵⁷⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XI, p., 113.

⁵⁷¹ *Ibíd.*, p., 114.

⁵⁷² *Ibíd.*, p., 115.

Iba lento, alegre, viviendo su época, resarcido por la ninguna vanidad de las gentes que pasan, descuidadas, sin sentir el menoscabo de su ropa maltratada y de sus zapatos que al llenarse de polvo muestran sus rayas negras. Había dado vacaciones a su tertulia y con los más incondicionales recorría el ferial...⁵⁷³

Su aneurisma sigue avanzando y Ramón lo ve escribir sus últimas obras en una plazoleta de El Retiro:

[...] Valle escribía sus esperpentos, poniendo una piedra suelta sobre las cuartillas que iba acabando y extendiendo sobre el banco, mientras las que esperaban corrección o el ser metidas entremedias, quedaban apretadas por el muñón de su brazo cercenado, en un ademán de mano corta de escuerzo.⁵⁷⁴

Ramón advierte sobre las anécdotas valleinclanescas que se cotizaban a cinco o diez pesetas dependiendo de su veracidad y se publicaban en *Ahora*. Por la mañana corrían los «llevaanécdotas» a la redacción ignorando si las que llevaban en su bote de hojalata eran verdaderas o falsas. Si se parecían a las legítimas las pagaban con preferencia y don Ramón indiferente al negocio decía: «Ya que no puedo darles duros sevillanos, que les den duros legítimos por mis anécdotas, tan falsas como los duros sevillanos.»⁵⁷⁵

Ramón acompañó alguna noche a Valle en su regreso a casa al salir de su Café y comenta:

En esas noches vividas sin miedo Valle llegó a poseer todo el secreto de los vericuetos y de la fantochada de la corte. Cualquier día podía enlazar barrios, palacios, personajes, juerguistas y todos los aristócratas, reyes y

⁵⁷³ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XIV, p., 139.

⁵⁷⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XIV, p., 147.

⁵⁷⁵ Ramón transcribe la única petición de Valle a los anecdotarios: «—Lo único que os ruego es que no me indispongáis con más gente que aquella con la que yo he tenido a bien indisponerme... ¡Ya sé que tenéis que matar el hambre, pero no me impongáis a mí más de la que he de sufrir! Para eso me basto y me sobro yo solo.», Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XVIII, p., 173.

princesas que desembocan por la puerta de palacio, muchas madrugadas el cuadro último de la excursión.

¡Su café! Haber estado en su café era su gloria.⁵⁷⁶

Valle vuelve a cambiar de domicilio en un caserón de pura estirpe madrileña de la Plaza del Progreso. Le encanta el ambiente familiar rodeado de sus cuatro pertenencias imperecederas: dos bargueños con sus gavetas llenas de recuerdos; una arquita muy bien labrada y una reproducción de Donatello. También tiene una alfombra enorme demasiado grande para la habitación que sube por la pared: «Sentado en un gran sillón que había comprado en el Rastro, incómodo, de alto respaldo y con una corona en la cimera, don Ramón gustaba de conversar en esos días caseros con su vieja criada gibosa [...]»⁵⁷⁷ Se ha separado de su esposa y disfruta de sus hijos.

Después de diversas vicisitudes, el director de *Ahora* le hace un contrato para publicar todos los episodios de su obra *Ruedo Ibérico* entrando en otro periodo un poco más desahogado, pero Valle se siente cada vez más enfermo y se dedica a pasear envuelto en su capa deseando descansar eternamente. Ramón recuerda su último encuentro una noche de 1935 cuando se refugiaron bajo un árbol para evitar el frío y observó a Valle muy deteriorado, sin fuerzas y desengañado. Otro día de ese último invierno supo que se había ido a Galicia para no regresar. Cuenta Ramón: «Está dando el adiós a la vida por las callejas y los soportales más impresionantes y más entrañables del mundo, bajo una lluvia que hace vivir la armonía de los cementerios en plena vida.»⁵⁷⁸

⁵⁷⁶ *Ibidem*, pp., 184-185.

⁵⁷⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XIX, p., 187.

⁵⁷⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XXII, p., 210.

Falleció como había profetizado a Arturo Cuadrado: «Moriré el día seis de enero.»⁵⁷⁹ Ramón resume su biografía con estas palabras:

Yo sólo he logrado un trasunto pálido y si ha resultado un poco amargo es porque cuando un escritor pobre pinta la vida de otro escritor pobre, pinta su propia historia, que si en este caso no puede competir con la grandeza del biografiado si puede asemejarse a él en la desdicha penuriosa.⁵⁸⁰

Por eso mi afán es mostrarle y mostrarme a su lado, ultimando esa prueba terminante que es la corroboración, hecha por el que sigue viviendo, del que fué su contemporáneo y su amigo que ya murió.⁵⁸¹

Refiriéndose a las biografías de Azorín y Valle explica Jesús Rubio:

Sus escritos biográficos sobre Valle-Inclán tienen la particularidad de referirse a uno de los escritores que sintió más cercanos. Lo miró y analizó desde sus años mozos, al principio con recelo, después con creciente admiración porque personalizó en él y en Azorín la figura del escritor español que mantiene la dignidad de su oficio contra viento y marea.⁵⁸²

Cuando escribe estas dos biografías Ramón ya ha experimentado la pobreza que comparten sus dos biografiados por defender su individualidad apartándose del gregarismo que predomina en su época y aunque él no había vivido como ellos en las antiguas casas de huéspedes, es quien mejor los comprende aunque los caracteres de ambos sean opuestos.

Ramón retrata el ambiente literario con el que se encontraron *Azorín* y Valle cuando llegaron a Madrid de sus lugares de origen, con la esperanza de escribir lo que pensaban y poder transmitirlo a unos lectores instruidos. Aunque las perspectivas son buenas, sus artículos que revelan la realidad de esa época estancada en la que predomina la

⁵⁷⁹ *Ibidem*, p., 210.

⁵⁸⁰ *Ibidem*, pp., 215-216.

⁵⁸¹ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., «Prólogo», p., 11.

⁵⁸² Jesús Rubio Jiménez, art. cit.

grandilocuencia y el esnobismo, son rechazados por el gran público y por las camarillas de los periódicos. Su decepción se incrementa; sin embargo, se refugian en sus escritos sean o no publicados mientras esperan que se produzca un cambio necesario que abra camino a nuevas ideas. Los dos escritores acuden a las tertulias literarias en las que sucede lo mismo, Azorín observa callado e inquieto cómo se mezcla la literatura con temas banales, mientras que Valle despótica ante la insensatez de los oradores.

Ramón presenta a *Azorín* como paseante de Madrid, recorre tranquilo la calle de la Montera, el Rastro, la Puerta del Sol o la feria de libros de El Retiro; frecuenta lugares como antiguas librerías o cererías mientras encuentra a vendedores de periódicos que emulan a los antiguos pregoneros voceando para vender más periódicos. El carácter bohemio y trasnochador de Valle le permite ampliar los lugares que recorre como la Moncloa, la Plaza de Oriente, la glorieta de Atocha, el paseo del Prado, el Paseo de Recoletos o la calle de Fuencarral en los que aparecen mendigos, joyeros de portal, zapateros, cereros, serenos y cerilleros.

Pensamos que sólo Ramón ha logrado mostrar el ambiente costumbrista literario de este Madrid de principios del siglo XX con las biografías de dos escritores singulares y su entorno: *Azorín y Don Ramón María del Valle-Inclán*.

— **José Gutiérrez-Solana (1944)**

Finalizamos el estudio de este apartado con la biografía que Ramón hace de su amigo, confidente, contertulio y admirado Gutiérrez-Solana. Es quien mejor le conoce porque han seguido idéntica trayectoria y comparten en algunos aspectos la misma visión de la España de su época.

Analizamos la primera edición de 1947 y Ramón introduce en ella numerosos cuadros ordenados en el Índice de reproducciones⁵⁸³ al final del libro en las que Solana

⁵⁸³ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, Buenos Aires, Editorial Poseidón, 1944, «Índice de reproducciones», pp. 189-193.

retrata tipos como peinadoras, lavanderas, coristas, cupletistas, hilanderas, zapateros de portal, ciegos, traperos, chulos, disciplinantes y distintas máscaras de carnaval; fiestas y celebraciones como corridas de toros, bailes campestres, el Carnaval en Las Ventas, Nochebuena y Miércoles de ceniza.

En su faceta de escritor lo hemos analizado en el apartado I.3 El costumbrismo en el siglo XX y Ramón alude a él en su libro *Pombo*. Ramón explica en el Prólogo la razón de esta biografía:

Lanzo este libro sobre el gran pintor español José Gutiérrez-Solana porque a los temas que uno ha tratado toda la vida y de los que ha sido principal ponente les llega una hora testamentaria en la que se quieren confesar los últimos secretos.⁵⁸⁴

En esta biografía el costumbrismo ramoniano tiene como base lo que observa Solana a través de las ventanas y en los distintos lugares a donde se traslada: «La eternidad de lo cotidiano la embebe»⁵⁸⁵ Ramón empieza con una breve pero detallada biografía. Su nacimiento en Madrid en pleno Carnaval el 28 de febrero de 1886; su primera exposición en 1904 relegado en la «sala del crimen» y su entrada en la primera tertulia del Café de Levante⁵⁸⁶ que después de ser convertido en una tienda de paños se traslada al Café de Candelas que también desapareció junto a otros comercios sustituyéndolos por el Banco Crédito Lyonés.

Solana, acompañado por su hermano Manuel, asiste todos los domingos por la tarde a las Ventas del Espíritu Santo. Ramón transcribe el capítulo «Baile chulo en Las Ventas» de un libro que iba a publicar y en el que Solana describe el ambiente animado de la gente

⁵⁸⁴ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Prólogo», p., 9.

⁵⁸⁵ *Ibidem*, p., 24.

⁵⁸⁶ Ramón nos transmite la sensación que le produjo: «El Café de Levante que ve Solana es turbio, osado, sobrecargado de tipos, buen sitio para ir revelando a su luz las placas de realidad que trae de la calle y que le han salido al paso en las esquinas.», Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Genealogía y primeros pasos», p., 33.

que acude a estos destartalados merenderos donde comen gallinejas y churros para observar personajes que después trasladará a sus cuadros. Hay barreños de aceitunas, de escabeche, de arenques prensados y cajas de boquerones; peluquerías baratas con cortinillas de percal rojo; farmacias pueblerinas donde el boticario vestido con un batín largo y un casquete negro lee el periódico sentado en la puerta; los carreteros y pellejeros aparcen sus carros en las puertas de las tabernas y entran a beber vino de la tierra «se limpian el sudor de las frentes con la palma de la mano, y comen chorizos, longaniza y mojama para tragar más vino.»⁵⁸⁷ Se oyen acordes de un piano de manubrio que toca piezas del género chico y hay bailes de organillo.

Solana recorre solares para encontrar nuevos modelos como chulos con capas largas de toscó embozo, hombres castizos con gorra, el fondo de las casas a medio derruir con puertas desiguales, gateras y alacenas, carros con grandes ruedas tirados por mulas torpes. Ramón corrobora y comenta el deseo de su amigo:

Los que hemos sido del tiempo de Solana y recordamos bien lo que nos removi6 el esp6ritu y el cuajo, nos acordamos bien que est6bamos en una ciudad llena de derribos promovidos por el af6n de reformarla y ensancharla.⁵⁸⁸

Solana sab6a que todo aquello era transicional y triste, pero aun as6 era la verdad de su tiempo, lo que iba a quedar debajo de otras edificaciones de tipo distinto –altos y vanos cinemat6grafos- y quiso perpetuarlo.⁵⁸⁹

Cuando el Caf6 de Candelas fue derruido se march6 a Santander. Unos meses despu6s regres6 a Madrid y se instal6 en un piso entresuelo de la calle del Arenal. Durante un tiempo se hosped6 en la Posada del Peine⁵⁹⁰ situada en el centro de Madrid adonde

⁵⁸⁷ Ram6n G6mez de la Serna, *Jos6 Guti6rrez-Solana*, ob. cit., «Vivir y pintar», p., 45.

⁵⁸⁸ Ram6n G6mez de la Serna, *Jos6 Guti6rrez-Solana*, ob. cit., «Cuadros y m6s cuadros», p., 64. Ram6n transcribe 6ntegro (*Ib6dem*, pp., 64-15) su art6culo «Marginalia. Los descampados» con la ilustraci6n del cuadro «Un descampado» de Solana que se public6 en *Nuevo Mundo*, Madrid, 28 de enero de 1927, A6o XXXIV, N6m. 1.723, s. p., Art6culo ya citado en *Elucidario de Madrid* en el apartado II.1 Libros.

⁵⁸⁹ *Ib6dem*. p., 66.

⁵⁹⁰ Hemos aludido a esta posada en su libro *Pombo* incluido en el apartado II.1 Libros.

acudían los provincianos. Su nombre se debía a que entre los servicios estaba incluido el peine junto con la cama y el lavabo. Era la única que tenía una báscula en su portal para que los huéspedes que quisieran pudieran pesarse y comprobar que su peso había aumentado gracias a los guisos de la posadera.

Volvió a Santander y regresó de nuevo a Madrid, esta vez con toda su familia, por la insistencia de Ramón que le convenció escribiéndole que quería que asistiese a su tertulia de Pombo. Se instalan en un caserón de un piso en la calle de Santa Feliciana con su portera, una mujer de pueblo que guarda su casa.

En esa época Solana pinta sobre todo procesiones y carnavales: «En esa España recrudecida, metida en su solar como nunca, de principios de siglo, los carnavales tenían gran abundancia de caretas de muerte y en los estandartes y en los disfraces había costillares amarillos de húsares ya mondos y lirondos.»⁵⁹¹ Aparecen máscaras tristes de los arrabales que no entran en la ciudad y su principal modelo, según Ramón, las «destrozonas»,⁵⁹² que van vestidas de cualquier modo y son los hijos de las porteras convertidos en pequeñas criadas que no les importa llevar careta de hombre con bigote. Cuando les preguntan de qué van disfrazados responden con humor de «Tango», de «Estrafalario», de «Esperpento» o de «Panadero convertido en Marqués». Disfrutan del Carnaval gritando y riéndose de todo, bebiendo y merendando. Ramón recuerda:

Por entre ellas nos hemos paseado Solana y yo encantados con estas máscaras vestidas con cosas descabelladas, de distinto padre y madre cada prenda, verdaderos encuentros en la ropavejería del mundo.⁵⁹³

Solana ha observado otro carnaval aún más sencillo. Lo celebran en Tetuán, junto a las puertas de la plaza de toros, en la plaza de los Mostenses y los chiquillos de las porteras

⁵⁹¹ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Procesiones y carnavales», p., 90.

⁵⁹² Ramón publicó en *Buen Humor*, «Destrozonas», Madrid, 26 de febrero de 1922, Núm. 13, p., 9. que después incluyó en su libro *Ramonismo* analizado en el apartado II.2 Libros con recopilaciones de artículos periodísticos y textos procedentes de otras publicaciones.

⁵⁹³ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Procesiones y carnavales», p., 93.

con sus disfraces zarrapastrosos y caretas de gato, perro o mono utilizan el rabo para compartir zurriagazos y se mueven por callejuelas desiertas y solitarias de Madrid.

En agosto de 1920 fallece su hermana y en diciembre del mismo año su portera. Ramón asiste a su casa y se encuentra la media puerta cerrada y a la hija de la portera aún novicia, rezando y «leyendo un libro forrado con tela de sotana.»⁵⁹⁴

En uno de sus paseos con los dos hermanos Solana subiendo por la calle de Fuencarral mientras miraban los carteles en las vallas donde se anunciaba el éxito de «la Chelito» o «Almacenes San Marco», entraron a cenar en la «taberna del Barbas» que Ramón ya conocía. Tenía habitaciones con una cocina apagada al fondo y el Barbas recogía los encargos que una vez pedidos no se podían cambiar: «si habíais dicho huevos con chorizo, nada de rectificar y pedir merluza, porque toda la amabilidad con que acogió nuestro pedido se volvería cólera de coronel de inválidos con reuma.»⁵⁹⁵

Ramón comenta algunos temas recurrentes en lo que denomina «pintura-escrita» de Solana como la muerte y los valientes toreros de pueblos con sus trajes de luces de segunda mano que «Se juegan la vida por el jornal de un bracero y ofrecen las carnes al puñal que hiere envainado, con vaina de cuerno.»⁵⁹⁶

Solana instalado definitivamente en su casa del Paseo Ramón y Cajal, va vendiendo⁵⁹⁷ todos sus cuadros y cuando Ramón le pregunta por alguno de los que tenía en sus paredes a veces desconoce quién lo compró. Una tarde le regaló un torero antiguo que

⁵⁹⁴ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «El cuadro de la tertulia y otros sucesos», p., 107.

⁵⁹⁵ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «En casa del Barbas», p., 128.

⁵⁹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Más cuadros», p., 152.

⁵⁹⁷ Ramón expresa lo que siente ante la desaparición de esos cuadros: «¡Desmantelamientos irreparables que, para el admirador, son como un robo cometido con el engaño del dinero!», Ramón Gómez de la Serna, *José Gutiérrez-Solana*, ob. cit., «Última época», p., 173.

había comprado en una almoneda y que a Ramón siempre le había encantado. Lo colocó en su despacho pero sintió que algo nefasto iba a suceder.⁵⁹⁸

Ramón lo encontró por última vez en la calle del León buscando pinturas, pinceles, lienzos y marcos. «Solana desapareció en el fondo de “La Paleta Artística” y ya no le volví a ver más y lo perdí todo y fue verdad que el torero mal-agorero suponía una catástrofe.»⁵⁹⁹ Solana estaba en pleno éxito y Ramón recibía catálogos de todas sus exposiciones.

Concluimos su biografía con estas elocuentes palabras de Ramón:

Solana hace verdadera geografía pintoresca, propalando lo que hay en el barranco a los que están lejos del barranco. Ve el teatro nacional lejos de su sede teatral. Transfunde la sangre roja y negra de Iberia.

El papel de Solana es el de testigo de una época.⁶⁰⁰

El costumbrismo ramoniano en *José Gutiérrez-Solana*, es distinto a las dos biografías anteriores por la época y los intereses de los biografiados. Coinciden en su individualismo e incompreensión por parte del público con sus primeras obras, pero con Solana Ramón comparte sus alegrías o amarguras como amigo y confidente único. Ha estado con él desde sus comienzos y conoce su trayectoria humana y artística. El costumbrismo se basa en los lugares a los que se desplaza para buscar tipos que sirvan como modelos para después reproducir en su escritura/pintura. En su biografía Ramón introduce la Posada del Peine, la «taberna del Barbas», las Ventas del Espíritu Santo o el Carnaval de Tetuán, como hemos señalado durante nuestro análisis. Son fiestas y reuniones de los arrabales de Madrid en las que aparecen seres marginados que disfrutan de una manera distinta a la considerada normal y que sin artistas como Solana probablemente no conoceríamos aunque forman parte del costumbrismo de Madrid.

⁵⁹⁸ Transcribimos su intuición: «[...] y cuando lo vi resplandeciente de valor y muerte le dije a mi mujer: —Ahora me doy cuenta de que este torero me va a traer una desgracia porque es el retrato de un torero muerto y la que preparó esta reliquia fue su viuda.», *Ibidem*, pp., 174.

⁵⁹⁹ *Ibidem*, p., 175.

⁶⁰⁰ *Ibidem*, p., 180.

Coincidimos con la opinión de Fernando Ponce sobre las biografías de Ramón:

Las biografías más interesantes que escribió Ramón están centradas en la peripecia humana de los escritores españoles de su tiempo. Con éstos, además de su capacidad fabuladora, puso en práctica los conocimientos directos que tuvo con ellos [...] Ramón ha escrito sobre ellos grandes documentos históricos y humanos que son absolutamente imprescindibles para conocer la vida de su tiempo y la de los hombres que la animan. En este aspecto, hay que acudir siempre a él, lo mismo como literato que como historiador.⁶⁰¹

II.6 Obras autobiográficas.

Los dos últimos libros que analizamos los escribió Ramón cuando se encontraba en su exilio de Buenos Aires, alejado físicamente de su querido Madrid desde 1936 porque siempre estuvo presente en su vida hasta el final. Escritos basándose en sus recuerdos sigue transmitiendo datos y anécdotas que no hemos encontrado en el resto de su obra. Son documentos de una vida coherente, fiel a sus principios que no han variado desde su juventud a pesar de las dificultades económicas que le supuso mantenerlos.

— *Automoribundia* (1948)

Antes de comenzar el análisis de *Automoribundia* nos parece oportuno transcribir la opinión de José Camón Aznar que resume la síntesis de esta biografía:

No es mucha la cala que Ramón deja a los exegetas que quieren apresar los detalles de su vida. Desde su mismo nacimiento, aquí están referidos, comentados, diseccionados hasta la última fibra nerviosa, todos sus avatares literarios y vitales. [...] Pero ahora ya, en esta obra —que podemos decir testamentaria y póstuma— se coloca en el centro del ruedo y arma este

⁶⁰¹ Fernando Ponce, *Ramón Gómez de la Serna*, ob. cit., Capítulo VI «Biografía: Nuestras vidas son los ríos», p., 119.

prodigioso libro en el que exprime hasta la última gota de sus experiencias vitales.⁶⁰²

Coincidimos con Jacqueline Heuer en su planteamiento: «En el caso de Ramón, si bien el pasado constituye el contenido de lo narrado, el estilo es del presente, o, en otras palabras, el que capta la acuñación verbal de la experiencia acumulada mediante la escritura, permitiéndole integrar armónicamente presente y pasado.»⁶⁰³

En esta primera edición de *Automoribundia* publicada en 1948, aparecen veintiocho láminas perfectamente detalladas al final indicando las páginas en las que se insertan. Ramón escribe en su dedicatoria: «A mi mujer, Luisa Sofovich, que me ha acompañado románticamente tantos años, y a la que debo las confidencias de mi larga vida de aspiración al Ideal.»⁶⁰⁴

Ramón nos revela en el prólogo el porqué del título y su contenido;

Título este libro “Automoribundia”, porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente el estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras

En realidad, esta es la historia de un joven que se hizo viejo sin aperibirse de que sucedía eso, contando algo que pasó o tuvo a su alrededor, y que le obligó a pensar en pensamientos independientes.⁶⁰⁵

Ramón empieza remontándose a su nacimiento el 3 de julio de 1888 en Madrid en el segundo piso de su casa situada en la calle de las Rejas número 5 y evoca su nacimiento,

⁶⁰² José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, ob. cit., «*Automoribundia*», p., 197.

⁶⁰³ Jacqueline Heuer, *La escritura (auto)biográfica en Ramón Gómez de la Serna*, Genève, Slatkine, 2004, Capítulo 9 «La organización textual de *Automoribundia*», p., 183.

⁶⁰⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, s. p.,

⁶⁰⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., «Prólogo», p., 9.

las visitas para ver al recién nacido y su bautizo en la ciudadana iglesia de San Martín cuando al oír que le llamaban Ramón, Javier, José y Eulogio se sintió indignado por el último. Siempre le gusto Ramón «Me agrada mi nombre, no sólo porque lo vi tan mecido en los jardines por ese Himno Nacional de la infancia que es el “Ramón del alma mía”, sino porque [...] cuando se bautiza a un niño con él se le prepara un destino pacífico: de empleado de correos o de hombre de letras.»⁶⁰⁶ También se siente orgulloso de su apellido porque Gómez y Serna significan «Señor de la tierra».

En esta época es cuando más se manifiesta su costumbrismo con los recuerdos de sus continuos cambios de residencia y sus primeras percepciones. Cuando nació su hermano Pepe se trasladaron a un piso bajo con balcones ubicado al comienzo de la Cuesta de la Vega. Allí Ramón empezó a observar lo que sucedía en la calle, los coches de caballos que se desbocaban al bajar la cuesta y los entierros que pasaban por allí hasta llegar a San Justo y a San Isidro.

Sus primeros paseos fueron en la Plaza de Oriente donde subía en el coche de niños que daba una vuelta alrededor de los reyes de piedra y tiraba del badajo de las numerosas campanillas que tenía en el techo. Solía ir con su criada asturiana a la farmacia militar donde compraban los medicamentos su familia. Era una «tienda sin presunción, un tanto sórdida, con más responsabilidades en el polvo y el peso que las farmacias que daban un caramelo a los niños [...]».⁶⁰⁷

Desde su casa observaba los portales en los que entraban los coches de caballos y recuerda la mezcla de luz de quinqué con la luz de la vela cuando entraba su padre a la habitación con una horquilla de acero para matar a los mosquitos que no les dejaban dormir. Con la llegada de su tercer hermano Javier se trasladan al tercer piso de una casa en la calle de la Corredera Baja también con balcones. Le gustaba la intimidad que tenía y jugar con su hermano en la galería de cristales.

⁶⁰⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo I, p., 19.

⁶⁰⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo III, p., 29.

Quedó encantado un día de verano cuando acudió con su padre al «Balneario» que eran los baños que había entonces en el Manzanares con casetas de esterilla que daban sombra dejando entrever la luz del sol por sus persianas de cañizo.

Oía pasar muy temprano las burras de leche con sus cencerros y los carros cargados con latas de petróleo que transmitían su olor a quinqué a la mujer que subía a los pisos para entregarlos y que pudieran funcionar las lámparas. Ramón relata el cambio experimentado con la llegada de la electricidad:

Nos sentimos mejor iluminados pero menos independientes, y a veces había que volver a las lámparas de petróleo [...] Era una luz más fría, mas inhospitalaria, que nos metía en una gran sopera de porcelana deslumbrante, pero que alejó el mundo de los fantasmas.⁶⁰⁸

Ramón y su hermano Pepe acuden a al Colegio del Niño Jesús, su primer colegio, situado en la calle de la Corredera. Durante el trayecto que empezaba a las ocho de la mañana y con su carpeta de hule negro recuerda a los caballos echando humo por los ollares. Sus primeras observaciones fueron los tinteros redondos, la escalera como medio de evasión más como ascenso a las clases y el platero instalado con su sobrino en el ancho portal del colegio con sus relojes y sus pendientes colgados en una pequeña vitrina.

Acudían a veces a la lechería de donde llevaban la leche a su casa. Estaba situada en la Plaza de Isabel II, y la lechera viuda era una institución, Le querían cerrar el establo que estaba en pleno centro y lo consiguieron sustituyéndolo por un cine aristocrático. En esa época la mayor fidelidad la representaba el lechero:

Por eso el lechero corre, brinca, tiene carritos raudos, es fijo en sus entregas, nunca falla, y lo mismo se presenta a las seis de la mañana que a las seis de la tarde. [...]

⁶⁰⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo VI, p., 51.

Quizá lo único que seguro que resta en las vidas que aún no han sido desbaratadas, es ese botellón de leche que aparece providencialmente a la puerta de su casa.⁶⁰⁹

Uno de los días más felices de su niñez era el día de San Pedro y San Pablo, porque era el único día que les dejaban salir del convento donde estaban internas a sus primas Lola y Teresa.⁶¹⁰ Se reunían a las seis de la mañana en la calle llena de churreras para estar a las siete en punto en la puerta del convento:

Había para llegar al convento un tranvía y después nos quedaba la bajada de la calle de Mesón de Paredes, bravía de casticismo, con sus cien tabernas abiertas y ya los portales barridos con la escoba de la cotidianidad que sólo manejan las porteras aseando el día, dándole trazas de viviente como verdaderas comadronas de su nacer faenario.⁶¹¹

Disfrutaban las doce horas que tenían de vacaciones jugando a contar las losas de las aceras, los guardias, los faroles o los coches y ellas observaban asombradas las estatuas, los carros, las carrozas o los vendedores de periódicos. Desayunaban en una alquería sentados en una mesa rústica y llegaban a su casa a la hora de comer. El balcón les daba vértigo acostumbradas como estaban a la planta baja y a los patios del convento. Cuando iba llegando la hora del regreso la tristeza les invadía a todos e intentaban paliarla sacándoles todo lo que tenían: estampas divertidas, bolitas de cristal, papel de plata para que se hicieran una sortija; sin embargo, nada consolaba la separación durante otro año entero.

Cuando sus hermanos contrajeron la tosferina, Ramón fue trasladado a casa de su abuela, un piso bajo situado en la calle de Monteleón, para evitar ser contagiado por sus hermanos. Era una mujer entrañable que vivía de su escasa pensión a pesar de que su

⁶⁰⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo VII, p., 57.

⁶¹⁰ Eran las hijas de su tía Milagros, hermana de su padre, que vivía con ellos desde que se separó de su esposo.

⁶¹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo VIII, pp., 59-60.

esposo brigadier había recibido varias cruces militares honoríficas. «Se sentaba junto al costurero cerca del balcón mientras zurcía su manto y su manteleta con zurcidos que no se notaban después [...]»⁶¹² Era muy silenciosa, pero dejaba a Ramón jugar con el plumero y con todo lo que se encontraba en el costurero.⁶¹³ Preparaba guindado que conservaba en botellas y sólo cuando sus nietos estaban enfermos les dejaba tomar una copita.

Ramón descubrió en el retrete su afición a decorar las paredes de sus casas con estampas:

En aquel cuarto misterioso la abuela había pegado todas las estampas que regalaban en los paquetes de chocolate y otras estampas de cuentos de niños y de obsequio de almacenes y perfumerías. El cubículo estaba cubierto por completo, y ángeles, niñas jugando al aro, bañistas con largos trajes a rayas y payasos, ponían sus colorinches desde el techo al zócalo, incluido el revés de la puerta. ¡Apoteosis del cromo!⁶¹⁴

Cenaban deprisa para que el calentador de la cama, cuyo depósito de cobre había llenado previamente su abuela con el carbón caliente que había utilizado para calentar la cena añadiendo sahumerio y romero, hubiera cumplido su misión manteniendo cálidos los lechos.

A pesar del aislamiento Ramón contrajo la tosferina y en su artículo «Los niños con tos ferina», publicado en 1923, recuerda que podía estar en la Plaza de Oriente aunque algunos niños se apartaban para no ser contagiados y critica el confinamiento de los niños que la habían contraído en zonas aisladas de los jardines y de los paseos públicos. Ramón

⁶¹² Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XI, p., 73.

⁶¹³ Ramón describe el costurero: «Desde luego, era un mueble complicado, con tapadera almohadillada en raso verde, espejo en la contratapa, fondo de cajoncitos, y después dos o tres cajones independientes debajo de esa cripta principal, todo barnizado con el negro brillante de los muebles chinos.», *Ibídem*, p., 72.

⁶¹⁴ *Ibídem*, p., 77.

disiente de esta ordenanza: «En la nota oficiosa de la Alcaldía se dice, para dorar la orden: «"en la hermosa parte del Retiro, admirablemente soleada".»⁶¹⁵

Ramón recuerda a «Antonia *la cambiante*, sargentona de las lavanderas»⁶¹⁶ que aparecía en su casa con los sacos llenos de la ropa limpia apoyados en la cadera y llevaba cambiados veinte duros en perras gordas y chicas: « [...] Traía los sacos apoyados sobre la cadera y llegaba respirando fuerte y oliendo a cardenillo, el perfume humilde de la calderilla, pues como se vivía al céntimo y de monedas, era esencial para una casa de familia tener *perras gordas y perras chicas* para todo lo que se iba presentando.»⁶¹⁷

Ramón era un asiduo visitante de la cocina donde observaba todo lo que allí había como la tabla de lavar con su madera acanalada y los vasares cubiertos con papeles recortados en la punta que se abrían en acordeón: «La vida de la modestia española ha estado en esos papeles, y a mucha honra.»⁶¹⁸

El año 1896 fue para Ramón un año muy agradable, en su casa había tertulia nocturna y los quinqués permanecían encendidos hasta pasada la medianoche porque todos leían antes de acostarse: «La superación familiar se realizaba en las clases medias y hasta bajas, dadas a un señorío de sus vidas, digno, casero y cómodo.»⁶¹⁹ Las señoras tenían sus reclinatorios con flecos en la iglesia a la que iban, los empleados de correos pegaban con su saliva los sellos de las cartas, las damiselas sacaban las manos de los manguitos, se confiaba en los vecinos y los caballeros solitarios o sin hogar se hospedaban en casas de

⁶¹⁵ Ramón Gómez de la Serna, «Los niños con tos ferina», *El Sol*, Sección La vida, Madrid, sábado 9 de junio de 1923, Año VII, Núm. 1.820, p., 1. Ramón se apiada de estos niños: «Ese momento de desgracia y de interminable epilepsia que hace que el niño se agarre a un árbol y se retuerza en tránsito de niño endemoniado, provocando todos los "¡pobrecito!" enternecidos de las amas, será mucho más sombrío en ese rincón marcado por la sogá sanitaria que confinará desde ahora a los niños atacados por la tos ferina.»

⁶¹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XIII, p., 85.

⁶¹⁷ *Ibídem*.

⁶¹⁸ *Ibídem*, p., 92.

⁶¹⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XV, p., 104.

pensión con gabinetes de sillas doradas, donde las dueñas eran señoras viudas y amables que los cuidaban cuando estaban enfermos dándoles tisanas en tazas de porcelana: «La grandeza de aquel año estaba en ese pararse en una credulidad, en una conducta y en la seguridad de que la vida es ir viviendo los días con educación, con cierta cultura, con sentimiento profundo.»⁶²⁰

Con el cambio de siglo y después de haber vivido en Palencia y Frechilla por los traslados de su padre, la familia regresa a Madrid y vive en una nueva casa situada en la calle de Fuencarral. Ramón con doce años asiste a su nuevo colegio de los Padres Escolapios del que guarda un grato recuerdo por su amabilidad y vocación. Sabían «que la infancia es una primavera que se repite como la de los brotes y las nuevas flores de las macetas que decoran sus ventanas.»⁶²¹

En 1900 la moda se volvió más discreta, comenzó a funcionar un limpiabotas mecánico, se pusieron bombillas más potentes, los trenes cambiaron sus lamparillas de aceite por luces eléctricas, proliferan los coches de caballos, se instalaron altos sillones en los bares, los caballeros llevaban bastones y las damas sombrillas,

Un día memorable para Ramón fue la coronación del rey Alfonso XIII en la primavera del año 1902. Recuerda la alegría de su familia vistiéndose para ver la ceremonia. Ramón, para evitar las aglomeraciones, se dirigió al Retiro donde se situó en el exterior y compró una gaseosa en un puesto de bebidas que había junto a la verja. En el interior, el estanque estaba adornado con guirnaldas de flores y farolillos y estaban preparados los músicos y los fuegos de artificio. Había puestos de barquillos, de abanicos, de sombrillas, de flores artificiales y el puesto que recuerda especialmente «es el de una fábrica de perfumes, con pequeños surtidores alrededor de su quiosco hecho con pedazos de azulejos, y en los que se impregnaban gratuitamente los pañuelos del público.»⁶²²

⁶²⁰ *Ibidem*, p., 105.

⁶²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XVIII, p., 126.

⁶²² Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXII, p., 152.

Con la llegada de la adolescencia Ramón experimentó un cambio inesperado. Detestaba que lo llamasen el primogénito; protestaba por la sopa pronta a enfriarse o la repetición de croquetas; se vestía de negro⁶²³ para salir a pasear; despreciaba el sacacorchos, el libro de los certificados que llevaba el cartero para firmar, las credenciales e incluso un bolsillo de cota de plata que tenía su padre para guardar las monedas y volvía a su casa irritado sin saber la causa. Después reconoce que: «La adolescencia concita en sí toda la tontería humana. El engaño de la vida es bárbaro y nadie lo sabe aclarar.»⁶²⁴

Su padre es nombrado Director de los Registros y se mudan a la calle de la Puebla en el primer piso de una casa grande donde Ramón instaló su primer despacho con cosas del Rastro. Es allí cuando recibe en un cajón procedente de una imprenta de Segovia la primera edición de su libro *Entrando en Fuego* y que toda la familia celebra. El título lo eligió Ramón entre las dos opciones de su padre desechando la otra *Páginas de un bisoño*. Todos los ejemplares los fue repartiendo por las librerías y en una situada en el piso bajo del edificio de la Equitativa, el escritor/propietario le dijo:

—Déjemelos todos... Yo pondré uno en el escaparate. Pero no se extrañe si no se vende ninguno... Blasco Ibáñez se llevaba íntegros y atados con la misma cuerda con que los traía, los ejemplares de sus primeras obras.⁶²⁵

En 1906 contrae matrimonio el rey y Madrid vive días optimistas. Ramón admiraba a Alfonso XIII y lo consideraba «rey y antirrey»: «Se burlaba de la autoridad y se

⁶²³ Ramón es muy crítico con esta etapa de su vida: «Como vestido de murciélago —todos en esa época tendíamos a cerrar la abertura del chaleco como pequeños Unamunos—, me enganchaba mucho en los flecos de los mantones y todo turbado me desenganchaba con premura, sin reparar en la real moza a la que había hecho detenerse en su camino.», *Ibídem*, p., 166.

⁶²⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXV, p., 164.

⁶²⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXVII, p., 182. Ramón comentará después acerca de esta advertencia: «Y en efecto, tanto de esa librería como de otras me llevé el mismo número de ejemplares que había entregado y hasta a veces dos o tres más, como si hubiesen proliferado en el sótano.» Ramón Gómez de la Serna, *Mis Mejores Páginas Literarias*, ob. cit., «Preámbulo a esta antología» (Fechado en Buenos Aires, noviembre 1956), p., 8.

sentía un paisano más del pueblo castizo, asomándose al paisaje como sólo el gran pintor se asomó desde las habitaciones de Palacio.»⁶²⁶

Ramón recuerda «El día del estero» que indicaba la llegada del otoño. Todos observaban cómo los estereros extendían los rollos de estera sobre periódicos viejos por los pasillos y claveteaban las alfombras viejas con paja debajo en las salas y en el despacho: «Según cuando aparecía el frío, eran llamados más o menos pronto los estereros, hombres de la huerta y del campo, que se sentaban sobre las esteras con cuchillo, hilo de cuerda, aguja grande, martillo y clavos.»⁶²⁷ No contaban las horas de trabajo se iban cuando terminaban su trabajo y se despedían hasta el día del desestero. Lo único que pedían antes de marcharse era un vaso de vino.

Pasan los años, fallece su madre, finaliza su carrera de derecho y después de dos años en París, Ramón vuelve a Madrid encontrándolo más entrañable que nunca. Observaba que había menos albañiles pero seguían comiendo sin prisa su apetitoso arroz azafranado junto a la valla de su trabajo. Sentía que los carpinteros y los hijos de los porteros podían aspirar a ser toreros, abogados o lo que quisieran y considera que la clase política se preocupaba por España y por mantener sus distritos en equilibrio apoyando sus fiestas y ferias. Ramón comenta:

Lo maravilloso de aquel tiempo es que permitía que fuésemos seres marginales, y había un gran encanto en gozar de las churrerías nocturnas que eran los cabarets de los poetas.⁶²⁸

En esa época descubre el barrio de Santa Cruz con calles llenas de tabernas, colmados⁶²⁹ y sastrerías que recorre con su amigo Nicasio Hernández Luquero «el señor de Arévalo» que vivía siempre en casas de huéspedes.

⁶²⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXVIII, p., 184.

⁶²⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXVIII, p., 187.

⁶²⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXXII, p., 226.

⁶²⁹ Según la R.A.E. «Figón o tienda donde se sirven comidas especiales, principalmente mariscos.»

Se sentía como un transeúnte más que observaba el taller del sillero lleno de paja, mimbre y madera en el que tejía los cómodos asientos; al cartero de la una; a la vendedora de alfileres clavados en papel azul o a mandaderos de restaurantes con seis platos aún calientes en las tarteras. Ramón recuerda cuando una tarde, agobiado por una tormenta de verano, entraba y salía del balcón y sabiendo lo que quería decir, pero no sin poder expresarlo surgieron sus greguerías:

Las “greguerías” iban a ser en la España de frase ancha, de franja lematizada, de textura refranera o grave, de lo que llamaba la atención sobre el vivir intenso de los átomos que nos forman y componen en definitiva.⁶³⁰

Con la renuncia de su padre a la manipulación política, abandonan la calle de la Puebla y se trasladan a un hotelito de su propiedad en la calle María de Molina que había comprado para que sus hijos tuvieran siempre una casa. Tenía tres pisos y Ramón instaló su segundo despacho como último refugio. Desde su balcón veía como las casas bajas eran sustituidas por otras más altas. Continuaba su labor literaria y periodística gratis y alquilaba una motocicleta con sidecar para entregar sus artículos. Ajeno a lo que significaba la guerra del 14, buscaba un café para reunirse con los jóvenes de su generación y encuentra Pombo:

¿Que aquel café era tan viejo que podía desaparecer pronto? Utilicé mi concentración de augur que conoce España y me di cuenta de que aquello aún pareciendo tan vetusto iba a vivir mucho, más probablemente que nosotros mismos los jóvenes contertulios.⁶³¹

En los siguientes capítulos Ramón rememora su primer viaje a Portugal en 1915; sus primeros artículos pagados; la muerte de su padre y la venta del hotel con el que inicia la construcción de El Ventanal en Estoril; su instalación en la buhardilla de la calle de Velázquez conocida como «el torreón» su despacho más querido donde coloca su famosa muñeca de cera y su farol y sus banquetes en Pombo.

⁶³⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XXXV, p., 250.

⁶³¹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XLI, p., 296.

En el capítulo LVII Ramón confiesa las dos grandes ilusiones de su vida, la estación del verano y los nardos como flor que simboliza Madrid en verano. Su mayor delicia era observar a la vendedora de nardos cuando esperaba en la salida de los teatros o de los bares y salía la gente, los vendía por separado o colocaba uno en el ojal de la solapa. Ramón disfrutaba del verano en Madrid, es cuando la ciudad estaba más tranquila porque la mayoría de sus habitantes estaban veraneando. Se dedicaba a escribir y paseaba por las tórridas calles, Era la estación de las fiestas y verbenas y cuando la Banda Municipal tenía más trabajo y alegraba la ciudad.

Ramón resume *Automoribundia*:

Con todo eso, este libro es un retrato completo, es la historia de un viviente y de una pequeña época, reflejadas con toda la veracidad posibles.⁶³²

Mi conciencia artística está tranquila, y al repasar las páginas de mi obra noto que he dado a todo un fondo de verdad y sinceridad que no admite turbación y arrepentimiento. He procurado dar de beber juicio ecuánime y tolerante al hidrófobo, realizaciones de amor a las almas anhelantes y tímidas, compañía cordial a los enfermos de aburrimiento procurando crear formas nuevas para los tiempos nuevos.⁶³³

Coincidimos con Jacqueline Heuer cuando afirma: «En *Automoribundia*, obra apoteósica y clave de su visión del arte y de la vida, [...] libro fragmentario y misceláneo, pero coherente por su sentido último, Ramón reinventa y vivifica el género autobiográfico.»⁶³⁴

En *Automoribundia* el costumbrismo se basa en sus recuerdos infantiles y de su adolescencia como el ambiente familiar en sus distintos traslados y los personajes que

⁶³² Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., «Prólogo», p., 10.

⁶³³ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, ob. cit., Capítulo XCVII, p., 723.

⁶³⁴ Jacqueline Heuer, *La escritura (auto)biográfica en Ramón Gómez de la Serna*, ob. cit., «Conclusiones», p., 345.

acudían a ella como el sestero, el lechero o la lavandera; sus juegos y paseos a los que asistían con sus padres o con su niñera; la estancia en casa de su abuela con sus hábitos y dedicación a su nieto; el día de asueto con sus primas internas en el convento o celebraciones a las que asistió como la coronación de Alfonso XIII con las preparaciones dignas del evento en Madrid con adornos y puestos de todo tipo. Ramón escribe aspectos de su vida tamizada desde la lejanía de su Madrid, pero sin nostalgia. Fue su mejor época hasta el fallecimiento de sus padres.

— *Nostalgias de Madrid* (1956)

La primera edición de esta obra fue publicada en Madrid por Ediciones y Publicaciones Gráficas dentro de la colección El Grifón de Plata en 1956. Nosotros analizamos la publicada en Madrid diez años más tarde en la que accedemos directamente al texto sin introducción; sin embargo Ramón en su libro *Mis mejores páginas literarias* cuyo Prólogo está fechado en 1956 en Buenos Aires encontramos su explicación:

Después de mi “Elucidario de Madrid”, y de mis novelas de Madrid, y de mis artículos sobre Madrid, vaya el lector este nuevo Madrid visto a través de la leve niebla de la distancia que para mí ha sido barniz sonsacador de nuevos matices.

Parodiando eso “de Madrid al cielo y en el cielo un agujerito para verlo”, yo diré: “de Madrid a Buenos Aires y allí un catalejo para observar mejor a mi Madrid”.⁶³⁵

José Camón Aznar declara acertadamente: « [...] Todo en este libro es entrañable, cercano, asible, como si su estampa no hubiera pasado por el recuerdo. Son instantáneas del Madrid auténtico, cotidiano, del Madrid resbalado por la mirada y hasta por el tacto. Del Madrid del paseante sin énfasis, que circula por las calles mil veces recorridas, sin

⁶³⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Mis Mejores Páginas Literarias*, ob. cit., «Nostalgias de Madrid. Prólogo», p., 163.

asombros, sin carácter, recorriendo otra vez la huella que esos paseos ha dejado en la conciencia.»⁶³⁶

Ramón empieza el libro con una relación de evocaciones que realzan su madrileñismo. Ramón define Madrid como una ciudad singular en la que las casas viejas contagian su sencillez a los grandes edificios; las ancianas rejuvenecen sus manteletas metiéndolas en café; cualquier hombre tiene un buen gabán para abrigarse pertenezca al estatus que sea; los mozos de cuerda, que ya no existen en otras ciudades, siguen trabajando con su gran banda de cordaje cruzándoles por el pecho; los que no tienen para encender sus cigarros piden sencillamente lumbre, la siesta es algo sagrado en verano, y las tabernas tienen carteles espontáneos: «¡Oye, tú, que hay callos!»⁶³⁷

Para Ramón, Madrid:

Es la magia del junco en que vienen atados los churros y que evoca las orillas juncas llenas de junqueras del Manzanares.⁶³⁸

Es gritar en medio de la noche: «Vamos a una *churriquería* cualquiera.»

Es llamar a la luna «Pepa la frescachona» [...]

Es que el ambiente esté verbenizado.⁶³⁹

[...] es que su santo, San Isidro, sea un santo de posada⁶⁴⁰

[...] es canto de monjas recién despertadas en la madrugada, mientras, paralelamente, las mendigas exclaustadas se lavan en las fuentes.⁶⁴¹

⁶³⁶ José Camón Aznar, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras* ob. cit., «*Nostalgias de Madrid*», pp., 225-226.

⁶³⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1966, «Letanía de Madrid», p., 15.

⁶³⁸ *Ibidem*, p., 15.

⁶³⁹ *Ibidem*, p., 16.

⁶⁴⁰ *Ibidem*, p., 18.

⁶⁴¹ *Ibidem*, p., 20.

En el capítulo «El carpinterillo y el hojalatero» aparecen dos personajes que caracterizan la primera época de Ramón. El carpinterillo se encargaba de arreglar y restaurar toda clase de muebles e incluso añadir copetes y tableros. Acudía a la casa que requería sus servicios cuanto antes o, si tenía trabajo, después de cerrar el taller. Era fiel a su clientela que lo consideraba como suyo. Ramón recuerda ir a buscarlo a una calle solitaria donde tenía el taller en cuyo umbral se encontraba su gato. Cuando llegaba a la casa sabía inmediatamente lo que le pedían y con su lápiz tomaba las medidas necesarias para realizar su impecable trabajo.

Para que pudieran contactar con él había dado el número de teléfono de un vecino y un día dejó de responder a las llamadas. Ramón intuye su desaparición por el exceso y la clase de trabajo que le pedían provocado por el progreso, como las literas de dos o tres pisos, las camas plegables o las mesas de doble uso y añora su pérdida:

Con un carpinterillo, el mundo era fácil, modificable, ampliable, acomodaticio. [...]

Ya ni aquí ni allí se encuentra fácilmente un carpinterillo, y ya no se pueden injertar alas y adehalas a los muebles, sino que hay que comprar otros si los que se tienen resultan angostos.⁶⁴²

El hojalatero colocaba, reparaba y restañaba los utensilios o recipientes que le llevaban. También está desapareciendo y espera las chapuzas que le llevan para sobrevivir como una alcuza dañada que mira al contraluz y cuando ve por donde está el agujero la restaura en pocos minutos. Cuenta Ramón: «El hojalatero era el que ponía a las casas su adornado quiquiriquí, sus encopetadoras y plomizas flores, su decorativa punta de casco y también la tornadiza veleta cuspidal.»⁶⁴³

Ramón publicó en 1923 un artículo titulado «Ante las hojalaterías» en el que califica las hojalaterías madrileñas como exposiciones de orfebrería. Los hojalateros

⁶⁴² Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «El carpinterillo y el hojalatero», p., 48.

⁶⁴³ *Ibidem*, p., 50.

fabrican en sus talleres, situados en patios o en el fondo de algún piso interior, obras relevantes que mezclan entre sus coladores, espumaderas, aceiteras o cacillos: «Esas obras, que el hojalatero hizo en sus ratos de inspiración, cuando intentó salirse de su oficio monótono, no las vende nunca. Pero son preciosas muestras de la tienda, atributos y señales que las distinguen entre todas.»⁶⁴⁴

A «La calle de la Montera» que aparece en *Elucidario de Madrid*, en *Azorín* y en *Las tres gracias* le dedica Ramón este capítulo. Destaca su cuesta que desemboca en la Puerta del Sol y que no supone obstáculo alguno por lo transitada que está aunque cuando había que subirla para regresar al hogar, había personas que cogían el tranvía por cinco céntimos sólo para remontarla. En ella se encuentran numerosas tiendas en las que se pueden comprar desde apliques bordados en oro, adornos y brillantes joyas baratas hasta corsés y dentaduras postizas.

Ramón alude a una parienta de Ortega y Gasset que durante sus ochenta y ocho años no había salido de la calle de la Montera y concluye.

En el momento del resumen me he preguntado: ¿No es bastante haber pasado y repasado la calle que mira más al cielo y ver desde su costanilla lo alto de los tejados y el inútil remolino del ágora de la puerta del Sol?⁶⁴⁵

La afición de Ramón por los balcones se remonta hasta su niñez por lo que no podía faltar el capítulo «Balcones y visillos». No sólo disfruta mirando desde ellos también lo hace mirando hacia ellos. Reconoce que aunque ha sido un observador perpetuo, todavía descubre nuevos balcones en los que se ven muchos niños que parecen pasar su vida en ellos y como las macetas o las prendas colgadas en ellos definen a sus habitantes.

⁶⁴⁴ Ramón completa su artículo: «Las hojalaterías madrileñas brotan quizás cuando las orfebrerías decaen, cuando la modestia impera de nuevo en la corte. Hay un momento en que el platero, desesperado, se dedica a trabajar la hojadelata.», Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La Vida, Madrid, miércoles 6 de junio de 1923, Año VII, Núm. 1.817, «Ante las hojalaterías», p., 1.

⁶⁴⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «La calle de la Montera», p., 60.

Los visillos son su complemento ideal. Permiten a los moradores asomarse cuando quieran porque les protegen: «Del visillo para adentro todo es recato, vida independiente, separación hidalga de la calle.»⁶⁴⁶ Cuando aparecen separados o anudados en forma de cortina pueden indicar la convalecencia de un enfermo. En las tiendas de telas hay carteles que anuncian la venta de visillos buenos con motivos de ángeles, pastoras o medallones de flores. Para Ramón:

Los visillos son los trajes de boda de los balcones, y representan el recato familiar. Con unos buenos visillos se puede vivir en cualquier casa de vecindad, y aunque la calle sea muy estrecha e impere mucho el fisgonismo de los unos sobre los otros. [...]

¡Balcones y visillos! Portadas y anteportadas del sagrado hogar.⁶⁴⁷

«La calle de los Estudios» no es una calle famosa pero sí popular por sus tiendas de telas, de baterías de cocina y algún platero de portal que vende bonitas joyas a precios muy asequibles para poder regalar a una novia sencilla. Lo que la caracteriza son sus tiendas de muebles de pino en donde se puede comprar todo el mobiliario de una casa para formar un entrañable hogar por poco dinero. Ramón recuerda haber comprado en una de esas tiendas muchas cosas y recibirlas al día siguiente con su aroma de nobleza de pueblo y también cómo los artistas que emigraron a Madrid en la guerra del 14 adquirieron sus muebles en esta calle. Ramón la evoca: «¡Socorrida calle de los Estudios: tú has provisto de muletas para el primer arranque a muchos que después te olvidaron, pero yo no te olvidaré nunca!»⁶⁴⁸

Ramón escribió en 1923 el artículo «Tiendas de muebles de pino» en el que elogia estas tiendas tan madrileñas de muebles de pino sin pintar que atraen a los transeúntes: «Entra en esas tiendas la luz de la mañana, que se polariza en los muebles claros, sinceros,

⁶⁴⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Balcones y visillos», p., 62.

⁶⁴⁷ *Ibidem*, p., 63.

⁶⁴⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «La calle de los Estudios», p., 80. Esta calle aparece en *Las tres Gracias*.

desnudos. Son estas tiendas como embarcaderos nuevos para los novios que han de poner casa.»⁶⁴⁹

En el capítulo «Amas de cría» nos describe Ramón a estas mujeres dedicadas a cuidar y amamantar a los niños de las familias que las contratan. Son exclusivas de España y todavía se mantienen aunque su aspecto ha evolucionado y no tienen nada en común con las antiguas amas que llevaban sus medias de lana tejidas por ellas ni con las enjutas y sobrias nurses del extranjero.

Observa cómo en Madrid hay menos que antes y son contratadas por familias acomodadas que les encomiendan a sus hijos y su apariencia debe de ser apropiada para mantener el estatus del niño. Se sitúan en los bancos de plazoletas o jardinillos donde da el sol, sin inmutarse por el ajetreo que hay a su alrededor y los niños de la calle no se atreven a molestarlas. Ramón describe su carácter y dedicación:

Contemplativas, sosegadas, oxeando las moscas que se posan en el cochecito, son como hadas que hablan con las brujas que se acercan, y gracias a su conversación y a su sana presencia conminan lo que podría haber de maléfico en la proximidad de la flaca enlutada que mira al niño dormido con sospechosa avidez.⁶⁵⁰

Aprovechan el momento luciendo sus encajes, sus blancos delantales, sus medias de seda, sus zapatos finos y su reloj de pulsera que les indica la hora de alimentar al niño porque saben que su trabajo es efímero y cuando el bebé salga de la lactancia tendrán que volver a sus pueblos y olvidarse de la vida fastuosa que han tenido por ejercer de madre honoraria.

«Las dos calles hermanas» llama Ramón a las calles paralelas del Príncipe y la de la Cruz y describe sus características. La calle del Príncipe es ideal para recorrerla sin prisa

⁶⁴⁹ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección La Vida, Madrid, martes 1 de mayo de 1923, Año VII, Núm. 1.786, «Tiendas de muebles de pino», p., 2.

⁶⁵⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Amas de cría», p., 107.

mirando los escaparates de sus peleterías, papelerías, sastrerías y una acogedora librería. Sus restaurantes y reposterías invitan a entrar: «Simpática, retrechera, puente optimista entre el Madrid central y el Madrid de a mano derecha, nos sentimos ministros —sin cartera— al pasear por ella, y en su breve espacio llevamos una sortija que nos presta al entrar y nos quita al salir.»⁶⁵¹ La calle de la Cruz es más seria con sus lonjas, tabernas, buenas casas de préstamos, fábricas de veneras y las mejores tiendas de capas: «Ese es el orgullo de la calle de la Cruz, el que mantiene la tradición de las capas, cuando a las perchas se las llamaba *cuelgacapas*.»⁶⁵²

En el capítulo «Las carracas carraspantes» Ramón transcribió parte de su artículo publicado en 1927 con el mismo título en *Nuevo Mundo*.⁶⁵³ Es en la Puerta del Sol, después del Carnaval, donde aparecen los carraqueros, y las carraqueras haciendo un ruido seco y desapacible con sus carracas. Ramón distingue dos clases, las carracas comunes y las de lujo adornadas con espejos aunque sólo se distinguen en el aspecto porque el sonido es similar. Las carracas, según Ramón, se inventaron para sustituir las campanas silenciosas durante la Semana Santa:

Sobre la cabera del hombre que vive en la casa en que hay carracas se cierne una inmensa carraca que es inverosímil que mueva un niño de menos de un año. Un turbión de virutas de ruido cae sobre el pobre padre de familia en cuya casa ha entrado la carraca temprana.⁶⁵⁴

En el capítulo «Asistentas del sábado» Ramón reconoce la labor de estas abnegadas mujeres que trabajan durante toda la semana esperando con ansiedad la llegada del sábado

⁶⁵¹ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Las dos calles hermanas», p., 120.

⁶⁵² *Ibídem*.

⁶⁵³ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevo Mundo*, Madrid, 18 de febrero de 1927, Año XXXIV, Núm. 1.726, «Marginalia. Las carracas carraspantes», p., 13. En uno de los fragmentos eliminados en el libro Ramón apela a su desaparición: «Salvémonos de esos runruneos que brotan de las tinieblas de la redención y obliguemos al silencio á las carracas. Sobre todo que no nos amarguen la Quincuagésima apareciendo antes de toda Cuaresma, logrando descabalar la fiesta y sus vísperas con su ruido sórdido, sordo y pertinaz.»

⁶⁵⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Las carracas carraspantes», p., 122.

que es su día de asueto. Los demás días trabajan sin descanso y no se preocupan de su aspecto. Se hacen un moño estropajoso y si tienen que ir a comprar algo se suenan en el delantal que se quitan para salir y vuelven lo más pronto posible. Son respetuosas y cuidan los catarros de sus amos aunque ellas pasen los suyos sin preocuparse de las corrientes de aire o de las lluvias. Ramón las admira:

Son sentimentales y a veces nos hacen una proposición extraordinaria:

—Señor, ¿me permite colocar en el fregadero una enredadera de patata?

Y traen su patata florecida y la cuelgan dentro del envase de vidrio de unos melocotones en almíbar, y cae el mechón de hojas como un consuelo de su sórdido trabajo.⁶⁵⁵

Cuando llega por fin el sábado, se colocan su peineta de brillantes reluciendo a la luz de los faroles y disfrutan de su libertad: «Las asistentas no exceden su límite del sábado, saben volverse a su casilla y se salvan gracias al salvavidas del churro. Nunca encontraremos a una asistente lavándose la cara en la clarisa fuente de la madrugada.»⁶⁵⁶

En el capítulo «Vendedor de dominguines» Ramón recuerda los primeros muñequitos con forma de pera que se deslizaban por una rampa de madera puesta por el vendedor balanceándose hasta llegar al final. El vendedor tenía un mostrador en el que exponía estos graciosos muñecos fabricados con cartón o corcho al que todos los niños acudían para que sus padres les compraran uno. Ramón los evoca con cariño:

Eran los hijos del domingo madrileño, las perinolas de guasa de ese día tan bello de Madrid, en que el asueto es de orfebrería de plata desde la plaza de Oriente hasta más allá de la Puerta de Alcalá, ¿Cómo no iba a florecer en dominguines ese trayecto? Eran las síntesis del más lindo paseo [...].⁶⁵⁷

⁶⁵⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Asistentas del sábado», pp., 155-156.

⁶⁵⁶ *Ibidem*, p., 157.

⁶⁵⁷ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «Vendedor de dominguines», p., 176. Ramón aclara: «El diccionario dice dominguillos, pero el vendedor decía dominguines.»

Fueron el origen de expresiones castizas como «traer a uno como un dominguillo» o «hecho un dominguillo» para referirse a la persona abrumada por recados que tiene que hacer con urgencia.

«El vaso plegable» es el último capítulo que tratamos en este libro en el que Ramón evoca este nuevo recipiente de su época cuando en su infancia acudían con su padre a la Casa de Campo. Lo consideraban como un vaso mágico muy pequeño que cuando desplegaba sus anillas de aluminio ajustadas con precisión no dejaba escapar ni una gota de agua.

Entonces sólo podían entrar la Casa de Campo los que tenían una papeleta de libre circulación. Su padre poseía una que les permitía pasear libremente y contemplar todo su encanto. Lo primero que le preguntaban al pasar era si llevaba el vaso plegable y si lo había olvidado en casa volvían, su padre se lo metía en el bolsillo y cuando regresaban les iba dando vasitos de agua que recogía de una fuente hasta que se saciaban. Ramón recuerda esos entrañables sentimientos:

Con un vaso plegable y una papeleta para uno y la familia que le acompañase, se era completamente feliz.

Agua fácil de retener y beber, paseos sombríos, claros inesperados, lagos llenos de conejos acuáticos y unos pececitos como relojes con cadena; todo eso tan modesto y tan verdadero, colmaba la vida.⁶⁵⁸

Nostalgias de Madrid es un libro misceláneo del que hemos seleccionado los capítulos relacionados con el costumbrismo que no han aparecido durante nuestro estudio. Aparecen artesanos como el carpinterillo y el hojalatero; tipos como las amas de cría y el vendedor de dominguines; calles como la de la Montera o la de los Estudios y costumbres como la papeleta de libre circulación para la Casa de Campo. Son muchos los recuerdos

Ibíd., p., 174. Según la R.A.E.: «Muñeco de materia ligera, o hueco, que lleva un contrapeso en la base, y que, movido en cualquier dirección, vuelve siempre a quedar derecho.»

⁶⁵⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Nostalgias de Madrid*, ob. cit., «El vaso plegable», p., 243.

que a veces en una sola página nos remontan a su época y que escritos después de su último viaje a España en 1949 transmiten una melancólica alegría.

CONCLUSIÓN

La obra de Ramón ha sido analizada como pionera del vanguardismo en España y las greguerías se han convertido en sus señas de identidad; sin embargo, aunque Álvarez Barrientos⁶⁵⁹ lo considera como un renovador del costumbrismo no hemos encontrado estudios sobre este género en su obra, por ello hemos creído necesario centrar nuestra investigación en Ramón como escritor costumbrista del Madrid de su época.

Después de revisar sus escritos, es indiscutible que Ramón promueve un costumbrismo propio basado en la contemplación razonada de todo cuanto le rodea, en la sensibilidad con que observa lo tradicional, en la alusión a escritores clásicos, en la atracción que siente por la arquitectura, la historia y el entorno de su querido Madrid.

Lo que se ha denominado madrileñismo de Ramón es realmente costumbrismo y es una de las facetas que comparte con los costumbristas anteriores pero adaptada a su estilo, es un cronista atípico que resalta el espíritu español como nadie lo ha hecho. En *Elucidario de Madrid* piensa que «Se necesita un pueblo como el español, que cifre su fortuna sólo en el estar despierto sobre el espectáculo de la vida con la modestia suficiente para otras ambiciones»⁶⁶⁰ y en *Las tres Gracias* don Isidro declara que «Madrid no es ni muy grande ni muy chico, es difícil de captar. No es nada, y es la gran posada de todos los españoles».⁶⁶¹ También coincide en la añoranza por un pasado más tranquilo donde se podía disfrutar más de la vida y siente la desaparición de elementos que lo caracterizaban como el sereno, el carpinterillo, el hojalatero, el platero de portal, los pregoneros, los gramófonos, las antiguas mantillas, el sombrero de copa, las tiendas de sombrillas y abanicos de papel, las cererías, el sistema de entarimado del suelo o las carretas de bueyes.

⁶⁵⁹ Joaquín Álvarez Barrientos, «Acreditar el costumbrismo», art. cit., pp., 3-4.

⁶⁶⁰ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo I, «La Puerta del Sol», p., 85.

⁶⁶¹ Ramón Gómez de la Serna, *Las tres gracias*, ob. cit., Capítulo III, pp., 57-58.

Aunque disiente de los cambios en la celebración del Carnaval demasiado chabacana y en la de los Reyes Magos por la dejadez en los disfraces sin considerar la importancia que tienen para los niños; así como la edificación sin medida obviando el entorno más castizo de Madrid o el aumento del tráfico que atruena silenciando el ruido normal de las calles; sin embargo acepta la sustitución del velillo por las pesadas mantillas en las damas y los pisos altos de las nuevas edificaciones reconociendo que, a pesar de su escepticismo primigenio, La Gran Vía es un paso al porvenir con nuevos ideales, una actitud que rechazarían los costumbristas anteriores.

Desde sus primeros artículos Ramón observa y escribe sobre diversos aspectos que considera relevantes de la sociedad madrileña aunque pareciesen nimiedades comparados con otros temas preponderantes en su época. Es el precursor de un costumbrismo renovado, en *El Rastro* hemos aludido a las características de su costumbrismo destacando su sensibilidad, su singular capacidad de observación para detectar lo inverosímil y su lirismo cuando transcribe lo que ve. A estas características podemos añadir que Ramón además de observar vive e intuye lo que hay detrás de lo que nadie ve en los tipos, lugares o personajes que se encuentra o son protagonistas de sus biografías.

Es otra característica de Ramón intercalar la muerte como tema costumbrista desde su primer libro con «Las llaves de la muerte»⁶⁶² hasta su novela *Las tres Gracias* aunque hay alusiones a ella en casi todos los textos analizados, unas veces con símiles como en el Jardín Botánico que se suicida lentamente en otoño y otras retratando el ambiente que rodea el fallecimiento y entierro, en su época, como en *El torero Caracho*.

En sus lugares preferidos, demuestra su sensibilidad cuando describe a personajes como al camarero de Pombo y a la florista; al anciano fraile madrugador que aparece en la Puerta del Sol y a los inválidos de la plaza de Oriente. Es implacable con los estafadores y aprovechados como algunos vendedores del Rastro y los traperos.

⁶⁶² Ramón Gómez de la Serna y Puig, *Entrando en fuego Trabajos literarios*, en O.C., ob. cit., «Las llaves de la muerte», pp., 424-426.

A su costumbrismo ramoniano podemos añadir el apelativo costumbrismo/lirismo por la forma de expresar lo que siente que, como hemos indicado en distintas obras, consideramos originales y evocadores. Las pantallas de papel de seda «lucen sus pantallitas amarillas, azules, rojas que son como tulipas de la luz de la tarde»;⁶⁶³ las hogueras con las que se calientan los vendedores del Rastro «son aquí como una depuración, como un misterio de gloria»;⁶⁶⁴ el estanque del Retiro es «el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente»;⁶⁶⁵ en la plaza Mayor por la noche «si por un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la plaza Mayor donde asoma.»;⁶⁶⁶ en los antiguos cafés con pianos «La música resultaba como un regalo del sueño, como un verdadero obsequio, como unas almendritas de música»⁶⁶⁷ o en la época de *Don Ramón María del Valle-Inclán* que «Fueron años en que se pensaba que el portero nos defendería de todo y que la vida se ha obtenido para definir el verde mañanero de las acacias cuando se van al taller como modistillas de la ciudad, como si fuesen las que preparan el traje rosa con lunares de sol de las tardes de verano.»⁶⁶⁸

Durante nuestro trabajo hemos verificado que el costumbrismo ramoniano en todos los escritos de nuestro estudio, desde su juventud hasta su madurez, ha mantenido su principio de individualidad haciendo caso omiso de lo que se consideraba correcto. Los temas de sus artículos, libros y novelas siempre han sido espontáneos incluso cuando la política dominaba la prensa por los distintos gobiernos que hubo en su época.

⁶⁶³ Ramón Gómez de la Serna, *El Sol*, Sección. La vida, Madrid, sábado 17 de marzo de 1923, Año VII, Núm. 1.748, «Vendedores pintorescos», p., 1.

⁶⁶⁴ Ramón Gómez de la Serna, *El Rastro*, ob. cit., «Momentos», p., 237.

⁶⁶⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo XIV «El Lago Mayor de Madrid», p., 188.

⁶⁶⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, ob. cit., Capítulo III, «La curtida Plaza Mayor», p., 120.

⁶⁶⁷ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, ob. cit., «Observaciones», p., 194 (p., XII).

⁶⁶⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, ob. cit., Capítulo XI, p., 114.

Su independencia le ha permitido incluir en sus libros artículos que ya había publicado y que organizaba a su manera siempre advirtiendo en el prólogo su intención de no aburrir a los posibles lectores y dejarles la libertad de empezarlos por cualquier página sin tener que seguir un orden. Inventa palabras para expresar lo que quiere transmitir, pero no costumbres o tipos que retrata fielmente según lo que le inspiran o siente.

Lo que podemos afirmar, sin duda alguna, es que el costumbrismo en Ramón es una faceta relevante en su obra manteniendo la singularidad de su estilo en cada género literario que escriba y consideramos a Ramón como el mejor documentalista madrileño de su época para quien quiera conocer las costumbres en múltiples ámbitos del Madrid de finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA.

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA POR ORDEN CRONOLÓGICO

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

1905 *La región extremeña*.

— «Ciudades y pueblos», Badajoz, Miércoles 19 de abril de 1905, Año XLII, Número 9134, «Ciudades y pueblos», p., 1.

— «El tiempo y la humanidad», Badajoz, Año XLII, Número 9203, pp., 1-2.

1909 Revista *Prometeo*.

— «El concepto de la nueva literatura por Ramón Gómez de la Serna», Madrid, Año II, Núm. VI. pp., 3-23.

1912 *Prometeo*.

— «Suplemento á Prometeo, Tristán, (Propaganda al libro «Tapices»», Madrid, Año V, Núm. XXXVIII., pp., 209-240.

— «Ex – libris», Madrid, Año V, Núm. XXXVIII, s.p.

1915 *Primera proclama de Pombo*, Madrid, Imp. J. Fernández Arias, 1915, s. p.

1916 *La Semana*.

— «El envío de la corona», Madrid, Primer año, Núm. 24, p., 7.

1920 *España* (Semnario de la vida nacional).

— «Madrid: El más triste Miércoles de Ceniza», Madrid, Año VI, Núm. 252, p., 14.

— «Madrid: Las tabernas de la madrugada», Madrid, Año VI, Núm. 263, pp., 17-18.

1922 *Horizonte*.

— «Ramonismo: El buen atardecer», Madrid, Año 1, Núm. 2, s. p.

— «Ramonismo: Domingo», Madrid, Año 1. Núm. 3.

La Esfera.

— «Ayer y hoy», Madrid, Año IX, Núm. 444, s. p.

— «Otra reforma de la Puerta del Sol», Madrid, Año IX, Núm. 455, s. p.

— «La gran evocación», Madrid, Año IX, Núm. 461, s. p.

Nuevo Mundo.

— «La mantilla y los tufos», Madrid, Año XXIX Núm. 1.503, s. p.

1923 *Buen Humor* (Semanario satírico).

- «Cestas de primera, de segunda y de tercera», Madrid, Año II, Núm. 61, p., 8.
- «Los inválidos de la Plaza de Oriente», Madrid, Año II, Núm. 66, p., 9.
- «Los balcones simulados», Madrid, Año II, Núm. 88, p., 8.
- «Actualidades. Las terrazas», Madrid, Año II, Núm. 93, 9 de septiembre.

El Sol (Sección La vida),

- «Vendedores pintorescos», Madrid, Año VII, Núm. 1.748, p., 1.
- «Domingo de Ramos», Madrid, Año VII, Núm. 1.755, p., 1.
- «Las últimas carretas de bueyes», Madrid, Año VII, Núm. 1.757, p., 1.
- «Los libros de misa», Madrid, Año VII, Núm. 1.784, p., 1.
- «Tiendas de muebles de pino», Madrid, Año VII, Núm. 1.786, p., 2.
- «Refloreimiento de los libros», Madrid, Año VII, Núm. 1.788, p., 1.
- «Influencias suntuarias», «El pobre de la tapia» y «El falso trote», Madrid, Año

VII, Núm. 1.790, p., 1.

- «Rosales y sus días de moda», Madrid, Año VII, Núm. 1.791, p., 1.
- «Los paletos», Madrid, Año VII, Núm. 1.802, p., 1.
- «Desde fuera», Madrid, Año VII, Núm. 1.804, p., 1.
- «Sombrillería y abaniquería», Madrid, Año VII, Núm. 1.812, p., 1.
- «Ante las hojalaterías», Madrid, Año VII, Núm. 1.817, p., 1.
- «Noche de verano», Madrid, Año VII, Núm. 1.820, p., 1.
- «Corridas de toros en La Puerta del Sol», Madrid, Año VII, Núm. 1.830, p., 1.
- «El último refresquero», Madrid, Año VII, Núm. 1.842, p., 2.
- «El amigo del cochero», Madrid, Año VII, Núm. 1.854, p., 1.
- «La cala falsa» y «Las ninfas del Manzanares», Madrid, Año VII, Núm. 1.861,

p., 1.

- «La hora del riego», Madrid, Año VII, Núm. 1.864, p., 1.
- «Primero de mes con lotería», Madrid, Año VII, Núm. 1.892, p., 1.

Nuevo Mundo.

- «Las novedades de la verbena», Madrid, Año XXX Núm. 1.537, s. p.

La Esfera.

- «El sombrero de copa», Madrid, Año X, Núm. 475, s. p.
- «La hora del refresco», Madrid, Año X, Núm. 507, s. p.
- «Los nuevos muñequitos», Madrid, Año X, Núm. 516, s. p.

— «Los ruidosos tambores», Madrid, Año X, Núm. 520, s. p.

1924 *Nuevo Mundo*.

— «Transformaciones de los noctámbulos», Madrid, Año XXI Núm. 1.577, p., 35.

— «Pobres típicos», Madrid, Año XXI Núm. 1.589, p., 32

La Esfera.

— «Tertulianos», Madrid, Año XI, Núm. 538, s. p.

— «Los merenderos», Madrid, Año XI, Núm. 545, s. p.

— «Buñuelos y churros», Madrid, Año XI, Núm. 565, s. p.

1925 *La Esfera*.

— «Motivos. Defensa del ciprés», Madrid, Año XII, Núm. 599, s. p.

— «Variaciones. El Botánico y los botánicos», Madrid, Año XII, Núm. 625, s. p.

1927 *Nuevo Mundo*.

— «Marginalia. Los descampados», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.723, s. p.

— «Marginalia. Las carracas carraspanes», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.726, s. p.

— «Marginalia. Nuevas siluetas de los derribos», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.727, s. p.

— «Marginalia. San José bendito», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.730, 18 de marzo.

— «Marginalia. Los seis balcones de España», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.738, s. p.

— «Marginalia. La Verbena Goyesca», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.742, s. p.

— «Marginalia. Las cererías», Madrid, Año XXXIV, Núm. 1.749, s. p.

1928 *Nuevo Mundo*.

— «Marginalia. Reflectores», Madrid, Año XXXV, Núm. 1.788, s. p.

— «Marginalia. El Santo Labrador y su esposa», Madrid, Año XXXV, Núm. 1.791, s. p.

— «Marginalia. Libros de otoño», Madrid, Año XXXV, Núm. 1.812, s. p.

1929 *Nuevo Mundo*.

— «Fruterías», Madrid, Año XXXVI, Núm. 1.836, s. p.

— «Marginalia. Los amantes de la Moncloa», Madrid, Año XXXVI, Núm. 1.847, s. p.

— «Marginalia. Puertas de jardín», Madrid, Año XXXVI, Núm. 1.851, s. p.

- «Marginalia. El cotillón de las calles», Madrid, Año XXXVI, Núm. 1.855, s. p.
- «Marginalia. Vendedor de pensiles», Madrid, Año XXXVI, Núm. 1.865, s. p.

Buen Humor (Semnario satírico).

- «Ramonismo. Las viejas de Chamberí», Madrid, Año VIII, Núm. 412, p., 18.
- «Ramonismo. Descenso del Rastro», Madrid, Año VIII, Núm. 420, p., 14
- «Ramonismo. El sestero», Madrid, Año VIII, Núm. 421, p., 16.

1932 *Luz*,

- «Horario. El primer vistazo», Madrid, Año I, Núm. 63, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. Escuela de acróbatas», Madrid, Año I, Núm. 103, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. El vendedor de zapatitos», Madrid, Año I, Núm. 108, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. Juguetes y libros prestados», Madrid, Año I, Núm. 116, p.,
- 3. — «Ángulos de Madrid. El hombre del sommier», Madrid, Año I, Núm. 119, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. Los guadañeros», Madrid, Año I Núm. 155, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. El expositor permanente», Madrid, Año I, Núm. 167, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. Las damas del velillo», Madrid, Año I Núm. 171, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. El tranvía bebe», Madrid, Año I, Núm. 174, p., 3.
- «Ángulos de Madrid. Expendedores de corbatas», Madrid, Año I Núm. 185, p.,
- 3.

1933 *Luz*.

- «Ángulos de Madrid. Cada vez más castizo», Madrid, Año II, Núm. 310, p., 9.
- «Ángulos de Madrid. El sostén del esquinazo», Madrid, Año II Núm. 378, p., 3.
- «La nueva calle de Alcalá» (Sección Colaboradores de *Luz*), Madrid, Año II, Núm. 401, p., 3.

- «Variaciones. Tapas legítimas» (Sección Tribuna Libre), Madrid, Año II, Núm. 577, p., 3.

1934 *Luz* (Sección Tribuna Libre).

- «Variaciones. Candeleros de nacimiento», Madrid, Año III, Núm. 622, p., 3.
- «Variaciones. Comparsas y carrozas», Madrid, Año III, Núm. 637, p., 3.
- «Variaciones. Las planchadores de Lope», Madrid, Año III, Núm. 756, p., 3.
- «Variaciones. La verbena sin olvido», Madrid, Año III, Núm. 760, p., 3.
- «Variaciones. Señales y camelancias del verano», Madrid, Año III, Núm. 778, p., 3.
- «Cosas. El apagafaroles», Madrid, Año III, Núm. 819, p., 3.

—«Variaciones. Inquietud septembrina», Madrid, Año III, Núm. 832, p., 3.

Diablo Mundo.

— «San Isidro es otro», Madrid, Año 1, Núm. 3, p., 9.

1935 *Madrid Turístico y Monumental*, Revista mensual del Sindicato de Iniciativas de Madrid.

— «Del Madrid viejo al Madrid nuevo», Año I, Núm. I, pp., 2-3.

1936 *Suplemento de Blanco y Negro* Invierno.

— «Café invernal», Madrid, Núm. 8, s. p.

LIBROS

1905 *Entrando en fuego*, en *Obras Completas I, Prometeo I, Escritos de juventud (1905-1913)*, Barcelona, Círculo de Lectores//Galaxia Gutenberg, 1996.

— «Las llaves de la muerte».

— «Los jarrones».

— «Esclavos de esclavos».

1914 *El Rastro*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1998.

1918 *Pombo y La sagrada cripta de Pombo* (1924), II tomos, Madrid, Trieste, 1986.

1919 «El paseo del Prado». Madrid, Imprenta de Alrededor del Mundo, epílogo al Volumen *Fígaro* (Revelaciones. «Ella» descubierta. Epistolario inédito) de Carmen de Burgos,

1920 *Historia de la Puerta del Sol*, Madrid, Editorial Almarabu, 1996.

1920 *Libro Nuevo en Obras Completas V Ramonismo III (1920-1923)*, Barcelona, Círculo de Lectores//Galaxia Gutenberg, 1999.

— «Antonio».

— «Las planchadoras».

— «La calle de las Fornarinas».

— «Futesillas».

— «El platero de portal».

— «El organillero».

1921 *La viuda blanca y negra*, Madrid, Segunda edición, Editorial Cátedra, 1997.

1922 *Variaciones A en Obras completas V Ramonismo III (1920-1923)*, Barcelona, Círculo de Lectores//Galaxia Gutenberg, 1999.

— «Los vendedores de cerillas y de alfileres».

- «La verbena del Carmen».
- «Los antiguos ciclistas».
- «La continuidad de las verbenas».
- «El drama del cementerio de San Martín».
- «Los polvos de la salvilla».
- «Porterías».

1923 *El alba y otras cosas en Obras completas V*, «Ramonismo III» (1920-1923)
Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1999.

1923 *Ramonismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1923.

- «Las tazas y el vermut».
- «La casa de los sandios».
- «La casa de los botijos».
- «Destrozonas».
- «La faja española»

1925 *El novelista*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2004.

1926 *Gollerías*, Valencia, Sempere, 1926.

- «Bautizos castizos».
- «Los balcones simulados».
- «Los inválidos de la Plaza de Oriente».
- «El ocaso del gramófono»
- «Las últimas plañideras».
- «Cestas de primera de segunda y de tercera».
- «Las terrazas».

1926 *El torero Caracho*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1969.

1928 *Azorín*, Buenos Aires, Tercera edición, Editorial Losada, 1957.

1930 *La Nardo*, Barcelona, Círculo de Lectores S.A., 1974.

1931 *Elucidario de Madrid*, Madrid, Comisión Cultura Ayto. Madrid, 1957.

1931 *Ismos*, Madrid, Editorial Guadarrama, 1975.

1944 *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe, 1944.

1944 *José Gutiérrez-Solana*, Buenos Aires, Editorial Poseidón, 1944.

1944 *Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1944

1948 *Automoribundia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948.

1949 *Las tres Gracias*, Madrid, Editorial Perseo, 1949.

- 1956 *Nostalgias de Madrid*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1966.
- 1957 *Mis mejores páginas literarias*, Madrid, Editorial Gredos, 1957
- 1961 *Piso bajo*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1961.
- 1970 *Nuevas páginas de mi vida*, Barcelona, Alianza Editorial, 1970.
- 1972 *Diario póstumo*, Barcelona, Editorial Plaza y Janés, 1972.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, «Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de imitación en el s. XVIII español», *NRFH*, Tomo XXXVIII, Núm. 1, 1990, pp., 219-245.

— «Acreditar el costumbrismo», *Ínsula*, Núm. 637, Enero 2000, pp., 3-4.

AMICIS, Edmundo de, *España: Impresiones de un viaje hecho durante el Reinado de D. Amadeo I*, traducción castellana de Cátulo Aroita, Barcelona, Biblioteca Maucci, 1895.

ARANGUREN, José Luis, *Moral y sociedad, introducción a la moral social española del siglo XIX*, Madrid, ed. Cuadernos para el diálogo, 1970.

AYALA, M^a Ángeles, *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2008.

— «Los españoles de ogaño», *Anales de Literatura Española, Universidad de Alicante*, núm. 3, 1984, pp., 65-94.

— «Madrid por dentro y por fuera, colección costumbrista de 1873», en *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp., 135-146

— *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1993.

BORRÁS, Tomás, *Ramón Gómez de la Serna. Descubrimiento de Madrid*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.

CAMÓN AZNAR, José, *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

COMELLA, Carmela, «Note per una definizione ideologica e storica del Costumbrismo nella letteratura spagnola», Nápoles, *Annali Istituto Universitario Orientale XIX*, 1977, pp., 435-454

CORREA CALDERÓN, Evaristo, «Los costumbristas españoles del siglo XIX», *BHi*, LI, 1949, pp., 291-316.

— «Iniciación y desarrollo del costumbrismo en los siglos XVII y XVIII», BRAE, XXIX, 1949, pp., 65-72.

— «Análisis del cuadro de costumbres», *Ideas Estéticas*, 1949, Vol. VII, pp., 65-72.

— *Costumbristas españoles, Estudio preliminar y selección de textos*, Madrid, Aguilar, Tomo I, 1950.

COTARELO Y MORI, Emilio, *Don Ramón de la Cruz y sus obras. Ensayo biográfico y bibliográfico*, Madrid, Imp. José Perales y Martínez, 1899

CRUZ, Ramón de la, *El Prado de noche. Ayer sainete lírico en dos actos*. Escrito el primero por don Ramón de la Cruz Cano con música original de don Manuel Nieto, Madrid, Imp., que fue de Alhambra hoy á cargo de I. Moraleda, 1877.

— *Teatro ó colección de los saynetes y demás obras dramáticas de D. Ramón de la Cruz y Cano, entre los Arcades Larisio*, Tomo IV, Madrid en la imprenta Real, 1787.

DIAZ-CANABATE, Antonio, «El Madrileñismo» en *La Vanguardia Española*, Barcelona, martes 21 de septiembre de 1954. Año LXX, Núm. 27.461, p., 5.

ESCOBAR, José, *Los orígenes de la obra de Larra*, Madrid, Prensa Española, 1973.

— *El artículo de costumbres en España a finales de la «Ominosa década» (1828-1833)*, AIH. Actas V, 1974, pp., 377-383.

— «La mimesis costumbrista», *Romance Quarterley*, Vol. XXXV, Núm. 3, 1988, pp. 261-270

— «Costumbrismo y novela: el costumbrismo como materia novelable en el siglo XVIII», *Ínsula*, Núm. 546, 1992, pp., 17-19.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel, *El Futuro Madrid*, Barcelona, Asenet, 1975.

FLORES, Antonio, *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850, 1899 dibujados a la pluma por don Antonio Flores*, Barcelona, Montaner y Simon Editores, 3 Tomos, 1892-1893.

FONTANELLA, Lee, «Madrid, sub specie aeternitatis», *Revista Hispánica Moderna*, XXXVI, 1970-1971, Núm. 4, pp., 200-211.

GIL BENUMEYA, Rodolfo, *La Gaceta Literaria*, «Día y hora de Gómez de la Serna», Sección Escaparate de Libros, Madrid, 15 de noviembre de 1931, Año V, Núm. 118, p., 14.

GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar, *Ramón: (obra y vida)*, Madrid, Taurus, 1963,

— *El paisaje de Madrid por el Conde de Mayalde. Ramón y Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1953.

- GRANJEL, Luis S., *Retrato de Ramón*, Madrid, Guadarrama, 1963.
- GRECO, Martín y ALBERT, Juan Carlos, *Habla Ramón*, Madrid, Albert editor, 2010.
- GUINARD, Paul-Jacques, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, Institut d'Études Hispaniques, 1973.
- GUTIÉRREZ SOLANA, José, *Obra literaria*, Madrid, Taurus, 1961.
- HARTZENBUSCH, Juan Eugenio, periódico *El Siglo Pintoresco*, Madrid, julio 1845,
- HENDRIX, W. S., «Notes on Collections of Types, a form of costumbrismo», *Hispanic Review*, III, 1933, pp., 208-221.
- HEUER, JACQUELINE, *La escritura (auto)biográfica en Ramón Gómez de la Serna*, Genève, Slatkine, 2004.
- HODDIE, JAMES H., *El contraste en la obra de Ramón Gómez de la Serna*, Madrid, Pliegos, 1999.
- JOUY, Étienne de, *Oeuvres complètes*, Paris, Imprimerie de J. Didot l'aîné, Tome II, 1823
- LARRA, Mariano José de, *Artículos de costumbres*, ed. José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1981,
- «El castellano viejo», *El Pobrecito Hablador (Revista satírica de costumbres)*, Madrid, Imprenta de Repullés, diciembre de 1832, Núm. 8, pp., 5-27.
- «Vuelva usted mañana», *El Pobrecito Hablador (Revista satírica de costumbres)*, Madrid, Imprenta de Repullés, enero de 1833, Núm. 11, pp., 3-23.
- «El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval», *El Pobrecito Hablador (Revista satírica de costumbres)* Madrid, Imprenta de Repullés, marzo de 1833, Núm. 12, pp., 3-24
- «Las casas nuevas», *La Revista Española*, Sección Costumbres, Madrid, Imprenta de D. Tomás Jordán, 13 de septiembre de 1833, Año tercero, Núm. 94, s. p.
- «Un reo de muerte», *La Revista Española (Mensagero de las Cortes)*, Madrid, Imprenta de D. E. Fernández de Ángulo, Sección Boletín Costumbres Madrid, 30 de marzo de 1835, Núm. 30, s. p.
- «Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos», *La Revista Española (Mensagero de las Cortes)*, Madrid, Sección Boletín Costumbres, Núm. 121, s. p.
- «Conventos españoles (Tesoros artísticos encerrados en ellos)», *La Revista Española (Mensagero de las Cortes)*, Madrid, Sección Boletín Costumbres, lunes 3 de agosto de 1835, Núm.156, s. p.

— *El Español, Diario de las doctrinas y de los intereses sociales* Sección Literatura «Panorama Matritense. Cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante (librería de Escamilla)», Madrid, Imprenta de la Compañía tipográfica á cargo de D. Carlos Wood, Núm. 233, Lunes 20 de junio 1836.

MARÍAS, Julián, *El oficio del pensamiento*, Madrid, Espasa Calpe, 1968.

— «Ramón y el destello», *La Vanguardia*, Barcelona, Viernes 5 de febrero 1988. Núm. 3812, p., 5.

MERCIER, Louis-Sébastien, *Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1782, Tome I.

—*Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil, Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1782, Tome III,

—*Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil, Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1783, Tome V.

—*Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil, Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1783, Tome VII.

—*Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil, Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1788, Tome IX,

—*Tableau de Paris*, Reprod. En fac-simil Genève, Éditeur Slatkine, 1979, Réimpression de l'édition d'Amsterdam, 1788, Tome XI,

MESONERO ROMANOS, Ramón de, *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. Antonio Yenes, 1844.

— *Panorama matritense, cuadros de costumbres de la capital observados y descritos por un Curioso Parlante*, Reimpresión facsímil de la edición de Madrid de 1835, Madrid, Atlas, 1982, III Tomos.

Tomo Primero.

«El retrato», 12 de enero de 1832, pp., 1-9

«Las visitas de días», 19 de marzo de 1832, pp., 30-38.

«Las costumbres de Madrid», 5 de abril de 1832, pp., 39-45

«La romería de San Isidro», 15 de mayo de 1832, pp., 77-85

«Un viaje al Sitio», 7 de junio de 1832, pp., 86-99.

«El Prado», 21 de junio de 1832, pp., 100-111.

«1802 y 1832», 9 de agosto de 1832, pp., 121-130.

«Tomar aires en un lugar», 16 de agosto de 1832, 131-141.

«El día 30 del mes», 30 de agosto de 1832, 151-156.

«Las tiendas», 20 de setiembre de 1832, pp., 168-177.

«Las ferias», 4 de octubre de 1832, pp., 192-201.

«Pretender por alto», 24 de noviembre de 1832, pp., 222-232.

Tomo Segundo.

«El extranjero en su patria», 11 de enero de 1833, pp., 13-22.

«La capa vieja», 17 de enero de 1833, pp., 23-31.

«El dominó», 19 de febrero de 1833, pp., 43-57.

«La compra de la casa», 5 de marzo de 1833, pp., 58-66.

«Los paletos de Madrid», 15 de marzo de 1833, pp., 67-76.

«Policía urbana», 29 de marzo de 1833, pp., 85-95.

«La casa á la antigua», 5 de abril de 1833, pp., 96-105.

«El día de fiesta», 12 de abril de 1833, pp., 106-118.

«La casa de Cervantes», 23 de abril de 1833, pp., 119-131.

«El Diario de Madrid», 8 de junio de 1835, pp., 135-149.

«La procesión del Corpus», 17 de junio de 1835, p., 150-164.

«Las calles», 1 de julio de 1835, pp., 165-177.

«El sombrerito y la mantilla», 3 de setiembre de 1835, pp., 204-213.

«A prima noche», 13 de noviembre de 1835, pp., 231-241.

Tomo Tercero.

«Mi calle», 9 de julio de 1837, pp., 5-15.

«El Salon de Oriente», 5 de febrero de 1837, pp., 49-56.

«El Duelo se despide en la iglesia», 23 de julio de 1837, pp., 71-86.

«El cesante», 13 de agosto de 1837, pp., 87-100.

«El alquiler de un cuarto», 27 de agosto de 1837, pp., 101-111.

«De doce á una», 15 de octubre de 1837, pp., 162-177.

«El Coche Simon», 29 de octubre de 1837, pp., 178-193.

«Madrid á la luna», 12 de noviembre de 1837, pp., 194-214.

«Antes, ahora y después», 3 de diciembre de 1837, pp., 215-236.

«Escenas de buardilla», 17 de diciembre de 1837, pp., 237-261.

«El Teatro por fuera», 7 de enero de 1838, pp., 262-276.

«Costumbres literarias», 31 de enero de 1838, pp., 277-295.

«Requiebros de Lavapies», 11 de marzo de 1838, pp., 296-300

«Una noche de vela», 25 de marzo de 1838, pp., 301-321

— *Escenas matritenses*, edición e introducción de L. Romero Tobar, selección y prólogo de Ramón Gómez de la Serna, Madrid, Espasa Calpe, 1986, 4ª edición.

MONTESINOS, José F., *Costumbrismo y novela*. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española, Madrid, Castalia, 1960.

PALOMO VÁZQUEZ, María del Pilar, «Galdós y Mesonero (Una vez más costumbrismo y novela)», en Galdós. Actas de «Fortunata y Jacinta» (1887-1987), Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp., 217-238.

PEREIRA, JUAN M., *El mito del artista ramoniano*, Madrid, Albert editor, 2006.

PONCE MUÑOZ, Fernando, *Ramón Gómez de la Serna*, Madrid, Unión Editorial, 1968.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, Études Réunies par Évelyne Martín-Hernández, Clermont-Ferrand: Centre de Recherches sur les Littératures Modernes et Contemporaines, 1999.

REJANO, Juan, «La Nardo, greguería madrileña». *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de septiembre de 1930, Año IV, Núm. 89, p., 6.

ESPAÑA (Semanario de la vida nacional), Madrid, 29 de enero, Año I, Núm. I, 1915. Serie «Los españoles pintados por sí mismos».

— Répide, Pedro de, «El golfo», 18 junio de 1915, Año I, Núm. 21, pp., 7-9.

— Dicenta, Joaquín, «El albañil», 2 de julio de 1915, Año I, Núm. 23, pp., 7-8.

— Carrére, Emilio «El bohemio», 9 de julio de 1915, Año I, Núm. 24, pp., 7-8.

— Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín, «La estrella de género ínfimo», 22 de julio de 1915, Año I, Núm. 26, pp., 7-8.

— Bueno, Manuel, «El periodista», 29 de julio de 1915, Año I, Núm. 27, p., 5.

— José de la Serna, «El opositor», 5 de agosto de 1915, Año I, Núm. 28, pp., 7-8.

— Bello, Luis, «El hombre que hubiera servido mejor para otra cosa», 26 de agosto de 1915, Año I, Núm. 31, pp., 7-8.

— Andrenio, «El erudito», 2 de septiembre de 1915, Año I, Núm. 32, pp., 7-8.

— Zozaya, Antonio, «El cochero de punto», 9 de septiembre de 1915, Año I, Núm. 33, pp., 6-7.

— Díez-Canedo, Enrique, «El poeta de juegos florales», 16 de septiembre de 1915, Año I, Núm. 34, pp., 7-8.

— González Blanco, Andrés, «La modistilla», 23 de septiembre de 1915, Año I, Núm. 35, p., 7.

— Rivas Cherif, Cipriano, «Un muchacho bien», 28 de octubre de 1915, Año I, Núm. 40, pp., 6-7.

— Noel, Eugenio, «El señorito chulo», 18 de noviembre de 1915, Año I, Núm. 43, pp., 7-9

— Montaner, Joaquín, «El hereu», 25 de noviembre de 1915, Año I, Núm. 44, p., 10.

ÍNSULA, Madrid, Núm. 637: «Reivindicar el costumbrismo», Madrid, enero 2000.

— Álvarez Barrientos, Joaquín, «Acreditar el costumbrismo», pp. 3-4.

— Huerta Calvo, Javier «Solana o la disolución del costumbrismo», pp. 19-20.

SIGLO DIECINUEVE (Literatura hispánica), Núm. 1, Valladolid, 1995.

ROMERO TOBAR, Leonardo, «Mesonero Romanos: entre costumbrismo y novela», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XX, 1983, pp., .243-259.

— *Panorama crítico del Romanticismo Español*, Madrid, Castalia, 1994.

RUBIO CREMADES, Enrique, *Costumbrismo y folletín. Vida y obra de Antonio Flores*, Alicante, IEA, 1978, Volumen II.

— «Galdós y las colecciones costumbristas del siglo XIX», en *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1979, Volumen I, pp., 230-257.

— «Costumbrismo y novela», *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, Núm. 2, 1983, pp. 456-472.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús, *Ramón del Valle-Inclán y Josefina Blanco: El pedestal de los sueños*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011.

—«*Ramón Gómez de la Serna biógrafo de Ramón María del Valle-Inclán*», *Creneida*, Córdoba, 2015, en prensa.

SALOMON, Noël, *À propos des éléments «costumbristas» dans le Facundo de D. F. Sarmiento*, Bulletin Hispanique. Tome LXX, Núm. 3, 1968, pp. 342-412.

SEBOLD, Russell P., «Comedia clásica, novela moderna en las *Escenas matritenses* de Mesonero Romanos», *BHi*, LXXXIII, 1981, pp., 331-377.

TORRES VILLARROEL, Diego de, *Sueños morales, visiones y visitas con D. Francisco de Quevedo por Madrid, Barca de Aqueronte, y Residencia infernal de Pluton /trasladólos desde la fantasía al papel el Dr. D. Diego de Torres Villarroel*. Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Tomo II, 1794,

UCELAY DA CAL, Margarita, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*, *Estudio de un género costumbrista*, México, F.C.E., 1951.

UMBRAI, Francisco, *Ramón y las Vanguardias*, prólogo de Gonzalo Torrente Ballester, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1978.

VARELA, José Luis, «Prólogo al costumbrismo» en *La palabra y la llama*, Madrid, Prensa Española, 1967.

VV.AA., *Estudios sobre Ramón Gómez de la Serna*, I Jornadas Internacionales Ramón Gomez de la Serna, Madrid, Albert Editor, 2010.

VV.AA., *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Ignacio Boix editor, II Volúmenes.1843-1844.

Recopilación de tipos por orden alfabético. Volumen I, 1843.

— *Abenámar* (López Pelegrín, Santos), “El aguador”, Vol. I, p., 139.

— Caballero, Fermín, “El alcalde Monterilla”, Vol. I, p., 113.

— Gómez, Bonifacio, “El alguacil”, Vol. I, p., 247.

— Tenorio, José María, “El ama del cura”, Vol. I, pp., 50.

— Hartzenbusch, J. E., “El ama de llaves”, Vol. I, pp., 123.

— Ilaraza, Manuel de, “El anticuario”, Vol. I, pp., 405.

— Loma y Corradi, Luis, “El aprendiz de literato”, Vol. I, p., 414.

— Flores, Antonio, “El barbero”, Vol. I, p., 19.

— Martínez Villergas, Juan, “El calesero”, Vol. I, p., 333.

— Grijalba, José de, “La cantinera”, Vol. I, p., 271.

— Asquerino, Eduardo, “El cartero”, Vol. I, p., 391.

— Bretón de los Herreros, Manuel, “La castañera”, Vol. I, p., 29.

— García Gutiérrez, Antonio, “El cazador”, Vol. I, p., 217.

— Gil de Zárate, Antonio, “El cesante”, Vol. I, p., 93.

— Caballero, Fermín, “El clérigo de misa y olla”, Vol. I, p., 185.

— Arias, Cipriano, “El cochero”, Vol. I, p., 311.

— Juárez, Juan, “El contrabandista”, Vol. I, p., 423.

— Navarrete, Ramón de, “La coqueta”, Vol. I, p., 69.

— Andueza, José María de, “La criada”, Vol. I, p., 84.

— Castañeyra, Ramón de, “El charrán”, Vol. I, p., 171.

— *Abenámar*, “El choricero”, Vol. I, p., 221.

— Tenorio, José María, “El demanda o santero”, Vol. I, p., 430.

- Caballero, Fermín, “El dómene”, Vol. I, p., 349 y “El ejecutor”, Vol. I, p., 261.
- Navarrete, Ramón de, “El elegante”, Vol. I, p., 397.
- Gil de Zárate, Antonio, “El empleado”, Vol. I, p., 77.
- Gómez, Bonifacio, “El escribano”, Vol. I, p., 193.
- García Gutiérrez, Antonio, “El escribiente memorialista”, Vol. I, p., 47.
- Andueza, José María de, “El escritor público”, Vol. I, p., 209.
- Fuente, Vicente de la, “El estudiante”, Vol. I, p., 225.
- Gil de Zárate, Antonio, “El exclaustro”, Vol. I, p., 357.
- Herrero, Sebastián, “La gitana”, Vol. I, p., 289.
- Andueza, José María de, “El guerrillero”, Vol. I, p., 283.
- Flores, Antonio, “El hortera”, Vol. I, p., 178.
- Duque de Rivas, “El hospedador de provincia”, Vol. I, p., 384.
- Ferrer del Río, Antonio, “El indiano”, Vol. I, p., 37.
- Bretón de los Herreros, Manuel, “La lavandera”, Vol. I, p., 163.
- Calvo y Martín, José, “El médico”, Vol. I, p., 366.
- Tenorio, José María, “El mendigo”, Vol. I, p., 301.
- Rodríguez Rubí, Tomás, “La mujer de mundo”, Vol. I, p., 238.
- Bretón de los Herreros, Manuel, “La nodriza”, Vol. I, p., 104.
- Gil, Enrique, “El pastor trashumante”, Vol. I, p., 439.
- Herrero, Sebastián, “El patrón de barco”, Vol. I, p., 375.
- *El Curioso Parlante*, “La patrona de la casa de huéspedes”, Vol. I, p., 9.
- Gómez, Bonifacio, “El presidiario”, Vol. I, p., 319.
- *El Curioso Parlante*, “El pretendiente”, Vol. I, p., 61.
- Fuente, Vicente de la, “El sacristán”, Vol. I, p., 53.
- Flores, Antonio, “La santurrona”, Vol. I, p., 144.
- Rodríguez Rubí, Tomás, “El torero”, Vol. I, p., 1.

Recopilación de tipos por orden alfabético. Volumen II, 1844.

- Madrazo, Pedro de, «El accionista de minas», Vol. II, p., 338.
- Salas y Quiroga, Jacinto de, «La actriz», Vol. II, p., 215.
- Castañeyra, Ramón de, «El agente de bolsa», Vol. II, p., 359.
- Bretón de los Herreros, Manuel, «El avisador», Vol. II, p., 30.
- Gómez, Bonifacio, «El bandolero», Vol. II, p., 90.
- Auset, Antonio, «El baratero», Vol. II, p., 126.

- Flores, Antonio, «El boticario», Vol. II, p., 83.
- Muñoz, José, «Los buhoneros», Vol. II, p., 392.
- Navarro Villoslada, Francisco, «El canónigo», Vol. II, p., 48.
- Tenorio, José María, «La casera de un corral», Vol. II, p., 21.
- Madrazo, Pedro de, «El celador de barrio», Vol. II, p., 375.
- *El Solitario*, «La celestina», Vol. II, p., 1.
- Ferrer del Río, Antonio y Pérez Calvo, Juan, «El ciego», Vol. II, p., 327.
- Flores, Antonio, «La cigarrera», Vol. II, p., 327.
- Fuente, Vicente de la, «El colegial», Vol. II, p., 103.
- García Doncel, Carlos, «La colegiala», Vol. II, p., 283.
- Dr. Pedro Recio, «La comadre», Vol. II, p., 168.
- Pérez Calvo, Juan, «El cómico», Vol. II, p., 239.
- *El Curioso Parlante*, «Contrastes: Tipos perdidos, tipos hallados», Vol. II, p., 483.
- Anaya, N., «El covachuelista», Vol. II, p., 428.
- Salas y Quiroga, Jacinto de, «El diplomático», Vol. II, p., 198.
- Ferrer del Río, Antonio, «El diputado a Cortes», Vol. II, p., 402.
- Santa Ana, Manuel M., «La doncella de labor», Vol. II, p., 142.
- Ochoa, Eugenio de, «El emigrado», Vol. II, p., 314 y «El español fuera de España», Vol. II, p., 442.
- Neira, Antonio de, «El gaitero gallego», Vol. II, p., 176.
- Ribot y Fontseré, A., «El grumete», Vol. II, p., 65.
- Cueto, Leopoldo Agustín de, «El jugador», Vol. II, p., 81.
- Santa Ana, Manuel M., «La maja», Vol. II, p., 58.
- Gil, Enrique, «El maragato», Vol. II, p., 225.
- Rosell, Cayetano, «La marisabidilla», Vol. II, p., 413.
- Auset, Antonio, «El mayoral de diligencia», Vol. II, p., 190.
- Castilla, Ignacio de, «El ministro», Vol. II, p., 305.
- Fuente, Vicente de la, «La monja», Vol. II, p., 267.
- Castilla, Ignacio de, «El patriota», Vol. II, p., 134.
- Zorrilla, José, «El poeta», Vol. II, p., 150.
- García Tassara, Gabriel, «La politicómana», Vol. II, p., 39.
- López, Vicente, «El portero», Vol. II, p., 4 63.

- Fuente, Vicente de la, «La posadera», Vol. II, p., 231.
- Pérez Calvo, Juan, «La prendera», Vol. II, p., 369 y «El ratero», Vol. II, pp., 276.
- Tejado, Gabino, «El retirado», Vol. II, pp., 452.
- Gil Carrasco, Enrique, «El segador», Vol. II, p., 75.
- Bueno, Juan José, «El seise de la Catedral de Sevilla», Vol. II, p., 257.
- Díaz, J.M., «El senador», Vol. II, p., 13.
- Madrazo, Pedro de, «La señora mayor», Vol. II, p., 349.
- Albuerne, José María de, «El sereno», Vol. II, p., 207.
- Cápuá, Juan de, «El usurero», Vol. II, p., 295.
- Duque de Rivas, «El ventero», Vol. II, p., 159.
- Salas y Quiroga, Jacinto de, «La viuda del militar», Vol. II, p., 249.

VV.AA., *Las españolas pintadas por los españoles. Colección de artículos acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas. Ideada y dirigida por Roberto Robert con la colaboración de...*, Madrid, Imprenta a cargo de J. E. Morete, 1871-1872. 2 Volúmenes.

Recopilación de tipos por orden alfabético. Volumen I.

- Matoses, Manuel, «La bien relacionada», Vol. I, pp., 225-232.
- Cárdenas, Enrique V., «La casa-hijas», Vol. I, pp., 275-282.
- Avial, Pedro, «La celosa», Vol. I, pp., 149-158.
- Robert, Roberto, «Las comadres políticas», Vol. I, pp., 139-148.
- Sánchez Pérez, A., «La crónica», Vol. I, pp., 131-138.
- Moreno Godino, Florencio, «La colillera», Vol. I, pp., 105-112.
- Palacio, Manuel del, «La cuca», Vol. I, pp., 39-44.
- Palacio, Eduardo de, «La económica», Vol. I, pp., 205-210.
- Moreno Godino, Florencio, «La elegante», Vol. I, pp., 289-296.
- Ruiz Aguilera, Ventura, «Ella es él», Vol. I, pp., 21-32.
- Robert, Roberto, «La enamorada», Vol. I, pp., 185-196.
- López, Maximino, «La espanta-novios», Vol. I, pp., 261-268.
- Robert, Roberto, «La española neta», Vol. I, pp., 241-250.
- Frontaura, Carlos, «La fea», Vol. I, pp., 177-184.
- Matoses, Manuel, «La futura», Vol. I, pp., 55-66.

- Quílez, Eduardo, «La habladora», Vol. I, pp., 251-260.
- Saco, Eduardo, «La literata», Vol. I, pp., 67-74.
- Cantarell, Francisco, «La maldiciente», Vol. I, pp., 219-224.
- Ribot y Fontseré, Antonio, «La militar», Vol. I, pp., 45-54.
- Nombela, Julio, «La mujer casera», Vol. I, pp., 197-204.
- Pérez Galdós, Benito, «La mujer del filósofo», Vol. I, pp., 121-130.
- Pérez Escrich, Enrique, «La mujer sin tacha», Vol. I, pp., 159-168.
- Ximénez Cros, Pascual, «La nerviosa», Vol. I, pp., 13-20.
- Avilés, Ángel, «La niña casadera», Vol. I, pp., 33-38.
- Mentaberry, Adolfo de, «La peinadora», Vol. I, pp., 113-120.
- Alier, Leoncio, «La pollita», Vol. I, pp., 211-218.
- Ximénez Cros, Pascual, «La que va a todas partes», Vol. I, pp., 269-274.
- Mobellán, Sebastián de, «Rosa la solterona», Vol. I, pp., 93-104.
- Robert, Roberto, «La señorita cursi», Vol. I, pp., 83-92.
- Puente y Brañas, Ricardo, «La siemprevista», Vol. I, pp., 233-240.
- Mobellán, Sebastián de, «La suegra», Vol. I, pp., 297-309.
- Saco, Eduardo, «La supersticiosa», Vol. I, pp., 283-288.
- Martín Redondo, Fernando, «La visitera», Vol. I, pp., 169-176.
- Segovia, Antonio María de, «La viuda», Vol. I, pp., 75-82.

Recopilación de tipos por orden alfabético. Volumen II.

- Rivera, Luis, «La actriz de nacimiento», Vol. II, pp., 79-88.
- Cantarell, Francisco, «La amable», Vol. II, pp., 213-220.
- Robert, Roberto, «La amiga», Vol. II, pp., 233-242.
- Sánchez Pérez, A., «La aficionada», Vol. II, pp., 29-40.
- Rodríguez Solís, E., «La bailarina», Vol. II, pp., 21-28.
- Avial, Pedro, «La bonita...y no más...», Vol. II, pp., 72-78.
- Moreno Godino, Florencio, «La cenicienta», Vol. II, pp., 281-290.
- Pérez Escrich, Enrique, «La cómica de la legua», Vol. II, pp., 5-12.
- Pérez Galdós, Benito, «Cuatro mujeres», Vol. II, pp., 97-106.
- Avilés, Ángel, «La curiosa», Vol. II, pp., 123-130.
- Matoses, Manuel, «La conspiradora», Vol. II, pp., 131-142.
- Mentaberry, Adolfo de, «La duquesa», Vol. II, pp., 175-182.
- Frontaura, Carlos, «La madre de la dama joven», Vol. II, pp., 257-272.

- Palacio, Ángel del, «La modelo», Vol. II, pp., 107-114.
- Sánchez Pérez, A., «La mojigata», Vol. II, pp., 201-212.
- Nougués, Pablo, «La mujer de empresa», Vol. II, pp., 249-256.
- Nougués, Pablo, «La pensionista», Vol. II, pp., 51-56.
- Robert, Roberto, «La pitonisa del barrio», Vol. II, pp., 63-71.
- Flores y García, Francisco, «La pobre vergonzante», Vol. II, pp., 41-50.
- Robert, Roberto, «La que espera en el café», Vol. II, pp., 183-190.
- Palacio, Manuel del, «La que lleva perro», Vol. II, pp., 301-305.
- Alier, Leoncio, «La que no quiso casarse», Vol. II, pp., 89-96.
- Matoses, Manuel, «Las que se pintan», Vol. II, pp., 221-232.
- Ximénez Cros, Pascual, «La que tiene muchos novios», Vol. II, pp., 191-200.
- Robert, Roberto, «La que va a caer», Vol. II, pp., 143-156.
- Lustonó, E. de, «La que viene a menos», Vol. II, pp., 57-62.
- Nougués, Pablo, «La Séneca», Vol. II, pp., 157-164.
- Matoses, Manuel, «La señora de pronto», Vol. II, pp., 291-300.
- Blasco, Eusebio, «La suripanta», Vol. II, pp., 243-248.
- Robert, Roberto, «La tertuliana de café», Vol. II, pp., 13-20.
- Cárdenas, Enrique V., «La trapisondista», Vol. II, pp., 165-174.
- Robert, Roberto, «La Venus caduca», Vol. II, pp., 273-280.
- Moreno Godino, Florencio, «La vieja verde», Vol. II, pp., 115-122.

VV.AA., *Los Españoles de Ogaño, colección de tipos de costumbres dibujados á pluma por los señores...*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1872, 2 volúmenes.

Volumen I

- Luceño y Becerra, Tomás, «El agente fúnebre», Vol. I, pp., 158-163.
- Luceño y Becerra, Álvaro, «El amigo íntimo», Vol. I, pp., 324-329.
- Cortázar, E. de, «El aspirante a ministro», Vol. I, pp., 330-337.
- Flores, Eugenio Antonio, «El bailarín», Vol. I, pp., 232-236.
- Ruigómez e Ibarbia, Andrés, «El banquero», Vol. I, pp., 345-351.
- Valcárcel, Manuel, «El bohemio», Vol. I, pp., 65-70.
- Príncipe, Enrique, «El caballero de industria», Vol. I, pp., 306-315.
- Gil, Constantino, «El casero», Vol. I, pp., 83-94.
- Corrales, Enrique, «El catalán», Vol. I, pp., 228-231.
- Carrión, Ramos, «El cesante», Vol. I, pp., 216-220.

- Al-Magheritiy, Rudherig, «El coleccionista», Vol. I, pp., 193-215.
- Corrales, Enrique, «El cominero», Vol. I, pp., 71-75.
- Prugent, Enrique, «La cursi», Vol. I pp., 256-258.
- Fuente Andrés, José de la, «El de orden público», Vol. I, pp., 286-294.
- Flores, Eugenio Antonio, «El...de comercio», Vol. I, pp., 295-305.
- S.C.A., «El editor», Vol. I, pp., 385-394.
- Soriano de Castro, J., «El empleado», Vol. I, pp., 241-255.
- Mondéjar y Mendoza, Ángel, «El estudiante de medicina», Vol. I, pp., 221-227.
- Prugent, Enrique, «El filósofo moderno», Vol. I, pp., 317-323.
- Ramos Carrión, Miguel, «El fotógrafo», Vol. I, pp., 76-82.
- Pérez Echevarría, F., «El gancho», Vol. I, pp., 34-38.
- Ruigómez e Ibarbia, Andrés, «El guripa», Vol. I, pp., 183-192.
- Jacques, Federico de, «El homeópata», Vol. I, pp., 356-373.
- Alcalde Valladares, A., «El inglés», Vol. I, pp., 50-57.
- Prugent, Enrique, «El inventor», Vol. I, pp., 237-240.
- Uján, Ramón de, «El jugador de bolsa», Vol. I, pp., 374-378.
- Pérez Puig, José, «El maestro de escuela», Vol. I, pp., 100-108.
- Fernández Ruano, Manuel, «El maestro de lenguas», Vol. I, pp., 278-285.
- Campo Arana, «La mamá de teatro», Vol. I, pp., 169-175.
- Soriano de Castro, José, «El noticiero», Vol. I, pp., 146-157.
- Monreal, Julio, «El orador de clubs», Vol. I, pp., 58-64.
- Pina Domínguez, A., «La parroquiana del café», Vol. I, pp., 176-182.
- Garay de Sarti, José, «El periodista de oficio», Vol. I, pp., 352-364.
- Cortina, Francisco de la, «El petardista», Vol. I, pp., 123-130.
- Esteban Collantes, S., «El pianista», Vol. I, pp., 131-145.
- Ortí, Vicente, «El pobre vergonzante», Vol. I, pp., 164-168.
- Bedmar, Enrique G., «El secretario de ayuntamiento», Vol. I, pp., 95-99.
- Frígola, Carlos, «El sietemesino», Vol. I, pp., 338-344.
- Santa Ana, Luis de, «La suripanta», Vol. I, pp., 24-33.
- Becerra, Pedro M^a, «El telegrafista», Vol. I, pp., 109-122.
- Flores, Eugenio Antonio, «Un tipo universal», Vol. I, pp., 17-23.
- Moreno López, Carlos, «El torero de afición», Vol. I, pp., 259-277.
- Palacio, Eduardo de, «El vendedor ambulante», Vol. I, pp., 379-384.

- Sepúlveda, Ricardo, «El vendedor de periódicos», Vol. I, pp., 39-49.
- Lustonó, E. de, «El zarzuelero», Vol. I, pp., 7-16.

Volumen II

- S.B., «El abogado», Vol. II, pp., 43-54.
- Pérez Galdós, Benito, «Aquel», Vol. II, pp., 266-274.
- Moreno Godino, Florencio, «El caballo blanco», Vol. II, pp., 189-198.
- Ferrán, Augusto, «El cantador», Vol. II, pp., 32-42.
- Palacio, Eduardo de, «El cochero de alquiler», Vol. II, pp., 103-113.
- Soriano de Castro, J., «El cómico casero», Vol. II, pp., 114-122.
- Bustillo, Eduardo, «El cómico de afición», Vol. II, pp., 151-163.
- Zamora y Caballero, E., «El crítico», Vol. II, pp., 183-188.
- Palacio, Eduardo de, «El empleado crónico», Vol. II, pp., 75-80.
- Alcalde Valladares, A., «La enamorada de un poeta», Vol. II, pp., 210-219.
- Pérez Echevarría, F., «El español independiente», Vol. II, pp., 285-290.
- Sanmartín y Aguirre, José F., «El farol», Vol. II, pp., 387-391.
- Mondéjar Mendoza, A., «El gorrista», Vol. II, pp., 68-74.
- Barrera, Pedro M^a, «El hombre importante», Vol. II, pp., 199-209.
- Soriano de Castro, J., «El hombre necesario», Vol. II, pp., 237-243.
- Lustonó, E. de, «El librero de viejo», Vol. II, pp., 164-176.
- Barrera, Pedro M^a, «La literata», Vol. II, pp., 359-370.
- Ruigómez e Ibarbia, Andrés, «El matón», Vol. II, pp., 224-236.
- Moreno Godino, Florencio, «La modista», Vol. II, pp., 314-324.
- Lustonó, E. de, «El memorialista», Vol. II, pp., 345-358.
- Palacios, Benjamín M^a, «El mozo de café», Vol. II, pp., 81-86.
- Moreno López, C., «La niñera», Vol. II, pp., 55-67.
- Sanmartín y Aguirre, José F., «La peinadora», Vol. II, pp., 220-223.
- Sepúlveda, Ricardo, «El pelero», Vol. II, pp., 291-300.
- Sánchez Pérez, E., «Los pensionistas», Vol. II, pp., 143-150.
- Ruigómez e Ibarbia, Andrés, «El periodista peatón», Vol. II, pp., 377-386.
- Matoses, Manuel, «El peluquero», Vol. II, pp., 93-102.
- Monreal, J., «La planchadora», Vol. II, pp., 123-136.
- Frontaura, C., «Los pobres», Vol. II, pp., 7-15.
- Ferrán, Augusto, «El poetaastro», Vol. II, pp., 275-284.

- Cortina, F. de la, «El prestamista», Vol. II, pp., 137-142.
- Pérez Echevarría, F., «El proyectista», Vol. II, pp., 177-182.
- Frígola, C., «El revendedor de billetes», Vol. II, pp., 87-92.
- Santisteban y Mahy, Rafael, «El revistero», Vol. II, pp., 244-255.
- Gil, Constantino, «El sastre», Vol. I, pp., 325-335.
- Moreno López, C., «El señorito de pueblo», Vol. II, pp., 336-344.
- Monreal, J., «El sepulturero», Vol. II, pp., 301-313.
- Coupigni, Juan de, «El solterón», Vol. II, pp., 256-265.
- Alcalde Valladares, A., «El tabernero», Vol. II, pp., 22-31.
- Palacio, Eduardo de, «El traperero», Vol. II, pp., 16-21.
- Cortina, F. de la, «El viejo verde», Vol. II, pp., 371-376.

VV.AA., *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es, Madrid al pelo, Madrid en camisa.* Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores, Madrid, A. De San Martín y Agustín Jubera, 1873.

Recopilación de tipos por orden alfabético:

- Pérez Echevarría, Francisco, «El aguador», pp., 477-484.
- Segarra Balmaseda, U., «Doña Guadalupe», pp., 399-412.
- Saco, Eduardo, «El guapo de oficio», pp., 167-174.
- Inza, Eduardo de, «Los alabarderos», pp., 467-476.
- Lustonó, E. de, «El lipendi», pp., 221-228.
- Matoses, Manuel, «La portera», pp., 79-88.
- Santa Ana, Luis de, «El primer corona», pp., 175-182.
- Inza, Eduardo de, «El usurero», pp., 183-194.
- Moreno Godino, Florencio, «Los trasnochadores», pp., 31-42.
- Inza, Eduardo de, «El usurero», pp., 183-194.
- Inza, Eduardo de, «Los vividores», pp., 43-54.

Recopilación de lugares por orden alfabético:

- Ruigómez, Andrés, «La Bolsa», pp., 195-208.

- Santoyo, E., «El Café de la Iberia», pp., 495-504.
- Bedmar, Enrique G., «El Café Imperial», pp., 371-378.
- Santoyo, Fernando, «La Carrera de San Jerónimo», pp., 437-466.
- Mentaberry, Adolfo, «Los jardines del Retiro», pp., 255-264.
- Ximénez Cros, P., «El Paraíso del Teatro Real», pp., 119-144.
- Palacio, Manuel del, «La Puerta del Sol», pp., 9-14.
- Pérez Escrich, E., «El saloncillo del teatro del Príncipe», pp., 23-30.
- Robert, Roberto, «El Suizo viejo», pp., 15-22.

Recopilación de Cuadros por orden alfabético:

- *Asmodeo*, «El asalto», pp., 379-386.
- Rioja, A. P., «Caretas nuevas», pp., 239-246.
- Arana, Campo, «La casa de préstamos», pp., 325-338.
- Cortázar, Eduardo de, «El Cotillón», pp., 349-358.
- Barrera, Pedro María, «El cuarto del primer actor», pp., 265-276.
- Palacio, Eduardo de, «Un día de gran parada», pp., 277-286.
- Sánchez Pérez, A., «Distracciones baratas», pp., 359-370.
- Saco, Eduardo, «Un estreno en la Zarzuela», pp., 55-66.
- Aza, Vital, «Las fieras del Retiro», pp., 287-300.
- Blasco, Eusebio, «¡Forastero, addio!», pp., 505-507.
- Ruigómez, Andrés, «La fuente de vecindad», pp., 485-494.
- *Asmodeo*, «El gran baile», pp., 145-156.
- Ruiz Aguilera, Ventura, «Grandezas de los pequeños», pp., 67-78.
- Matoses, Manuel, «La hora de las modistas», pp., 339-348.
- Osorio y Bernad, M., «Madrid sin sol y sin gas», pp., 387-398.
- Corzuelo, Andrés, «La misa de una», pp., 247-254.
- Ximénez Cros, P., «Peligros de la Corte...al por menor», pp., 457-466.
- Matoses, Manuel, «El periódico callejero», pp., 447-456.
- Lustonó, E. de, «La redacción del periódico demoledor», pp., 89-96.
- Moja y Bolívar, Federico, «La romería de San Isidro», pp., 155-166.
- Cortázar, Eduardo de, «En San Antón», pp., 427-436.
- Robert, Roberto, «Una sesión del Congreso», pp., 229-238.
- Mobellán de Casafiel, S., «La soirée de los Sres. de Macaco», pp., 109-118.
- Ramos Carrión, M., «El tendido de los sastres», pp., 97-108.

— San Martín, Antonio de, «La tertulia de confianza», pp., 301-314.

— Nombela, Julio, «El tranvía», pp., 209-220.

ZABALETA, Juan de, *El día de Fiesta por la mañana y por la tarde*, edición de Cristóbal Cuevas García, Madrid, Castalia, 1983.